

**LA
LADRONA
DE
ADOQUINES**

JOSÉ PALOMÉ ARRIBAS

Índice de contenido

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

[CAPÍTULO 48](#)

[EPÍLOGO](#)

[NOTA DEL AUTOR](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

**LA
LADRONA
DE
ADOQUINES**

José Palomé Arribas

Para Victoria Andrade

Sin ti, este libro sería peor y hubiera tardado mucho más en ver la luz

PRÓLOGO

1

Jan terminó de cavar la octava tumba. Dejó que su mirada, borrosa por las lágrimas, se perdiese en el bosque de pinos. El viento soplaba con tanta intensidad que los millones de acículas se agitaban inquietas, como avispas alrededor de una colmena. Los árboles se fundían con las nubes marrones del atardecer, volviendo imposible distinguir dónde empezaba uno y terminaba el otro.

Había nacido en aquel bosque, pero en ese instante era incapaz de reconocer nada de lo que lo rodeaba, como si fuera un extraño dentro de su propia vida.

La pala se le deslizó de entre los dedos. El sonido del metal al chocar contra la tierra húmeda lo sacó del trance en el que estaba sumido. Se dio la vuelta: Zofia, sin vida, seguía tendida sobre el terreno. El cuerpo descansaba custodiado por una sábana blanca, dejando a la vista solo el rostro pálido y los labios violáceos.

Jan se acercó a su hija. Se arrodilló y la tomó en brazos. La elevó del suelo con sumo respeto y la llevó hasta el octavo hoyo. Bajó con ella al interior, arrodillándose en la tierra, y la dejó allí. En ese momento, pese a haberse mantenido firme con los otros siete cadáveres, se rompió.

—Perdóname —musitó—, es mi culpa.

Jan deseaba que las paredes de tierra cayeran sobre él, sepultándolo con Zofia para siempre. Él había fallado y ella había pagado el precio.

Le tomó el rostro con la mano y le acarició la mejilla con el pulgar.

—Perdóname —repitió con la voz quebrada.

Sabía que, aunque no había sido el autor material, sí era el único culpable.

—¡Levántate de una vez! —ordenó una voz de mujer.

Jan, que abrazaba a su hija dentro del hoyo, alzó la mirada. A los pies de la tumba, erguida con las manos apoyadas en la cadera, una mujer de unos sesenta años lo observaba. Su fibroso cuerpo y su ropa —pantalones con muchos bolsillos y una camiseta sin mangas— la hacían parecer mucho más joven de lo que era. Sin embargo, la media melena gris y el rostro surcado de arrugas, atravesado por una cicatriz que cruzaba su ojo derecho, no dejaban duda sobre su edad.

—¡Mueve el culo! —dijo sin alzar la voz—. ¡No tenemos todo el día!

Jan, obediente, dejó a su hija, se puso de pie y apoyó las manos en la tierra. Al salir de la tumba se quedó frente a frente con la mujer. La miró a los ojos y tuvo un atisbo de valor.

—Primero voy a enterrarla.

La mujer echó un vistazo indiferente hacia el cadáver de la niña, se dio la vuelta y respondió:

—Haz lo que quieras, pero que sea rápido.

Se alejó. Jan la siguió con la mirada. La odiaba. Ella había sido la ejecutora de los ocho cadáveres; aun así, por una razón que no alcanzaba a comprender, también la amaba.

Al fin y al cabo, no era solo una mujer: era la ladrona de adoquines.

CAPÍTULO 1

El hombre más afortunado del mundo

1

Jan apartó la nieve del banco con la mano desnuda para poder sentarse. Una vez lo hizo, se secó la palma y el dorso en la pernera del pantalón. Sacó un paquete de cigarrillos arrugado del bolsillo de la chaqueta. Se puso uno en la boca mientras que con el mechero trató de encenderlo.

—¡Mierda! —se quejó.

La yema de su dedo pulgar seguía húmeda. Rebuscó en un bolsillo hasta dar con una caja de cerillas. La abrió y dentro quedaba un fósforo. Con temor a que este se partiera, frotó el vástago por la superficie de fricción. Mantuvo el aliento hasta que, por fin, la llama apareció. Encendió rápido el pitillo.

Mientras daba la primera calada se sintió el hombre más afortunado del mundo. No solo le quedaban veinte minutos de descanso, sino que con la colilla encendida podría prender otro.

Miró a su alrededor: el parque estaba vacío, algo normal un veintidós de diciembre y más después de la nevada de la noche anterior. Aunque aún no había anochecido, las farolas ya estaban encendidas. Dio otra calada hasta notar cómo el humo ensanchaba sus pulmones.

Después del segundo pitillo pasaría por la cafetería para agenciarse un café americano, en vaso de cartón de medio litro, con el que soportar las tres horas de clase que tenía por delante. A dos grupos debía explicarles la diferencia entre el Pretérito Imperfecto e Indefinido, y al tercero, los Pronombres Posesivos. Sus estudiantes, aunque insoportables, no eran tontos ni vagos; sin embargo, el Español era una maría. Por eso usaban sus clases para hacer los deberes de otras asignaturas que sí eran importantes. Jan tampoco los culpaba por ello, ya que hacía años que no se preparaba ninguna clase: estudiantes y profesor estaban en tablas.

Jan se encendió el segundo cigarrillo con la colilla. Movi6 un poco el culo, pues se le estaba entumeciendo. Esa nimiedad no iba a estropearle su descanso. Lo que s6 iba a hacerlo era Filip, que se acababa de plantar frente a él.

Jan miró hacia arriba, hastiado. Filip era el profesor de Física. Tendría unos veintiséis años, era esbelto, con una media melena repeinada. Ese peinado era como anunciar al mundo que acababa de salir de la universidad y aún no estaba preparado para ser adulto. Jan odiaba trabajar con docentes jóvenes: tenían un exceso de motivación que le resultaba agotador, como si cada mañana, antes de venir al instituto, hubieran hecho un doblete cinematográfico: *El club de los poetas muertos* y *Mentes peligrosas*. Otra cosa que lo irritaba era la hipersensibilidad de estos a la hora de afrontar cualquier conflicto.

—¿e moleo? —preguntó Filip.

—¿Cómo? —dijo, mientras se frotaba las orejas con las manos, una técnica que había bautizado como «abrir los conductos auditivos». Si esta fallaba, usaba la maniobra Valsalva, que había aprendido por internet. Consistía en cerrar la boca y taparse la nariz para evitar que saliera el aire y, entonces, exhalar hasta escuchar un pop. Con esa maniobra se podían ganar varios decibelios.

—Que si te molesto —repitió en voz alta.

—En cuanto ha sonado el timbre, he salido cagando leches del instituto y he caminado dos calles para sentarme en este banco a diez grados bajo cero. ¿No crees que si quisiera una conversación intrascendente me habría quedado en la sala de profesores?

—Jan, ¿es necesario ser tan desagradable?

—Supongo que, si sigues aquí, pues no. Dime lo que quieres y déjame fumar mi cigarrillo en paz.

Jan no necesitaba un vidente para saber cuál sería la queja de aquel llorica, no era la primera vez que lo abordaba con el tema.

Filip hizo un amago de sentarse a su lado, pero al ver la gruesa capa de nieve se lo repensó.

—¿Has hablado ya con tu hija?

—No.

—Por favor, hazlo. Hoy lo ha vuelto a hacer.

—Puedes ser más concreto —dijo con desdén mientras apuraba su segundo cigarrillo.

—Hoy me ha vuelto a corregir en clase. Estaba explicando la interpretación probabilística de la Física Cuántica...

—¿Cómo? —interrumpió con burla.

«Hay que ser pedante para soltar interpretación probabilística de la Física Cuántica a un profe de lengua», pensó Jan.

—Eso no importa. El problema es que tu hija se ha levantado en mitad de clase y ha rebatido varios de mis datos, dejándome en ridículo delante del resto de estudiantes.

Jan hizo la maniobra Valsalva mientras cavilaba unos segundos antes de preguntar:

—¿Quién tenía razón? ¿Zofia o tú?

—Eso no es relevante.

Jan sonrió con malicia.

—Así que ella tenía razón y tú estabas equivocado.

—Ese no es el punto. Tu hija no debería estar en una clase normal. Debería ir a una escuela especial o estar haciendo un doctorado, no torturando a todos sus profesores de ciencia.

La queja de Filip la había escuchado, en mayor o menor medida, por parte de los docentes de Biología, Química y Matemáticas. A Zofia le habían ofrecido varias becas en escuelas de élite, pero ella las había rechazado todas.

—Te propongo algo.

Filip suspiró aliviado, era la primera vez que Jan parecía dispuesto a ayudar. Se acercó un paso hacia él con interés.

—¿Por qué no te preparas mejor las clases para que así una niña de dieciséis años no te tenga que corregir?

La mirada del profesor de Física se endureció.

«¿Me quiere pegar o se me quiere follar?», pensó divertido Jan. Estaba satisfecho: ese imbécil le había jodido su descanso y se la acababa de devolver.

—¡Vete a la mierda! —espetó—. Ya sé de dónde ha sacado tu hija sus habilidades sociales.

Mientras el profesor de Física se marchaba dando grandes zancadas, Jan sonreía. Miró su reloj, ya no quedaba tiempo para ir a por el café, así que optó por fumarse el tercer cigarrillo. Se levantó con dificultad, sus ciento diez kilos no le dejaban hacerlo de otra forma. Sacó el mechero del bolsillo, deseando que ya se hubiera secado. Funcionaba.

2

Jan dibujaba en la pizarra, de forma esquemática, un barco en vertical hundiéndose en el mar. Lo había hecho con un rotulador negro y debajo había escrito una frase:

«El Titanic se hundió en 1912».

Era veintidós de diciembre, podría haber hecho una clase dedicada al vocabulario navideño. En vez de eso había optado por empezar el contraste de pretéritos, uno de los temas más tediosos para los estudiantes. Hacía tiempo que ya no estaba de humor para escuchar villancicos.

Se dio la vuelta y observó a sus alumnos. De los veinte, cinco miraban sus teléfonos, una decena hacía deberes de otras materias y dos hablaban entre ellos de forma distendida sobre lo que harían en las vacaciones de Navidad. Sin embargo, había tres que sí sentían genuina curiosidad por el dibujo del barco. Jan se dirigió a ellos en español mientras cogía un rotulador azul.

—Ya hemos visto el Pretérito Indefinido e Imperfecto por separado. Durante las próximas clases vamos a aprender a usarlos juntos.

Señaló el dibujo con el rotulador. Quitó el tapón y comenzó a dibujar en azul una nube lloviendo, una lápida flotando en el mar, un bote lleno de gente huyendo y un músico tocando el violín en la proa.

—Fijaos: «El Titanic se hundió en 1912», está en Pretérito Indefinido porque es una acción, y con el Pretérito Imperfecto describimos lo que sucede alrededor de este suceso, sin avanzar la historia. —Comenzó a señalar los dibujos mientras daba ejemplos—: Esa noche llovía; los pasajeros morían; la gente huía y los músicos tocaban.

Una chica de la primera fila levantó la mano.

—Anna —la llamó Jan.

—*¿Eto e igual que lo vebos dokonale y niedokonale?* —dijo en español.

Jan los ignoraba si le hablaban en polaco. Se masajeó las orejas. Pese a no haberla entendido bien, sabía cuál era la pregunta. En sus casi veinte años de experiencia siempre eran las mismas.

—No se puede traducir al polaco, por lo menos no en todos los casos. Los hispanoparlantes usan el Indefinido o el Perfecto para enumerar acciones, mientras que con el Imperfecto solo describen el contexto. —Al ver que la estudiante no lo seguía, matizó—: Puedes quitar de un texto casi todos los verbos en Pretérito Imperfecto y seguirás entendiéndolo; lo que hacen con este tiempo es adornar el pasado. Hablar mucho sin decir nada.

La alumna se rio ante la idea de que un tiempo verbal solo sirviese para decorar.

Un chico levantó la mano, en sus ojos había frustración al no entender algo que le interesaba.

—*Eo o tiee etido. No o eiendo* —dijo. Aunque para Jan fue más un susurro. Le molestaba que año tras año los estudiantes hablasen más bajo y vocalizaran menos.

—¿Cómo?

—*Que o o eindo.*

Jan dio la espalda al estudiante e hizo la maniobra Valsalva con rapidez, después volvió a mirarlo.

—Otra vez.

—¡Que no lo entiendo! —repitió un poco más alto.

A Jan le exasperaba tanto que le hablasen en voz baja como que le gritasen como si fuera un discapacitado o un estúpido.

Miró al estudiante con desprecio. Tomek era el típico que cuando te reúnes con sus padres les dices que su hijo es muy inteligente, pero que no se esfuerza: el eufemismo clásico para decir que es tonto del culo. Tomek era distinto; era un vago y un pésimo estudiante en todas las materias salvo en Inglés y Español, donde sí se esforzaba, aunque seguía siendo un zoquete.

Jan era un profesor justo, sentía el mismo desprecio por todos sus estudiantes. Consideraba que cualquier persona de menos de treinta años era por definición un estúpido, pero con Tomek hacía una excepción: lo detestaba. El muchacho vestía de chándal, era alto y fuerte y siempre venía con morados nuevos, prueba inequívoca de que, aparte de ser un zote, también debía de ser un macarra. Era un chaval solitario que solo tenía un amigo, Antek Bednarski,

otra clase de capullo, que, gracias a Dios, Jan no tenía en ninguna de sus clases. Aunque sus proezas, por llamarlo de algún modo, habían llegado a la sala de profesores.

—Lo que yo no entiendo, Tomek —explicó en polaco, algo que solo hacía cuando estaba molesto con un alumno—, es que lleves estudiando dos años español y seas incapaz de vocalizar ni una sola palabra de forma correcta. Así que hasta que no me hables con un acento mínimamente decente, no esperes una respuesta.

Todos en clase habían dejado sus quehaceres durante el rapapolvo, observaban expectantes cómo iba a reaccionar Tomek, conocido entre sus compañeros por su falta de temple. El muchacho mantuvo una mirada desafiante y cargada de ira hacia su profesor, aunque no dijo nada. En cuanto Jan volvió a sus explicaciones, el chico sacó sus deberes de Inglés y se puso a hacerlos.

Hubo un tiempo en que Jan amaba dar clase, y su pasión por la lengua española resultaba tan contagiosa que sus estudiantes participaban en pleno en sus lecciones. Se hacían debates, juegos de rol y actividades grupales. Pero en los últimos años sus clases habían ido derivando en un eterno monólogo de cincuenta minutos.

3

Al terminar la última clase de la jornada, antes de que alguno de sus estudiantes hiciera un amago de ponerse en pie, Jan agarró la chaqueta rápido y salió pitando de su aula. Caminó por el corredor central mirando al suelo, esperaba no toparse con ningún profesor tocapelotas; hoy ya había tenido suficientes tonterías con Filip.

Al salir a la calle se puso un cigarro en la boca, aliviado de no tener que hablar con nadie. Esquivó a los estudiantes que habían sido más rápidos que él huyendo del centro y se dirigió hacia su coche cuando reconoció una de las voces.

—Señor Borowski.

—Mierda —susurró.

Había tenido demasiada suerte al salir de la escuela sin encontrarse a ningún capullo. Se giró y la vio: la madre. No una madre cualquiera, sino una de las

que dirigen los aquelarres en los grupos de WhatsApp y alargan de forma innecesaria toda reunión de profesores. Lo único positivo que Jan le reconocía era que su desagradable tono de voz era alto.

—¿Sí, señora Nowak? —contestó cansado.

—¿Le parece bien fumar delante del instituto?

Jan miró el cigarrillo aún sin encender.

—Gracias por la observación. Y si esto es todo me...

—No es todo, estoy preocupada por el nivel de español de mi hija.

«Normal», pensó Jan. La chica era de las que tenía que concentrarse para no cagarse encima; además, solo mostraba iniciativa en clase a la hora de hacer la vida imposible a las compañeras que consideraba inferiores. Un fiel reflejo de su madre.

—¿Qué le preocupa, señora Nowak? —Jan, con esa mujer, se iba a ahorrar lo de es buena estudiante y no se esfuerza.

—En Fin de Año nos vamos a Valencia de vacaciones y esperaba que nuestra hija, después de tres años estudiando español con usted, fuera nuestra traductora, pero ayer nos dijo que no sabe nada, que en las clases no aprende.

Jan no pudo evitar una sonrisa maliciosa, pensando en las respuestas desagradables que podría darle. Se contuvo porque necesitaba ese trabajo, así que optó por ser lo más diplomático posible.

—Señora Nowak, dígame una cosa: ¿su hija cuántos años hace que va a clases de piano?

—Desde tercero de primaria —contestó, contrariada por la pregunta.

—Muy bien. ¿Y ya está tocando en la filarmónica de Varsovia?

La mujer tardó en entenderlo, pero cuando lo hizo le cambió el rostro.

—¡Eso no es lo mismo!

—Mire, señora Nowak, tengo dos lecciones de cincuenta minutos a la semana con su hija —se explicó con diplomacia—, de las cuales dedico veinte minutos a que los estudiantes se callen y dejen sus teléfonos guardados, ya que algunos padres han decidido no educar a sus hijos en casa. Los otros veinte minutos explico el tema, y eso, si tengo la suerte de no tener que estar llamando la atención a su hija.

—¿Perdón? —protestó ofendida.

Jan se puso el cigarrillo en la boca y lo encendió.

—Está perdonada. Ahora, si me disculpa, que tenga una feliz Navidad.

Antes de que ella pudiera rebatirlo, Jan se dio la vuelta y se fue caminando, no sin antes dedicarle una despedida con la mano en la que sostenía el cigarrillo.

Quizás no había sido tan diplomático como debería, pero se sentía orgulloso de no haberla mandado a la mierda de entrada.

Subió en el coche y puso la calefacción al máximo. Se frotó las manos con rapidez para entrar en calor. Después encendió la radio y sonó *White Christmas* cantada por Michael Bolton. Tardó unos segundos en identificar la melodía, pero una vez lo hizo, la apagó enseguida. Cuánto deseaba que se acabaran las malditas fiestas. Eran sus terceras navidades como padre divorciado. No tenía hermanos ni tíos, y sus padres ya estaban muertos.

Unos minutos después, su hija entró en el vehículo y se sentó a su lado. Ella no dijo nada. Jan la miró para ver si lo sorprendía con un «Buenas tardes, papá. ¿Qué tal te ha ido el día?». No hubo suerte.

Arrancó el coche. Los martes y jueves debía llevarla a sus clases de ajedrez. A Jan le parecía absurdo que ella perdiera el tiempo con esas lecciones; hacía años que nadie, incluido su profesor, había conseguido ganarle una partida. Además, le molestaba tener que ir hasta Piaseczno, una ciudad vecina lo bastante grande para ofrecer clases tan específicas. Por suerte, a Zofia la recogía su madre después del trabajo.

Tras unos minutos en silencio, Jan preguntó:

—¿Qué tal las clases?

—*Bie* —contestó la muchacha con sequedad.

Jan le echó un vistazo. Su hija, para tener quince años, no era la adolescente típica, al menos comparada con sus estudiantes. Zofia no tenía ni un ápice de la coquetería propia de esa etapa vital. No se preocupaba por su imagen: siempre llevaba vaqueros ajustados y jerséis anchos. Era alta para su edad, aunque un poco escuálida. Ocultaba la belleza de su rostro tras unas enormes gafas de pasta negra. La muchacha era introvertida, más centrada en el aprendizaje que en encontrar un novio, pero con las habilidades sociales suficientes para no terminar convirtiéndose en una marginada en el instituto.

Jan mantuvo el silencio durante la mayor parte del trayecto.

—Hoy ha vuelto a quejarse de ti Filip —dijo, más a modo de romper el hielo que de recriminación.

—¿*Quié?*

—Tu profesor de Física.

—*Ah, e que o tiee i idea.*

Jan sonrió.

—Cierto, es un capullo, pero tienes que aprender a controlarte...

—¿*Cómo ú y mamá?*

Jan llevaba tantos años tratando con adolescentes que se había vuelto inmune a sus exabruptos. Sin embargo, su hija tenía una ventaja respecto al resto: lo conocía. Por eso, cuando ella quería hacerle daño, siempre daba en el blanco. Aun así, él puso cara de indiferencia.

—Exacto. Tu madre y yo no nos llevamos mal, porque sabemos medir nuestras palabras.

—¿*Y yo o?* —protestó ella.

—Humillar a un profesor delante de su clase, por muy gilipollas que sea, está lejos de saber controlarse.

Jan aparcó frente al centro cívico donde se impartían las lecciones de ajedrez.

—*o lo volvé a ace* —musitó, agotada de la conversación.

—¿Qué has dicho?

—Que no lo volveré a hacer —contestó Zofia subiendo un poco el tono de voz. Lo que Jan tomó por un grito.

—¡A mí no me hables así!

Zofia lo miró con una mezcla de hastío y tristeza.

—No te he gritado —dijo, sin cambiar el tono.

Al ver los ojos vidriosos de ella, Jan se sintió culpable al instante. La única persona con la que trataba, sin éxito, de controlar sus arrebatos era su hija, pero incluso con ella era difícil.

—Perdona, no te... —comenzó a decir.

—No pasa nada —contestó ella con resignación—, nos vemos el veinticinco. Feliz Nochebuena.

Acto seguido, salió del coche. Jan pudo ver cómo corría de forma atropellada hacia el centro cívico. Él, asqueado, miró su reflejo en el retrovisor.

—Menudo gilipollas —se recriminó.

4

Cuando vio el cartel que indicaba la entrada de nuevo en su ciudad, redujo la velocidad.

Aunque no siempre fue así, Jan odiaba Kamienna Puszcza (El Bosque de Piedra). La urbe era extraña. No tenía un centro como tal, ni una plaza principal. Era un entramado de carreteras que cruzaban el bosque, simples franjas de asfalto con bordes de tierra; salvo en las avenidas principales, donde había dos carriles —uno de ida y otro de vuelta— y aceras a ambos lados. La naturaleza parecía imponerse: era una ciudad donde el bosque siempre ganaba.

Si un edificio se derrumbaba y nadie hacía nada, en pocos años el bosque lo absorbía, adueñándose del lugar donde antes hubo una casa. Había barrios que, durante la guerra, habían sufrido bombardeos y en los que los gobiernos posteriores a la Segunda Guerra Mundial nunca invirtieron en su reconstrucción. Esos barrios casi habían desaparecido, engullidos por la vegetación. Era como si los árboles no concedieran tregua: o vivías y trabajabas en tu parte de la ciudad, o el bosque terminaba devorándola.

En sus calles rara vez había dos filas contiguas de edificios. Lo habitual eran algunos bloques dispersos, casas señoriales o viviendas antiguas, sin ningún tipo de orden aparente. No existía un barrio de ricos y otro de pobres.

La gente de Varsovia consideraba Kamienna Puszcza una ciudad de ricos, porque solo se fijaban en los parques, en la naturaleza y en los palacetes. Pero Jan, dado que trabajaba en la escuela pública, era muy consciente de la realidad: coexistían dos clases sociales, casi endogámicas, que apenas se rozaban. Por cada Mercedes de última generación había un coche destartado; por cada familia que pasaba las vacaciones en Canarias, había otra que no podía enviar a sus hijos de colonias; por cada padre empresario, había otro alcohólico.

Jan batalló con la nieve mientras aparcaba frente al quiosco. Entró en el establecimiento, que no podía medir más de cuatro metros cuadrados. Apenas uno era transitable, ya que el resto estaba lleno de paquetes de periódicos y mercancías varias. El mostrador estaba repleto de revistas viejas con una gruesa capa de polvo que jamás había sido limpiada. El tendero era un hombre

mayor, pasado de peso, que estaba sentado en un taburete. Pese a los años, Jan jamás lo había visto de pie.

—Piotr. Un par de paquetes de Camel light y una de Żubr —pidió Jan. No tuvo que matizar el tipo de vodka que quería, ni el tamaño de la botella, de 100 mililitros.

Dejó cuatro billetes de veinte en el mostrador. Piotr le dio la vuelta, y le dijo:

—Hasta mañana.

Guardó el vodka y uno de los paquetes en el bolsillo del chaquetón, salió a la calle, abrió el segundo paquete y encendió un cigarro.

«Por fin, las vacaciones».

5

Jan circulaba por un camino de tierra que llevaba a su casa. La calle estaba cambiando; las pequeñas parcelas como la suya se vendían y en su lugar se construían chalés rodeados por setos. Ya quedaban pocas construcciones como la de él: de un piso, angostas, con paredes de cemento sin pintar y con una explanada de césped descuidado rodeándola, que en antaño había sido un sencillo jardín.

Conforme se acercaba vio a alguien en la pared de su casa, forzó la vista para distinguir qué sucedía. Reconoció a un joven haciendo un grafiti en la fachada. Molesto, aceleró los últimos metros y frenó en seco frente al muchacho. Este se giró y, al verse acorralado, soltó el espray de pintura y echó a correr calle arriba. Jan tardó unos segundos en reconocerlo: era el zoquete de Tomek.

—¡Tomek! ¡Vuelve aquí! —gritó mientras se bajaba del coche a toda prisa.

Tomek frenó y se giró. La postura de su cuerpo era desafiante, pero en su mirada había miedo, como si no hubiera esperado ser atrapado. Un momento después, se dio la vuelta y siguió con su huida.

Jan observó la fachada: Tomek había escrito en español una frase:

SORDO IJO DE PUTA

Jan dudó un segundo si le ofendía más el mensaje o que Tomek hubiera escrito hijo sin hache. Lo más seguro era que la palabra sordo la habría tenido que buscar en el traductor de Google.

«¿Por qué coño no habrá buscado cómo se escribía el resto?», pensó mientras cerraba la puerta del coche.

Miró su reloj: aún estaba a tiempo de llamar al instituto y poner una queja para que expulsaran a Tomek antes de Navidad, pero le dio pereza. Ya lo haría después de vacaciones.

6

Jan entró en su casa. Colgó el chaquetón en el perchero de la entrada y fue hacia el salón, que también era su dormitorio. Se descalzó, dejando las botas en el centro de la habitación, una de pie y la otra caída de lado. Después se quitó los vaqueros y los tiró sobre el sofá cama, que siempre permanecía abierto —el dormitorio principal lo reservaba para las tres noches por semana que venía Zofia.

Jan se había criado allí. Pero el único mueble que conservaba de su infancia era el antiguo buró de su padre, de roble barnizado en marrón oscuro. Tenía una persiana, siempre abierta, que ocultaba un escritorio. Jan se sentó frente a él en una silla de plástico de Ikea. Abrió uno de los cajones que había rebautizado como «el cajón del fracaso». Dentro había varios vapeadores, un paquete de chicles de nicotina, cigarrillos sueltos junto a mecheros de diferentes tamaños y colores, y varias botellitas de vodka barato. Cogió una y la abrió. Le dio un buen trago hasta dejarla a la mitad. Luego se encendió un pitillo.

Jan sabía que era adicto al tabaco, pero se decía a sí mismo que no lo era al alcohol, ya que nunca bebía cuando Zofia estaba en casa. Además, casi nunca tomaba más de los 100 mililitros que llevaba una botella. No lo necesitaba: solo le ayudaba a conciliar el sueño.

Desde hacía años se veía como una vieja radio estropeada que, por mucho que jugueteara con la perilla de sintonización, jamás encontraba el dial perfecto. Su pequeña dosis de vodka le permitía anular ese ruido de fondo.

Acarició con la palma de la mano la tabla del buró. En esa mesa su padre, también profesor, aunque de polaco, había corregido miles de exámenes. Jan,

de niño, lo miraba fascinado. Siempre quiso ser como él. Era un buen hombre que dedicó su vida a la docencia. Fue un padre formidable, que le inculcó su amor por las letras y la profesión. Jan dio otra calada a su cigarrillo. Pensó, aliviado, que era una suerte que su padre no estuviera vivo para ver cómo su hijo había fracasado como marido, padre y profesor.

Jan acabó la botella y se tiró en el sofá cama.

7

El estridente sonido del teléfono lo despertó. Miró la pantalla: era Magda, y ya eran las diez de la noche. Subió el volumen al máximo y contestó.

—Sí, cariño —dijo. Aunque llevaban tres años separados, no había podido dejar de llamarla así.

—Hola, Jan —dijo con excesiva sequedad.

«Mierda, está cabreada».

—¿Qué pasa? —contestó con el mismo cansancio que un adolescente con su madre.

—¿Qué ha pasado con Zofia? —dijo con tono recriminatorio.

—Nada, le pedí que no les diera caña a sus profesores. ¿Qué te ha contado ella?

—Ella nada, pero cuando la recogí estaba triste. Así que le pregunté qué pasaba y, después de un rato, solo conseguí que me dijera que si era necesario pasar el día de Navidad contigo.

Jan se incorporó hasta quedarse sentado en el sofá cama.

—¿Cómo?

—Lo que has oído.

Hubo un largo silencio.

—¿Jan? ¿Estás ahí?

—Sí.

—Cariño. —Ella tampoco había podido dejar de llamarlo así, aunque solo lo usaba cuando quería ponerse maternal—. Hablaré con ella. Pero tienes que esforzarte más. Zofia te quiere, no la alejes...

—Lo sé —dijo Jan.

—Otra cosa, ¿qué vas a hacer en Nochebuena?

«Beber una botellita de vodka hasta caer y dormir toda la noche —pensó—. Ojalá terminen ya estas putas fiestas».

—Nada especial.

—¿Por qué no vienes con nosotras a casa de mis padres?

—Me lo pensaré. Ahora tengo que colgar, me están llamando —mintió. Si había algo que Jan detestaba más que la Navidad era a su suegro.

—Vale, cariño —contestó, sabiendo que mentía—. Nos llamamos.

Jan se puso de pie. Se quitó la camiseta y caminó en calzoncillos hasta el baño. Al entrar, lo primero que vio fue su reflejo, que rehusó mirando a otro lado. En los últimos años había engordado más de veinte kilos, sus ojeras se habían marcado y su piel blanca, de por sí pálida, tenía ahora un tono enfermizo. Le repugnaba verse en el espejo, no solo por su cuerpo, también por la mirada que había en él: una que lo juzgaba sin piedad y, al mismo tiempo, sentía lástima.

Hizo pis y volvió al salón. Fue hasta el cajón del fracaso e hizo una excepción: tomó otra botellita de vodka. La bebió en dos tragos. Por la ventana entraban las luces verdosas y rojizas que decoraban la casa de su vecino; el tipo había puesto tantos leds que dolía mirarlos sin que te ardieran los ojos. Jan lo incluyó en su top de gilipollas a los que detestar.

—Que terminen estas putas fiestas ya —musitó antes de estirarse en el sofá y caer KO.

CAPÍTULO 2

Sin sorpresas

1

La Nochebuena de Zofia no trajo muchas sorpresas. La familia de su madre era muy tradicional. A las cuatro de la tarde, sus abuelos, tíos, primos, su madre y ella compartieron obleas y se desearon lo mejor. Para Zofia, adolescente y atea, la costumbre le resultaba arcaica, pero no quería disgustar a sus abuelos, así que no la cuestionó.

Del mismo modo, tampoco se quejó de los doce platos de la cena; solo evitó probar la carpa con gelatina. Ver el pescado flotando ingrávido al lado de cuatro verduras mal puestas le revolvía el estómago.

Luego llegaron los regalos, y tampoco hubo sorpresas: sus abuelos le dieron lo de siempre, un chocolate de nueces que escondía doscientos eslotis; sus tíos, una tarjeta de Zara de cien eslotis; y su madre, quien mejor la conocía, unas novelas de Brandon Sanderson.

Después comenzó la larga sobremesa, llena de dulces y del visionado de *Solo en casa*. Mientras la película transcurría, Zofia miraba hacia la puerta que daba a la calle, con la esperanza de que su padre apareciera.

Fue una Nochebuena sin sorpresas, la típica desde que sus padres se habían separado. Lo único destacable y positivo era que su abuelo había obviado lanzar pullas sibilinas hacia Jan, algo de lo que solía ser incapaz de controlarse y terminaba derivando en una bronca monumental, ya que Zofia lo defendía con uñas y dientes, y su madre hacía lo propio con su hija.

Esa noche Jan no fue.

2

El día de Navidad, Zofia se despertó temprano y pasó toda la mañana leyendo la quinta novela de *El archivo de las Tormentas*. Se sentía mal por haberle dicho a su madre que no quería pasar la Navidad con su padre, aunque ya había superado el disgusto y esperaba que él llegase en cualquier momento.

Como su padre no sabía cocinar y la mayoría de los restaurantes cerraban en esas fechas, él la llevaría a celebrar ese día a su kebab favorito. Después, de camino a casa, pasarían por la tienda de la gasolinera a comprar «guarrerías»: helados en potes, bolsas de patatas, chucherías y refrescos. Ya en casa, harían un maratón de películas de los ochenta. A ambos les encantaba el cine y Zofia ya había decidido cuáles verían: *La jungla de cristal* y *Gremlins*.

Zofia esperó durante toda la mañana, sin embargo, su padre no se presentó. Sobre las tres de la tarde, Magda lo llamó por teléfono, pero Jan no dio señales de vida. Lo intentó varias veces más, sin éxito.

—Lo siento, cariño... —empezó a consolarla su madre.

—¡Es culpa tuya! —gritó Zofia—. ¡¿Por qué le dijiste que no quería pasar la Navidad con él?!

Magda estaba cansada de que los desplantes de su exmarido siempre los pagara ella. Aun así, respiró hondo y se acercó a su hija con paciencia.

—¡¿Por qué?! —repitió Zofia, esta vez colérica.

Magda la abrazó con fuerza. Al principio, Zofia se resistió, pero poco a poco fue cediendo hasta hundirse en el pecho de su madre.

—¿Por qué no viene? —sollozó—. Es mi culpa.

—No es tu culpa, amor... Tu padre es... —pensó en decir «gilipollas», pero esa palabra, aunque cierta, sonaba demasiado dura para decirla en voz alta—. Tu padre no es un mal hombre, pero...

No supo cómo terminar la frase. Solo abrazó más fuerte a Zofia.

Jan no llamó esa noche.

CAPÍTULO 3

El Vístula

1

El principio de la primavera en Varsovia es una lotería. Lo mismo te cae una tormenta de nieve que tienes un calor abrasador, en ocasiones, todo en un mismo día.

Ese jueves Marek y Ania apostaron a que el día soleado y los veinte grados se mantendrían. Habían faltado a clase para escaparse al Vístula, en concreto, a una de las zonas más boscosas e intransitables del sur de la ciudad. Los adolescentes caminaban a paso rápido entre los árboles, aunque él era el que parecía tener más prisa.

Por culpa del teletrabajo de sus padres, Marek y Ania no podían ir a ninguna de sus casas para meterse mano en condiciones. Él, que tenía más experiencia que ella, caminaba con paso seguro, ya que había hecho esa ruta muchas veces. Llevaba una mochila negra de instituto con todo lo necesario para un magreo en la orilla del río: una manta, dos latas de cerveza y, si había suerte, un paquete de preservativos.

Ania llevaba meses colada por Marek, era alto y atlético, además de ser uno de los más guapos del instituto. Ella no se sentía tan atractiva como él, ya que estaba cinco kilogramos por encima de su peso, pero sabía que lo compensaba con sus grandes pechos y su disponibilidad para irse al picadero del muchacho. En el instituto había oído rumores.

Cuando llegaron a la orilla, que era una extensión ancha con una arena similar a la playa, Ania lamentó haberse puesto una falda corta, tenía las medias llenas de carreras. De haber sabido que el camino del bosque era tan intransitable, hubiera optado por sus pantalones vaqueros, que le resaltaban el culo haciéndolo más apetecible.

Marek empezó su protocolo con rapidez. Abrió la mochila, extendió la manta sobre la arena húmeda y clavó las dos latas en ella. Después se estiró de costado con las piernas cruzadas y dio un par de palmaditas en la manta para que Ania se tumbara junto a él.

Ella fue despacio, no quería parecer una chica fácil. Le había prometido a su mejor amiga que no se dejaría tocar debajo de las bragas, haría esperar a Marek para garantizarse una segunda cita.

Nada más estirarse, el chico fue directo al grano, le dio los dos besitos de cortesía y, después, le metió la lengua hasta el fondo a la par que cogió su pecho con la misma delicadeza con la que un jugador de bolos agarra la bola.

—Marek, más lento... —Como no quería parecer una frígida, lo agarró del culo antes de añadir—: Tenemos tiempo.

Marek, al que las hormonas debían de afectarle la comprensión auditiva, se lanzó sobre su escote. Comenzó a besarlo. En opinión de ella, con demasiada saliva, ya que con la corriente de aire se le estaban enfriando.

Mientras él se divertía con sus pechos, ella observó algo en el río. «Es una piedra muy rara», pensó.

—Para —dijo nerviosa.

El muchacho la ignoró. Ella lo apartó de un empujón.

El chico, que parecía recién salido de un sueño placentero, la miró confuso:

—Pero ¿a ti qué te pasa?

Ella no contestó, solo se puso de pie.

—¿Y ahora qué coño haces? —preguntó mientras se levantaba para seguirla.

«Menudo dolor de huevos voy a tener —pensó molesto—. A esta no me la vuelvo a traer».

Cada paso que daba Ania era más lento que el anterior, la roca estaba a treinta metros, pero la superficie se movía como si estuviera hecha de tela. Cuando le quedaban apenas diez metros se detuvo de forma abrupta y gritó:

—¡Marek! ¡Marek!

Él, que se había quedado al lado de la manta, tratando de acomodar su pene en los pantalones, corrió hacia ella.

—¿Qué pas...!?

Se interrumpió al ver lo que había alertado a la muchacha. Palideció de golpe.

Marek abrazó a Ania de forma que ella no viera el cuerpo, pero él no podía dejar de observarlo. Por la ropa, aunque estuviera destrozada, era un hombre, que estaba hinchado a la vez que flácido, como un globo de helio azul después de varios días.

—Llama a la policía —musitó ella entre lágrimas.

Él cogió su móvil y marcó el 112, pero no antes de pensar: «Mi madre me va a matar».

2

En el dormitorio de Zofia reinaba la paz y el orden: un armario de madera de dos puertas cerradas, una cama hecha al estilo militar, varias estanterías repletas de novelas de ciencia ficción y fantasía, y varias de manga. También había cajas de LEGO Technik —los que más le gustaban cuando era pequeña—, y un escritorio con una cajonera. Su madre, siempre que hablaba de su habitación, usaba el término espartana.

Zofia estaba en silencio delante de la mesa. Sobre la tabla había un sinfín de piezas de la Playstation que acababa de desmontar para hacerle una limpieza. Le gustaba reparar cosas, era meticulosa y pulcra. En un lado de la mesa tenía dispuestas las piezas por el orden que las había desmontado y en el otro las herramientas que utilizaba: paños de microfibra, hisopos de algodón, alcohol isopropílico, aire comprimido, destornilladores y una aspiradora pequeña.

Estaba tan concentrada en el trabajo que no escuchó el interfono, ni cómo su madre invitaba a pasar a alguien al salón, ni tampoco cuando ese alguien se marchó. No levantó la cabeza de la Playstation hasta que su madre entró en la habitación.

Zofia la miró, esta tenía unas ojeras enormes de haber llorado. Su rostro estaba desencajado y pálido.

—Mamá, ¿ha pasado algo?

Magda seguía de pie, petrificada, incapaz de decir nada. Zofia se levantó de la silla.

—Mamá, ¿qué ha pasado? —preguntó inquieta.

Magda se acercó a su hija.

—Tu padre...

Entonces abrazó a Zofia.

3

Cuando sonó el timbre, Magda, molesta, apagó el televisor, quería ver el último capítulo de *Reacher*. Un sábado por la mañana solo podía llamar a la puerta alguien queriendo vender algo o unos Testigos de Jehová. Caminó hasta el recibidor rápido, dispuesta a deshacerse de quién hubiera perturbado su paz.

Al abrir la puerta se topó con dos hombres. «Estos no son Testigos de Jehová», pensó al ver su aspecto. El que había llamado tendría unos cincuenta mal llevados, era bajito, panzudo y con un bigote poblado en forma de arco; le recordó al de Lech Wałęsa. El otro hombre era rubio y más joven, de unos treinta y pocos, y llevaba un afeitado tan apurado que le confería un aire adolescente.

—Buenos días —dijo Magda con educación—, ¿en qué puedo ayudarles?

—Buenos días —contestó el hombre del bigote mostrando una placa—, somos los inspectores Zieliński y Kowalczyk. ¿Es usted Magda Borowska?

—Sí, soy yo. ¿Sucedó algo?

El policía joven, nervioso, bajó la mirada; le faltaba experiencia. En la academia lo habían formado para notificar una defunción a un familiar directo, se esforzó para recordar al milímetro el protocolo que debía seguir: asegurarse de la identidad del fallecido; buscar un lugar privado y un momento idóneo, en que los familiares estuvieran tranquilos; tener un oficial adicional para brindar apoyo emocional; notificar a la familia de manera directa y clara; estar preparado para responder preguntas; ofrecer ayuda psicológica y ayuda práctica, como contactar con una funeraria o informar sobre los procesos administrativos.

En cambio, el policía del bigote, que hacía ya mucho que había dejado la academia, fue directo al grano, para la tranquilidad de su compañero:

—Lamento comunicarle que el señor Jan Borowski ha fallecido. ¿Podemos pasar?

4

Fue Zieliński quien habló. Esperó a que Magda dejara de temblar y le contó los hechos. Hacía tres días, una testigo había denunciado que un hombre que encajaba con la descripción física de Jan Borowski, se encontraba en el puente de Anna Jagiellonka, dejó caer una botella de vodka al pavimento y, acto seguido, se precipitó al vacío. El día anterior, unos jóvenes habían hallado el cadáver en el Vístula, en el sur de la ciudad. Los análisis toxicológicos determinaron que tenía 0,24 de concentración de alcohol en sangre. Junto al ADN de la botella y del cadáver se pudo determinar que la persona que se lanzó por el puente y la hallada en el río eran la misma. Además, el cadáver llevaba su cartera con la documentación en el bolsillo del pantalón. Aun así, le pidieron a Magda que pasara por la oficina forense a identificar el cadáver.

5

—Es mi culpa —sollozaba Zofia, que abrazaba a su madre.

Las dos llevaban unas horas en *shock* en el sofá. Les era imposible creer que Jan ya no estuviera con ellas. Ambas se sentían culpables. Zofia por haberlo tratado tan mal durante los últimos meses, escaqueándose de las visitas y avergonzándose de él. Magda, por su parte, se lamentaba de haberle pedido hacía tres años que se separaran. Podría haberlo ayudado en vez de alejarlo.

—Es mi culpa —repetía la adolescente.

Su madre se separó de ella, la cogió de los hombros y la miró a los ojos.

—Escúchame bien, no es tu culpa. Tu padre estaba enfermo.

—Podríamos...

—No, no podríamos haber hecho nada y no podemos cambiar lo que ha pas... —No pudo acabar la frase. Volvió a abrazar a su hija.

6

Zofia insistió en acompañar a su madre a la oficina del forense. Magda aceptó con condiciones, mientras ella identificaría a Jan, Zofia se quedaría fuera con su abuela.

El inspector Zieliński, el forense y una trabajadora social hicieron pasar a Magda a una sala. Antes de entrar, la trabajadora social le había descrito la habitación para evitar que el lugar fuera más abrumador de lo necesario. «Hay cosas que no se pueden describir», pensó Magda.

El suelo era de baldosas marrones y en una de las paredes había una veintena de puertas rectangulares blancas puestas en filas de tres por cinco. Por las series de televisión Magda habría supuesto que serían plateadas. La iluminación era uniforme y fría, carente de sombras. Se escuchaba el leve zumbido de las neveras. Aunque fue el olor lo que jamás olvidaría de esa habitación, no olía a nada. Casi sintió alivio al sentir el aroma a cigarrillos que impregnaba la ropa de Zieliński. Le llamó la atención que en una esquina hubiera un cubo repleto de agua cristalina con una mopa dentro, se preguntó qué haría eso ahí, no parecía combinar con el resto del mobiliario.

El forense caminó hacia una de las puertas y agarró el asidero. Miró a Magda con seriedad. Antes, en su despacho, el hombre había sido muy cordial, le había explicado en qué consistiría el procedimiento:

—Señora Borowska, sé que es un momento difícil para usted. Antes de empezar, quiero asegurarle que todos estamos aquí para brindarle apoyo. Si en algún momento siente la necesidad de parar, hágamelo saber. Estoy aquí para ayudarle en todo lo que necesite. Cuando le muestre el cuerpo solo necesitaremos una identificación rápida y volveremos al despacho, donde estaré a su disposición para responder cualquier pregunta que pueda tener. Pero, señora, tenga en cuenta que su marido estuvo en el agua durante más de veinticuatro horas, no será como usted lo recuerda. ¿Me ha entendido?

Ella había asentido, pero ahora que estaba frente a la nevera sintió náuseas y las piernas temblorosas. La trabajadora social se puso a su lado y la cogió del brazo.

El forense abrió la puerta y sacó una enorme bandeja donde estaba el cuerpo protegido por una bolsa negra de plástico grueso. Tenía una cremallera de metal que iba de la cabeza a los pies.

El forense cogió con el pulgar y el índice el tirador de la cremallera.

—Señora Borowska, tómese su tiempo. Una vez lo identifiquemos, volveremos a mi despacho.

Ella asintió y el forense tiró de la cremallera hasta el cuello.

Magda lo reconoció al momento, pese a que la cara de Jan estuviera hinchada.

—Sí, es él —dijo.

Después se dio la vuelta para marcharse rápido, pero al segundo paso cayó de rodillas y vomitó.

7

—¿Se encuentra mejor, señora Borowska? —preguntó la trabajadora social apoyada en la puerta.

—Sí —contestó Magda entre sollozos—. Necesito un momento.

Se encontraba en uno de los cubículos del baño de mujeres de la oficina del forense. Estaba sentada en la taza, tapándose el rostro con las manos.

No podía sacarse de la cabeza la imagen de la cara de Jan, los párpados estaban tan hinchados que parecía que iban a estallar. Se esforzó por recordar sus ojos verdes.

Fue incapaz.

8

Magda y Jan tenían la misma edad, se habían criado a cuatro calles de diferencia en Kamienna Puszca y, aunque habían estudiado en la misma escuela, en diferente grupo, y se conocían de vista, jamás habían intercambiado una palabra hasta que coincidieron en el bar Inex, el más frecuentado por los estudiantes del campus de la universidad de Varsovia. Se encontraban haciendo cola en la barra cuando sus ojos se toparon; ella le sonrió, eran sus primeros días de universidad y encontrarse un rostro conocido la relajó.

—Yo te conozco, ibas a la escuela conmigo.

Él le devolvió la sonrisa.

—Según se mire —contestó—, creo que tú ibas conmigo. —Ella se rio—. Me llamo Jan y tú Magda.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Me lo dijo Jacek Kowalski, fui con él al instituto. —El tal Jacek había ido a la clase de Magda y luego había coincidido con Jan—. Ese tío se pasó cuatro años hablándome de vuestra clase. Creo que no superó el trauma —bromeó.

Tanto Magda como Jan ignoraron a sus nuevos amigos y acabaron en una mesa alta, sobre dos taburetes. La conversación empezó por dónde andaba metido el tal Jacek Kowalski, que había sido el gracioso de la clase de Magda y, por lo que ella supo, había continuado con sus chistes hasta la universidad; ahora estaba en la Politechnica. Luego hablaron sobre los profesores que habían tenido.

—¿Recuerdas al de Música? Estaba muy loco —dijo ella antes de dar un trago a su segunda cerveza.

—No se puede aguantar ocho horas al día a niños tocando la flauta como nosotros y no pagar un precio.

Los dos estallaron en carcajadas.

—Magda, ¿por qué francés? —preguntó el estudiante de Filología Española—. Es el idioma más raro. Si para decir «foie» pronuncian las dos únicas vocales que no tiene: la u y la a —se burló él mientras daba una calada a su séptimo cigarrillo.

—Mucho mejor el español —ironizó la estudiante de Filología Francesa—, con sus erres y sus jotas. Cada vez que escucho la palabra «jamón», creo que se están aclarando la garganta.

Más tarde fueron al río, que estaba cerca y era donde los jóvenes se reunían para hacer botellón. Se sentaron en los escalones de piedra que precedían al Vístula; frente a ellos, en la otra orilla, las boscosas playas del barrio de Praga. En ese punto de la noche Magda solo podía ver los ojos verdes de Jan, llenos de expresividad y humor. Ninguno de los dos recordaría después de qué habían hablado. Él pensaba en besarla. Ella se preguntaba por qué él no lo hacía de una vez. El valor le llegó poco después de abrir la sexta lata de cerveza.

No fue el primer beso de ninguno de los dos, ni siquiera el mejor, pero sí el primero que importó.

En su segundo año de universidad ya vivían juntos en un apartamento en Mokotów; eran treinta metros cuadrados, pero gracias al amor y a la juventud no les importaba. Por la mañana estudiaban, por las tardes trabajaban en cafeterías y por las noches solo necesitaban una caja de comida vietnamita y una botella de vino búlgaro para convertir su pequeño apartamento en un hotel de cinco estrellas.

Al terminar la universidad, hicieron una escapada a España y Francia en el coche de Jan, era de segunda mano y no funcionaba el aire acondicionado, pero al ser jóvenes, esas nimiedades tampoco les importaban.

Un día de agosto, Jan la convenció para desviarse e ir a Andorra. Cuando ella preguntó el porqué, él mintió diciendo que sentía curiosidad por ver un país tan pequeño.

En el Mirador de la Comella, Magda observaba fascinada el valle custodiado por las imponentes montañas; en cambio, Jan, muerto de nervios, rebuscó con torpeza en el bolsillo de su pantalón, le temblaban las manos.

—Aquí estamos —dijo sonriendo, pero sin su seguridad característica—: la filóloga francesa y el filólogo español, en Andorra. Si lo piensas, esta es nuestra tierra de nadie, así que no creo que exista un lugar mejor en el mundo para hacer esto.

Se puso de rodillas y le ofreció una cajita abierta que mostraba un anillo; no era muy caro, pero a Jan le había costado seis meses trabajando en la cafetería.

Ella nunca llegó a decirle «sí, quiero», solo se lanzó hacia él y lo besó.

Al volver a Polonia todos celebraron la noticia con entusiasmo, salvo el padre de Magda, que estaba chapado a la antigua. Había tolerado que su hija perdiera el tiempo estudiando Filología, ya que esperaba que, por lo menos, conociera a un hombre serio: un abogado o un economista que la mantuviera. Jan era todo lo contrario a eso, no solo era filólogo, sino que bromeaba todo el tiempo, como si no le importase nada. Para ser justos, los estándares de su suegro eran imposibles de alcanzar, pero a Jan no le podía dar más igual. Habían aprendido a tolerarse de la misma forma en que lo hace Corea del Sur con Corea del Norte.

Magda y Jan deseaban volver a vivir en Kamienna Puzzcza, era un lugar pequeño y boscoso donde cada estación del año se sentía como debía de ser. Ella encontró un trabajo en una multinacional del centro donde podía hablar francés a diario; él, siguiendo los pasos de su padre, consiguió un trabajo en el instituto donde había estudiado. Ella tenía un buen sueldo y él uno más

modesto, pero esto no fue nunca un problema, los dos siempre tuvieron claras sus metas y se respetaban.

Llegó Zofia, clavada a su madre en todo menos en los ojos: esos eran de Jan, verdes y curiosos. La siguiente década, tanto Magda como Jan, la recordarían como la mejor de sus vidas; había problemas, pero la suerte y el amor estaban de su lado. Por lo menos, hasta que todo se fue a la mierda.

9

Magda seguía sentada en el baño y lloraba, sabía que no era culpable de lo que le había pasado a Jan, pero, aun así, se sentía miserable por no haber sabido cómo salvar al amor de su vida y al padre de su hija.

CAPÍTULO 4

Oscuridad

1

Jan se despertó por el frío.

Aún tumbado bocarriba, agarró la manta y se arropó. Algo no cuadraba: él no usaba manta, sino nórdico.

Abrió los ojos, pero estaba en completa oscuridad; las luces de Navidad de su vecino no se filtraban por las cortinas de poliéster.

«Joder, anoche bebí demasiado», pensó.

Se incorporó y notó que el colchón era mucho más rígido que el de su sofá cama. Lo palpó y notó que era de piel o plástico, no de algodón.

Su corazón comenzó a latir con violencia. Rápido, se giró para bajarse de la cama por el lado derecho, como hacía siempre, pero sus piernas chocaron contra algo duro. Con la palma de la mano, lo tocó: era una pared fría, juraría que de metal.

Notaba que le faltaba el aire.

Pasó las piernas por el lado izquierdo. Ahí no había pared. Apoyó los pies descalzos en el suelo. Al sentir una textura extraña, volvió a meterlos con rapidez en la cama. Con la mano exploró la superficie del suelo: también parecía de metal, aunque corrugado.

Dado que solo llevaba puestos unos calzoncillos, cogió la manta y se la colocó a modo de chal. Seguía teniendo frío. Se puso de pie mientras, de nuevo con las manos, sondeaba lo que tenía alrededor.

—¿Hola? —preguntó con miedo.

Dio unos pasos a tientas; sus pies desnudos sentían cada rugosidad del hierro corrugado, sin distinguir las formas. Al séptimo paso, tropezó con algo

y cayó de bruces; solo tuvo tiempo de cubrirse el rostro.

Las piernas y el abdomen se llevaron la peor parte: habían chocado contra una superficie dura a un palmo del suelo. La cabeza había recibido un golpe menor al chocar contra el hierro corrugado, el resto de las extremidades colgaban de la estructura. Clavó las manos sobre el objeto para incorporarse. Entre gemidos, quedó a cuatro patas. Las lágrimas de dolor le resbalaban por las mejillas, pero trató de centrarse. Palpó el objeto. Era un rectángulo grande cuyos bordes parecían paneles lisos de plástico, el centro de la estructura era rugoso e inestable, se movía unos centímetros en una dirección y en la contraria, aunque terminaba bloqueándose.

Se puso de pie y volvió unos pasos hacia atrás en busca de la cama en la que se había despertado. Una vez lo logró, clavó la mano en la pared y comenzó a seguirla, dando pequeños pasitos hasta llegar a una esquina.

En ese momento, las sienes le latían desbocadas. Cerró los ojos e inspiró hondo. Se llevó el índice y el corazón al cuello y los clavó al lado de la tráquea para tomarse el pulso. Lo había aprendido en un curso obligatorio de primeros auxilios en el instituto. Desconocía cómo calcular las pulsaciones, pero sí sabía distinguir si eran lentas o rápidas.

Trató de regular su respiración. Un sudor frío recorría su espalda y sentía una opresión en el pecho. Hizo respiraciones largas. No sabía si era un ataque de pánico o un infarto.

Unos minutos después, volvió a abrir los ojos, aunque seguía sin ver nada. Siguió tratando de controlar su respiración. Con la mano recorrió la habitación para intentar dilucidar dónde se encontraba, mientras se esforzaba por recordar lo que había hecho la noche anterior: había discutido con Zofia; había vuelto del instituto y se había bebido solo un par de botellitas de vodka. Nada que justificara ese despertar.

Calculó que la primera pared tendría una medida de cinco pasos y la segunda de siete; a mitad de esta, se había topado con algo que parecía ser una mesa y una silla, ambas de metal. En la tercera pared dio con una especie de escalera de madera. Demasiado ancha para serlo, pensó. Lleno de incertidumbre, agarró los escalones y comenzó a trepar, esperando encontrar una trampilla por la que poder salir. Al sexto escalón, se dio un cabezazo con el techo: parecía ser del mismo material empleado en las paredes. Ahí no había ninguna salida.

En la esquina que unía la tercera y cuarta pared, halló lo que parecía un váter y un fregadero. Al llegar de nuevo a la cama, se dio cuenta de que en

todo el recorrido no había notado ninguna puerta. Solo chapas de metal de un metro de ancho, tan pegadas entre sí que no cabía ni una uña.

—¿Hay alguien?! —gritó. Pero solo oyó su propio eco.

Se frotó las orejas e hizo la maniobra Valsalva. Seguía sin oír nada.

Se puso de pie de nuevo; esta vez, no le importaba que su corazón estuviese a punto de estallar. Fue hasta una de las paredes y comenzó a golpearla.

—¡Dejadme salir! —gritó.

2

Jan no sabía cuánto llevaba ahí, pero calculaba que unas pocas horas. Ya había desistido de gritar y de aporrear las paredes: no había conseguido nada salvo dolor en las manos.

Sentía tantos temblores que se estiró en la cama y se tapó, convencido de que el calor le ayudaría a pararlos. Se acurrucó sobre sí mismo como un bebé y respiró por la nariz. Tenía náuseas y temía que, si usaba la boca para respirar, se vomitaría encima.

Al rato, el cansancio y el estrés acumulado le hicieron caer en un sueño profundo.

3

Gritó. Un fuerte pinchazo en el hombro lo había despertado. Intentó removerse, pero estaba boca abajo, atado de muñecas y tobillos.

Unas manos lo agarraron con brusquedad y lo hicieron girar hasta dejarlo de lado. Una rodilla se clavó en su cuello, atrapándolo contra el colchón e inmovilizándolo.

Volvió a gritar, impotente, al no poder moverse. Estaba adormilado, como si estuviera fumado.

Se le introdujo algo duro en el oído; era muy pequeño y puntiagudo. Su conducto auditivo comenzó a llenarse de algo viscoso.

—De... déjame —alcanzó a balbucear. Las palabras se mezclaban con el sabor de sus lágrimas y su sudor.

El líquido viscoso fue aumentando de volumen, como si fuera a reventarle la cabeza, hasta que, de pronto, paró y se endureció como una piedra. A continuación, sin miramientos, fue arrancado de un tirón.

Jan gritó con todas sus fuerzas, pero no impidió que se repitiese lo mismo con el otro oído.

Poco a poco, el dolor y la angustia se fueron volviendo lejanos. Trataba de mantenerse despierto, pero no pudo. Lo habían drogado.

4

Se despertó empapado en sudor y orina; seguía atrapado en la oscuridad. Al palpar su brazo, notó que lo habían pinchado más veces.

Al incorporarse sintió náuseas. Fue tal la arcada que se inclinó dispuesto a vomitar. Nada: tenía el estómago vacío.

Se puso de pie, pero tuvo que apoyarse en la pared. Llegó al fregadero a tientas. Palpó el grifo hasta dar con la manija. En cuanto salió el agua, puso la boca como si fuera el hocico de un perro en una fuente. Sintió otra arcada. Con la mano, buscó el váter y se arrodilló para vomitar todo lo que acababa de beber.

Se quedó dormido con la cabeza en la taza.

5

Abrió los ojos, pero nada: seguía rodeado de penumbra. Estaba en la cama, no sabía cómo había vuelto ahí. En cuanto notó que llevaba otra muda, supo que no lo había hecho él; lo habían traído de nuevo al colchón.

Palpó su ropa y reconoció las prendas: un pantalón de chándal y una sudadera sin capucha.

Se sentó y constató que ya no tenía náuseas ni mareos, solo miedo.

—¿Quién coño me está haciendo esto?

Jan caía mal a muchísimas personas, pero no hasta el punto de enterrarlo vivo. Pensó en sus compañeros de trabajo: pese a que era desagradable con ellos, nada que justificara esa tortura. En sus estudiantes: nadie odia al profesor de Español, y él además solía aprobarlos a todos, estudiasen o no, para así ahorrarse los *e-mails* de los padres quejicas. También pensó en su exsuegro, que lo detestaba desde el primer día y con especial inquina desde la separación. Tenía dinero para montar algo así y podía llegar a ser un hombre muy retorcido, pero no hasta ese punto. Le gustaba más el estilo pasivo-agresivo.

—¡Hijo de puta! ¡Déjame salir! —gritó. Solo oyó el lejano eco.

Más tarde, probó a clavar la oreja en la pared, a ver si escuchaba algo. Nada.

6

En esa etapa del encierro ya no podía conciliar el sueño. Dormitaba unos minutos y se despertaba con la sensación de caer al vacío. En uno de estos despertares se acucilló sobre sí mismo y lloró.

—¿Por qué? No me lo merezco. ¡Cabrón! ¡Mátame ya!

7

No sabía cuántos días llevaba, pero por su barba diría que entre cinco y siete. No había comido nada en ese periodo. Era increíble que aún tuviera fuerzas para ponerse en pie. Había notado más pinchazos en el hombro y en el antebrazo. Lo habrían estado sedando y alimentando por vía intravenosa.

«¿Por qué?».

8

Decidió volver a explorar el centro de la habitación, un rectángulo de unos treinta metros cuadrados. Los lados los conocía; de hecho, ya no necesitaba apoyarse en la pared para llegar al váter o al fregadero.

Caminó hacia el centro, recordando que el primer día había tropezado con un mueble extraño. Al llegar a él, lo examinó con la mano de nuevo. Era como una tarima con barandilla. Se puso encima y agarró la barra metálica, notó una pieza de plástico ancha con botones. En ese momento supo de qué se trataba: era una cinta de correr.

Se bajó de la cinta y siguió explorando. Dio con un pequeño banco de metal acolchado y, al lado, una pirámide pequeña llena de tubos y discos pesados. «Mancuernas», pensó.

Después dio con un saco colgado en el centro de la habitación. Teniendo en cuenta los muebles que ya había reconocido, supo que se trataba de un saco de boxeo.

Llegó a la pared en la que estaba el objeto que había confundido con una escalera durante su primer día: una espaldera.

Se dejó caer en el suelo.

—Me han encerrado en un gimnasio —murmuró.

Más tarde, siguió buscando por la sala algo afilado con lo que poder defenderse si llegaba el caso, pero al no haber nada, se tuvo que conformar con una mancuerna. La palpó con la mano hasta llegar al final del tubo: este era de rosca y terminaba en un filo muy pequeño.

Se preguntó si con él podría cortarse las venas.

CAPÍTULO 5

La cinta

1

Jan abrió los ojos. La luz lo cegó. Durante unos segundos que le parecieron eternos, solo vio un blanco brillante. No sabía cuántos días llevaba en la penumbra. Suponía que habían sido muchos por lo que tardaron sus ojos en adaptarse a su nueva realidad.

Se sentó en la cama. Llevaba puesto un chándal rojo ajustado que le hizo sentir como una morcilla. Observó el habitáculo, aún con destellos blancos. El lugar era similar a como lo había palpado. El suelo, las paredes y todo el mobiliario era metálico. Los suelos de chapa rugosa, las paredes de planchas de acero, el váter sin tapas y la pila empotrados a la pared, el escritorio atornillado al suelo. Los únicos muebles que llamaban la atención entre tanto acero eran la espaldera de metal, la cinta de correr de diferentes materiales, el colchón de silicona en el que estaba sentado y la pantalla cuadrada que había sobre la mesa.

Miró al techo y vio unos paneles de plástico blanco que lo cubrían todo y estaban iluminados; en las esquinas del techo había unos minúsculos conductos de ventilación.

Asustado, se puso de pie de un salto.

—¿Dónde coño está la puerta?

Dio un giro de trescientos sesenta grados para asegurarse de que no se le había pasado, pero no había ninguna salida, era como estar atrapado en el interior de una lata sin abrir.

La pantalla se iluminó, dejando un fondo blanco. Jan, temeroso, se acercó unos pasos hacia ella. Nunca había visto una pantalla tan fina, el grosor era como el de una cartulina y no estaba conectada a ninguna toma de corriente.

Unas enormes letras negras y en mayúscula aparecieron:

ABRE LA CAJA

—¿Qué? —preguntó Jan.

El mensaje no cambió. Miró a su alrededor y entonces reparó en una cajita metálica que había sobre el escritorio. Se acercó a ella y la cogió. La sopesó unos segundos; era ligera, si no fuera porque sentía un leve tintineo en el interior, pensaría que estaba vacía. La abrió. Dentro había dos audífonos médicos. Eran grises, con cable semitransparente conectado a una pieza de color carne; la parte gris era minúscula. La única diferencia que había entre los aparatos era que uno tenía una plaquita roja y otro azul.

Jan miró la pantalla.

PÓNTELOS

ROJO EN LA DERECHA

AZUL EN LA IZQUIERDA

Estaba tan asustado que lo hizo sin cuestionar. Le sorprendió que cada auricular quedara tan ajustado a su oído. No eran moldes estándar. Entonces recordó que durante la penumbra le habían inyectado algo en los oídos.

ESPERA

Durante unos segundos no oyó nada, pero, de pronto, escuchó un zumbido lejano, el de un motor.

SÚBETE A LA CINTA DE CORRER

Ahora la pantalla venía acompañada de la voz distorsionada y profunda de un hombre. Le recordó a la que usaban los psicópatas en las películas de suspense cuando querían hablar con el policía a cargo de la investigación.

Observó la cinta y en ese momento reaccionó, se encaró a la pantalla con una mezcla de furia y terror.

—¡Una mierda! ¡Sácame de aquí! ¡Hijo de puta!

SÚBETE A LA CINTA DE CORRER

—¡No! ¡Sácame de aquí ya!

No hubo respuesta, salvo que el mensaje se mantuvo.

—¡No puedes obligarme!

La pantalla dejó de ser blanca unos segundos para dar paso a una fotografía.

Al verla, a Jan se le heló la sangre. Era una imagen de Zofia en un campeonato de ajedrez. La pantalla blanca volvió.

LO QUE NO HAGAS TÚ, LO HARÁ ZOFIA SÚBETE A LA CINTA DE CORRER

Las piernas de Jan estaban clavadas en el suelo como si se las hubieran enganchado con cemento. Miró la máquina de correr en el centro de la sala y, después, de nuevo a la pantalla.

LO QUE NO HAGAS TÚ, LO HARÁ ZOFIA.

—¿Por qué me haces esto?

La pantalla se mantuvo igual. Como si ese mensaje fuera suficiente respuesta para todas las preguntas que se hacía.

—A ella no le hagas daño —imploró con lágrimas en los ojos.

SÚBETE A LA CINTA DE CORRER

Jan bajó la cabeza y fue hasta la cinta. Sobre ella había un par de zapatillas deportivas. Eran rojas, a juego con su chándal. Jamás había visto unas como esas. No tenían lengüeta ni cordones. Se sentó en el suelo y se las puso, acto seguido, las zapatillas comenzaron a hincharse desde dentro hasta quedar adaptadas a los pies. En ese momento, supo que la persona que le estaba haciendo esto debía de tener mucho dinero, porque, aunque no estuviese puesto en moda deportiva, no eran normales, eran algún tipo de prototipo.

Se puso sobre la cinta, esperando indicaciones. Pero no las hubo. La máquina se encendió sola. Había una pequeña consola con una pantalla roja que marcaba la intensidad y una cuenta atrás. La cinta empezó en el nivel cinco

y, al lado, marcaba cincuenta y nueve segundos. Después de un minuto, la máquina se puso al seis. Jan podía mantener ese ritmo. Después de tres minutos, aferrado a las barras de sujeción, corría al nivel nueve. Creía que le iba a dar un infarto cuando, de pronto, la máquina volvió al cinco. Aguantó cuatro series antes de desmayarse.

2

Se despertó de nuevo en el colchón de silicona. Se sentó en el borde de la cama y miró hacia la pantalla, esta tenía un mensaje.

COME

Se puso de pie y miró a su alrededor, sobre la mesa había una fiambarrera de metal. «Cómo no», pensó. Junto a él había una cuchara. Era raro, sabía que llevaba días ahí encerrado, pero no tenía nada de hambre. Se sentó en la silla y abrió la tapa del envase. Al ver el contenido, su apetito no se acrecentó: era una especie de gelatina verde, similar a las que le gustaban a Zofia cuando era niña. La voz y la pantalla repitieron:

COME

«Llamar a esto comida es un puto eufemismo», pensó, pero no tuvo el valor de decirlo en voz alta. Agachó la cabeza y comió.

SÚBETE A LA CINTA DE CORRER

Jan observó la pantalla un segundo, no iba a volver a negarse, no quería poner en peligro a su hija.

Se subió a la máquina y empezó el entrenamiento de nuevo. Esta vez aguantó seis series y media antes de caer rodando contra el suelo.

«Mierda, me ha secuestrado un puto fanático del *fitness*», pensó, adormilado, antes de desmayarse.

CAPÍTULO 6

Ojos rojos

1

Al despertarse, Jan sintió el sol en la cara.

Abrió los ojos despacio. La última vez que había visto luz natural fue en diciembre, y sus pupilas tardaron en adaptarse. Cuando lo hicieron vio la hierba: verde, alta, crecida entre los adoquines rotos de su jardín. Olió tierra húmeda.

«¿Primavera?», pensó.

Una mosca se posó en su nariz. La espantó y, entonces, identificó el bosque que tan bien conocía, el jardín abandonado que había detrás de su casa.

Se levantó con una agilidad que le sorprendió. Miró hacia sus pies esperando encontrarse su gran panza, pero ya no estaba; solo vio un chándal Adidas de dos piezas, rojo con franjas blancas, y las zapatillas de deporte que había usado dos veces, o eso creía. Tiró de la cremallera hasta el final y dio con una camiseta blanca, se la levantó para ver su abdomen e, incrédulo, lo palpó con la mano y se sorprendió al notar que tenía músculos. Acto seguido, con el pulgar agarró la cintura elástica del pantalón y los calzoncillos y tiró para verse el pene.

«Ahí estabas», pensó sin saber cuánto tiempo hacía que no se lo había visto desde ese ángulo.

Al momento reparó en el sonido, era la brisa agitando las acículas de los pinos. Rápido, se palpó las orejas en busca de los audífonos, seguían ahí.

«¿Cómo he podido olvidar ese sonido?», pensó. No sabía lo que lo añoraba hasta haberlo recuperado. Oyó el viento golpear las ramas por primera vez en años. Una lágrima cayó por su rostro.

Se limpió la cara con las palmas y se dio la vuelta dispuesto a entrar en su casa, pero lo que vio lo dejó de piedra, aunque lo despertó de golpe.

El edificio estaba abandonado. Donde deberían estar las ventanas había enredaderas que entraban y salían del interior de la casa cubiertas por musgo y tierra. En el suelo había trozos de los marcos y cristales.

«¿Es mi casa?». «¿Qué ha pasado?». «¿Cuánto tiempo?».

Corrió hacia el interior, con la esperanza de encontrar respuestas. Entró por lo que quedaba de la puerta de la cocina. Aunque todos los muebles estaban podridos, reconoció el mobiliario. Cuando había heredado la casa había hecho una reforma radical para poder alquilarla bien de precio, pero ahí no había nada de lo que él mismo había comprado. Eran los muebles de sus padres, con los que él se había criado.

Caminó con pasos cortos y nerviosos hacia el salón. Al entrar se encontró lo mismo que en la cocina: muebles destruidos por las plantas y las goteras. Centró la vista en el viejo buró de su padre, que estaba abierto. El cajón del fracaso era el único que parecía no haber cedido. Jan sujetó con dedos torpes el pequeño pomo oxidado y tiró del cajón poco a poco. Estaba vacío.

Aturdido, salió a la calle para ver la fachada. Caminó con cautela entre los escombros y las plantas que habían levantado los adoquines de la entrada. Una vez fuera, observó el exterior del edificio: estaba igual de reventado que la parte del jardín, pero no había rastro de la pintada de Tomek. Solo el bosque reclamando lo que era suyo por derecho.

«Pero ¿qué coño está pasando?».

Giró la cabeza para ver si su coche seguía en su lugar. No estaba, pero en la entrada que separaba el camino de tierra de la propiedad había una mochila que destacaba entre todo lo que había visto hasta el momento: estaba limpia y era de un verde chillón, parecía nueva. Se acercó y se acuclilló frente a ella. Esta tenía una sola cremallera y ningún bolsillo pequeño. La abrió. En su interior había dos cartones de tabaco Lechuza. En su vida había visto esa marca. El logo era una lechuza con gafas de sol, en un fondo negro. Rebuscó en la mochila y dio con cuatro mecheros y un sobre cerrado que tenía impreso con la misma fuente de la pantalla donde había estado retenido:

PARA TI

Miró alrededor; la calle estaba desierta. Abrió el sobre y sacó un papel. Lo desdobló y vio la misma letra del sobre:

SI QUIERES SOBREVIVIR, NO TE QUITES LOS AUDÍFONOS
SI LOGRAS SOBREVIVIR, VOLVERÁS A TU MUNDO

Jan no entendía nada de lo que estaba pasando. Lo único que tenía claro era que quien le estaba haciendo eso era un hijo de la gran puta.

Se puso de pie de un salto y le sorprendió la agilidad con que lo hizo. Llevaba tanto tiempo pesando ciento veinte kilos que no estaba acostumbrado a hacerlo sin maldecir sus rodillas y aferrarse a algo para tomar impulso.

Sacó un paquete de cigarrillos del cartón, guardó el resto en la mochila y salió a la calle. Se paró en mitad de la vía y se giró con la esperanza de ver las luces de Navidad en casa del vecino. No reconoció el edificio, este era de un estilo más moderno, un cuadrado de paredes grises en el que, en vez de ventanas rústicas, había vitrinas. No había ningún coche en la calle y en la casa no parecía haber nadie.

Jan dio una calada al cigarrillo, le repugnó. Volvió a inhalar de todas formas, sabía que era cuestión de pocos cigarrillos recuperar el sabor habitual.

Caminó en dirección a casa de sus suegros, que vivían solo a cuatro calles; ellos sabrían más de lo que estaba sucediendo.

2

Durante el breve trayecto se había fijado en que algunas de las casas que él conocía ya no estaban, o había parcelas vacías o edificaciones diferentes. Por un lado, sentía que estaba en su ciudad, pero había tantos cambios que se sentía fuera de lugar.

No se encontró ni un alma por el camino. Dedicó el tiempo a pensar en su situación. Las dos opciones que le parecían más plausibles no tenían que ver con su secuestrador: había muerto y eso era el purgatorio o el infierno, o se había vuelto loco. Pero lo que sí tenía claro era que lo que le estaba sucediendo no lo podía haber hecho nadie. Lo de encerrarle en una habitación a hacer deporte tenía una lógica, pero rediseñar su ciudad lo veía imposible. Dentro de

lo que cabía, se sentía tranquilo. Supuso que era cosa de las drogas, o de estar muerto.

3

La casa de sus suegros siempre le había resultado pomposa, la típica de nuevos ricos. La habían construido desde cero y con mucho dinero a mediados de los noventa, simulando ser un palacete francés de dos plantas, con un cuidado jardín rodeado por caminos de adoquines. La fachada se pintaba de colores rojizos pastel, como mínimo, cada cinco años. El padre de Magda era un capullo integral, pero había sabido ganar mucho dinero durante la transición. El gusto no se podía comprar. Qué pena.

Jan se paró frente a la casa, no parecía haber ningún cambio en ella, eso lo tranquilizó. Abrió la verja y siguió por el camino de adoquines hasta la entrada principal. Esperó unos segundos con miedo a lo que pudiera encontrar en el interior. Llamó con los nudillos a la par que dijo en voz alta:

—¡Diana! ¡Leszek! ¿Hay alguien?!

A los pocos segundos, oyó varios pasos en el interior.

Ese fue el primer momento desde que había despertado en que sintió que todo era real, esperaba con ansia que se abriera la puerta y, tras ella, estuvieran su hija y su exmujer.

La puerta se abrió.

En opinión de Jan, sus suegros eran ricos de postín, y eso los hacía ridículos. Nunca había entendido cómo Magda había salido tan normal habiéndose criado con ellos. Diana, pese a sus excentricidades, era buena gente, siempre lo trató con cariño; en cambio, Leszek era de esos tipos de pose erguida y con un talento que Jan admiraba con sorna: era capaz de mirar a todos por encima del hombro, aunque le sacasen veinte centímetros; era probable que se debiese a su incapacidad de sacarse el palo del culo. Los dos tenían un aspecto cuidado; ella se hacía la manicura y las cejas dos veces al mes, él siempre con el mismo peinado y recién rasurado, con pantalones y camisas planchadas. Jan nunca los había visto ni en chándal ni en pijama, ni siquiera se dejaban visitar cuando estaban con un catarro, o todo perfecto o nada. Por eso la lastimosa imagen que se encontró tras la puerta le hizo dar un paso atrás.

Ellos estaban como siempre, salvo por los ojos rojos, como si tuvieran la peor conjuntivitis que hubiera visto jamás.

—¿Diana? ¿Leszek? —preguntó.

—Sí —contestó ella con una sonrisa que lo inquietó.

—¿Es... estáis bien? —preguntó con una mezcla de miedo y preocupación.

Ella miró detrás de él, como si esperara encontrar algo.

—¿Quién eres? —preguntó Leszek cortante.

Jan se quedó boquiabierto.

—¿Qué? Jan. Soy Jan.

—Y yo Leszek —dijo, poniéndose delante de su mujer, como si la protegiera—. ¿Qué quieres?

—Joder —protestó molesto, no recordaba haber soltado ningún taco frente a ellos nunca—. Soy tu yerno.

Los ancianos se miraron extrañados un momento, pero Leszek volvió a observarlo con una sonrisa vacía. Diana se puso delante de él y colocó la palma de la mano en su pecho para frenarlo. Ella tomó el control de la situación.

—Cariño —le dijo—, este niño está confundido. Pero no parece peligroso.

Después miró a Jan con sus ojos rojos y sonrió con una falsedad que no le había visto nunca.

«¿Qué es esto?». Todas las teorías de lo que le estaba sucediendo volvieron a su mente de golpe. Y la de estar muerto y en el infierno se volvió la más factible.

La anciana sonrió con más fuerza.

—Niño, pasa a nuestra casa. Seguro que lo ves todo más claro con una tacita de té.

Jan asintió. La mujer lo tomó del codo y lo hizo entrar.

La decoración de la casa era la misma de siempre, llena de figuritas de cerámica sin un ápice de polvo, aunque en la repisa no había fotos de sus hijos ni de sus nietos.

Diana lo llevó hasta la cocina y lo invitó a sentarse en la mesa. Leszek se quedó de pie y en tensión, dos pasos detrás de ella, mientras Diana encendía el calentador de agua. Luego se giró con una sonrisa que helaba la sangre.

—Niño, creo que estás confundido. No puedes ser nuestro yerno, no tenemos hijos.

Jan levantó la mirada para ver a la mujer.

—Vuestra hija se llama Magda.

—Bonito nombre, ¿no crees, Leszek? —miró a su marido con complicidad. Él le respondió asintiendo tenso.

—No miento —murmuró con la cabeza gacha.

—Lo sé —contestó ella, sentándose frente a él. Lo tomó de la mano—. Niño, en esta época que nos ha tocado vivir, no es raro que la mente nos juegue malas pasadas. No eres el primer crío perdido que veo. Todo ha cambiado desde... —no acabó la frase como hubiera querido—, desde que todo cambió.

Se puso de pie y fue hasta el fogón. En silencio, vertió el agua en una taza; estaba caliente, pero todavía sin hervir. Luego cogió un pote metálico y lo abrió. Echó un par de generosas cucharadas de hierbas secas en el agua.

—Mi madre me dio esta receta —dijo mientras ponía la taza en la mesa—. Es una mezcla de tés secreta —sonrió—, verás como te sientes mejor.

Jan estaba tan aturdido y hacía tanto que no recibía nada de cariño que no dudó, cogió la taza con las dos manos, sintiendo el calor entre los dedos. Le pareció percibir algo de anís. Miró a la mujer.

Ella asentía y dijo:

—Bébetelo de golpe y te sentará mejor.

Él lo hizo.

Una vez se lo terminó, todos se mantuvieron en silencio unos minutos. Jan estaba bloqueado. «¿Puede ser que esté loco?», nunca había conocido a nadie en un psiquiátrico. Pero nada de lo que había vivido en los últimos tiempos tenía ningún sentido ni lógica. Y la locura le parecía más factible que haber muerto e ido al infierno. Se puso de pie para observar el exterior desde la ventana, pero en ese momento las piernas le fallaron y cayó de bruces.

Diana se acercó a él sin perder la sonrisa, se quedó parada observándolo como si fuera un niño. Leszek, aún serio, se puso al lado de ella.

—Diana, cógelo de los pies y yo de...

Jan se desmayó.

CAPÍTULO 7

La Despensa

1

—Despierta —dijo una voz.

Lo primero que sintió Jan fue un dolor intenso en las muñecas y en las axilas. Abrió los ojos, todavía mareado. Vio que estaba en una despensa sin ventanas bastante amplia y vieja, iluminada por dos bombillas que colgaban del techo. En las paredes había estanterías metálicas con potes de cristal para conservas que parecían contener carne en salsa. Del techo colgaban ristras de embutidos: salchichas o morcilla. En el centro de la sala había una mesa de madera, sencilla y antigua, las vetas estaban abultadas por el paso del tiempo y más oscuras que el resto de la tabla. Sobre ella había unos cuchillos de todo tipo.

—¿Ya estás despierto?

Jan giró la cabeza, el cuello le dolía horrores; a su lado, en la oscura estancia, había un joven. Estaba en calzoncillos, atado con una cuerda por las muñecas a una viga del techo. Jan se despertó de golpe, miró sus manos y se dio cuenta de que estaba en la misma situación que él. Sus pies tocaban el suelo, pero al haber estado inconsciente y no haber podido cargar el peso en las piernas, los brazos se habían llevado la peor parte. Clavó las plantas de los pies en el suelo y se irguió, lo que le proporcionó un leve alivio en las extremidades, aunque la cuerda seguía tirando de él. Una mosca se posó un momento en su hombro y echó a volar.

—¡Despierta! —insistió el muchacho.

Jan lo volvió a mirar y lo reconoció en el acto, la última vez que lo había visto fue cuando hizo un grafiti en la fachada de su casa.

—¿Tomek?

El muchacho, que también parecía estar dolorido, hizo una mueca.

—¿Nos conocemos?

—Joder —espetó molesto—, soy tu profesor de Español.

El chico sonrió con amargura y miró al techo.

—Menuda mierda. No solo me secuestran un par de sociópatas, sino que encima me encierran con un viejo loco.

—¿Qué? —El cerebro de Jan tenía un límite para lo absurdo y desde que había despertado frente a su casa había sido un no parar.

Tomek lo miró con lástima.

—Creo que te has dado un buen golpe en la cabeza. Eso explica por qué no quieres matarme. Mi profesora de Español se llamaba Anna y espero no volver a verla nunca.

Jan se quedó en silencio. Todo era diferente, su casa, su calle, sus suegros no lo habían reconocido y ahora Tomek. Si quería saber qué pasaba tenía que adaptarse.

—Tomek, ¿dónde estamos?

—En el sótano de unos ancianos. Tenemos suerte de que sean viejos. Diría que estos dos solo son caníbales, así que tenemos algo de tiempo —dijo mientras miraba los pots de la despensa.

—¡Qué coño...!

Tomek lo miró sorprendido.

—Sí que te has dado un buen golpe. ¿Los viejos de arriba también te han dado un sartenazo en la cabeza o te han drogado? No veo que tengas sangre en la nuca.

Jan asintió mientras recordaba que se había mareado y caído contra el suelo.

—Bien —siguió Tomek—, pues te han drogado y te han traído.

—¿Y tú cómo has llegado aquí?

Tomek puso mirada perdida. Jan reconocía el gesto en él; durante las clases, cuando buscaba una palabra en su mente, siempre lo hacía.

—Me encontré a una vieja, más vieja que tú y menos que los de arriba. Confié en ella porque no tenía los ojos rojos y me aseguró que aquí había unos niños escondidos. Así que decidí venir a buscarlos y llevarlos con mi grupo. La cagué al venir solo.

—¿Una vieja?

—Sí, la muy puta me metió en esta trampa. Si la vuelvo a ver, te juro que me la cargo. No estaba infectada, igual que tú, por eso creí que era de fiar, pero no, era una pedazo hija de puta. La tía me golpeó con algo y me dejó tirado en la puerta de estos dos.

Jan se quedó en silencio. Nada tenía sentido. Miró a Tomek, este estaba haciendo algo con sus muñecas y la cuerda.

—¿Qué haces?

—¿Qué coño voy a hacer? No quiero terminar siendo una puta morcilla. Intento soltarme. Estos viejos no tienen ni puta idea de hacer nudos.

—¿De verdad crees que nos van a matar? —preguntó aterrado.

—Pues claro. Son caníbales, es lo que hacen —dijo—, solo espero soltarme antes de que vuelvan.

—¿Por qué son caníbales?

—Ya sabes cómo funciona: los menos viejos parecen salidos de la matanza de Texas y los más viejos del silencio de los corderos.

—¡No entiendo una mierda de lo que estás diciendo!

Tomek paró de forcejear con la cuerda y escrutó a Jan.

—¿De dónde coño sales tú?

—¿Caníbales? —preguntó contrariado.

—Sí, los que comen personas...

—Sé lo que es un puto caníbal, pero ¿qué coño tienen que ver con esto?

—En serio, te has dado una buena hostia en la cabeza.

A Jan nunca le había caído bien Tomek. No había hecho nada para merecérselo, salvo ser cortito en clase y coincidir con Jan en una etapa en la que no tenía paciencia. Pero este nuevo Tomek sí le estaba tocando los huevos. Su enfado se imponía al terror.

—Tomek, céntrate. —Su tono de voz fue tan autoritario que el muchacho paró—. No sé si me he dado un golpe en la cabeza o estoy como una puta cabra o, lo más probable, estoy muerto y esto es el infierno. Así que cuéntame lo que sabes, lo último que recuerdo es irme a mi casa en un mundo normal y hoy me he despertado en uno con caníbales. Ahora haz un puto esfuerzo y cuéntame qué coño está pasando.

Tomek sonrió, no estaba acostumbrado a oír tantas palabrotas en un adulto.

—No creo que estés muerto ni que esto sea el infierno... aunque lo de que estás loco es probable. Pero si quieres, te cuento cómo lo viví yo.

Jan asintió.

—OK. Todo empezó el quince de septiembre...

CAPÍTULO 8

QUINCE DE SEPTIEMBRE

1

Tomek estaba en clase de Física. No hacía ni dos semanas que había empezado el último curso, pero tenía claro que se lo iban a follar en el primer examen.

Filip, el profesor, era un gilipollas de manual. Era el típico que se comportaba como un amigo, si le seguías la corriente te trataba entre algodones, pero si no entrabas en sus dinámicas, que no tenían nada que ver con la física, te apartaba de la lección como a un apestado. A Filip le gustaba hablar de dos temas en especial, más allá de la física: su vocación de maestro y la política. Del primero hablaba con la solemnidad de quien ha nacido para guiar a los jóvenes por el camino del saber —Tomek quizás no fuera muy listo, pero veía a un farsante a leguas—. Del segundo lanzaba pequeños comentarios que servían para que sus estudiantes lo miraran desde su atalaya de superioridad moral —a Tomek le daba igual la política, pero le cargaba que la gente presumiera de ser buena persona cara a la galería y luego fuese un hijo de puta de puertas para adentro. Ya tenía suficiente con su padre.

Filip había escrito en la pizarra:

$$\partial^2 y / \partial t^2 = v^2 \cdot \partial^2 y / \partial x^2 + (1/\rho) \cdot \partial p / \partial x - \gamma \cdot \partial y / \partial t$$

Tomek observaba la fórmula. No tenía la menor idea de lo que era, pero si le hubieran dicho que se trataba de una lengua asiática se lo hubiera creído. Miró a su derecha y compartió una mirada cómplice con Antek, su mejor amigo; de hecho, el único.

Antek era un marginado en la escuela, por motivos diferentes a los de Tomek. Él era un tocapelotas profesional, sufría de una incontinenia verbal que le obligaba a protestar contra todo, en especial, con las tendencias de moda de sus compañeros y profesores. Tomek era el tonto de la clase que pasaba de todo y no hablaba mucho, pero con suficiente altura y musculatura

como para que nadie le tocara las narices por ello. Eran vecinos de bloque de toda la vida y siempre se habían llevado como hermanos. Además, Tomek le brindaba protección mientras que Antek lo dejaba copiar, ya que tenía más habilidad que su amigo para los estudios.

Tomek miró por la ventana al cielo, estaba tan nublado que ni se intuía dónde se encontraba el sol. Filip se calló y la clase se quedó en absoluto silencio. Tomek volteó la cabeza para ver a su profesor; este se había quedado parado, como en pausa, con los ojos abiertos como platos. Los estudiantes se miraban entre sí contrariados, se escuchaban algunas risas nerviosas.

Los ojos de Filip se tornaron rojos de golpe y, entonces, reaccionó. Se giró hacia su escritorio, cogió un lápiz y se volvió hacia la clase. La estudiante que tenía más cerca era Laura, una buena empollona, de esas que no agradan a nadie, pero tampoco molestan. Filip dio un paso hacia ella y, sin mediar palabra, agarró el lápiz como si fuera un puñal. Todos en clase contuvieron el aliento. Tomek, inmóvil, casi hipnotizado, siguió con la mirada el lápiz. Filip le asestó el arma en el cuello a Laura. Al sacarlo empezó a brotar sangre.

Tomek, junto a alguno de sus compañeros, se puso en pie de golpe y dio un paso hacia atrás. La muchacha cayó al suelo mientras convulsionaba, pidiendo ayuda con la mano. Se oyeron algunos gritos, Tomek no identificó de quién se trataba. Filip, que aún empuñaba el lápiz en la mano empapada en sangre, buscó con la mirada al estudiante que tenía más cerca, Kuba, que seguía petrificado en el asiento. Filip comenzó a caminar hacia él.

Tomek corrió hacia su profesor y lo empujó. Este se volvió hacia él con los ojos rojos y lo atacó.

—¡Tomek! —gritó Antek. Él no era ni de broma tan fuerte como su amigo, pero no lo iba a dejar solo frente a un psicópata.

El profesor se volteó y levantó el lápiz para recibir a Antek, momento que Tomek aprovechó para agarrar el brazo de Filip y abrazarlo por la espalda para inmovilizarlo.

De pronto, la puerta de la clase se abrió, era el conserje de la escuela. Al verlo, una estudiante fue corriendo hacia él.

—¡El profesor ha matado a...! —No terminó la frase.

El conserje, cuyos ojos también estaban rojos, le asestó un hachazo en el pecho. Cuando la chica cayó al suelo ya estaba muerta.

Durante un instante el mundo se paró para Tomek. No entendía nada de lo que pasaba, solo oía los lloros y los gritos de auxilio de sus compañeros, y veía

las manchas de sangre por la sala. Lo único que tenía claro era que había que salir de la escuela cagando leches. Empujó a Filip con todas sus fuerzas contra la pared que tenía más cercana, este rebotó para caer contra el suelo.

—¡Antek! —gritó con fuerza para que le escucharan todos en la sala—. ¡Tenemos que salir de aquí!

Tomek agarró una silla y la lanzó con todas sus fuerzas contra el conserje. Aprovechando que este perdió el equilibrio por un segundo, Tomek le asestó un puñetazo en el rostro y agarró el hacha.

Salieron por la puerta. En el corredor central había varios cadáveres de estudiantes y otros que corrían en todas direcciones; se escuchaban gritos desde el interior de las otras aulas.

De pronto, al final del pasillo apareció Anna, la profesora de Español. Era de esas que enamoraba a sus alumnos, joven, atractiva y muy vital, pero en aquel momento solo había ojos rojos y unas tijeras. La mujer soltó un grito de los que nacen en la garganta y corrió hacia Tomek, que encabezaba el grupo. Él nunca había pegado a una mujer; se quedó bloqueado. Por suerte para él, Melania, su compañera, se quitó la mochila de la espalda de un movimiento, la agarró de un asa y con ella golpeó a la profesora en cuanto se acercó. La fuerza del mochilazo y la velocidad de la profesora hicieron que esta cayera de bruces.

Anna estaba bocabajo cuando se volteó con dificultad; tenía las tijeras clavadas en el pecho, le costaba respirar y, aun así, miraba con odio a sus estudiantes desde el suelo.

—Yo no quería... —balbuceó Melania, que estaba temblando.

Antek la tomó de los hombros y le dijo:

—No has hecho nada malo, nos has salvado. Y ahora tenemos que salir de...

Una de las puertas de las aulas se abrió y salieron corriendo más estudiantes con salpicaduras de sangre. El grupo de Tomek empezó a huir en todas las direcciones, momento en que Antek y Tomek hicieron lo propio.

2

El instituto no estaba en una zona concurrida, aunque eso no impidió que el caos se desatara con rapidez. En la calle los adultos que trabajaban allí

atacaban a los estudiantes sin ningún tipo de contención. Los jóvenes se dispersaron en estampida, empujándose, gritando y tropezando unos con otros. Algunos profesores, cansados de usar lápices y bolígrafos como armas improvisadas, habían ido al aparcamiento, se habían subido a sus coches y ahora cazaban estudiantes como si aquello fuera el GTA V.

Los vecinos de las casas cercanas tampoco fueron una excepción. Corrían por las calles blandiendo herramientas de jardinería. Antek y Tomek, que vivían cerca del instituto, se metieron en el bosque: el profesor de Música acababa de atropellar a dos estudiantes de primero y parecía haberlos visto. Corrieron sin mirar atrás hasta llegar a su bloque, al otro lado de los árboles.

3

Era un edificio de cuatro plantas, con cinco apartamentos por piso. Tomek lo miró con miedo. No sabía qué se iban a encontrar dentro, pero fuera no estaban a salvo.

Subieron juntos hasta la segunda planta. Antek se dirigió a su apartamento y Tomek subió dos pisos más hasta el suyo. Acordaron que echarían un vistazo rápido y que el que terminara antes iría a buscar al otro.

Tomek sacó las llaves del bolsillo y abrió la puerta. Desde la muerte de su madre, hacía ya cinco años, el umbral de su casa no se le había hecho tan difícil de cruzar.

Al entrar vio a su padre sentado en el sofá, medio adormilado, mirando la televisión. Tomek cerró la puerta con cuidado y avanzó por el pasillo en silencio. Cuando llegó al salón, su padre levantó la vista, se puso de pie y se acercó despacio.

A Tomek le dio tiempo de ver sus ojos. Rojos. Iguales a los de todos los adultos desde que había salido del instituto.

Su padre le soltó un bofetón con tal fuerza que lo tiró al suelo. Tomek se quedó unos segundos sin entender nada. No sabía si su padre también estaba infectado por aquella rabia inexplicable o si era el mismo cabrón de siempre.

Se le echó encima, se puso de rodillas sobre su pecho y lo inmovilizó. Cerró el puño y empezó a golpearle la cara. Tomek se cubría como podía con los brazos, pero el hombre que lo estaba apaleando ya no era su padre. Él siempre

había sabido cómo golpear, dónde hacerlo para no dejar marcas visibles. Aquel hombre pegaba con una violencia que Tomek jamás había visto.

Había recibido muchas palizas a lo largo de su vida, no obstante, nunca le había devuelto un golpe a su padre. No se sentía capaz. Ahora estaba en el suelo, sangrando por la nariz, cuando el adulto se levantó y recorrió el salón con la mirada iracunda hasta que encontró un viejo candelabro que había sido de su madre. Lo agarró por la parte menos gruesa y se volvió hacia Tomek, empuñó el arma y, en un movimiento frío, alzó el brazo dispuesto a reventarle el cráneo a su hijo.

Tomek rodó sobre sí mismo y esquivó el primer golpe. Por primera vez en su vida, se defendió, pateó con desesperación y consiguió ponerse en pie. Corrió hacia la cocina mientras aquel hombre lo seguía con paso lento pero firme, como un depredador ante una presa herida y sin escapatoria, blandiendo el candelabro.

Ya en la cocina, abrió un cajón y agarró el primer cuchillo que encontró. Era el del pan. Con la mano temblorosa lo levantó y lo apuntó hacia su padre, no para dañarlo, sino para asustarlo.

—Por favor... no lo hagas —musitó.

El adulto lo ignoró. Le lanzó un golpe brutal con el candelabro que le dio en el hombro y lo hizo caer de nuevo al suelo.

Su padre se lanzó hacia él a bocajarro y Tomek levantó el brazo por puro instinto. El cuchillo se clavó en el esternón. Aun así, el hombre siguió empujando, aplastándolo con su peso, intentando estrangularlo con las pocas fuerzas que le quedaban. Parecía que ignoraba sus heridas.

Tomek gritó con desesperación, su padre trataba de ahogarlo con las manos sin fuerza y él no podía soltar la empuñadura, sin más alternativa que ver cómo el hombre se desangraba sobre él hasta que, al fin, dejó de respirar.

Nunca sería capaz de precisar si fueron segundos, minutos u horas el tiempo que padre e hijo estuvieron en esa postura. Tomek, cuando ya no pudo soportar el hedor del cuerpo, gritó y reptó, dejando tras de sí un camino de sangre, hasta la pared del fondo.

Se sentó apoyando la espalda en la pared y miró al maltrecho cadáver.

—Papá...

Después de comprobar que no había nadie en su casa, Antek caminaba en silencio por los corredores del edificio en dirección al apartamento de su amigo. Las puertas estaban cerradas a cal y canto. Kamienna Puszca era una ciudad dormitorio de Varsovia, era normal que a esas horas no hubiera gente en el edificio.

Cuando llegó al piso de Tomek, encontró la puerta entreabierta.

Antek la empujó despacio. Dentro se oía un llanto. Bajó la vista, contuvo la respiración y avanzó por el pasillo. Al girar hacia la cocina lo vio.

El cadáver del padre de Tomek yacía en el suelo, con un cuchillo clavado en el pecho. Los ojos abiertos y rojos.

Antek recorrió la habitación con la mirada hasta encontrar a su amigo. Tomek estaba sentado frente al cuerpo, al otro lado de la cocina. Tenía la ropa empapada de sangre y la cara cubierta con las manos.

Antek corrió hacia él y se dejó caer a su lado.

—¿Qué ha pasado?

Tomek levantó la cabeza. Tenía los ojos hinchados, la mirada rota.

—Yo... yo no quería hacerlo.

Antek se giró hacia el cadáver. El hombre seguía mirándolos, incluso muerto. Volvió la vista hacia Tomek y lo agarró por los hombros.

—No ha sido tu culpa. Esto no es culpa tuya.

Desde que su madre había muerto, su padre se había hecho *cargo* de él, si es que podía llamarse así. No tenía paciencia, ni afecto, ni nada que se pareciera lo más mínimo a un instinto paternal. Tomek había sido su saco de boxeo, el lugar donde descargar toda su frustración.

Ahora ya no importaba. Nada importaba más que salir de allí.

—Tenemos que irnos —dijo Antek—. Pueden venir más.

Tomek asintió. Se puso en pie, se secó las lágrimas con la manga y salió del piso junto a su amigo sin mirar atrás.

Pasaron el resto del día escondidos entre los árboles del bosque, sin saber dónde ir, lejos de los adultos. Antek llamó a su madre.

—¿Mamá? —preguntó, deseando que no estuviera infectada.

—Te voy a matar. Debería haberte abortado...

Antek colgó sin poder contener el llanto. Ella siempre había sido su apoyo, era una buena mujer.

A media tarde, sonó una alerta de WhatsApp en el móvil. Era el grupo de clase, Melania decía: «Mi madre ha intentado matarme». Ese fue el único mensaje que recibieron de sus compañeros de clase, el resto nunca volvió a dar señales de vida. Melania fue la única superviviente, por lo que supieron después. Quedaron con ella en una vieja fábrica abandonada donde los estudiantes solían beber los sábados por la tarde.

Al llegar se dieron cuenta de que no habían sido los únicos que habían tenido la misma idea. Había algunos niños y adolescentes. Todos habían llegado allí por el mismo motivo: era un lugar al que sus padres siempre les habían prohibido ir. Y, de algún modo, eso significaba que allí aún podían estar a salvo.

CAPÍTULO 9

Nudos

1

—Y eso pasó hace seis meses —dijo Tomek mientras seguía maniobrando con las muñecas para aflojar las ataduras.

No lo había contado todo. En líneas generales, sin embargo, había relatado lo esencial: el día en que los adultos se volvieron locos.

Jan miraba al frente, a la pared húmeda del sótano, como si esperara que de allí saliera alguna respuesta. No sabía cómo había llegado a ese lugar donde las reglas de la civilización que conocía habían desaparecido. Abuelos caníbales, adultos asesinos y niños comportándose como insurgentes de la Segunda Guerra Mundial.

—Eso no tiene lógica —dijo—. Yo soy adulto y no quiero matarte.

Tomek soltó una risa seca.

—Ni la puta vieja que me encontré esta mañana, que tampoco tenía los ojos rojos, como tú. Y aquí estoy —añadió con sorna—, atado en este puto sótano, esperando a que lleguen los caníbales.

Le sorprendía la naturalidad con la que Tomek contaba las cosas, como si fuera normal que una pareja de ancianos excéntricos hiciera carnicería humana. La mosca se posó en la nariz de Jan. La espantó con un brusco movimiento de cabeza.

—¿Y nosotros qué vamos a hacer...?

En ese momento, se oyó el ruido de una cerradura y la puerta se abrió. La pareja de ancianos entró en el sótano. Leszek estaba serio, pero Diana tenía una sonrisa ansiosa.

—¡Leszek! ¡Diana! —trató de llamar la atención Jan.

Ellos lo ignoraron. La mujer fue hasta la mesa y pasó la mano sobre los cuchillos que tenía en perfecto orden, acarició los mangos hasta decantarse por el deshuesador. Se acercó a Jan, que trató de alejarse unos centímetros de ella; sus ataduras no daban para más.

Diana paseó el filo cortante por el cuerpo definido de Jan. Empezó por el pectoral izquierdo hasta llegar a la boca del abdomen, ejerciendo presión sobre la piel, pero con cuidado de no dañarla. Fue tanteando el cuerpo hasta llegar al cinturón de adonis. Entonces miró a su presa a los ojos mientras se relamía el labio.

—Mi niño, tienes un cuerpo hermoso, no sabes lo que voy a disfrutar separando tus músculos de los huesos.

—Señora —se burló Tomek, señalando a Jan con la cabeza—, este niño ya se peina las canas de los huevos.

Diana, molesta, lo ignoró y siguió hablando con Jan:

—De ti sacaremos muy buen solomillo y del maleducado de tu compañero unos cuantos embutidos y conservas. Pero quiero que sepas que soy una cocinera formidable y nunca desaprovecho...

Tomek sonrió y dio un golpe seco con las muñecas.

—*Voilà* —dijo, mostrando las manos liberadas—. Ya lo decía yo, no tenéis ni puta idea de hacer nudos.

Antes de que Diana pudiera reaccionar, Tomek la agarró de la muñeca donde portaba el arma, le soltó un rodillazo en las costillas y la lanzó contra el suelo. Leszek se lanzó sobre él, pero, dado que era un anciano, Tomek no tuvo ningún problema para plantarle un puñetazo en la cara. El hombre cayó de espaldas.

Fue hasta la mesa, cogió uno de los cuchillos preparados y regresó junto a Jan. Cortó las cuerdas y este quedó libre.

—Vámonos cagando leches.

La ropa estaba amontonada detrás de la puerta. Se vistieron como pudieron. Mientras lo hacían, Tomek se quedó sorprendido al ver el cuerpo del adulto: los pectorales y el vientre estaban hipermusculados, definidos, le recordó a los videos de *fitness* que le salían en los *reels* de TikTok.

—No sé dónde coño has estado estos últimos meses —dijo—, pero pareces recién salido de una competición de culturismo.

Jan miró su cuerpo. Sí, estaba fuerte. Lo que más le sorprendía era estar depilado; siempre había sido muy peludo. Aun así, en ese momento su antiguo cuerpo y su cambio físico le parecían algo tan lejano que no merecían atención. Solo quería salir de ese sótano. Se puso el chándal rojo, la mochila y respiró hondo. Tomek le pasó un cuchillo.

—Vamos a salir —dijo—. Tú sígueme, puede haber más adultos fuera. — Jan miró el arma con aprensión. No tenía ninguna intención de apuñalar a nadie, por muy caníbales que fuesen—. Pero antes, ata a la vieja.

Jan no dudó. Le pareció mejor idea atarlos que dejar que Tomek siguiera actuando como si aquello fuera lo más natural del mundo. Los viejos habían abandonado su calma enfermiza y ahora se retorcían en el suelo, gruñendo, intentando arañar y morder como animales heridos. Jan cogió un trozo de cuerda, dio la vuelta a la anciana y la ató de manos y pies, mientras Tomek hacía lo mismo, con menos delicadeza, con el hombre.

Cuando los dos ancianos quedaron boca abajo, profiriendo insultos y amenazas, Tomek sonrió.

—Menuda mierda de nudo has hecho —dijo, señalando con la cabeza el de Jan.

—Oye, no estoy acostumbrado a atar gente —se defendió.

—No te preocupes. Solo hay que practicar.

Jan, sin embargo, sí que estaba preocupado.

—¿Qué vas a hacer con ellos?

Tomek los miró un segundo.

—Nada. Los dejamos aquí y nos largamos echando hostias.

La respuesta dejó a Jan estupefacto, lo que hizo que Tomek continuara:

—A ver, ¿pensabas que iba a matarlos?

—Joder —respondió Jan—, por cómo los has tratado... pensé que sí. Que ibas a matarlos y tendría que impedirlo.

—No. Yo no mato gente —dijo Tomek—. Al menos, si puedo evitarlo. Los dejamos atados y nos vamos. Punto.

—¡Os encontraremos! —gritó el viejo—. ¡Y os cortaremos en pedacitos!

Tomek lo miró y sonrió.

—No te vengas arriba, campeón, para eso primero tendrás que recuperar la cadera. Porque me parece que vas a necesitar un andador mucho tiempo.

Se puso de pie, se limpió las palmas de las manos chocándolas entre sí y miró a Jan.

—No te conozco. No me fío de ti. Eres adulto. Pero no puedo dejarte aquí. Así que, si quieres vivir, mueve el culo y ven conmigo.

Jan se levantó y miró a los ancianos. Hasta ese momento solo había visto dos caníbales psicópatas y un chico que parecía convencido de lo que contaba. Y, por ahora, todo encajaba con lo que él había dicho. Sin dudarlo más, asintió.

El último en salir de la habitación fue Tomek, que dejó la puerta abierta. Aquello sorprendió a Jan. Le resultó extraño que alguien capaz de desplegar tanta violencia tuviera el gesto de dejarles una salida, aunque fuera mínima: para gritar, para arrastrarse, para que alguien pudiera oírlos. No encajaba del todo con la imagen que se había hecho del joven superviviente, pero decidió no preguntar y lo siguió.

CAPÍTULO 10

Bajo el bosque

1

En cuanto salieron al jardín trasero de la casa, se detuvieron unos segundos para asomarse a la calle. No había nadie. Ni coches circulando ni personas. Aprovecharon la oportunidad y salieron corriendo hacia el bosque. Era una de las pocas ventajas de que todo aquello estuviera ocurriendo en Kamienna Puzzcza: una ciudad donde los límites entre lo urbano y lo salvaje siempre habían sido difusos.

Una vez dentro del bosque, ya más tranquilos, redujeron el paso y comenzaron a caminar despacio.

—¿Y ahora dónde vamos? —preguntó Jan.

Tomek no respondió de inmediato. Jan lo miró de reojo.

—No, ahora las preguntas las haré yo.

—¿Y qué quieres saber? —replicó, mirando hacia atrás.

—Para empezar, quiero saber de dónde coño sales tú.

Jan respiró hondo. El Tomek que él conocía en clase era muy retraído, siempre tenso e incómodo, y muy parco en palabras. Esta versión con la que trataba ahora era muy segura de sí misma y con una capacidad de decir tacos que superaba a la suya propia.

—La verdad es que no lo recuerdo. Me fui a dormir a mi casa... —dijo, haciendo memoria—. Y lo único que sé es que me secuestraron y me torturaron. Y me obligaron a hacer deporte —añadió como si hubiera sido lo peor—. Lo último que recuerdo es que esta mañana me he despertado tirado en el jardín de mi casa... o lo que quedaba de ella. Estaba abandonada, desde vete a saber cuándo.

Tomek lo miró como si acabara de contarle un chiste malo.

—Joder. Esa es la historia más absurda que he escuchado en mi vida.

Jan sonrió, una mezcla de confusión y pesadumbre.

—La tuya es mucho mejor: todos los adultos se han vuelto locos y caníbales. Eso es menos creíble. —No lo decía del todo convencido. Había visto cosas suficientes como para no descartar la versión del chico tan rápido—. Así que solo veo dos opciones. O estoy loco y me estoy imaginando todo esto... o el psicópata que me secuestró me mató y este mundo es una especie de infierno o purgatorio.

Tomek soltó una carcajada corta.

—Tranquilo, esto no es el infierno, aunque lo parezca. Lo de que estés loco es más probable. —Jan frunció el ceño—. Quizá antes imaginabas un mundo que no existía —teorizó Tomek— y ahora te has curado. Pero menuda mierda de momento has elegido.

Soltó una risa por su propia ocurrencia.

Lo extraño era que Jan no se sentía nervioso. Era como si siguiera drogado. Había sido secuestrado, torturado y llevado a un mundo digno de una película de serie B, y, aun así, caminaba por el bosque con una calma inquietante, siguiendo a un chaval armado con un cuchillo y tomándose todo con una indiferencia que le resultaba ajena. Estaba seguro de una cosa: le habían metido tantas drogas que le habían alterado la percepción de la realidad.

—Vale —dijo al fin—. Pero dime una cosa más. ¿Dónde coño vamos?

Tomek gruñó, aunque terminó respondiendo:

—Nos escondemos en las cloacas. Están abandonadas.

—¿En las cloacas? —repitió Jan—. Tiene lógica —pensó en voz alta.

Jan recordó que, durante la Segunda Guerra Mundial, los insurgentes se habían escondido en el alcantarillado de la ciudad para luchar contra los nazis. Con los años, aquel sistema había quedado obsoleto y se había sustituido por otro más moderno. Los del ayuntamiento, siguiendo su tónica habitual de hablar sobre gilipolleces y no hacer nada, debatieron sobre convertir los túneles antiguos en una atracción turística, pero Varsovia estaba demasiado cerca y sus cloacas eran mucho más espectaculares, así que el proyecto nunca prosperó. Los túneles llevaban décadas abandonados.

—¿Y cómo conseguís comida? —preguntó Jan—. ¿Cómo sobrevivís si no podéis estar cerca de adultos?

Tomek se rio. Caminaba relajado, como si aquel trayecto fuera parte de su rutina.

—Te lo explico luego con el resto de mis colegas.

Jan miró hacia atrás. Las casas ya no se veían; el bosque las había devorado por completo. Que Tomek hiciera planes con él para luego no le tranquilizaba en absoluto. Observó la pose despreocupada del muchacho, su forma macarra de moverse, y recordó por qué lo había odiado tanto cuando era su alumno. Porque, aunque este nuevo Tomek parecía más resolutivo y peligroso, seguía siendo un rato gilipollas.

2

Tomek se acercó a la linde del bosque, a una carretera secundaria de Kamienna Puzcza donde había algunas casas dispersas y una acera tan estrecha que apenas servía para algo. Miró a ambos lados para asegurarse de que no pasaba nadie.

—Rápido —susurró—. Tú primero.

Abrió la mochila y sacó una pequeña palanca. Jan cruzó la carretera sin mirar atrás. Tomek volvió a revisar la calle y se movió con rapidez hasta la acera, donde estaba la tapa de una alcantarilla. Introdujo la palanca en el orificio y tiró con fuerza hasta levantarla.

—¡Venga, entra! —le apremió.

Jan se acercó y miró al interior. Era un tubo vertical con unas varillas de metal corrugado dispuestas en forma de escalera.

—¡Métete, joder, antes de que venga alguien!

Jan se dejó caer dentro y empezó a bajar por la escalerilla. Acto seguido, Tomek descendió tras él y cerró la alcantarilla con un golpe seco. Cuando Jan tocó el suelo, más por intuición que por otra cosa, dijo:

—No veo una mierda.

Sintió entonces cómo Tomek daba un pequeño salto a su lado. Oyó cómo se abría una mochila y, de pronto, una luz cortó la oscuridad. Tomek le mostró la linterna.

—Tú sígueme.

El chico comenzó a caminar con paso decidido por el túnel, que era circular y parecía no tener fin. Las paredes, hechas de ladrillo húmedo, no ofrecían ninguna línea recta clara. Avanzar resultaba incómodo; el suelo era irregular y

resbaladizo. Jan tenía que apoyarse con las manos para no caer, mientras que Tomek avanzaba con una seguridad que solo podía venir de la costumbre.

3

Llevaban apenas diez minutos caminando cuando Jan sintió un escalofrío. Se le erizó el vello de la nuca; había otra linterna encendida y moviéndose al final del túnel. Tomek, en cambio, se detuvo con calma.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

Una voz respondió detrás del fogonazo de luz.

—Soy Antek. ¿Dónde te habías metido? Llevamos toda la noche sin saber de ti. Llevo buscándote desde...

La frase se cortó en seco al ver que Tomek no estaba solo. La linterna iluminó a Jan y la voz soltó un grito instintivo.

—Tranquilo —intervino Tomek de inmediato—. Es un adulto, pero no está... infectado —dijo a falta de una palabra mejor.

Antek lo enfocó con su linterna de lleno a los ojos, como si estuviera examinando un animal raro.

—Joder... si es viejo —dijo al comprobar que sus ojos eran normales—. ¿Cómo puede ser?

Jan se fijó en Antek. «Mierda», pensó al ver al muchacho: rubio, bajito y con el pelo peinado y engominado. Llevaba un chaleco fino beige de pico; por debajo asomaba una camisa pulcra, unos pantalones caqui planchados y unas botas altas, como si fuera a hacer hípica. Sobre la cabeza, una boina ladeada. Ese chaval estaba más cerca de irse de cacería con el marqués de Salisbury, escopeta al hombro y perro de caza incluido, que de vivir en un mundo apocalíptico.

Lo reconoció en el acto. Nunca había sido su estudiante, pero en su mundo el chaval era una leyenda: una fuente constante de quejas en la sala de profesores. Si hubiera habido una encuesta entre los docentes, el muchacho habría ganado sin duda el galardón al capullo del año.

—No lo sé, creo que está un poco loco —dijo Tomek. Antek frunció el ceño, incómodo, pero no dio un paso atrás. —No parece peligroso —añadió—. Más bien está perdido. No tenía ni puta idea de lo que había pasado cuando me lo encontré. Volvamos al refugio y os lo cuento todo.

—Mierda —se quejó Antek—, ¿sabes que Zuzanna se va a molestar cuando vea a este?

—Como si necesitara motivos para cabrearse conmigo —bromeó—. Vamos, que tengo hambre.

Antek tomó la delantera, marcando distancia con Jan. No quería estar cerca del adulto, algo que Jan agradeció. Juntos, los tres se internaron de nuevo en los túneles.

CAPÍTULO 11

Los audífonos

1

Zuzanna ordenaba los fármacos por enésima vez. No era necesario, pero, aun así, volvía a colocar las cajas por orden alfabético, revisaba fechas de caducidad y comprobaba que cada ampolla estuviera en su sitio. Cuando terminaba, empezaba de nuevo. Había algo del apocalipsis que jamás habría previsto: el aburrimiento. No los infectados ni la violencia. Lo que nunca imaginó fue el tedio que se extendía entre salida y salida; por cada hora de peligro había dos días de silencio. Durante las horas vacías, pensar era lo único peligroso, y ella hacía todo lo posible por mantenerse ocupada para no preguntarse qué estaría ocurriendo en la superficie.

Era la mayor de los que conocía que no se habían infectado, o, al menos, eso creía. Tenía veintidós años y estaba en tercero de Medicina cuando todo empezó. A veces repetía ese dato en su cabeza, como si todavía perteneciera a una vida real.

El día del colapso volvía de la facultad en autobús. Lo recordaba con nitidez: el conductor frenó en seco. Zuzanna, que estaba sentada al final, levantó la cabeza de su libro de anatomía y miró hacia la cabina.

El conductor y los cuatro ancianos que viajaban con ella se habían puesto de pie. Estaban erguidos, como si una fuerza invisible cargara sus músculos de tensión. Miraban con fijeza hacia ninguna parte; parecía que estuvieran en trance.

—¿Perdón? —preguntó, sin saber qué más decir.

Las cinco personas se giraron hacia ella con un gesto que la puso en alerta. Tenían los ojos tan rojos que apenas se distinguían las pupilas. Entonces se lanzaron sobre ella.

Apenas tuvo tiempo de reaccionar. Sin entender lo que sucedía, trató de forzar la última puerta del autobús para escapar. No cedía. Los ancianos

avanzaban despacio, pero sin detenerse.

Miró a su alrededor hasta dar con el martillo de emergencia y reventó el cristal a pocos segundos de ser atrapada. Tropezó con el marco y cayó de bruces. Ignoró el dolor, se puso en pie y echó a correr.

Antes de internarse en el bosque alcanzó a ver a varios adultos pateando el cadáver de un niño en plena calle, todos con la misma mirada roja y vacía. Cualquiera otro día se hubiera enfrentado a ellos o llamado a la policía desde su móvil, pero el miedo la empujó hacia los árboles, y no volvió a mirar atrás.

Desde entonces vivía en las viejas cloacas de la ciudad. Se habían dividido en dos grupos: los más pequeños y algunos adolescentes de dieciséis años se habían quedado en un refugio improvisado en las afueras, mientras que los mayores vivían en otro en el subsuelo de la ciudad. Ellos se encargaban de las necesidades prácticas: buscar medicamentos, comida, velas, herramientas... Mantenerse con vida, básicamente. Pero la mayor parte del tiempo, incluso allí abajo, lo que predominaba era el aburrimiento.

Levantó la vista y vio a Melania en su rincón habitual, sentada sobre el saco de dormir, con la espalda apoyada en una taquilla oxidada y una novela entre las manos. No sabía cómo podía concentrarse en la lectura mientras miles de psicópatas habitaban sobre sus cabezas. Melania había leído esos libros decenas de veces; no tenían acceso a nada nuevo, pero, aun así, parecía capaz de abstraerse, de construir una muralla invisible entre ella y la realidad. Zuzanna la envidiaba.

Miró el reloj de su muñeca. Hacía casi veinticuatro horas que Tomek había desaparecido y la ansiedad la estaba torturando. No era la primera vez que el muchacho se largaba sin avisar a «explorar el mundo», como decía él con esa mezcla de arrogancia y entusiasmo que tanto la irritaba. Solo era cuatro años menor que ella, pero Zuzanna se sentía una anciana a su lado. Cargaba con la responsabilidad de los dos grupos y con el peso de cada decisión, mientras que Tomek parecía tomarse el apocalipsis como unas colonias prolongadas. Era útil en las salidas por suministros, rápido y valiente, pero indisciplinado hasta el extremo. Iba y venía cuando quería, como si nada pudiera alcanzarlo. Por suerte, estaba Antek, el único capaz de contener a Tomek.

Volvió a revisar el reloj y apretó la mandíbula. «Como le haya pasado algo, lo mato», pensó mientras golpeaba los nudillos contra la mesa oxidada.

Entonces oyó el ruido.

No era el goteo lejano de las tuberías ni el eco habitual del metal dilatándose. Eran pasos. Claros y apresurados, acercándose por el pasillo principal.

Melania cerró el libro sin decir nada y se puso en pie. Zuzanna ya estaba corriendo hacia la puerta. La sala en la que vivían había sido, en otro tiempo, una zona de descanso para los trabajadores de las cloacas: mesas ancladas al suelo, taquillas oxidadas, una pequeña estancia lateral con canalizaciones y una puerta hermética que podía sellarse desde fuera. El suelo estaba cubierto de sacos de dormir, un hornillo eléctrico y varias cajas con comida y agua. Dos accesos, demasiado expuestos para su gusto.

El ruido volvió a escucharse. Zuzanna giró la manivela de la puerta y la abrió de golpe.

Tres figuras emergieron del corredor oscuro.

La primera era Antek, con la linterna en alto y el pelo engominado reflejando la luz. Detrás de él iba Tomek. Y tras ambos, medio cegada por el haz de luz, distinguió la silueta de alguien más alto, más ancho de hombros, vestido con un chándal.

Un adulto.

Palideció de golpe.

Tomek corrió hacia ella.

—Tranquila —dijo con urgencia—. No está infectado. —Se inclinó hacia su oído—. Pero tenemos que hablar. Esto lo cambia todo.

2

Se sentaron todos alrededor de la mesa metálica, iluminados por la luz amarillenta de unas velas. Nadie interrumpió a Tomek mientras relataba lo ocurrido. Zuzanna cruzó los brazos y lo dejó hablar, aunque por dentro le hervía la sangre.

Tomek explicó cómo, durante una de sus exploraciones improvisadas, se había encontrado con una anciana en las afueras. Según él, parecía astuta pero inofensiva. La mujer le había hablado de unos niños escondidos en una casa cercana, solos, asustados y sin comida. Tomek decidió comprobarlo por su cuenta. Lo dijo como si fuera una decisión razonable. Como si no implicara un riesgo absurdo. La casa resultó ser una trampa: la anciana le golpeó la cabeza a traición y Tomek se despertó atado en el sótano.

—Y a mi lado estaba este —concluyó, señalando a Jan con un leve movimiento de cabeza.

Hubo un breve silencio.

—Tú eres subnormal —dijo al fin Zuzanna, sin elevar la voz, pero con una dureza que hizo que incluso Melania levantara la vista—. ¿No se te ocurrió que podías venir aquí y decirnos dónde ibas?

Tomek sonrió.

—No parecía peligroso. Solo quería reconocer el terreno. Luego hubiera venido... Si no fuera porque esa loca me golpeó la cabeza...

Dejó la frase en el aire, como si aquello lo justificara todo.

Zuzanna le sostuvo la mirada unos segundos más, pero decidió no seguir por ese camino. No delante del extraño.

Entonces le tocó el turno a Jan.

Hasta ese momento se había mantenido en silencio, sentado con la espalda recta y las manos apoyadas sobre la mesa, observándolos con una mezcla de cautela y desconcierto. Zuzanna le pidió que contara su historia.

Y lo hizo.

Les habló de la noche en que se acostó en su casa, en su cama, en su mundo normal. De cómo había estado encerrado en un gimnasio y había sido torturado; y de cómo había despertado en un lugar que no reconocía, en una realidad jodidamente absurda donde los adultos parecían haber perdido la razón y los niños sobrevivían bajo tierra.

Mientras lo escuchaban, las reacciones fueron distintas. Tomek lo observaba con una indiferencia casi burlona. Melania, en cambio, lo examinaba con una curiosidad intensa, como si estuviera ante el argumento de una novela fantástica que intentaba descifrar. Sin embargo, Zuzanna y Antek intercambiaron una mirada inquieta. No era solo lo que contaba, sino la convicción con la que lo hacía.

Cuando Jan terminó, el silencio fue más pesado que antes.

Zuzanna recorrió los rostros de sus compañeros buscando apoyo. Solo lo encontró en Antek. Y fue él quien verbalizó lo que ambos pensaban.

—Menudo asco, Tomek —dijo con sequedad—. El primer adulto que encontramos que no intenta matarnos y resulta que está como una cabra.

Jan no reaccionó. Sabía que su historia sonaba delirante. Pero no menos que esos chavales sacados de *El señor de las moscas*.

—Os conozco a todos de mi mundo... —dijo al aire Jan.

—¿Sí? —ironizó Antek—. ¿Y qué sabes de mí?

Jan sonrió sin ningún humor.

—Yo nunca te di clase, pero por lo que oí de ti en la sala de profesores eras un gilipollas de nivel. —Antek mostró una risa burlona—. Tu mayor logro fue tener una expulsión de un mes por hacer un grafiti en la fachada del instituto de madrugada que ponía: «Profesores, poneos camisa y corbata, esto no es un bar hípster».

Melania abrió los ojos como platos y miró a Antek.

—¿Fuiste tú?

Antek la ignoró sin dejar de mirar a Jan.

—¿Cómo lo sabes? —dijo, había perdido la confianza que tenía hacía un momento. Había hecho ese grafiti, pero no lo habían atrapado. Miró a Tomek molesto—. ¿Se lo has contado?

Tomek negó con la cabeza.

—No solo eso —continuó Jan—. Melania tampoco estudiaba español, así que solo había coincidido con ella en los pasillos, pero llamaba la atención porque siempre estaba haciéndose fotos y hablando al teléfono.

—¿Haciéndome fotos? —protestó ella—. Se llaman *stories*.

Ella había tenido una cuenta de Bookstagram con más de treinta mil seguidores.

—A Zuzanna le di clase, hará cuatro años —continuó—. Era buena estudiante, siempre estaba estresada y no hubiera ganado un certamen de *Miss* simpatía.

—Pues no ha cambiado —dijo por lo bajo Tomek.

—Y tú, Tomek, eras mi estudiante. De hecho, iba a poner una queja contra ti después de las fiestas para que te expulsaran por pintar la fachada de mi casa. En mi mundo eras un macarra, siempre lleno de morados de las peleas en las que te metías.

Antek y Tomek compartieron una mirada extraña, que no pasó inadvertida a Jan.

Nadie añadió nada más hasta que Zuzanna se levantó.

—Ven conmigo —le dijo a Jan—. Voy a hacerte un chequeo médico. Estés loco o no, el caso es que no te has infectado. Y quiero saber por qué.

Jan asintió y la siguió hasta la pequeña sala donde Zuzanna guardaba los medicamentos. Los otros los acompañaron, formando un semicírculo alrededor, como si asistieran a un experimento.

—Quítate la sudadera y la camiseta —ordenó ella con naturalidad—. Voy a auscultarte.

Jan protestó:

—A ver, niña, ¿cuántos años tienes?

Zuzanna hizo una mueca.

—Los suficientes para haber estudiado tres años de medicina y los suficientes para echarte de aquí a patadas si no haces lo que te he pedido.

Jan obedeció a regañadientes; este nuevo mundo apestaba. Se quitó la camiseta con cierta torpeza, consciente de las miradas. Su torso musculado quedó al descubierto, iluminado por la luz temblorosa de una vela que proyectaba sombras irregulares sobre su piel. Durante un segundo, se hizo un silencio incómodo.

Antek, con una mezcla de ironía y desconcierto, fue el primero en hablar.

—¿Desde cuándo un loco hace dieta *fit* y se depila el pecho?

Jan bajó la vista hacia su propio torso. ¿Por qué coño su secuestrador lo había depilado?

Zuzanna ignoró la observación y se concentró en su trabajo. Colocó el fonendoscopio sobre el pecho de Jan, moviéndolo con precisión de un punto a otro mientras escuchaba el ritmo del corazón. El latido era regular, firme, sin arritmias aparentes. Bajó hacia los pulmones y le indicó que respirara hondo. El aire entraba y salía sin dificultad.

Todo parecía normal.

Después tomó un depresor de plástico y le pidió que abriera la boca.

—Di «aaa».

La garganta también estaba limpia. Sin inflamación, sin enrojecimiento extraño.

Le colocó el tensiómetro en el brazo y esperó en silencio mientras el manguito se inflaba. La aguja marcó una presión que no cuadraba con su edad.

—Fuera de lo normal —murmuró ella, más para sí misma que para los demás—. Para un hombre de tu edad. ¿Cuántos años tienes?

Jan sostuvo su mirada.

—Cuarenta y cinco.

Zuzanna no respondió. Cogió entonces el otoscopio y dio un paso más cerca.

—Jan, quítate los audífonos. Quiero ver el interior del oído.

Él dudó apenas un segundo. No recordaba bien el gesto. Solo se los había quitado una vez, o eso creía. Levantó ambas manos y retiró primero el derecho con cierta torpeza, como si estuviera manipulando un objeto ajeno.

Y en el instante en que el audífono se separó de su oído, el mundo cambió.

La luz de la vela se volvió más intensa, más agresiva. Las sombras se deformaron.

Niños.

Un impulso primario le atravesó el cuerpo. Repugnancia y peligro. La necesidad de matar.

Se lanzó primero contra Tomek. El puñetazo fue seco, directo al rostro. Oyó el crujido antes de procesar el movimiento. Sin detenerse, agarró por el cuello a la cría que estaba a su lado —Melania— y la lanzó con todas sus fuerzas contra la pared. Deseaba verla estallar. El golpe resonó en la sala. La vela cayó al suelo y el lugar se oscureció, salvo por las velas que aún prendían en la otra sala.

3

Tomek estaba todavía en el suelo cuando vio a Melania salir despedida contra la pared. El golpe resonó seco.

Se incorporó a medias justo cuando Antek se abalanzaba sobre Jan y le estampaba un puñetazo en la cara. El impacto habría tumbado a cualquiera. Jan ni siquiera parpadeó. Tenía los ojos inyectados en sangre, la mandíbula rígida, el cuerpo entero vibrándole de rabia.

Agarró a Antek por la pechera y lo lanzó contra el suelo como si no pesara nada. Después empezó a patearlo sin control.

—¡Para! —gritó Melania desde el suelo.

Tomek terminó de ponerse en pie. Vio cómo Jan había parado de pegar a su amigo y miraba a su alrededor con movimientos rápidos, buscando algo. Sus ojos se clavaron en la mesa metálica del fondo. Allí, entre gasas y vendas, había unas tijeras quirúrgicas, de las que se usan para cortar vendajes.

Jan las agarró. Las empuñó con intención clara, y se lanzó hacia Antek de nuevo.

En el instante en que alzó la mano para clavárselas, Tomek le sujetó el brazo y ambos forcejearon. Jan tenía una fuerza descomunal. El metal brilló a centímetros del cuello de Antek, que aún estaba atontado por los golpes.

Entonces Zuzanna, que hasta ese momento había permanecido atrás preparando algo, se lanzó sobre la espalda de Jan, le rodeó el cuello con un brazo y, con el otro, le clavó la aguja sin dudar. La inyección entró con violencia. Apretó el émbolo hasta el final. Jan soltó un gruñido ahogado.

Un segundo después, su cuerpo se desplomó. Solo se oía la respiración agitada de los chicos.

Melania se dejó caer al suelo y se llevó la mano al hombro. Le dolía, pero estaba entera. Pensó, sin saber muy bien por qué, en el grafiti. Seis meses viviendo con Antek y no había caído.

—¿Qué tal estás? —preguntó Tomek, aún sin soltar del todo el brazo inerte de Jan.

Ella asintió, nerviosa, incapaz de hablar.

Antek se levantó con dificultad.

—Tomek... Por eso no traemos adultos aquí... ni nos fiamos de ellos.

Zuzanna le lanzó una mirada afilada a Antek para que se callara. Después fue hacia la mesa y tomó el audífono que se había quedado allí; no tenía mucha experiencia con ese tipo de aparatos, pero jamás había visto uno como ese: era de metal pulido, sin botones ni aberturas. Se acuclilló al lado de Jan. Con cuidado, se lo volvió a colocar en la oreja.

—Creo que esto es lo que hacía que no se transformara como los demás —dijo en voz baja, de nuevo, más para sí que para el resto.

Luego levantó la cabeza y cambió el tono.

—Tomek, Antek. Llevadlo a la sala de máquinas.

La antigua habitación estaba al final del pasillo. Antes debía de haber albergado motores y generadores; ahora estaba vacía. La puerta podía cerrarse desde fuera con una manivela circular de hierro.

Entre los dos arrastraron el cuerpo de Jan. Sin camiseta, pesado, inerte. Tomek lo sujetó por los brazos; Antek, por las piernas. Pesaba mucho más de lo que parecía.

Lo dejaron dentro y salieron. Tomek giró la manivela desde fuera hasta oír el clic metálico del cierre.

Cuando regresaron con los demás, Zuzanna estaba de pie, mirando la puerta cerrada.

—Es muy peligroso tenerlo aquí —dijo al fin—. Tenemos que hacer algo con él.

Nadie respondió. El silencio flotó en el aire como una amenaza. Todos bajaron la cabeza, incómodos, sabiendo de sobra a qué se refería y sin querer ser el primero en pronunciarlo.

Entonces Tomek sonrió.

—Se me ocurre otra cosa. Ahora tiene el audífono otra vez. Si se despierta... normal —tragó saliva—, esto podría ser algo bueno.

Los demás intercambiaron miradas recelosas.

—Confiad en mí, tengo una idea.

CAPÍTULO 12

Dentadura

1

Jan tenía frío.

Se abrazaba las rodillas, sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared de ladrillo polvoriento. Miraba al frente, hacia el infinito.

La antigua sala de máquinas ya no conservaba casi nada de su pasado. Aún asomaban tubos oxidados, conducciones cortadas y algún panel inútil atornillado a la pared. Restos de otro tiempo.

Se había despertado hacía media hora y lo recordaba todo con una claridad cruel. Su mente se había quebrado. El odio que lo poseyó. La creencia absoluta de que esos niños debían morir. Era una convicción tan clara como que el cielo es azul o que el agua moja. Como si una idea ajena se hubiera incrustado en su cerebro y tomado el control. No era una voz. No era una orden. Era fe.

Recordaba lo que había sucedido, los gritos de los chicos asustados, defendiéndose de un monstruo: él. Melania chocando contra la pared, el forcejeo con Tomek, el puñetazo de Antek.

Dos versiones de la misma historia convivían en su mente sin mezclarse. Lo quemaban por dentro.

—Mierda... —murmuró.

Todo era una mierda. Lo habían secuestrado, torturado y manipulado la percepción. No sentía miedo ni rabia, solo angustia: podía aceptar que le cambiaran el cuerpo, pero no que su mente fuera reprogramada como un electrodoméstico defectuoso.

Alzó la vista hacia la puerta. Tenía un pequeño cuadrado de vidrio reforzado. Tras él, aparecían los ojos de los chicos a intervalos irregulares: miradas rápidas, curiosas o asustadas. Como si observaran a una rata dentro de una jaula de laboratorio.

No había intentado hablar con ellos. Sentía demasiada vergüenza y, sobre todo, no podía explicar lo que le había ocurrido. Miró sus manos

temblorosas. Jan lo sabía —cabrón, seco, desagradable, egoísta—, pero entre ser un gilipollas y querer matar a unos críos había un puto abismo.

Tragó saliva.

Entonces oyó el ruido. La manivela girando y el metal arrastrándose contra el suelo de piedra.

La puerta se abrió.

La luz del pasillo se coló en la sala. En el marco apareció Tomek apoyándose en el umbral y con una sonrisa que lo inquietó. Detrás de él, el resto con sus cuerpos ligeramente inclinados hacia atrás, aferrándose a palos de *hockey*, preparados para reaccionar ante cualquier cosa.

Jan los miró, pero no se movió.

—Bien —dijo Tomek, con voz neutra—. Has tenido una mala noche. Pero tienes los ojos blancos otra vez. Así que has vuelto a la normalidad.

Jan parpadeó.

«¿Normalidad? ¿Qué coño es eso?», pensó.

Tomek dio un paso al frente y se acucilló frente a él.

—He pensado que podríamos ayudarnos. Ven, vamos a desayunar y te cuento.

2

Jan no sabía cuánta hambre tenía hasta que vio la comida en la mesa: un pote de cartón para hacer sopa de fideos asiática. Melania sirvió el agua. Jan se sentó a la mesa y observó en silencio el vapor que subía del plato. Frente a él estaban Tomek y Zuzanna, que lo observaban con curiosidad, mientras que Melania y Antek se quedaron de pie detrás de ellos sujetando con tensión los palos de *hockey*.

Jan probó con desconfianza la sopa con una cuchara de plástico. Pero una vez el líquido caliente entró en su estómago, ya no pudo contenerse más y devoró el resto del plato.

Cuando hubo terminado, cogió su mochila, que estaba abierta sobre la mesa como si la hubieran registrado, y sacó un paquete de cigarrillos.

—No conocía esta marca —dijo Tomek, señalando la cajetilla de la lechuza.

Jan se puso uno en la boca y lo prendió.

—Yo tampoco —dijo.

—¿Puedo? —preguntó Zuzanna, poniendo la palma de la mano boca arriba.

Jan le pasó la cajetilla.

—Pensaba que los médicos no fumabais.

Zuzanna sonrió con amargura mientras encendía su cigarrillo.

—Todavía no lo soy... —Dio una profunda calada—. Ni lo seré nunca.

Tras una pausa en la que nadie se atrevía a hablar, Jan preguntó:

—¿Qué queréis de mí?

—Que no te mueras, de momento. —Tomek señaló el techo con un gesto—. Los de arriba nos quieren matar a todos, tú incluido. Así que o nos ayudamos entre nosotros o estamos jodidos.

—Bonito discurso —lo interrumpió Jan—, pero ¿qué coño queréis de mí?

Tomek sonrió, no conocía mucho a aquel adulto, pero le gustaba más su actitud gilipollas que la depresiva.

—Bueno, supongo que Zuzanna tendrá unas mil preguntas médicas de cuándo nos atacaste anoche, pero a mí eso me la suda. Necesitamos comida y tú eres el único que quizás podría salir a buscarla. —Hizo una pausa—. Te ponemos unas gafas de sol y con suerte ninguno de esos cabrones te toca. ¿Ves por dónde voy?

—Más o menos, quieres que salga a la calle con unas gafas de sol en un país que casi siempre está nublado, me cruce unas cuantas calles hasta un Carrefour y haga la compra semanal mientras rezo para que un caníbal no me mate. ¿Me he dejado algo?

Todos los jóvenes estaban serios, menos Tomek, que parecía estar pasándoselo bomba con la conversación.

—Básicamente, sí, pero para evitar que te maten, antes quiero hacer un pequeño experimento. ¿Te animas?

Jan no contestó. Solo se quedó mirando al muchacho a la cara. Esta versión suya también era gilipollas, pero esa sonrisa lo crispaba más todavía.

—¿Qué me dices? —preguntó Tomek.

3

—Pues no lo veo del todo claro —dijo Jan.

Estaban escondidos en la linde del bosque, los cuatro con sus palos de *hockey*, esperando a que pasara alguien.

—Yo tampoco —reflexionó Zuzanna.

—Confíad en mí, a Jan no le pasará nada —se defendió Tomek.

Había elegido esa calle aposta, era estrecha, peatonal y sin asfaltar, para así reducir la posibilidad de que pasasen coches por ahí y, lo más importante, había pocas casas y el bosque estaba más presente.

—Puede que Jan sea la clave para entender lo que sucede —dijo Zuzanna—. No podemos arriesgarnos a que le pase algo.

Jan los estudió como nunca lo había hecho en el instituto, había dejado de escucharlos discutir. Melania observaba la calle en silencio, con esa mirada curiosa que tenía siempre, como si analizara todo desde fuera. Zuzanna seguía hablando con Tomek, el rostro tenso, la voz cortante. Y Antek, que los había retrasado media hora porque tenía que peinarse, llevaba para la ocasión pantalones azul marino, camisa blanca, cinturón y zapatos de piel. En el apocalipsis.

«¿Se puede ser más subnormal?».

—Te lo aseguro —decía Tomek—, como que el sol gira alrededor de la tierra.

—No empieces con eso —le contestó Melania.

—¿Con qué? —preguntó Jan, que había vuelto a prestarles atención.

Melania sonrió.

—Tomek trata de convencernos de que la Tierra es plana.

Jan abrió los ojos de par en par y lo miró.

—¿Eres terraplanista?

—No exactamente. Solo digo que no me creo que sea redonda. No hay pruebas.

—No entres al trapo, ignóralo —dijo Zuzanna, resignada y sin dejar de mirar la calle, a ver si aparecía alguien de una vez.

Jan era docente. Se sentía en la obligación moral de seguir con el tema.

—Tomek, sé que no eres el lápiz más afilado del estuche, pero la ciencia nos ha dado muchísimas pruebas de que la Tierra es esférica.

El muchacho sonrió con picardía, por fin alguien le volvía a hacer caso con el tema.

—Las pruebas se pueden falsificar.

—Hay miles de experimentos que puedes hacer por menos de cien eslotis, que demuestran que es redonda.

—¿Por ejemplo?

«Mierda», pensó. Era profesor de Español, no tenía ni la menor idea de ciencia y había caído en la trampa de un terraplanista.

—¿Y la gravedad? —preguntó, intentando cambiar de enfoque.

—No hay ningún experimento que demuestre que el agua se pega a una esfera, la gravedad es solo el peso...

—¿Me está tomando el pelo? —les preguntó al resto, que negaron con la cabeza.

—Shhhhh —susurró Melania, señalando a una persona calle abajo.

A lo lejos venía una mujer por la calle, no se le veía bien, pero por sus andares parecía que superaba los setenta años de edad y arrastraba un

carrito de la compra.

—Es perfecta para el experimento —se jactó Tomek.

Jan forzó la vista para verla mejor.

—No pongas esa cara —continuó Tomek—, aunque te reconozca no te puede hacer nada.

—A mí no me acaba de convencer esto —murmuró Zuzanna.

Tomek sacó unas gafas de sol del bolsillo y se las ofreció a Jan, que las tomó y se las puso. Eran de pasta blanca y con lentes muy grandes. No necesitaba un espejo para saber que llamaba la atención con ellas; entre el chándal rojo que llevaba y las gafas de sol, parecía Elton John antes de correr un maratón.

—Vamos, Jan —le dijo el muchacho—, si esto sale bien, va a ser la leche.

Jan se puso de pie y entró en la calle, mientras el resto se escondía tras los arbustos del bosque. El plan era tan simple como estúpido: cruzarse con ella y saludarla, y esperar que no lo matase.

Se encaminó en dirección a la mujer a paso lento.

Cuando estuvieron a pocos metros la mujer no pareció reparar en él, así que la saludó:

—Buenas tardes, señora.

—Buenas tardes, niño —contestó ella con educación.

Jan la dejó atrás y siguió caminando tranquilo.

«Pues va a ser que Tomek no es tan gilipollas», reflexionó antes de escuchar los gritos de los muchachos.

Se giró. La anciana corría hacia él con un cuchillo. «¿De dónde coño habrá sacado el arma?», pensó.

De pronto, Jan soltó una patada giratoria, limpia, de manual. El pie impactó en pleno rostro. La dentadura salió volando y, acto seguido, la mujer cayó al suelo con un crac seco. Gritó. Pero no soltó el cuchillo.

El instinto de Jan fue acuclillarse rápido para ver cómo estaba. Cayó de culo hacia atrás al esquivar una puñalada. La anciana parecía estar hecha polvo, pero aún con ganas de matarlo.

Miró a su alrededor; lo primero, la dentadura ensangrentada clavada en un montículo de tierra; después, la anciana lanzando puñaladas al aire y balbuceando entre babas insultos que apenas se entendían; y, finalmente, a los cuatro muchachos corriendo hacia él.

—¿Estás bien? —le preguntó Zuzanna mientras bordeaba a la anciana.

Él asintió.

—¡Menuda puta pasada de patada! —exclamó Tomek excitado—. ¿Sabes karate?

Jan negó con la cabeza, jamás había pegado a nadie en su vida, ni siquiera había hecho ningún deporte que justificase el movimiento que acababa de hacer. Le había salido por instinto, pero había sido preciso y muy técnico. Había sido una *bandae dollyo chagi* de taekwondo. El cómo sabía hacerla y cómo conocía el término, lo desconocía también.

—Pues parecías el puto Jason Statham.

«Más Chuck Norris —pensó—. Fue el primer occidental en alcanzar el cinturón negro de octavo grado en Taekwondo». Abrió los ojos de par en par. «¿Cómo coño sé eso?».

Zuzanna estaba tratando de hablar con la mujer, que parecía poseída.

—Señora, si se calma un poco y me da su teléfono le llamaremos a una ambulancia y nos marcharemos.

—*Ua, e oy a maar* —bramó mientras barría el aire a puñaladas.

—¿Qué dice? —preguntó Melania.

Nadie parecía entenderla salvo Antek, que tradujo:

—Putá, te voy a matar. —Todos lo miraron sorprendidos—. ¿Qué? Mi abuela siempre perdía la dentadura —dijo abriéndose de brazos.

Tomek ignoró el comentario y fue tras la anciana, la agarró por la espalda, le arrebató el cuchillo y lo lanzó lejos.

—Zuzanna, coge el bolso. —La anciana trató de morder el brazo de Tomek, pero al no tener dientes, solo lo babeó.

Zuzanna encontró el teléfono y llamó a emergencias para informar. El de la centralita le dijo:

—Putá niña, voy a ir en persona a buscar a la anciana y te voy a abrir en canal...

Ella colgó. Aquello resolvía una duda que no se habían planteado todavía: a los niños también los distinguían por la voz.

Después de eso, se largaron los cinco a su refugio.

CAPÍTULO 13

Lía en Navidad

1

Como la teoría de Tomek había fallado, no quedó más remedio que volver al plan original. Tenían que conseguir comida para llenar las despensas de ambos grupos: el suyo y el de los niños que se ocultaban en otro lugar. Nadie había querido revelarle a Jan dónde estaba este último.

Lo único que le habían contado era que, de madrugada, saldrían a asaltar una tienda a las afueras de la ciudad. Jan no se quejó, solo se limitó a escuchar. Le parecía una idea de mierda, como casi todas las que salían de aquel grupo de adolescentes pirados, pero la alternativa —buscarse la vida solo ahí fuera— le resultaba todavía menos atractiva.

Seguía sin entender qué coño hacía en aquel mundo de psicópatas. Ya no era el cuerpo ni los audífonos lo que más le chirriaba. Eran las putas habilidades, como si fuera Neo en *Matrix*. Ahora también resultaba que era un artista marcial de la hostia. Cuanto más lo pensaba, menos sentido tenía todo.

Para matar el tiempo, cada uno se entretenía a su manera. Zuzanna estaba sentada a la mesa, elaborando una lista de la compra; Antek había lavado la ropa a mano y ahora tendía sus prendas con un cuidado casi ceremonial en unos tendederos plegables; Tomek dormía la siesta tumbado sobre una esterilla y, a pocos metros de él, estaba Melania sentada en el suelo. Llevaba una linterna de espeleólogo sujeta a la cabeza con la que iluminaba la novela que leía concentrada. La muchacha tenía varios libros repartidos por todo el refugio, como si fueran pequeñas islas de papel.

Jan, aburrido y cansado de darle vueltas a todo, observó a los chicos un momento y decidió acercarse a la lectora. Aún quedaban horas hasta la madrugada y se negaba a quedarse mirando la pared.

Se plantó delante de ella.

—Melania, ¿tienes algún libro?

La muchacha alzó la vista y sonrió. Llevaba meses esperando que alguien le preguntara eso.

—Claro. ¿Qué te gusta? ¿*Romantasy*, *dark romance*, *dark mafia* o *romcom*?

Jan arqueó una ceja.

—No he entendido una mierda de lo que acabas de decir.

Melania no se ofendió. Después de meses conviviendo con Tomek y Antek, se había acostumbrado a que los hombres fueran neandertales en cuestiones literarias.

—Son géneros literarios.

—¿Ya no existen los géneros normales? —preguntó con curiosidad—. Fantasía, ciencia ficción, comedia o drama.

—Claro que existen —respondió ella con paciencia—. Lo que pasa es que yo leo subgéneros. Por ejemplo: el *romantasy* es fantasía donde la historia de amor está por encima de todo; una *romcom* es una comedia romántica, y un *dark romance*...

—Un *dark romance* es —la interrumpió Antek mientras colgaba con extremo cuidado una camisa de manga larga en una percha— una historia de mujeres a las que les gusta que les peguen y las violen, donde aparece un tío completamente pirado que lo hace encantado... pero que en el fondo no es tan malo porque tiene un cachorro de *border collie* al que le da muchos mimos.

Jan lo miró sorprendido.

—¿En serio?

Si algún día volvía a su mundo, lo primero que haría sería revisar la biblioteca de su hija.

—No le hagas caso —dijo Melania—. No es solo eso. Un buen *dark romance* trata sobre la redención masculina.

Antek soltó una carcajada.

—Pues no serán los dos que me dejaste. Si alguna vez le hiciera a una tía un uno por ciento de lo que hace el protagonista de *Haunting Adeline*, acabaría en la cárcel.

Antek tenía muy claro lo que no debía hacerse con una mujer. Se había criado con una madre, una abuela, dos tías y tres primas mayores que se lo habían dejado cristalino desde pequeño.

Aunque, en el fondo, todo su conocimiento era teórico. En la práctica, su única experiencia sexual había sido un desastre. Había ocurrido en un campamento de verano. Una chica con la que se estaba enrollando entre los árboles del bosque se mostró muy dispuesta a ser quien lo desvirgara. Cuando llegó el momento decisivo, Antek —muy excitado— le levantó la

falda. Ella llevaba unas bragas deportivas en las que ponía en letras grandes *Tuna*, el logo era un atún saltando.

—Será *Puma* —dijo contrariado.

—Eso da igual... sigue —gimió ella.

Pero a Antek se le bajó la erección de golpe.

Siempre había tenido un TOC considerable con esas cosas, sobre todo con la ropa falsificada.

Aquello lo bloqueó por completo. Lo único que recordaba con nitidez de aquel día eran los insultos que le profirió ella mientras se marchaba.

—A este ni caso, que critica todos los libros —se quejó Melania.

Antek sonrió, aunque no contestó. Era cierto que nunca le había gustado demasiado leer y, si había terminado algunas de las novelas de Melania, había sido más por aburrimiento que por interés.

—No creo que eso del *dark romance* sea para mí —dijo Jan.

Melania se llevó la mano a la barbilla, pensativa. Era un gesto muy suyo cuando estaba rumiando una idea. Tras unos segundos de silencio, sus ojos se iluminaron de pronto.

—Tú eras profesor de Español, ¿no?

—Tal como viste, parece más un profesor de gimnasia —apostilló Antek.

—Tú, calla —le dijo Melania, que volvió a centrarse en Jan—. Al ser profesor de Español, seguro que también te gusta España y sus tradiciones.

Antes de que Jan pudiera contestar, Antek intervino de nuevo, alarmado.

—¡Ese no se lo puedes dejar!

—¿Por qué? Si es buenísimo.

Antek cerró los ojos un instante. Todavía recordaba lo incómodo que se había sentido leyendo uno de los capítulos de aquella novela.

A pocos metros, Tomek acababa de despertarse y se desperezaba dentro de su saco de dormir.

—¿Qué pasa? —preguntó entre bostezos.

—Que Jan quiere leer algo y esta le está intentando colar *Lía en Navidad*.

Tomek se incorporó de golpe.

—¡Ese no!

Tomek tampoco era un gran lector. Si había acabado aquel libro, había sido, sobre todo, por las caras de angustia y repugnancia que había puesto Antek mientras lo devoraba entre quejas. La curiosidad pudo con él... y el resultado también lo había dejado bastante tocado.

Melania soltó una risita. Tomó uno de los libros de los montones que tenía a su alrededor y se lo tendió a Jan.

—Ni caso a estos dos —dijo con buen humor—. Son muy heterobásicos.

Jan frunció el ceño.

—¿Hetero qué?

—Heterobásicos. Que cualquier protagonista masculino que no sea un machirulo ya no les gusta.

—Los tíos de ese libro no son heteros, son bisexuales —protestó Antek desde el tendedero—. No me los vendas como el modelo perfecto de hombre heterosexual.

—Son heterocuriosos.

—Basta —cortó Jan con voz seria—. No estoy entendiendo un carajo de esta conversación.

Cogió el libro y miró la portada con curiosidad. Una chica vestida con un disfraz sexi de Mamá Noel sonreía al lector. A su alrededor posaban tres hombres atractivos, con el torso desnudo, cubiertos únicamente por una capa y una corona. Parecían los Reyes Magos recién salidos de un club de stripteis. El título era claro: *Lía en Navidad*, de Marian Dreid.

Levantó la vista.

—¿Por qué coño debería gustarme esto?

—Puede que la parte de *romcom* no sea lo tuyo —admitió Melania—, pero es un libro español que lo estaba petando antes de que todos los adultos se volvieran locos. —Ahora mismo ni siquiera sabía si seguía entre los veinte más vendidos. Sin internet era imposible saberlo y, si se acercaba a su antigua librería, probablemente su librera la mataría con un volumen coleccionista de *Pan Tadeusz*—. Es una comedia que recorre las fiestas y tradiciones navideñas de España...

—Entre folleto y folleto —murmuró Antek, concentrado de nuevo en colgar la ropa.

Melania lo ignoró.

—Además, te puede interesar como profesor. Sería una lectura obligatoria perfecta para adolescentes.

Tomek y Antek soltaron una carcajada. Melania los fulminó con la mirada.

—Porque habla del respeto y del consentimiento en el sexo.

Jan abrió el libro para leer la página de créditos. Allí aparecía el título original en español. No pudo evitar sonreír.

«Muy sutil». La novela se llamaba *Feliz polvorón*.

—Gracias —le dijo a Melania.

Luego se levantó y se acercó a la mesa donde Zuzanna seguía concentrada en su lista de la compra, ajena a toda la conversación. Jan se sentó frente a ella y abrió el libro.

No tenía el menor interés en aquella historia. Lo que necesitaba era matar el tiempo... y, más que nada, dejar de pensar en toda la mierda que le rondaba por la cabeza antes de la salida nocturna.

CAPÍTULO 14

De compras

1

Ya era de madrugada cuando la furgoneta se detuvo detrás del supermercado. El vehículo era lo bastante viejo como para que los chicos lo hubieran arrancado haciendo un puente.

No podían reutilizar los coches durante mucho tiempo, ya que no había forma de rellenar el depósito: los trabajadores de las gasolineras intentarían matarlos. Así que, cuando uno dejaba de servirles, tenían que robar otro. Por lo que supo Jan, aquella furgoneta ya la habían utilizado tres veces y la mantenían escondida en el bosque.

El supermercado, situado a las afueras de la ciudad, permanecía a oscuras, silencioso, como un animal dormido. Sobre la fachada destacaba el logotipo de la cadena: una mariposa de colores brillantes.

Jan frunció el ceño al verlo. La cadena se llamaba *Motyl*. En su mundo también existía ese supermercado, pero el emblema era el de una simpática mariquita que sonreía. Todo lo demás era idéntico: la tipografía, la disposición del cartel. Era como mirar una copia de AliExpress de los supermercados más populares de su mundo: los Biedronka.

Zuzanna, la única de los chicos que tenía carné de conducir, había aparcado en el extremo del aparcamiento trasero. Habían llegado por calles secundarias, evitando avenidas y zonas iluminadas. Sabían que, si alguien los veía a través del parabrisas, bastaría un segundo para que la furia se desatara.

Durante unos instantes nadie habló. Todos observaban inquietos el *Motyl*. No era tan grande como un hipermercado, pero tampoco tan pequeño como un súper del centro de la ciudad.

—Y a partir de aquí... ¿cuál es el plan? —preguntó Jan al fin.

Tomek se giró desde el asiento delantero. Sus ojos brillaban con una pizca de picardía.

—Te va a encantar —presumió—. Este plan para entrar en tiendas es cien por cien mío.

Jan torció el gesto. Las ideas del chaval no le inspiraban confianza.

—A ver. —Tomek levantó un dedo, como un profesor a punto de explicar algo obvio—. Es muy simple. Me pongo delante de la puerta. —Hizo una pausa dramática—. El de seguridad me ve... y sale corriendo a matarme.

Jan parpadeó.

—¿Y...? —preguntó, escrutando al resto, que no parecían compartir el optimismo del muchacho.

—Y mientras él viene a por mí —continuó Tomek, señalando la pared lateral—, vosotros os escondéis detrás del muro. Cuando pase corriendo, salís por detrás y lo noqueáis.

Silencio.

Jan miró a Zuzanna. Era lo más parecido a un adulto dentro de la furgoneta. Le preguntó con la mirada si aquello era una broma.

Ella levantó los hombros con resignación. También le parecía un plan espantoso, ya lo habían hecho muchas veces en los últimos meses. Solían alternar los lugares para que nadie los esperara. Y, de alguna manera, siempre funcionaba. Cuando los guardias veían a Tomek, algo se rompía en sus cabezas. Dejaban de pensar. Se volvían completamente irracionales y abrían las puertas de par en par para ir a matarlo.

2

Todos se agazaparon detrás del muro mientras Tomek avanzaba hacia la entrada principal con paso seguro y divertido. Se colocó frente a la cámara de seguridad de las puertas de cristal y empezó a agitar los brazos.

Jan se llevó la mano a la cara. Melania no pudo evitar sonreír al verlo.

Dentro de la silenciosa tienda, el agente de seguridad —un hombre de unos cincuenta años mal llevados, con una gran panza que ponía en jaque los botones de la camisa del uniforme y una barba poblada repleta de migas— estaba sentado en una silla con los pies apoyados sobre la mesa. Se reía viendo vídeos de YouTube en su móvil mientras bebía un refresco de naranja con un chorrito de vodka.

Levantó la vista con aburrimiento hacia el monitor en blanco y negro que mostraba varias pantallitas del interior y el exterior del local.

Casi se cayó de la silla al ver a un niño dando saltos frente a la cámara uno.

Su primer instinto fue pulsar un botón que habían instalado esa misma semana: una alarma silenciosa. El segundo, sacar la porra del cinturón y salir corriendo hacia la puerta.

Bordeó el mostrador de seguridad con torpeza y fue hacia la entrada principal con tanta prisa que se olvidó de abrir las puertas. Al ser transparentes, se estampó contra el cristal y cayó de espaldas.

Tomek detuvo sus movimientos y lo miró con expresión de «¿en serio?».

El guardia se incorporó, colérico, aunque con cierta dificultad. Sacó las llaves del bolsillo y buscó frenético la correcta para desbloquear las puertas.

Tomek lo observaba con los ojos abiertos de par en par.

¿Cómo podían volverse tan tontos los adultos?

Al fin consiguió abrir la puerta y, con la porra en la mano, se lanzó hacia Tomek dispuesto a reventarle el cráneo a golpes.

Él permaneció quieto, confiado.

De repente, Antek apareció por detrás del guardia y, con su *stick* de *hockey*, golpeó sus piernas. El hombre cayó de bruces contra el suelo. Antes de que pudiera intentar levantarse, Tomek se lanzó sobre él y se sentó encima, inmovilizándolo.

Mientras tanto, Antek y Zuzanna soltaron sus armas y sacaron cuerdas de sus mochilas para atarlo y amordazarlo.

Una vez hecho, lo llevaron rápidamente al interior para evitar ser vistos desde la carretera que pasaba justo enfrente. Aunque la zona estaba aislada, no querían arriesgarse.

Dentro, ataron al guardia contra el mostrador de seguridad, asegurándose de que no pudiera moverse. El hombre intentaba proferir insultos, pero la mordaza los hacía incomprensibles.

Jan observaba la escena con asombro.

¿De verdad el plan de Tomek había sido tan sencillo?

Sin perder tiempo, los muchachos cogieron carritos de la compra. Antes de separarse, Zuzanna dio sus órdenes:

—Tú, Jan, ve con Tomek. Melania, no tenemos tiempo para mirar libros. Y, Antek, tú pasa de la sección de ropa.

—¿De verdad crees que usaría ropa de supermercado? —protestó, ofendido.

Ella lo ignoró.

Jan se sorprendió al ver la eficiencia de los chicos. Se dividieron con agilidad por las diferentes secciones con las listas que había preparado Zuzanna y empezaron a llenar los carritos con rapidez.

Una vez terminado el saqueo, se reunieron junto a la furgoneta con los carritos llenos. Trabajaban veloces y en silencio. Melania y Zuzanna coordinaban mientras los demás formaban una cadena: bolsas de arroz, conservas, botellas de agua, productos de higiene... Todo desaparecía dentro del vehículo en cuestión de segundos.

Jan los observaba desde unos metros más atrás. No habían pasado ni diez minutos desde que habían entrado en la tienda; habían arrasado las estanterías y habían salido de nuevo. A Jan le encantaba criticar y siempre encontraba algo que decir, pero esta vez no. Estaba impresionado.

—Mierda... —murmuró Antek.

La palabra cayó como una piedra. Todos levantaron la cabeza. Antek miraba hacia la carretera y los demás siguieron la dirección de sus ojos. Tres coches de policía avanzaban a lo lejos hacia ellos con las luces girando en silencio, azules y rojas.

—Mierda —repitió.

Nadie se movió. Durante un segundo eterno, el mundo pareció quedarse en pausa.

Entonces Tomek habló.

—Vosotros, largaos con las luces apagadas. Yo los entretendré.

—¿Estás seguro? —preguntó Antek.

—No es la primera vez, ¿no? —lo tranquilizó—. Si estoy solo será más fácil.

Las caras de todos estaban blancas, pero nadie más discutió. Si alguien tenía posibilidades de sobrevivir a algo así, era él.

—Vale, distráelos y lárgate —le pidió Zuzanna—. Pero no hagas tonterías, por favor.

—Ya me conoces —esbozó una sonrisa.

Todos asintieron y empezaron a subirse en la furgoneta a toda prisa. Aquellos alimentos no eran solo para ellos; tenían que llevarlos al otro grupo. Si se quedaban a luchar, acabarían matándolos a todos.

Jan miraba la escena sin entender. «Esto no está bien...».

—¿En serio vais a dejarlo aquí? —les espetó.

—El sabe lo que hace —dijo Zuzanna, deseando que fuera cierto. Tampoco le gustaba la idea.

—No te preocupes por mí —añadió Tomek con despreocupación—. Esto va a ser fácil.

Jan sintió algo incómodo en el pecho. Él era el adulto, y por mal que le cayera el muchacho, no podía dejarlo a su suerte.

—Me quedo contigo.

Las miradas se clavaron en él.

—Tú eres demasiado importante para arriesgarte —dijo Zuzanna, sin pensar que Tomek estaba justo al lado.

Jan soltó una risa seca.

—Mira, niñata. No voy a dejar al chaval aquí solo. Si tenemos que salir corriendo, salimos los dos.

La verdad era que estaba muerto de miedo y no tenía ni idea de qué demonios planeaba Tomek. Pero no lo iba a dejar solo. Se sentía como en la peor excursión escolar de su vida.

Tomek observaba la carretera. Los coches estaban cada vez más cerca y las luces azules ya iluminaban la fachada del supermercado.

—No hay tiempo para esto —dijo Tomek—. Ven conmigo. No le pasará nada a este viejo, Zuzanna.

Ella, con una mezcla de preocupación y enfado, asintió a Tomek y luego fulminó con la mirada a Jan.

La furgoneta arrancó sin encender las luces y desapareció por la carretera trasera, tragada por la oscuridad. Jan y Tomek se quedaron solos en el aparcamiento del supermercado mientras el viento movía un cartel suelto que golpeaba la pared con un repetitivo clac.

—Sígueme —ordenó Tomek.

Ambos corrieron hasta la puerta principal. Tomek le pasó el *stick* de *hockey* a Jan y abrió su mochila; rebuscó un segundo y sacó una linterna enorme. La encendió y un haz de luz brutal atravesó el aparcamiento, golpeando de lleno el parabrisas del primer coche de policía.

—¿Qué coño estás haciendo? —susurró Jan, alarmado.

—Necesitamos que nos sigan a nosotros y no al resto.

—¿Tú estás loco? ¡Nos van a matar!

—Ni que fuera mi primera vez —sonrió Tomek, mostrando la dentadura.

«Es que no se puede ser más subnormal», pensó Jan.

Los coches frenaron y giraron hacia ellos. Las luces azules se clavaron sobre sus cuerpos.

Tomek miró a Jan.

—Vamos.

Dejó caer la linterna al suelo. La luz siguió apuntando hacia la carretera mientras ambos echaban a correr hacia el oscuro interior del local.

Tomek se agachó y recogió el manojó de llaves que había caído del cinturón del guardia de seguridad. Sin perder un segundo, echó a correr hacia el otro extremo del supermercado y Jan lo siguió, todavía sin entender el plan. Atravesaron los pasillos esquivando carritos abandonados y cajas abiertas hasta llegar a la puerta metálica del muelle de carga, la que daba al exterior.

Tomek empezó a probar llaves con rapidez, una tras otra, mientras el tintineo metálico resonaba en sus manos nerviosas. Ninguna giraba en la cerradura.

—Vamos, vamos —le apremiaba Jan, nervioso.

Entonces oyeron el golpe de la puerta principal al abrirse y, de inmediato, voces que retumbaban dentro del local.

—¡Encontradlos! —gritó alguien.

Las luces azules de los coches patrulla se filtraban por los ventanales delanteros, proyectando destellos intermitentes entre las estanterías. Jan miró hacia el pasillo con el corazón acelerado mientras Tomek seguía probando llaves, cada vez más rápido, cada vez con menos paciencia.

Los pasos de los policías resonaban en el interior del supermercado.

Tomek se quedó inmóvil un instante. Miró el manojó de llaves, luego el pasillo que conducía hacia la entrada. Comprendió que no tenía tiempo para encontrar la correcta. Levantó un dedo hacia Jan, ordenándole silencio, y con un gesto rápido le indicó que lo siguiera.

Volvieron a internarse en el supermercado, avanzando agachados entre los pasillos. Las voces de los policías se repartían por el local.

—¡Mirad la trastienda! ¡Revisad todos los pasillos! —gritaban.

Tomek se detuvo en la sección de galletas y cafés. Señaló el suelo. Jan lo entendió al instante. Se tumbó y se deslizó debajo de una de las estanterías metálicas, encajando el cuerpo en el estrecho hueco entre el suelo y la base. El metal frío le rozó la espalda y el polvo le hizo contener la respiración. Frente a él, al otro lado del pasillo, Tomek se metió bajo la estantería opuesta. Los dos podían verse.

Botas negras cruzaron el pasillo a toda velocidad. El suelo vibraba cada vez que uno de los policías corría entre las filas de productos. Otro pasó más despacio, tan cerca que Jan pudo ver el borde gastado de la suela. Durante unos segundos se detuvo, giró ligeramente sobre sí mismo como si escuchara algo.

Jan dejó de respirar.

El policía terminó por seguir adelante y sus pasos se alejaron hacia otro pasillo. Desde sus escondites, Jan y Tomek se miraron en silencio mientras

el supermercado seguía llenándose de voces, golpes y gritos de rabia.

Jan estaba encajado en los pocos centímetros de espacio que le dejaba la estantería. El metal le presionaba la espalda. Frente a él, al otro lado del pasillo, Tomek lo miraba, intentando infundir calma, sin éxito. Jan le preguntó con la mirada qué demonios pensaba hacer ahora. Tomek negó con la cabeza y levantó una mano pidiéndole que esperase.

Había al menos siete policías dentro del supermercado, moviéndose por los pasillos de forma errática, abriendo huecos entre las estanterías, golpeando cajas con las botas y gritando con voces roncadas que resonaban por todo el local.

—¿Dónde están los niños? ¡¿Dónde están?! ¡No pueden haber salido!

También habían soltado al guardia de seguridad que antes habían dejado atado, y ahora caminaba con ellos con la porra en la mano mientras los otros avanzaban con las pistolas desenfundadas.

Tomek comprendió que su plan de escapar por la puerta trasera había fracasado; los policías estaban desplegados por todo el supermercado y no había salida clara. Tenía que pensar algo ya.

Uno de ellos apareció en el pasillo donde se escondían. Sus botas negras se detuvieron frente a las estanterías y, tras echar un vistazo rápido alrededor, el policía se agachó para mirar debajo. Revisó el hueco de la primera estantería, luego el de la segunda, y al inclinarse un poco más, su cara acabó frente a la de Tomek. Durante un segundo se quedaron mirando, congelados por la sorpresa. Tomek esbozó una sonrisa nerviosa y el policía se relamió los labios.

Jan salió rodando desde su escondite y, aún en el suelo, lanzó una patada violenta contra la pierna del policía. El golpe le dobló la rodilla y el hombre cayó de lado. El ruido de su sien chocando contra el suelo resonó en todo el pasillo.

—¡Están aquí! —gritó el policía, furioso. Tenía la cara manchada de sangre; se había abierto la cabeza con el golpe y sus ojos rojos le daban un aspecto más de criatura que de hombre.

Tomek salió arrastrándose de debajo de la estantería y ambos echaron a correr hacia la puerta principal, que parecía el lugar menos transitado. Apenas habían avanzado unos metros cuando un disparo sonó a sus espaldas y la bala pasó silbando a centímetros de la cabeza de Jan. Otro policía se unió al primero y enseguida aparecieron más por el pasillo, que comenzaron a perseguirlos mientras corrían entre las filas de productos.

Tomek giró de repente hacia un lateral del pasillo y empujó con fuerza una de las estanterías. La movió hacia delante, luego hacia atrás y otra vez

hacia delante. El metal chirrió al deslizarse sobre el suelo y toda la fila comenzó a tambalearse como una hilera de fichas de dominó. No todas cayeron, pero varias se inclinaron lo suficiente para desplomarse sobre los policías que venían detrás. Dos de ellos quedaron atrapados bajo el peso de las estanterías y de las cajas que se desparramaron por el suelo, dando a Jan y a Tomek unos segundos de ventaja.

Jan había recogido una de las pistolas que había caído al suelo. Se giró, levantó el arma con manos temblorosas y apuntó a uno de los agentes que seguía avanzando.

—¡Párate! —titubeó.

El policía ni siquiera dudó. Levantó su propia pistola y disparó. Jan sintió el golpe de aire caliente en el brazo cuando la bala le rozó la piel y cayó al suelo, soltando un gruñido.

—¡Mierda!

Tomek se tiró hacia él, agarró la pistola que había caído y comenzó a disparar en dirección a los policías casi sin apuntar, obligándolos a retroceder unos pasos. Lo que más le inquietó no fue que devolvieran el fuego, sino que apenas parecían preocupados por cubrirse. Avanzaban como si les diera igual vivir o morir, cegados solo por sus ansias de matar.

Jan apretaba los dientes mientras se sujetaba el brazo. Tomek lo agarró por la chaqueta y empezó a arrastrarlo hacia un lateral del pasillo.

—¡Tenemos que salir cagando leches de aquí! —gritó.

Cuando lograron ponerse en pie y empezaron a correr hacia la puerta principal, se encontraron de frente con dos policías que estaban entrando en el local, debían de ser los últimos en haber llegado.

—¡Mierda! —exclamó Jan.

Los dos agentes levantaron las pistolas, pero Jan reaccionó por puro instinto. Se lanzó hacia ellos y soltó una patada directa al abdomen de uno, que salió despedido hacia atrás. El segundo intentó dispararle a la cabeza, pero Tomek llegó justo a tiempo y lo placó antes de que pudiera. El hombre cayó al suelo y Tomek se abalanzó sobre él, descargando tres puñetazos rápidos en su cara hasta dejarlo inconsciente.

Detrás de ellos se oían de nuevo pasos y gritos. Más policías salían del interior del supermercado.

Tomek vio uno de los coches patrulla aparcados frente a la entrada. Las puertas estaban abiertas y, por la forma en que el motor vibraba, era evidente que las llaves seguían puestas.

—¿Sabes conducir?

Jan asintió. Los dos echaron a correr hacia el coche, se metieron dentro y Jan pisó el acelerador. El vehículo salió disparado hacia la calle principal justo cuando varios disparos sonaban a su espalda y uno de ellos reventaba la luna trasera en una lluvia de cristales.

—¡Corre, corre! —gritaba Tomek desde el asiento del copiloto mientras se giraba para mirar atrás. Tenía una mano fuera de la ventanilla, ya que no había sabido cómo introducir el *stick* de *hockey* en el interior del vehículo.

En el aparcamiento, los policías ya se subían a sus coches para iniciar la persecución. De repente, uno de los vehículos explotó, soltando una bola de fuego desde el interior, luego otro y, al final, el tercero.

Jan y Tomek lo vieron desde el retrovisor y luego se miraron.

—¿Qué coño ha sido eso? —musitó Jan.

—No he sido yo —se excusó Tomek, como si diera por hecho que le iba a caer la culpa de la muerte de los policías.

Jan frenó, se giró y miró las hogueras a través de la luna trasera rota.

«¿Qué coño está pasando?».

—Mierda de mundo —dijo antes de volver a arrancar.

CAPÍTULO 15

El matadero

1

—Por aquí, sígueme —dijo Tomek, mientras se movía con seguridad por un frondoso bosque que iba en paralelo al Vístula, sin más luz que la de la linterna. Jan, por su parte, lo seguía con incomodidad. Tropezaba con ramas y rocas. Las sombras de los cientos de hojas conferían al lugar un aspecto lúgubre. Los nervios también podían deberse a lo que acababan de vivir en el supermercado.

—¿Cuántas linternas llevas en la mochila? —preguntó Jan, que recordaba que el chico había dejado tirada una en la tienda.

—Un huevo. Hace unos meses robamos de todo en un Decathlon: linternas, sacos de dormir, comida deshidratada, bombonas de gas para cocinar...

—Y *sticks* de *hockey* —se burló.

—Queríamos bates, pero se ve que aquí a nadie le gusta el béisbol. Antek quería palos de golf, pero tampoco había. —Se rio al pensar en ello.

Habían dejado el coche patrulla abandonado y escondido en el bosque. Antes de eso Tomek había robado la radio portátil y la había metido en su mochila. Parecía que el chaval le daba utilidad a cualquier cosa que robaba.

—¿Estamos lejos? —preguntó Jan.

—No. Ya estamos.

Jan supo así dónde se escondía el otro grupo.

Era un barrio residencial abandonado del siglo XIX, a las afueras de la ciudad. Casi nadie recordaba el nombre real; todos lo llamaban El Matadero. Había sido un barrio de palacetes de banqueros judíos antes del treinta y nueve. Los nazis habían asesinado a los propietarios y a sus familias. Luego habían usado los lujosos edificios para sus altos cargos. Con la llegada de los soviéticos se produjo una segunda matanza y El Matadero quedó bastante derruido. Como los comunistas no eran dados a la renovación del patrimonio histórico y el terreno era pantanoso, fue

abandonado. Ya en los noventa, después de la caída del socialismo, nadie sintió interés por recuperarlo: quedó relegado al olvido y el bosque sepultó los accesos y las casas. Los únicos que iban por ahí eran los niños para jugar, aunque sus padres se lo tenían prohibido.

—Buen sitio para esconderse —pensó Jan en voz alta.

—Y aún no has visto nada.

Jan y Tomek caminaron entre las viejas casas, de las cuales solo quedaban algunas fachadas medio derrumbadas. Lo que había sido una de las calles estaba llena de raíces de los árboles y arbustos que hacían el camino menos accesible de lo que Jan recordaba. Hacía más de veinticinco años que había estado allí.

Al llegar a una de las casas, cuya fachada era de piedra recubierta de hiedra, Tomek y Jan cruzaron el portal de entrada. La tabla que había hecho de puerta se había podrido durante décadas.

Cruzaron varias estancias de la casa. No había techos y las ramas de los árboles cruzaban las habitaciones como serpientes en un terrario. Llegaron a un pequeño descampado donde había unos columpios oxidados, vestigios de lo que debía de haber sido un jardín. En el centro había una tapa de alcantarilla que destacaba por no tener follaje sobre ella. Tomek sacó su palanca de la mochila y la usó para abrirla.

Entraron en los túneles, muy similares a los que ya conocía Jan, salvo por una diferencia: al final se escuchaban voces alegres de niños jugando.

2

Al entrar en la estancia, una sala abovedada de ladrillos rojos iluminada con lámparas de *camping* gas, lo primero que vio Jan fue a una docena de niños divididos en dos grupos: unos corrían jugando al pillapilla y otros permanecían sentados en el suelo, entretenidos con juegos de mesa o dibujando. Sus edades oscilaban entre los cinco y los doce años. En cuanto lo vieron, todos se quedaron paralizados. El silencio se apoderó de la sala y una docena de miradas se clavaron en él, llenas de terror.

—Tranquilos, enanos —les dijo Tomek con una voz cargada de cariño y las manos levantadas—. Este es Jan. Es... un viejo bueno.

Las palabras no surtieron el efecto esperado. Los niños siguieron quietos, como si esperasen que de un momento a otro el adulto fuese a atacarlos. Habían visto demasiado.

Jan, incómodo bajo aquellas miradas, decidió hablar.

—Tranquilos... no quiero mataros.

Nada más decir la palabra «mataros», supo que había sido un error. Lejos de apaciguar a los críos, estos parecían más tensos. Un niño de unos siete años se había quedado congelado en la posición de atrapar, agarrando a otro de la ropa, mientras las lágrimas caían por su rostro, sin apenas parpadear.

«Seré gilipollas», se maldijo Jan.

Fue entonces cuando Zuzanna, que estaba sentada al fondo junto a una mesa, se levantó. A su lado iban Melania y Antek, y detrás de ellos un par de chicos de su misma edad. El paso desconfiado de estos últimos contrastaba con el de quienes ya lo conocían.

—Tranquilos —dijo Zuzanna, mirando primero a los niños—. No quiere hacernos daño. Es de los buen... De los nuestros.

Esta vez, la tensión aflojó un poco. No desapareció del todo, pero los niños fueron volviendo a sus juegos. Zuzanna, sin embargo, no apartó la mirada de Jan. Y en ella había algo más que cautela: había enfado.

—Ya era hora. Estábamos preocupados —dijo con rabia contenida, si bien su expresión cambió en cuanto vio el brazo de Jan.

La sudadera estaba empapada de sangre. El rojo oscuro se extendía alrededor de un corte evidente.

—Pero ¿qué os ha pasado?

—No te preocupes —respondió Tomek—. Solo ha sido un disparo, es un cortecito de nada. Ahora os lo cuento.

Pese a que Zuzanna no parecía convencida, no insistió, por el momento.

—Ven —le ordenó a Jan.

Lo condujo hasta una habitación contigua, seguidos por los adolescentes.

—Quítate la sudadera —dijo mientras abría una caja de cartón reconvertida en botiquín.

Jan obedeció sin discutir. Sabía lo que venía. Se la quitó y se quedó con la camiseta blanca manchada de sangre. Dejó el brazo al descubierto. La estudiante de medicina empezó a limpiar la herida con precisión.

—Sí... solo es un rasguño. Podría haber sido peor, ¿no? —preguntó en voz alta sin esperar respuesta.

Mientras tanto, Antek recogió la sudadera ensangrentada, sacó un quitamanchas de su mochila y empezó a frotarla con total naturalidad. Todos lo miraron.

—¿En serio? —dijo Tomek con media sonrisa.

Antek se encogió de hombros.

—Está sucia. Es una prenda de buen material, aunque de dudoso gusto. Vivir en el apocalipsis no está reñido con vestir bien.

Jan esbozó una leve sonrisa. En otro contexto, aquello habría sido absurdo. Allí, solo era el día a día. Se fijó en que Antek llevaba una americana de pana, una camisa planchada de color blanco hueso, unos pantalones de pinzas beige y unos náuticos. Contrastaba con la ropa del resto, que seguían con la misma que en el supermercado.

—¿Te has cambiado? —preguntó Jan.

Melania soltó una risita mirando a Antek.

—Evidentemente —dijo él, como si fuera lo más obvio del mundo.

Antek, las veces que habían robado en tiendas de ropa, se había hecho con un alijo tan enorme como para tener dos vestidores en cada base.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Zuzanna, ignorando el absurdo debate mientras vendaba el brazo de Jan.

Esta vez fue Tomek quien habló. Relató lo ocurrido en el supermercado: el caos dentro del local, la explosión de los coches y su llegada al Matadero.

Cuando terminó, nadie dijo nada. No entendían cómo habían sobrevivido ni cómo habían muerto los policías, aunque ninguno de ellos quiso profundizar más.

Zuzanna necesitaba tiempo para pensar en ello, pero en ese momento se dio cuenta de que no había presentado a Jan a los dos adolescentes.

—Bien... Jan. Ellos son...

Jan la interrumpió.

—Ya los conozco. Adam está en su último año, bastante mediocre como estudiante, pero es delegado de su clase. Y Ola es una estudiante normalita. Es la jefa de las chicas *scout*; la he visto en la puerta del súper pidiendo caridad.

—¿Jefa? —repitió Ola antes de corregirlo—: Líder de tropa.

Tanto Ola como Adam miraban a Jan como si fuese un extraterrestre. Tomek soltó una risotada.

—Nuestro amigo cree que viene de otro universo o algo así. Yo creo que se ha dado una buena hostia en la cabeza. No para de decir cosas como estas sobre nosotros. No sabemos de dónde las saca.

Adam y Ola intercambiaron una mirada incómoda, un golpe en la cabeza no justificaba que los hubieran descrito de forma tan certera. Prefirieron pensar que Melania le habría contado algo.

Más tarde, Jan entendió cómo se organizaban los muchachos. El grupo estaba dividido en dos: Adam y Ola se quedaban con los niños, alimentándolos, protegiéndolos y asegurándose de que siguieran seguros, mientras el resto salía a buscar suministros.

—¿Por qué estáis separados? —preguntó Jan.

Todos los muchachos miraron a Zuzanna.

—Cuando volvamos a nuestra base te lo explico.

La palabra «base» sonaba extraña, incluso para ella. Al ver que no había más que decir, añadió:

—Voy a ver a Julek antes de irnos.

El tal Julek era un niño de unos seis años con mirada cansada y rostro febril, estirado en una esterilla dentro de un saco de dormir. Jan observó a Zuzanna ensimismado. Trataba a su paciente con una profesionalidad digna de una médica titulada, y al mismo tiempo mostraba una empatía más cercana a la de una hermana mayor.

Una vez recogieron todo, emprendieron el camino por los túneles. El trayecto duró más de una hora. La base de El Matadero y la suya estaban en extremos opuestos de la ciudad, separadas a propósito: suficiente distancia para que, si caía la de los recolectores, la de los niños tuviera una oportunidad.

3

Ya en la base, el cansancio lo llenaba todo. Uno a uno fueron preparándose para dormir, sin energía para conversaciones ni preguntas, salvo Antek, que abrió su mochila y sacó dos libros que le ofreció a Melania.

—He cogido esto de la tienda. ¿Los tienes?

Ella miró los libros y sus ojos se abrieron con una expresión de júbilo contagiosa que hizo sonreír a Antek. Eran dos volúmenes de cantos pintados: el final de dos trilogías que tenía a medias. Melania, sin mediar palabra, se los arrebató de las manos y le dio un fuerte abrazo.

—Me vas a arrugar la camisa —se quejó en broma—. Si solo los he cogido al azar.

Ella lo ignoró. La había estado escuchando las cien veces que se había quejado de no saber cómo iba a terminar la saga, y él se había tomado el tiempo para encontrar esos volúmenes.

Para Jan, ese día había sido, sin duda, uno de los más largos de su vida: empezar encerrado en una habitación, desayunar con aquellos chicos como si nada, golpear a una anciana, abrir una novela romántica, robar un supermercado, huir de la policía y terminar en El Matadero rodeado de

niños que sobrevivían como si vivieran en el País de Nunca Jamás. Estaba agotado, pero demasiado excitado todavía para dormirse.

Le prepararon una esterilla en el suelo. Dormían organizados en dos filas, como si aquello fuera un campamento improvisado con normas silenciosas. Tomek, Melania y Antek se acomodaron en una esquina, muy juntos; sin mezclarse del todo, pero lo suficiente como para compartir el calor. En cuanto se metieron en sus sacos, cayeron rendidos. Jan observó la escena con una mezcla de extrañeza y un leve sentimiento que hacía mucho que no tenía: ternura.

Entonces Zuzanna apareció a su lado, colocó su esterilla junto a la de él —demasiado cerca— y sacó unas esposas.

—No me va ese rollo —bromeó Jan.

—Tú y yo dormiremos aquí —dijo, obviando la broma de cuñado—. Quiero que te esposes ahí.

Jan miró detrás de él. Una tubería oxidada recorría la pared; en algún momento debió de haber sido verde, pero el tiempo había devorado casi por completo la pintura.

—¿Por qué coño voy a esposarme?

—Yo también lo haré —respondió ella.

—¿Por qué?

Zuzanna dudó unos segundos antes de responder.

—Tengo veintidós años. La mayoría de la gente de mi edad ya está infectada. Yo debo de estar cerca... y no quiero que ocurra mientras ellos duermen.

Señaló al resto.

—¿Y yo?

—Tú eres una bomba de relojería. Si se te cae alguno de esos audífonos, podrías hacerles daño.

Jan no había considerado esa posibilidad. Pero quiso volver a lo que había dicho antes la muchacha.

—¿Eso puede pasar de un día para otro? Lo de volverte adulto —matizó.

Zuzanna asintió.

—Antes éramos más. Había otra chica de mi edad... Ania.

Jan no apartó la mirada.

—¿Qué pasó?

Zuzanna respiró hondo. Miró a los que dormían para asegurarse de que siguieran así.

—Vivíamos todos juntos en la base de El Matadero. Era más segura... o eso creíamos. Ania estaba haciendo la cena. No tuvimos aviso ni tiempo de reacción. Ania, que estaba cortando un pedazo de carne en conserva, se detuvo un segundo... la miré... pero no reaccioné a tiempo. Mató a uno de los niños con un cuchillo de cocina... Lo degolló.

Una lágrima cayó por su mejilla. Recordó a Mikolaj, un niño dulce de ocho años que cada noche tenía pesadillas, pero que siempre se sentía seguro cuando Zuzanna y Ania orbitaban cerca. Se habían ganado su confianza poco a poco. Lo último que vio fueron los ojos rojos y rabiosos de Ania.

—Intentamos sujetarla entre varios —continuó, con la voz entrecortada—. Fue imposible. La rabia la hacía imparable. No tuve elección. La amenacé con el cuchillo para intentar asustarla. A ella le dio igual y se lanzó sobre mí. Cayó al suelo unos segundos después... Le había atravesado la aorta y murió desangrada.

El silencio que siguió fue denso. Jan entendió que no había discusión posible. Aquello no era una norma absurda, era supervivencia. Asintió y se colocó las esposas, sintiendo el peso de lo que implicaban. Miró a Zuzanna de otra forma: más allá de su dureza.

—Les hice prometer... —Zuzanna observó a sus amigos—, que cuando yo eclosione, me matarán. Es demasiado arriesgado dejarme viva.

Zuzanna se esposó también, lanzó las llaves cerca de Antek y se tumbó sin decir nada más. En cuestión de segundos se durmió.

Jan, en cambio, no pudo. Demasiadas preguntas sin respuesta.

Miró a su alrededor y vio el libro: *Lía en Navidad*, y en mitad del fin del mundo, y con una sola mano libre, continuó leyendo.

CAPÍTULO 16

La bookstagramer

1

Las risas de los chicos, junto al aroma del café recién hecho, despertaron a Jan. Notó que ya no estaba esposado. Bostezó y miró a los muchachos, que desayunaban en la mesa.

—Antek, tíralos y coge unos nuevos —se burlaba Tomek.

—En serio, no tienen arreglo —añadió Melania, divertida.

Antek sonreía, pero los ignoraba; estaba concentrado en reparar su calcetín. Sobre la mesa tenía un gran kit de costura, con carretes de distintos colores, agujas y un huevo para zurcir.

—No los voy a tirar. Son unos Falke.

—Sabes que en la despensa tenemos como veinte *packs* del H&M.

Antek sonrió, pero volvió a centrarse en su labor.

—Los Falke están hechos con auténtica lana de oveja merina. Son suaves, transpiran, tienen unos acabados que les dan mayor resistencia y no se deforman con el lavado. Además, son elegantes. Que tú decidas llevar bolsas de poliéster en los pies me parece bien. —Levantó la mirada para analizar la vestimenta de su amigo y sonrió con malicia—. Y hasta me parece coherente con el resto de tu estilo.

Melania soltó una carcajada. Tomek observó su camiseta: llevaba un estampado de una tierra plana bajo el lema «No me engañaréis, terrarredondistas».

Jan se sentó a la mesa.

—Buenos días. ¿Hay café?

Tomek se levantó y trajo la tetera del hornillo de gas. En la mesa había vasos de cartón y un bote de café soluble.

—Aún está caliente —dijo.

Jan se sirvió e ignoró los paquetes de galletas abiertos.

—Vaya, sí que has dormido —comentó Melania.

Jan la observó, aún necesitado de cafeína. «Esta esnifa purpurina para desayunar», pensó al percibir la dulzura que emanaba. La conocía poco, en su mundo y en este, pero jamás la había visto sin esa sonrisa y esos ojos enormes y curiosos. No era algo impostado. Era auténtica amabilidad.

—Anoche me quedé hasta tarde leyendo.

Hasta Antek dejó de zurcir. Los tres lo miraron con atención.

—¿*Lía en Navidad*?

Él asintió mientras mezclaba el café en el agua con una cucharilla.

—¿Y? —preguntó Melania, ansiosa.

—No sé qué decir. ¿Es legal que os vendan eso a los menores de edad?

Se rieron.

—Sí —zanjó ella, con una sonrisa—. ¿Y qué te parece?

—A ver... —Jan ordenó sus ideas—. Es entretenido, pero no es la típica comedia romántica navideña que ves en Netflix. —Buscó una forma suave de decirlo; se sentía incómodo—. Es un poco porno, ¿no? Vamos, que es guarra de cojones.

Los chicos asintieron, sonriendo.

—Hay erotismo, no pornografía —replicó ella.

—Bueno, no entremos en un debate semántico. El libro es muy guarro.

—¿Has llegado al capítulo de Nochebuena? —preguntó Tomek.

—No, van por el veintidós de diciembre.

Tomek y Antek intercambiaron una mirada cómplice que Jan captó de inmediato.

—¿Qué pasa ahí?

—No quiero hacerte *spoilers* —dijo Antek, conteniendo la risa.

—Ignóralos —intervino Melania—. ¿Qué te parece Adrián?

—¿El protagonista? Es un calzonazos. Ha dejado de fumar por ella. ¿Se puede ser más pagafantas?

—Sí, en Nochebuena —soltó Tomek.

Los dos estallaron en carcajadas.

—En serio —insistió Jan—, ¿qué coño pasa en ese capítulo?

Ellos no podían ni hablar de la risa. Melania alzó la vista al techo, frustrada.

—Dios, dame paciencia... Pero qué heterobásicos sois. Cómo echo de menos Bookstagram.

—¿Booksta... qué?

Antek, ya más tranquilo, respondió:

—Melania tenía una cuenta de Instagram donde hablaba de libros. Hacía reseñas, *unboxings*, *stories*...

Ella se sorprendió. Sabía que sus amigos conocían la cuenta —tenía treinta mil seguidores—, pero creía que Antek nunca la habría visto.

—¿Tú me seguías?

Antek se puso rojo.

—No —dijo rápido—. No... Se lo oí decir a alguien en clase.

Ella sonrió, encantada.

Jan puso los ojos en blanco. Esos coqueteos adolescentes le resultaban irritantes. Encendió un cigarrillo.

—Como te vea Zuzanna fumando aquí dentro, te capa —advirtió Tomek.

—Pero si me dejó fumar ayer.

—Eso es porque queríamos proponerte el experimento, pero normalmente es muy tocapelotas con el tema del tabaco y el alcohol.

Entonces Jan cayó en algo, llevaba muchos días sin beber y no lo había pensado. Incluso en el supermercado pasó por la sección de alcohol y ni se había planteado coger una botellita de vodka. Jan miró alrededor.

—¿Dónde está la doctora?

—Julek, el niño de ayer —explicó Melania—. Ha salido hace un rato hacia El Matadero para ver cómo estaba.

2

Zuzanna tardó dos horas en volver. Durante ese tiempo, Melania y Jan leyeron; Antek hizo la colada —la suya y la de todos—. El acceso al agua en las cloacas le permitía mantener ese pequeño ritual que tanto le calmaba, quizá porque le recordaba a su madre y a la sastrería familiar. Tomek, por su parte, trasteaba con la radio robada del coche patrulla, aislado con unos auriculares enormes.

—Hola —dijo Zuzanna al entrar—. Esta noche tenemos que volver a salir.

—¿Por? —preguntó Melania.

—Julek está peor. Necesita un antibiótico. Se nos han acabado.

Tomek se levantó.

—Puedo ir solo. En la radio dicen que van a mandar al ejército.

Todos lo miraron. Por lo que había oído, la noche anterior habían muerto casi todos los policías de la ciudad y el ayuntamiento había pedido refuerzos al gobierno.

—Mierda... —Zuzanna se pasó la mano por la cara—. Aun así, tenemos que ir todos. O al menos yo.

Tomek no dijo nada. Aún cargaba con la culpa de un error cometido meses atrás: cuando fue solo a la farmacia, confundió los nombres y volvió con más de treinta cajas de ansiolíticos en lugar de calmantes. Según él, los nombres se parecían demasiado. Zuzanna no iba a dejarle ir solo.

—¿A cuál vamos? —preguntó Melania, dando por hecho que irían todos.

—A la de la calle Wojewódzka.

A Jan no se le escapó el gesto de incomodidad general. Lo entendía: también conocía esa farmacia. Era de veinticuatro horas, grande, bien surtida... y, por tanto, peligrosa. Habría al menos dos dependientes dentro.

—¿Estás segura? —preguntó Antek.

Zuzanna asintió. Estaba nerviosa. Julek tenía una neumonía severa y ya no se fabricaban medicamentos infantiles; tendría que ajustar una dosis adulta de ceftriaxona.

Jan no dijo nada. Había aceptado su papel de observador. Iría donde le dijeran.

CAPÍTULO 17

La farmacia

1

Esperaron varias horas hasta que llegó la madrugada. Era el momento más seguro para salir: las calles quedaban más despejadas y contaban con el factor sorpresa, aunque las transmisiones de la radio de la policía confirmaban que varios destacamentos militares patrullaban la ciudad de forma constante.

Se movieron por las cloacas hasta llegar a la calle Wojewódzka. Una vez debajo de la farmacia, se miraron. Zuzanna repasó el plan por última vez: salir al exterior, sacar a los dependientes, reducirlos mientras ella cogía el medicamento. Solo el que necesitaban. Sin entretenerse ni acumular. Entrar y salir. Todos asintieron. Había que ejecutarlo de forma milimétrica.

—Tú, si quieres, quédate, volveremos rápido —le dijo a Jan.

—No. Prefiero ir con vosotros, aunque sea de observador.

En el fondo, Jan seguía siendo el adulto del grupo. Aunque lo trataran como al novato.

El primero en subir por la pared de ladrillos húmedos fue Tomek. Avanzó encajando los pies en los peldaños hasta alcanzar la tapa. La empujó con la nuca y la espalda, haciendo fuerza poco a poco. Asomó lo justo para observar la calle. Contuvo el aliento.

Nada. Ni un alma.

Solo la farmacia, al otro lado. Ese silencio, que antes le habría inquietado, ahora le daba una extraña calma.

Mantuvo la tapa abierta y miró hacia Zuzanna, que esperaba a sus pies. Asintió y la levantó del todo. Comenzaron a salir.

Jan seguía maravillándose de la eficiencia de los chicos. En cuestión de segundos, los cinco cruzaron la calle y se plantaron frente a la puerta de la farmacia. Aunque era de veinticuatro horas, durante el turno de noche la puerta estaba trabada.

Entonces llegó el momento. Tomek se acercó y aporreó el cristal.

—¡Hola! ¿Tenéis algo para el acné juvenil? Es que no lo tienen en ningún lado —dijo con un retintín provocador.

Al instante se escucharon pasos rápidos en el interior. Tomek retrocedió un par de metros, colocándose en medio de la acera, a la espera de la previsible salida en tromba. A ambos lados de la puerta, ocultos en la sombra, esperaban Antek y Melania.

En cuanto se abrió y el primer dependiente salió —rabioso, dispuesto a abalanzarse sobre Tomek—, Antek y Melania cruzaron los *sticks* de *hockey* por detrás de sus tobillos. El hombre cayó de bruces contra el suelo.

El segundo no mordió el anzuelo. Se detuvo en seco, midiendo distancias. Antek y Melania retrocedieron, listos para golpear fuera de su alcance.

Fue entonces cuando el hombre, con unas tijeras de metal en la mano, se lanzó hacia Melania.

Jan reaccionó por instinto. Una patada al pecho. El impacto fue tan seco que el dependiente salió despedido hacia atrás y cayó de espaldas. El golpe de la nuca contra el cemento lo dejó sin sentido. Durante un segundo, todo quedó en silencio.

Nadie se movía.

—En serio —dijo Tomek con la boca abierta—. Eres como el puto Bruce Lee. Tienes que enseñarme.

«Si supiera cómo lo sé yo», pensó Jan.

Tomek y Antek arrastraron los cuerpos al interior sin perder tiempo. Zuzanna ya estaba en movimiento: saltó por encima del mostrador y empezó a buscar el medicamento. Melania entró justo detrás y Jan fue el último, cerrando la puerta desde dentro. En un instante, lo tenían todo bajo control.

O eso parecía.

Se oyeron coches.

Jan se acercó al cristal y miró fuera. Un camión militar frenó en seco y de él bajaron una docena de soldados con rifles al hombro.

—¿Cómo coño han llegado tan rápido?

Zuzanna, al otro lado del mostrador y con los medicamentos ya en la mochila, vio algo: un pequeño aparato con un botón rojo. Lo había visto la noche anterior en el supermercado. Era idéntico. Y lo entendió. Los adultos habían organizado un sistema de aviso rápido para alertar de la presencia de niños.

—Joder... —susurró.

Sin perder un segundo, corrieron hacia la parte trasera. La encontraron enseguida: una puerta de metal con las llaves puestas. Tomek giró el cerrojo y abrió.

Se quedaron helados. Otro furgón acababa de aparcar. Más militares bajaban de él.

Cerraron de golpe. Tomek rastreó la trastienda con la mirada y volcó una estantería de medicamentos para bloquear la puerta.

—¿Qué hacemos? —preguntó Melania, aterrada.

Volvieron a la parte delantera. Las dos salidas estaban cortadas y los militares seguían gritando órdenes al otro lado del cristal.

Una ráfaga de disparos reventó el escaparate. Los impactos de las balas resonaron contra las vitrinas de productos. Todos se lanzaron al suelo mientras caía una lluvia de cristales y fármacos. La reja metálica del escaparate les daría algo de tiempo, pero no mucho.

—¿Cómo salimos de aquí?! —le gritaba Antek a Tomek mientras se arrastraba por el suelo hasta Melania.

«Joder, estamos bien jodidos», pensó Jan.

De pronto sonó una explosión que sacudió la calle e hizo vibrar las cajas de medicamentos de las estanterías. Los disparos se interrumpieron un momento y, cuando se reanudaron, ya no entraban balas en la tienda.

Jan levantó la cabeza: el camión había estallado. Los soldados que quedaban en pie disparaban hacia el lado opuesto de la calle, hacia algo que los atacaba desde las sombras.

Uno de ellos gritó. Luego explotó. Los restos cayeron sobre el asfalto.

Jan bajó la cabeza y gritó, sin apartar los ojos de la calle:

—¡No sé qué coño pasa ahí fuera, pero algo los está masacrando! ¡Tenemos que salir ahora!

Se pusieron en pie. Jan abrió la puerta y salió el primero, con los cuatro chicos pegados a sus talones.

Uno de los soldados se giró y les apuntó. Estalló en pedazos antes de poder disparar. Solo Melania se volvió un instante, horrorizada, hasta que Antek la agarró del brazo y la obligó a seguir.

—¡Al bosque! —gritó Tomek.

Huyeron entre calles y edificios hasta llegar a la linde. Se internaron en la maleza sin dejar de correr. A su espalda, los gritos de los soldados se iban apagando junto con las explosiones.

No sabían qué había pasado exactamente. No pensaban quedarse a averiguarlo.

Cruzaron el bosque hasta encontrar otra calle. En cuanto vieron una tapa de alcantarilla, Tomek sacó la palanca, la levantó y bajaron todos de golpe. Cerraron detrás de ellos, dejando fuera el mundo de la superficie, aunque el eco de las explosiones aún retumbaba en sus oídos.

2

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Antek cuando se sintieron seguros.

Llevaban corriendo diez minutos por los túneles. Al no escucharse nada en la superficie, pararon.

—Un *Dens ex Machina* de manual —respondió Melania, a la que le faltaba el aire.

Siempre había odiado ese recurso literario, pero cuando uno era el protagonista de la historia, solo podía agradecerlo.

—No hay armas que hagan explotar a personas de esa manera —pensó en voz alta Zuzanna—. Al menos, ninguna que yo conozca.

—Eso me la suda ahora mismo —cortó Tomek—. Tenemos que volver a la base y enterarnos de qué ha pasado por la radio.

Zuzanna asintió.

—Tienes razón. Id.

—¿Y tú? —preguntó Jan.

—Yo tengo que ir a El Matadero para llevarle la medicina a Julek. En unas horas nos vemos.

En la siguiente esquina se separaron.

CAPÍTULO 18

El carrito

1

Tomek trasteaba con la radio muy serio, aunque de momento no había informaciones.

—Me voy a lavar —comentó Melania.

No quería pensar qué eran las manchas con tropezones que tenía por la ropa.

—Cuando acabes voy yo —dijo Antek, que pensaba que su ropa no tenía arreglo ya.

«Un momento», pensó Jan.

—¿Tenéis ducha?

Melania sonrió, tardaría días en volver a hacerlo con ganas.

—No, pero uno de los primeros sitios que robamos fue un almacén de productos médicos. Nos lavamos como la gente que no se puede poner de pie en el hospital: lavado en seco.

—¿Cómo? —preguntó Jan.

—Gel de baño sin aclarado, toallitas húmedas corporales y champú en seco.

—Melania, ve —le dijo Antek, luego miró a Jan—, cuando vaya yo te digo cómo funciona. Pero no te hagas ilusiones, llevo seis meses soñando con una ducha de verdad.

El lavabo que usaban era la sala donde lo habían encerrado durante una noche. Jan estaba molesto, llevaba tres días sin lavarse y nadie le había dicho nada. Él ni se había fijado en que los muchachos siempre estaban limpios.

2

Jan disfrutaba de estar aseado. La pena era que seguía con su chándal sucio; nunca le había gustado usar ropa deportiva, pero después de esta experiencia, menos. Le preguntó a Tomek si tenía ropa para él, pero salvo calcetines y calzoncillos, no habían encontrado nada de su talla. Lo que le

molestaba de verdad era que una mosca lo estaba rondando; pensaba que una vez lavado ya se habría librado de ella.

Mientras todos estaban con sus quehaceres, nadie hablaba. Se mascaba la tensión de lo sucedido en la farmacia; sin tener ni idea de qué había pasado, todos preferían mantenerse ocupados antes que elucubrar.

Jan había cogido *Lía en Navidad*. No se lo iba a confesar a Melania. Por muy guarro que fuera, le estaba divirtiéndolo. Trataba de una borde y amargada librera de un centro comercial: se sentía sola, deprimida, odiaba la Navidad y jamás había tenido un orgasmo en condiciones. Por ahí rondaba un vigilante de seguridad dulce, atractivo y gracioso que, con ayuda de sus amigos, iba a ayudar a Lía a amar la Navidad y a tener una cantidad obscena de orgasmos. Lo único que irritaba a Jan era Adrián, el protagonista masculino: tenía los músculos definidos, aunque solo se alimentara de comida basura. Si Lía decía que le molestaba el humo, él dejaba de fumar; si había un niño triste, él se enfundaba un traje de Papá Noel. Solo faltaba que salvara a un grupo de niños ciegos de un orfanato en llamas para alcanzar la santidad. Jan lo odiaba, pero no podía dejar de leer.

Cerró el libro con un sonoro golpe.

—¡La hostia!

Todos se volvieron a mirarlo.

—¿Qué pasa? —preguntó Melania.

Jan la miró.

—Acabo de terminar el capítulo de Nochebuena. Menuda guarrada, creo que tengo que volver a ducharme.

—Te lo dije —comentó Antek, riendo—. No se puede hacer una novela que evoque el espíritu de Navidad y hacer una orgía así en Nochebuena.

—Es como si en el cuento de Navidad de Dickens —reflexionó en voz alta Jan, aún impactado por lo que acababa de leer— Scrooge se reuniera con los tres fantasmas y se pusieran a follar.

—Mirad que sois simples —protestó Melania, imponiéndose a la carcajada de Antek.

—Tendrías que haberle dejado uno de dragones —dijo Tomek al fondo, sin dejar de mirar la radio.

—¿Aún no dicen nada? —preguntó Antek, ya más serio.

—No —negó con la cabeza—. Nada, y es raro de cojones, esta mañana no callaban.

De pronto, se oyeron gritos y pasos lejanos.

Todos enmudecieron y se pusieron de pie de golpe. Las cloacas siempre eran silenciosas.

Tomek se dirigió rápido a la puerta y el resto lo siguió. Giró la manivela con cuidado y la abrió apenas lo justo para asomarse. La entrada principal desembocaba en un túnel largo, atravesado por varios canales que cortaban el paso. En cuanto la puerta se entreabrió, las voces llegaron más nítidas, mezcladas con el eco de las cloacas.

—¡Seguid buscando! —gritaba uno.

—¡Tienen que estar cerca! —respondía otro.

Al fondo, varios haces de linterna se movían de un lado a otro, temblando sobre las paredes. No estaban tan lejos.

—Mierda... ¿cómo nos han encontrado? —susurró Tomek.

Melania negó con la cabeza, nerviosa. En realidad, daba igual. Siempre había sido cuestión de tiempo. Solo que habían pasado tantos meses allí abajo, repitiendo rutinas hasta sentirse invisibles, que habían dejado de pensar en ello. Bastaba con que uno de los de arriba los viera, con que alguien señalara una rejilla, un acceso, cualquier pista. El resto vendría detrás.

Tomek cerró la puerta con sumo cuidado, procurando que ni el más leve chasquido delatara su posición. Luego, sin hablar, les indicó con un gesto que apagaran las velas y las linternas. La sala quedó sumida en la oscuridad, salvo por la tenue luz de la linterna que él sostenía.

Sin perder tiempo, se dirigieron hacia la segunda entrada del refugio. La abrieron con la misma cautela, pero al otro lado la situación no era mejor. También allí se oían voces y pasos, más cercanos de lo que deberían.

—Estamos rodeados —susurró Antek.

La ausencia de Zuzanna se hizo evidente en ese instante. Todos buscaron a Tomek con la mirada.

—¿Qué hacemos? —preguntó Melania en un hilo de voz.

—Salir cagando leches.

Tenían al menos una ventaja: conocían aquel laberinto mejor que los adultos.

Antek y Melania agarraron los *sticks* de *hockey*. Tomek descartó su palo; en aquellos túneles no había espacio para maniobrar con algo tan largo. Metió la mano en la mochila y sacó la palanca, más corta y manejable. La sostuvo con firmeza. Jan no tenía armas, así que, sin darse cuenta, aferraba el único objeto que había hecho suyo en ese lugar: *Lía en Navidad*.

—Seguidme —susurró Tomek.

Avanzaron a paso rápido, sin llegar a correr, obligándose a controlar el ruido. El agua salpicaba bajo sus pies al cruzar los charcos y el eco de cada

movimiento parecía demasiado fuerte. Al ver que no había luces al fondo del primer túnel, giraron sin detenerse.

Siguieron así, encadenando giros, hasta que a lo lejos resonaron unos golpes secos. La puerta del refugio.

—¡Están aquí! —gritó una voz en la lejanía.

El frío les recorrió el cuerpo de golpe. Melania y Antek, durante un segundo, apartaron el peligro de su cabeza para sumirse en la tristeza: la base había sido más que un refugio. Ahora los adultos la pisaban, cruzando entre montañas de libros y ropa doblada que hacían de aquel lugar algo parecido a un hogar, el único que habían conocido en seis meses.

—Seguidme —insistió Tomek, bajando aún más la voz mientras cambiaba de dirección hacia un túnel más estrecho y bajo.

Avanzaba encendiendo la linterna apenas un segundo cada pocos pasos, lo justo para que los demás memorizaran el camino antes de volver a sumirse en la oscuridad. No podían permitirse dar una referencia clara de su posición.

Tras varios giros, llegaron a otra pequeña sala de mantenimiento. Todos la reconocieron al instante, salvo Jan. Era uno de los primeros lugares que habían explorado, pero lo habían descartado enseguida como base porque era demasiado angosto.

—Bien —susurró Tomek, evaluando el espacio con rapidez—. Tenemos que buscar una salida hacia la superficie.

—¿Qué hora es? —preguntó Melania.

Tomek encendió la linterna un segundo más de lo necesario y miró su reloj.

—Las siete.

Antek apretó los dientes.

—Mierda... es de día.

3

Tomek los guio por una ruta que serpenteaba entre túneles cada vez más estrechos hasta llevarlos cerca de una de las salidas que conocían bien. Era una vía que desembocaba en el subterráneo de un parque. A esas horas, poco después del amanecer, no debería haber nadie; además, el recinto no abría hasta las nueve. Si todo salía bien, tendrían al menos un margen de tiempo.

Subieron por la cloaca con rapidez y salieron al exterior casi de golpe. La luz del sol los cegó. Era una mañana de marzo despejada, demasiado

luminosa para unos ojos acostumbrados a la penumbra constante. Todos parpadearon desorientados durante unos segundos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Jan, entrecerrando los ojos.

—Vamos —respondió Tomek sin detenerse.

Se encontraban en el jardín botánico de la ciudad, un espacio amplio, ordenado, lleno de caminos de asfalto que separaban distintas áreas de vegetación. A esa hora parecía desierto, pero la sensación de seguridad era engañosa.

—¿Y qué hacemos aquí? —protestó Melania, mirando alrededor.

—Movernos —respondió Tomek—. No podemos quedarnos quietos.

Echaron a correr por los senderos, atravesando zonas de flores aún húmedas por el rocío, hasta dirigirse hacia una estructura acristalada que destacaba entre el resto: un invernadero.

—Ahí podremos escondernos un par de horas —dijo Tomek sin dejar de avanzar—. Y pensar qué...

No llegó a terminar la frase. Una voz los interrumpió desde la distancia.

—¡Niños!

El grito, cargado de rabia, hizo que se volvieran. Un jardinero corría hacia ellos agitando el brazo en el que llevaba un rastrillo, y su voz no tardó en alertar a otros que debían de estar repartidos por el recinto. En cuestión de segundos, varias figuras comenzaron a moverse en su dirección.

—Joder... mierda —escupió Tomek.

Aceleraron, pero antes de alcanzar el invernadero vieron un carrito lleno de utensilios de jardinería en la parte trasera, como los que se usan para moverse dentro de los campos de golf.

Las llaves estaban puestas.

Jan no dudó. Se sentó al volante mientras los tres chicos se acomodaban como podían, agarrándose a lo que encontraban; el carrito era biplaza y no estaba pensado para que cuatro personas huyeran a la desesperada.

El motor respondió al instante. Jan pisó el acelerador con fuerza y el carrito salió por el camino principal. Aunque no era rápido, en ese momento bastaba.

Detrás, los gritos se multiplicaban.

—¡Os mataré!

—¡Niños, hijos de la gran puta!

Jan no miró atrás. Se centró en avanzar, en no perder el control al tomar las curvas cerradas del parque.

Llegaron a la entrada principal: una verja de hierro forjado negro. Estaba cerrada con un candado.

—Mierda —gruñó Jan.

Antes de que el carrito se detuviera por completo, Tomek saltó al suelo y corrió hasta el portón, clavó la palanca y en un solo movimiento reventó el candado. Empujó las puertas de par en par.

—¡Vamos!

Se subió de nuevo de un salto mientras Jan aceleraba y salieron a la carretera.

Eran las siete de la mañana de un martes y tenían que desaparecer rápido de la carretera si no querían toparse con más adultos.

Jan apretó el volante con fuerza.

—Estamos jodidos.

—Por la carretera no vamos a llegar a El Matadero —dijo Antek, mirando hacia atrás—. Tenemos que meternos en el bosque.

Se inclinó hacia delante.

—Gira a la derecha. En dos calles hay una entrada.

Jan asintió. Conocía la zona lo suficiente como para no necesitar más indicaciones. Giró en cuanto pudo, metiendo el carrito por una calle estrecha, pero no llegó a avanzar ni cien metros antes de cruzarse con un coche familiar que venía de frente. Dentro había una pareja de cuarentones con ojos carmesí que reaccionaron en cuanto los vieron. Frenaron un instante, como si dudaran, y luego aceleraron hacia ellos.

—¡Cuidado! —gritó Melania.

Jan giró el volante con torpeza, esquivando el impacto por centímetros, pero el vehículo derrapó rápido, hasta ponerse tras ellos. Aceleró y se colocó en paralelo. Entonces empezó a embestir el carrito, golpeándolo por el lateral.

La calle era demasiado estrecha. Cada impacto los empujaba hacia las fachadas, rozando muros, farolas, cualquier obstáculo que encontraban a su paso.

Jan apretó los dientes. No podía competir con el coche familiar, no tenía potencia ni control.

—Saltad —dijo de pronto.

—Pero ¿tú estás loco? —replicó Antek.

—¡Que saltéis, coño!

Su voz fue tan autoritaria que el resto no lo cuestionó. Uno tras otro, se dejaron caer del vehículo en marcha, rodando sobre el asfalto.

En cuanto Jan se quedó solo, viró para embestir el lateral del coche con todo lo que tenía.

No le hizo nada. El impacto fue como chocar contra un muro.

«Seré gilipollas», fue lo último que pensó antes de que el carrito rebotara y saliera despedido. Apenas tuvo tiempo de reaccionar: saltó volando unos metros. Rodó por el suelo, golpeándose contra el asfalto, y quedó tendido bocarriba.

La cabeza le daba vueltas y le dolía todo, aunque seguía vivo.

El coche se detuvo delante de él. Las puertas se abrieron.

La pareja salió sin armas, aunque con una determinación clara en la mirada, como dos gatos frente a un ratón muerto. Iban a destrozarlo.

Jan intentó incorporarse, todavía aturdido. Fue incapaz.

Los chicos ya venían corriendo por la calle mientras la pareja, centrada en Jan, se acercaba despacio, como si tratara de disfrutar el momento.

Tomek fue el primero en llegar. Se lanzó contra el hombre por la espalda, derribándolo con un golpe seco. Al mismo tiempo, Melania y Antek se abalanzaron sobre la mujer. La golpearon con los *sticks* de *hockey* hasta hacerla caer al suelo. Melania le propinó una patada en la cara.

Cuando terminaron, ambos adultos quedaron heridos sobre el asfalto. Debían de haberles roto algunos huesos, ya que trataban de levantarse sin éxito.

Tomek no se detuvo. Agarró a Jan del brazo y tiró de él.

—Arriba. Vámonos.

Jan se puso en pie como pudo, aún dolorido. Vio a unos metros, tirado en el suelo, *Lía en Navidad*, lo agarró. Los cuatro echaron a correr sin mirar atrás. Cruzaron la calle y se internaron en el bosque, perdiéndose entre los árboles y la maleza hasta que las casas quedaron atrás y el ruido de la ciudad se apagó.

CAPÍTULO 19

Adulto responsable

1

—¿Estarán bien en El Matadero? —preguntó Melania apartando una rama.

Se encontraban en una de las partes más salvajes del bosque, era un laberinto forestal.

—Sí —respondió Tomek, que encabezaba el grupo—, está fuera de la ciudad y no conecta directamente con las cloacas.

—Nos hemos librado por poco esta vez —reflexionó Antek, que aún tenía la persecución con el carrito de golf en la mente—. ¿Estás bien? —le preguntó a Jan.

Este asintió. Luego observó su chándal lleno de girones. La maldita mosca parecía dormir en el cordel de sus pantalones, indiferente a los vaivenes. Él ni se molestó en apartarla. Era consciente de que su nueva condición física y sus reflejos mejorados le habían salvado la vida. Con su cuerpo de antes estaría muerto.

—¿Te has llevado *Lía en Navidad*? —preguntó Melania, sorprendida al ver cómo se aferraba este al tomo.

Él lo miró en la mano. Ni se había dado cuenta de que aún lo llevaba.

—Es que no me habéis dado otra arma.

—Fijo que si les lees a los adultos el capítulo de Nochebuena, los matas del susto —rio Antek.

—Seguro que Adrián, con el poder del amor, volvería dóciles a los infectados —apostilló Jan.

—Capullos —rio Melania por lo bajo.

—Callaos —susurró Tomek.

—¿Qué? —preguntó Antek.

Tomek le indicó con el dedo que se callara. El sonido del bosque era muy característico cuando te acostumbrabas a moverte en él. Si no lo conocías podía resultar inquietante, pero cuando formabas parte de él, lo

comprendías. La brisa que serpenteaba entre las hojas sin pausa, los crujidos de la madera, el movimiento de los animales.

Tomek aguzó el oído, algo no estaba en su sitio. A los pocos segundos se escucharon voces.

—¡Los han visto entrar! ¡Tienen que estar cerca! —vociferó la voz de un hombre.

Tomek les hizo un gesto con la mano para que se mantuvieran en silencio y otro para que lo siguiesen. A cincuenta metros había un roble común de tronco muy ancho con ramas que nacían desde la base y una altura considerable. Les señaló la copa para que trepasen. Solo Jan mostró incredulidad ante la idea, pero al ver que el resto escalaban sin problemas, los siguió.

En cuanto llegó a la copa vio que Tomek se había colocado en la cima, mientras que Melania y Antek se mantenían agazapados un par de ramas más abajo. Jan siguió subiendo hasta colocarse con el muchacho, que observaba el bosque.

«Mierda», pensó Jan al verse a tanta altura, jamás había trepado tan alto. Lo que debería ser un paraje bucólico primaveral resultaba una trampa mortal. Pese al follaje, se podían ver decenas de personas rastreando el bosque. La mayoría debían de ser militares, ya que portaban rifles en la mano.

—Mierda —susurró.

Tomek meditaba algo, mirando alrededor.

—Tengo una idea —musitó.

Jan hizo una mueca; se esperaba lo peor, aunque le llamó la atención que el muchacho estuviera serio. Melania y Antek se pusieron de pie para estar más cerca de la conversación.

—Tenemos que alejarlos de El Matadero. Mientras yo lo hago, vosotros esperad la oportunidad para huir.

—Tú estás loco —se quejó Antek—. Esperemos aquí hasta que se aburran.

—Demasiado peligroso. Son viejos, pero no del todo estúpidos, nos acabarían pillando.

«Ni de puta coña», se dijo Jan. Él era el adulto. No iba a dejar que un crío, por capullo que fuera, arriesgara su vida por la de él. En esos días ya lo había hecho suficientes veces.

—No —cortó todo debate.

—¿No qué? —preguntó Tomek.

—Yo soy el adulto responsable, vosotros solo unos críos. Si alguien tiene que hacerlo, seré yo.

Todos lo observaron como si no estuviera en sus cabales.

—¿Los vas a espantar a golpes con *Lía en Navidad*? —dijo Antek.

Jan miró su libro, luego a ellos, y sonrió.

—Yo no correré peligro, si me veo acorralado me quitaré los audífonos.

—Al ver que no acababa de convencerlos, dijo—: Además, soy el puto Bruce Lee, ¿no? Yo los alejaré y vosotros cuidaréis de los niños. No hay debate —apostilló con determinación en su mirada.

Por primera vez en seis meses, los muchachos asintieron ante un adulto. Salvo Tomek, que estaba molesto y sabía que esa discusión ya la había perdido. Jan no iba a ceder.

—Vale —dijo al fin a regañadientes—, pero no te enfrentes a ellos, llama su atención y corre.

Jan asintió.

—¿En qué dirección los llevo?

Tomek señaló con el dedo hacia el oeste, la contraria al refugio.

—¿Conoces Stara Papiernia?

Jan arqueó la ceja contrariado, aunque no dijo nada. En su mundo también existía el lugar. Era una fábrica de papel que había cerrado hacía quince años y que se había remodelado para ser un centro comercial para pijos de Kamienna Puzzcza. Imaginó que en ese mundo seguiría estando abandonado.

—Cuando salgas del bosque, ve por el Jeziora y escóndete en la fábrica. Cuando todo se calme iré a por ti. ¿Sí?

—Sin problema.

Tomek le ofreció su palanca para que tuviese un arma. Jan negó con la cabeza, no sabía cómo usarla. Puso *Lía en Navidad* en su bolsillo trasero.

—Ten mucho cuidado —le pidió Melania con los ojos húmedos.

Él sonrió.

—Nos vemos en un rato.

Acto seguido, comenzó a bajar por el árbol con cuidado. Si se caía, el plan se iría a la mierda antes de empezar. Una vez en el suelo, retrocedió por donde había venido y, cuando sintió que estaba lejos, inspiró hondo y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Me vais a comer los huevos, hijos de puta!

Echó a correr hacia el oeste.

No podía avanzar en línea recta porque el bosque era un entramado de ramas bajas que nacían del suelo, obligándolo a saltar, girar, cambiar de

dirección todo el tiempo. A los pocos metros, el sentido de la orientación dejó de tener importancia. No tenía ni la menor idea de dónde estaba ya el oeste, pero siguió gritando mientras corría, arrastrando la atención tras de sí. Hasta que se topó con la primera pareja de soldados.

Se detuvo en seco.

Cerró los ojos, respiró hondo. «Eres el puto Bruce Lee, ¿no?», se dijo.

Dejó que el instinto tomara el control.

Antes de que uno de los soldados pudiera apuntarlo, Jan se abalanzó sobre él y le estampó un puñetazo directo en la tráquea. El hombre cayó al suelo sin aire. Sin detenerse, le arrebató la escopeta y giró el cuerpo; el segundo soldado apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de recibir un culatazo en la sien que lo dejó fuera de combate.

Jan soltó el arma y continuó corriendo.

Esta vez sin gritar. Ya había hecho suficiente ruido. A su alrededor se escuchaban pasos, murmullos, ramas quebrándose. Venían hacia él desde varios puntos. Aun así, no frenó. Sus pisadas chapoteaban, rompían la quietud del bosque, pero no tenía otra opción.

Vio un roble a unos metros, pensó en trepar y esconderse entre las ramas. Descartó la idea porque no estaba lo bastante lejos de los chicos, de modo que siguió avanzando.

Se cruzó con otra pareja de soldados. Esta vez estaban de espaldas. Saltó sobre uno de ellos, enganchándolo con las piernas, y ejecutó una llave que lo hizo volcar y caer contra el suelo. Antes de que el otro pudiera girarse, Jan ya estaba encima. Un golpe directo a los testículos lo hizo encogerse; en cuanto bajó la cabeza, Jan le estampó la rodilla en la cara. Notó el crujido del hueso.

Volvió a correr. Cada vez había más voces, más pasos. «Demasiado cerca», pensó.

Llegó a un amplio claro circular, la única vegetación eran los hierbajos desordenados que brotaban del suelo. Se detuvo un instante, dudando entre rodearlo o cruzarlo, pero no tenía tiempo. Necesitaba poner distancia.

A mitad de camino, dos figuras aparecieron al otro lado, saliendo de entre los árboles.

«Mierda».

—¡Lo tenemos! —gritaron—. ¡Lo tenemos!

Las voces se multiplicaron. De los bordes del claro comenzaron a surgir más y más figuras, cerrando el círculo. Jan frenó en seco, girando sobre sí mismo, buscando una salida que ya no existía.

Había más de una docena. Se acercaban despacio, saboreando el momento. Habían soltado las armas de fuego y sacado los cuchillos militares del cinto, que brillaban bajo la luz de la mañana.

Sus ojos lo observaban con una mezcla de hambre y perversión. Aquello ya no era una cacería, se iba a convertir en una carnicería.

Jan apretó los dientes y se colocó en posición de lucha. Se lanzó contra el más cercano y le descargó un golpe en la frente que lo hizo desplomarse. Giró el cuerpo, encajó un codazo en la mandíbula de otro y, sin detener el movimiento, lanzó una patada lateral contra alguien que se le acercaba por la espalda.

Golpe tras golpe. Ya no sabía a cuántos había derribado. Todo pasaba demasiado rápido, hasta que sintió el dolor que le atravesó la espalda.

Intentó gritar, pero el aire no le salió. Las fuerzas lo abandonaron de súbito y cayó de rodillas. Bajó la mirada y vio la punta de un cuchillo asomando por su abdomen.

Lo habían ensartado.

Respiraba con dificultad cuando tiraron de la hoja hacia atrás. El dolor se volvió insoportable. Antes de que pudiera reaccionar, le colocaron el cuchillo en el cuello.

—Niño... —susurró una voz a su espalda.

Jan cerró los ojos.

Y entonces lo oyó: un pop, seguido de un golpe de viento caliente. Sus oídos lo amplificaron hasta convertirlo en un estallido ensordecedor. Luego otro. Y otro más.

Abrió los ojos. No entendía nada.

Estaba cubierto de algo caliente y viscoso. Apenas podía ver. Alzó las manos y, con los dedos tensos como garras, apartó lo que tenía encima. Cuando miró, vio sus manos rojas, cubiertas de sangre y vísceras cuya procedencia no supo identificar.

Se quedó inmóvil, en *shock*. Las explosiones cesaron a su espalda. El silencio regresó de golpe.

Sin fuerzas ya para sostenerse de rodillas, cayó de bruces contra el suelo.

Antes de perder el conocimiento, vio unas piernas avanzando hacia él, envueltas en engranajes de metal.

«Iron Man», fue lo último que pensó antes de sucumbir a la oscuridad.

CAPÍTULO 20

Un mundo sin Jan

1

El bosque se había sumido en el silencio. Los muchachos habían perdido de vista a Jan a los pocos metros de alejarse del roble, sin embargo, sí habían sido testigos de los gritos y las explosiones. No dijeron nada durante unos minutos. Antek apretaba los labios y miraba hacia las ramas que tenía a sus pies, Melania lloraba. Tomek tenía la vista clavada en las copas que bordeaban el claro, aunque no se pudiera ver desde el árbol, todo había terminado ahí. Si hubiera sido él, eso no habría pasado.

—Ya no hay nadie en el bosque —dijo—, id a El Matadero.

—¿Dónde irás tú? —preguntó Antek.

—Necesito ver qué ha pasado.

Melania tragó saliva.

—Necesitamos.

Tomek observó a sus amigos y asintió.

2

No se oía un alma en el bosque; hubiese pasado lo que hubiese pasado, había puesto fin a la cacería.

Caminaban con cautela. Aunque Tomek estaba convencido de que ya no quedaba nadie por ahí, prefirió ir despacio; necesitaban tiempo para procesar lo que acababa de suceder.

A pocos metros del claro, Tomek les indicó que esperasen. Él quería ser el primero por si había problemas. Estaba seguro de que no los habría, pero necesitaba enfrentarse solo al cadáver de Jan. Era el culpable de que el viejo hubiera caído.

Apartó con la mano unos arbustos y entró en el calvero. Se quedó paralizado. Salvo por la vegetación de los árboles, el verde casi había desaparecido bajo los charcos de sangre, extremidades y vísceras que se extendían por doquier. Dio un paso y a punto estuvo de tropezar con dos

piernas sin tronco. Pese a vivir en un mundo donde la violencia era el pan de cada día, nunca había visto algo que se asemejara a eso.

—Ya vamos... —no terminó la frase Melania, que estaba llegando.

Tomek se giró rápido para evitar que ella viera aquel lugar. Fue tarde. Ella y Antek estaban paralizados ante la visión de la carnicería.

Melania se dio la vuelta y vomitó. Antek se giró, en apariencia para ver qué tal estaba; en realidad, para evitar la visión del claro.

—Iros de aquí —ordenó—, yo voy ahora.

3

Melania era una fan absoluta del gore en la literatura, siempre había sido muy imaginativa como lectora. Y por muchas barbaridades que hubiese leído, jamás se había imaginado algo como lo que había visto en el claro. Era como si hubieran puesto veinte personas en una batidora gigante y, a mitad del batido, hubieran regado el suelo con el contenido.

Antek también meditaba en silencio. Jan no era su amigo, pero le había tomado suficiente aprecio como para odiarse a sí mismo por no haberse opuesto a la idea de que él distrajera a los militares. Se sentía un cobarde miserable.

Tomek volvió con ellos; caminaba con seguridad, aunque aún tenía el semblante serio.

—No sé qué coño ha pasado ahí, pero he revisado los restos y no hay rastro de Jan.

Melania levantó la cabeza.

—¿Está vivo?

—No lo sé... Luego iré a Stara Papiernia, pero antes vamos a El Matadero.

Todos emprendieron el camino con la esperanza de que Jan hubiera sobrevivido.

4

Habían ido por la ruta más larga para asegurarse de no toparse con más soldados, pero el bosque había tenido el mismo silencio que un cementerio por la noche.

Al llegar a El Matadero se colaron por la ruta de siempre; la tapa de la alcantarilla que llevaba a los niños estaba intacta. Eso les produjo una sensación de alivio que se intensificó cuando bajaron y escucharon sus risas al final del túnel.

Caminaron en silencio hasta llegar a la estancia. La estampa era la misma de siempre: niños siendo niños pese a vivir en el subsuelo, ajenos al mundo de la

superficie y sus problemas. Lo único que rompía con la imagen habitual eran los más mayores. Zuzanna estaba en la mesa tapándose el rostro con las manos, mientras Adam y Ola a su lado intentaban reconfortarla.

Tomek frenó; jamás la había visto tan vulnerable. Era una líder fría, que nunca se quebraba, ni siquiera lo había hecho tras la muerte de Ania.

—Hola —dijo con timidez.

Los niños lo saludaron con normalidad. Tomek asintió sin apartar los ojos de Zuzanna. Esta levantó la cabeza y los vio, a sus tres amigos sanos y salvos. Se puso en pie, su mirada rota brilló de nuevo y se le escapó una sonrisa. Echó a correr hacia ellos y abrazó a Tomek con tal fuerza que a este se le escapó un quejido de dolor. Cuando volvía de las misiones, siempre soltaba algún chascarrillo para picarla. Esta vez solo la estrechó entre sus brazos con ternura.

—Estamos bien —susurró.

Tras unos instantes, Zuzanna lo soltó e inspiró hondo hasta recuperar su rostro distante habitual. Abrazó con menos efusividad a Melania y Antek, que se habían quedado detrás. Entonces reparó en que faltaba alguien:

—¿Y Jan?

Melania negó con la cabeza mientras se mordía el labio.

—Se sacrificó para que nosotros pudiéramos huir —explicó Antek.

—Eso no está claro —intervino Tomek—, no encontramos su cuerpo. Lo mandé a esconderse en Stara Papiernia. Por la noche iré a buscarlo.

Zuzanna asintió, tratando de ocultar lo abrumada que se sentía.

Se sentaron en la mesa y entre Melania y Antek narraron todo lo sucedido desde que habían abandonado la base del centro; solo tomó la palabra Tomek cuando contó lo del claro, lo hizo susurrando para que ninguno de los niños pudiera escucharlo.

Zuzanna estaba agradecida e impresionada por el heroísmo de Jan. En los pocos días que llevaba conociéndolo le había parecido un adulto bastante gilipollas, tocapelotas e inútil. Se había equivocado con él. Las veces que Jan se había opuesto a ella —al quedarse con Tomek en el supermercado o al ir con ellos a la farmacia— lo había hecho para protegerlos. Ahora lo veía claro.

Zuzanna les contó que después de la farmacia había vuelto a El Matadero para ver cómo se encontraba Julek; tras unas horas, se había dirigido a la base para reunirse con ellos, pero todos los accesos por los que había tratado de ir estaban cortados por los adultos. Al final había desistido y vuelto a El Matadero a esperarlos.

De madrugada, Tomek caminaba con sigilo por el borde del Jeziorka, que era tan estrecho que había más orilla que río. Vio Stara Papiernia: parecía un gigante industrial olvidado; sus ladrillos manchados de humedad y hollín eran testigos de ello. El bosque ya había empezado a reclamarlo como suyo, los primeros árboles lo envolvían desde la base y la vegetación se abría paso sin piedad por cada recoveco del asfalto; la hiedra trepaba por sus paredes como si tratase de asfixiarlo.

Tomek empujó una de las puertas metálicas, que cedió con un chirrido largo y oxidado. En el interior ya no quedaba nada, ni siquiera el eco de las máquinas que habían dado trabajo a media ciudad antaño. La luz de la luna se abría paso entre los cristales rotos. En el suelo había trozos de papel podrido bajo una gruesa capa de polvo. Revisó todas las estancias, incluidos rincones, sótanos y armarios.

Ni rastro de Jan.

CAPÍTULO 21

El primer fracaso

1

El silencio lo despertó.

Se llevó las manos a las orejas en busca de sus audífonos. Abrió los ojos y vio el impoluto techo de metal. Ladeó la cabeza.

«Mierda».

Volvía a estar en la casilla de salida: en el puto gimnasio.

Se incorporó y sintió una molestia en el abdomen y en la espalda baja. Bajó la vista y vio que llevaba un chándal nuevo, aunque idéntico al anterior: rojo chillón. Bajó la cremallera y se encontró con una camiseta blanca. La asió de la parte baja y la levantó. Había una cicatriz donde había estado la punta del puñal; no era larga como cabría esperar, sino el círculo de una quemadura sanada.

Se puso de pie. Odiaba no escuchar nada; haber recuperado un sentido y perderlo de nuevo era cruel. Entonces los vio: sobre la mesa estaban sus audífonos. Dio unas zancadas y se los puso. Al oír el ronroneo que antes le había parecido un motor, no pudo retener una lágrima. Suspiró aliviado, hasta que vio la pantalla blanca y el mensaje que salió, acompañado de la voz distorsionada.

VOY A ENTRAR EN TU HABITACIÓN
NO INTENTES HUIR O SERÁS CASTIGADO

Una de las placas metálicas, la que estaba al lado de la espaldera, emitió un sonido siseante hasta que se oyó un clic. La pared retrocedió unos centímetros y se abrió como la puerta de un ascensor. Tras ella había una figura femenina. Jan retrocedió unos pasos.

Había dado por hecho que su captor era un hombre, tanto por la voz distorsionada como porque, en el fondo, no creía que una mujer pudiese ser tan retorcida.

Estaba enfundada en unos *leggings* y una camiseta de manga larga, ambas prendas negras. Llevaba una especie de pasamontañas del mismo material, aunque extraño: en vez de huecos para los ojos tenía un rectángulo blanco que cruzaba la cara.

Jan la analizó. La mujer era atlética; no obstante, entre la caída de sus pechos y las arrugas de sus manos desnudas se delataba como alguien que pasaba de los sesenta años.

—¿Quién eres? —preguntó.

—SIÉNTATE —ordenó. Su voz seguía distorsionada.

—¡Una mierda, hija de puta! ¡¿Quién coño eres?!

Tener una imagen de su captora —una mujer mayor— lo envalentonó.

—SIÉNTATE —repitió con frialdad.

Jan corrió hacia ella dispuesto a tumbarla y salir huyendo. La mujer no movió ni un ápice su cuerpo, hasta que Jan le lanzó un puñetazo al rostro. En ese momento ella lo esquivó con facilidad, lo agarró por la muñeca y le hizo una llave que acabó con él en el suelo boca abajo, mientras ella le clavaba la planta del pie en la espalda.

—TE PROGRAMÉ PARA QUE SUPIERAS TRES ARTES MARCIALES: BOXEO, MUAY THAI Y TAEKWONDO. YO DOMINO MÁS DE CIEN. SIÉNTATE.

Soltó a Jan y este se puso de pie. La miró con odio, como si pudiera ver a través del rectángulo blanco de la máscara. Ya no era el mismo hombre; había pasado por mucho.

Sin mediar palabra le lanzó una patada lateral que ella paró con el antebrazo. Antes de que la pierna de él volviese al suelo, ella le descargó un puñetazo que lo hizo caer llevándose las manos al estómago.

—NUNCA CAMBIAS, JAN. ERES PATÉTICO.

—¿Quién coño eres? —balbuceó, aún con la respiración entrecortada.

—SOY TU MAYOR FRACASO.

—Dime quién... La verdad...

—TÚ NUNCA HAS QUERIDO LA VERDAD. POR ESO ESTAMOS AQUÍ.

—Dime por qué me haces esto.

—SIÉNTATE.

—No —dijo, poniéndose en pie en posición de lucha.

Ella puso los dedos anular y corazón en su cuello, como si apretase un botón. Su voz se volvió humana, fría y vieja, pero no débil.

—He dedicado toda mi vida a que aprendieras —rió sin una pizca de humor—, y estoy muy cansada de que no me hagas caso.

—¡No tengo ni puta idea de qué me hablas! ¿Qué coño te he hecho?

—Me has robado la vida —dijo.

—¡Puta local! ¡Nunca le he hecho nada a nadie que merezca esto!

Jan se lanzó sobre la mujer. Ella lo esquivó de nuevo, lo agarró de la nuca y lo embistió contra la espaldera. Con su cara aplastada contra las barras de madera, ella susurró con malicia:

—¿Quieres saber por qué estás aquí?

—¡Sí! —gritó.

Ella lo liberó.

—Sal —indicó la puerta con la cabeza.

Él miró el umbral con desconfianza, pero no tenía alternativa.

Era un pasillo corto recubierto con las mismas placas del gimnasio.

—Para —ordenó ella.

Una de las placas que tenía a su lado se abrió, dando entrada a una habitación de la que salía una especie de vapor frío. Un congelador, pensó. Miró el interior: era como un camarote de tren de literas donde había bolsas traslúcidas de plástico sobre estanterías de metal. Jan supo que en el interior había cadáveres. Dio un paso atrás.

—Querías saber por qué estás aquí. ¿Vas a rajarte ahora? Como has hecho siempre —lo retó la mujer.

Esta lo empujó con violencia, obligándole a entrar.

—Abre cualquier bolsa. Así sabrás cuáles son tus pecados —ordenó con rabia contenida.

Jan no se movió.

—¡Ábrela! —gritó, ya harta de su indecisión.

Jan se giró hacia la primera bolsa. Podía intuir que dentro había una mujer. Tomó con los dedos temblorosos la cremallera y tiró de ella.

Se apartó de golpe, como si la bolsa quemara. Chocó contra la estantería del lado opuesto y se quedó pegado a ella, sin poder apartar los ojos. Le temblaban las manos.

Era Zofia.

—No, no, no... —musitó. Era lo único que le salía.

La mujer lo observó sin decir nada.

Jan se acercó despacio a su hija, como si fuera a despertarla. Le puso la mano en la mejilla. Fría. Llevaba tiempo muerta.

Se le revolió el estómago. Se giró hacia la mujer.

Jan se lanzó hacia su captora dispuesto a matarla. Ella lo paró, le hizo una llave y le aplastó el rostro contra otra bolsa.

—Ábrela.

Jan, rabioso, se resistía, pero la mujer apretó más.

Al fin, Jan tiró de la cremallera. Se equivocó al pensar que no podía haber nada peor.

Había otra Zofia.

La mujer lo soltó. Jan miraba los dos cadáveres sin entender nada.

—¿Qué? —preguntó roto—. ¿Qué es esto?

Apoyó la espalda en la pared y se dejó caer hasta quedar sentado en el suelo. Desde ahí podía ver ocho bolsas. Ocho Zofias.

—Cada vez que te rindes, una de ellas paga el precio —dijo con asco—. Eres un fracasado.

La mujer se acuclilló frente a él.

—¿Quieres saber quién soy?

Sin esperar respuesta, se quitó el pasamontañas.

Jan se llevó la mano a la boca sin poder contener las lágrimas. Frente a él había otra Zofia, pero no tenía quince años: superaba los sesenta, una cicatriz cruzaba su rostro y su mirada estaba muerta.

—Soy tu primer fracaso —le dijo.

CAPÍTULO 22

Solos en el mundo

1

Jan se despertó en la cama del gimnasio con vagos retazos de lo acontecido. No sabía cuánto tiempo había pasado desde que Zofia se había quitado el pasamontañas; solo recordaba que se ahogaba, el sudor frío, las palpitaciones en la sien, el mareo y un dolor en el pecho. Estaba convencido de que había sido un infarto.

Ella lo había agarrado de los pies y arrastrado de nuevo al gimnasio. Le había inyectado algo; después, una paz le recorrió el cuerpo entero hasta sumirlo en la oscuridad.

Se sentó en la cama y vio que la puerta seguía abierta. Se puso de pie y caminó hacia la salida. En cuanto lo cruzó suspiró aliviado: la puerta de la nevera estaba sellada. Puso la mano en la placa de metal y pensó en los ocho cadáveres que había dentro. Siguió el pasillo hasta dar con una escalera de peldaños corrugados. Posó la mano en la barandilla y subió hacia un umbral de luz.

2

Cuando cruzó la puerta llegó al corredor y vio la distribución; no tuvo ninguna duda de dónde se encontraba: era su casa, y el gimnasio había sido su sótano, un trastero oscuro al que bajaba solo para dejar cosas que deberían estar en la basura. Todo ese tiempo había estado en su puta casa.

Era su maldita casa, pero diferente, mucho. Todas las paredes, techos y suelos estaban panelados con placas de metal. No había rastro de las ventanas. El lugar transmitía la misma sensación fría e impersonal de un pasillo de *Star Trek*. Dio unos pasos hasta lo que debía de ser la cocina. Y ahí estaba ella de pie, frente a una máquina de café que no parecía una, salvo por las tazas de cerámica que había al lado y el aroma que desprendía.

Zofia se giró y lo miró seria.

—Coge una taza y sígueme —ordenó con frialdad.

Él lo hizo.

Al llegar al panel donde debería estar la puerta que daba al exterior, ella dijo:

—Álvaro, abre.

La placa retrocedió, hizo un clic y se abrió. Entró la luz del sol.

—¿Quién es Álvaro? —preguntó con miedo de que hubiera más gente.

—Mi IA personal.

—Me suena su voz.

—Normal, le puse la de Álvaro Soler —dijo sin un atisbo de humor—.

Sígueme.

Álvaro Soler había pegado muy fuerte en Polonia. Zofia, con diez años, se había vuelto fan absoluta del cantante, en especial de la canción *Mira Sofía*. Al principio, a Jan le había hecho gracia que su hija se aficionara a un artista español, pero después de haberse comido kilómetros de coche escuchando el puto repertorio, había desarrollado un odio muy intenso por su música.

Zofia salió al exterior y él la siguió. Estaban rodeados del bosque que tan bien conocía, salvo que no había carretera, ni farolas, ni nada que le recordase a su calle. Se giró para ver la fachada: estaba más sucia de lo que recordaba, aún se podía ver la pintada de Tomek, casi extinta.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—En Kamienna Puszcza, pero no en la nuestra ni en la de los adultos locos. Otra.

—¿Otra?

Ella se giró y lo miró sin ningún sentimiento, como si quisiera librarse de él.

—Sí, otra. Una donde no se desarrolló la vida humana. No soy creativa con los nombres del multiverso; a este lo bauticé como *Tierra sin gilipollas*.

Caminó hasta el lateral de la casa, donde había dos sillas de plástico de las que venden en cualquier hipermercado. Estaban dispuestas una al lado de la otra.

—Siéntate, tenemos que hablar.

Cuando los dos se acomodaron, ella sacó un paquete de cigarrillos marca Lechuza del bolsillo, se puso uno en la boca y le ofreció la cajetilla a Jan.

—¿Fumas? —preguntó sorprendido.

Ella lo miró con una mueca de asco.

—No hagas de padre, no te pega. Además, no te he traído aquí para eso.

Él tomó un cigarro y lo encendió.

Cuando llevaba tres caladas, Zofia lo fulminó con la mirada. Jan se fijó en sus arrugas y en la cicatriz: una línea gruesa y pálida que descendía de la frente hasta el pómulos.

—Jan, supongo que todo esto te está viniendo grande. Universos paralelos, una Zofia vieja, un apocalipsis... pero necesito que me escuches. Te voy a contar mi historia. No me interrumpas.

CAPÍTULO 23

La ladrona de adoquines

7 de julio de 2025

Tengo catorce años. Es lunes.

Estoy en el jardín, detrás de casa de mis abuelos: tumbada en una hamaca anudada entre dos pinos de tronco ancho. Es verano, el último que paso como niña.

Leo una novela a la sombra de las copas, custodiada por los millones de acículas. Necesito estirar los músculos. Me pongo en pie, bostezo, cierro los ojos. Me desperezo mientras doy un par de pasos.

Lo siguiente que siento es mi cara contra el suelo de piedra. Me he caído. Me doy la vuelta y me incorporo hasta quedar sentada.

Entonces lo veo.

Un adoquín rebelde en el camino de rocas se ha salido del puzle. Me pongo en pie. Lo cojo en la mano y lo observo. Es una roca cuadrada de piedra rugosa, aunque un canto está roto.

Lo coloco en el hueco de nuevo, queda suelto. Observo los cientos de adoquines del jardín. Entonces lo sé, ese adoquín terminará encajando. La tierra se moverá, se adaptará. El cambio será mínimo. Habrá un nuevo camino.

Es la primera vez que pienso en el tiempo como en una explanada de adoquines. Es un pensamiento fugaz, pero la idea se queda.

24 de diciembre de 2025

Es Nochebuena en casa de mis abuelos. No hay sorpresas. Comemos y abrimos regalos. Todos hablan y ríen mientras, en la televisión, Kevin McCallister prepara su casa para los ladrones. Yo miro de reojo la puerta, deseo que papá entre. No viene. Es una Nochebuena sin sorpresas.

25 de diciembre de 2025

Estoy leyendo en mi cama. No puedo concentrarme, miro el reloj de reojo. Papá llega tarde. Tenemos planes, vamos a ir a comer un kebab y luego a su

casa a ver películas.

Papá no viene. Papá no coge el teléfono. Culpo a mamá, ella me abraza y yo lloro. Más tarde, sé que se ha quedado dormido. Yo le digo que lo perdono, pero no lo hago.

7 de enero de 2026

Es martes. Estoy en la escuela, acabo de llegar. Todos me miran como si esperaran algo de mí. Mi amiga Marta me cuenta que mi padre ha puesto una queja a un estudiante: Tomek Kamiński. Solo lo conozco de vista. Lo han expulsado por hacer un grafiti en la casa de papá. A nadie le importa, Tomek no es nadie.

15 de enero de 2026

Es jueves. Estoy en la puerta del instituto. Hace frío y nieva. Hablo con Marta, ella me cuenta que va por el capítulo siete de la cuarta temporada de *Stranger Things*. Renata viene corriendo hacia nosotras.

—¿Os habéis enterado? —pregunta.

Tomek Kamiński se ha suicidado esta mañana. Se ha lanzado del puente de Anna Jagiellonka. Su padre le pegaba, añade Marta.

Dos horas después, espero en la puerta del instituto. Papá sale a las cuatro, no sonrío, tiene los ojos hinchados. Camina hacia mí. Un estudiante bien vestido, creo que se llama Antek, se acerca a él y le pega un puñetazo. Papá cae al suelo y lo mira, pero no se defiende.

—¡Asesino! —le grita llorando.

Papá baja la cabeza.

Antek es expulsado del centro para siempre.

30 de marzo de 2026

Es lunes. Estoy caminando por el pasillo de la escuela. Todos me escrutan. Nadie me habla, pero sé cómo me llaman cuando creen que no los oigo: La hija del asesino.

La hija del borracho.

Papá ya no me lleva a ningún sitio. Papá ya no me llama. Mamá ha intentado hablar con papá, pero él solo asiente, solo bebe, trabaja, fuma y duerme.

Veo a papá en el corredor, mira al suelo, camina como un autómata. Un estudiante le golpea con el hombro, sus amigos a los lados ríen. El maletín de papá cae al suelo y se abre. Una botella de vodka sale rodando y choca contra

una pared. Se hace añicos. Bajo la cabeza, siento vergüenza, me doy la vuelta y me alejo entre las risas.

Esa tarde el director habla con él. Papá pierde su trabajo.

9 de abril de 2026

Es sábado. Estoy en silencio. He desmontado la consola, las piezas están sobre la mesa. Hace tiempo que hace un ruido extraño. Esto sí puedo repararlo.

Mamá entra en la habitación. Está en *shock*. Tiene los ojos enrojecidos y le cuesta respirar.

—Mamá, ¿qué ha pasado? —pregunto.

Mamá se acerca.

—Tu padre... —dice.

No termina la frase.

Papá ha muerto.

Se ha lanzado del puente de Anna Jagiellonka.

Es mi culpa. Lloro.

Me rendí con papá y él ha dejado de existir.

16 de abril de 2026

Es jueves. Está nublado. Estoy en el cementerio, frente a una lápida que reza: Jan Borowski. 14 de enero de 1981 a 9 de abril de 2026. Lloro. Mamá llora. El abuelo está serio, aunque está. La abuela está triste, no sé si es por papá o por lo que dirán los vecinos. Mamá me abraza y lloramos juntas.

Comemos en silencio en casa de los abuelos. Salgo por la puerta, necesito estar sola.

Llueve. Doy veintitrés pasos por el camino de adoquines, hasta llegar al jardín trasero. La hamaca se balancea por la brisa. La ignoro y miro al suelo. El adoquín roto sigue ahí.

Los adoquines se han desplazado para compensar la grieta.

El camino sigue ahí. Ya no es el mismo.

Es imperceptible. Es otro suelo.

Me arrodillo sobre un charco, siento el agua en el rostro y mi ropa. No me importa.

Acaricio con las yemas de los dedos la piedra rebelde.

Presiono la palma de mi mano sobre el adoquín empapado. Siento el frío recorrer mi brazo.

Tengo un coeficiente intelectual de ciento ochenta y dos.

Sé que llevará años.
Sé que será difícil.
Sé que es posible.

CAPÍTULO 24

Los ocho cadáveres

1

Jan observaba a la anciana; esta se había quedado con los ojos perdidos en el bosque, como si ahí se hallasen sus recuerdos.

Él era un hombre escéptico, y la historia que acababa de escuchar era para serlo, salvo por el hecho de que en los últimos días había visto cosas demasiado increíbles como para cuestionar el relato.

Jan se agachó y cogió la cajetilla de Lechuza tirada sobre la hierba. Se encendió el cigarrillo y dio una fuerte calada. Tenía muchas preguntas, pero solo atinó a decir:

—Yo nunca me suicidaría.

Zofia levantó la vista con desprecio.

—Porque yo lo he impedido —zanjó.

Tomó la cajetilla de cigarrillos, se puso de pie y dio unos pasos, dejando a su espalda a Jan.

—Yo tampoco quería creerlo. Pero te he visto suicidarte cuatro veces. —Se giró con una sonrisa amarga en los labios y lo miró—. Los cadáveres del sótano son cuatro Zofias y cuatro Janes.

Jan abrió los ojos sin entender.

—Os pongo un nombre a cada uno —explicó—. Los de abajo son Abril, Marzo, Febrero y Enero. Tú eres Diciembre.

Jan no dijo nada. Miró el cigarrillo entre sus dedos.

—Eres el único que no se cortó las venas con una mancuerna.

Jan tragó saliva.

Ella se encendió el cigarrillo.

—Después de tu muerte dejé el instituto. Estudié física teórica, ingeniería cuántica y astrofísica. No terminé ninguna.

Jan levantó la cabeza. Ella lo miró con frialdad.

—Cuando mamá enfermó, lo dejé todo para cuidarla.

Él se puso de pie.

—¿Qué le pasó a Magda?
—Cáncer de pecho. Lo cogieron tarde.
Jan se llevó la mano a la boca.
—No pongas esa cara. Cuando te devuelva a tu mundo te ocuparás de que eso no suceda.
—¿Cómo?
—La harás ir a revisiones para que se lo detecten antes. Será una pequeña intervención y unas sesiones de radioterapia —dijo como si no fuera nada.
—Sé que te crees muy lista, como si fueras un dios. ¿Pero cómo coño crees que la voy a convencer?
—Le dirás la verdad.
A Jan se le escapó una risa sin atisbo de humor.
—Y ella me creará, seguro...
—*Tu lui feras confiance.*
—*Tu as beaucoup de foi en moi* —contestó él con perfecto acento parisino.
—No solo eres un experto en artes marciales. También te he implantado lenguas: un *pack* básico de inglés del sur de Inglaterra, francés de París y español de Salamanca.
—¿Cómo? —preguntó llevándose la mano a la cabeza.
—Un chip en el cerebro. Se toma por vía oral —dijo como si fuera lo más normal del mundo—. Es una tecnología que encontré en otro universo.
Jan se quedó en silencio un instante.
—¿Cuántos universos hay?
Zofia tiró la colilla al suelo y la aplastó con la suela del zapato.
—Miles. Habitados por *Homo sapiens*, cuatrocientos veintisiete. Supongo que necesitas una explicación. Ven.
Él la siguió de nuevo a la casa.

2

Entraron en lo que había sido el salón de Jan. La estancia mantenía los paneles de metal del resto del lugar, salvo que en esa habitación había pantallas por todas partes. Lo único que destacaba era el rústico buró —Zofia no se había deshecho de él, sino que lo había convertido en el centro de su zona de trabajo—. Se sentó frente al mueble, en una silla que estaba a mitad de camino entre la de un *gamer* y el asiento del capitán Kirk, y ordenó:

—Álvaro, muéstrame el multiverso.
—Sí, ahora mismo —contestó la IA con una voz alegre.
Las luces se volvieron tenues y en el centro de la habitación apareció un holograma: filas de pequeñas tierras girando despacio, miles de ellas.

Ella se levantó y tocó una con el dedo. Apareció un título debajo que rezaba: *Tierra sin gilipollas*.

—Aquí estamos. Álvaro —dijo—, deja solo las tierras *Homo sapiens* y ponlas en plano.

—Ahora mismo, Zofia.

Desaparecieron la mayoría hasta que, aun así, quedó un número enorme; estas se recolocaron en filas sobre una de las paredes, como una pizarra llena de planetas con pequeños títulos de neón. Uno estaba en el centro y era más grande que el resto.

—*Tierra 1* —leyó Jan.

—Es la nuestra —dijo ella.

Él la tocó con la yema del dedo. Sintió un pequeño calambre, como electricidad estática.

—Viajé por más de treinta años por el multiverso en busca de uno que hubiera desarrollado los viajes en el tiempo. Nunca lo encontré, aunque durante ese tiempo aprendí de cientos de genios que nunca existieron en nuestro mundo; con todo ese conocimiento hallé mi propia teoría. Como es obvio, funcionó.

—Reformaste nuestra casa para que fuera una máquina del tiempo... —dijo Jan asombrado, mirando a su alrededor.

—Mi casa. Tú estabas muerto.

Jan bajó la cabeza.

—Pero no solo dediqué ese tiempo a mi investigación. Me di cuenta rápido de que algo estaba mal con el multiverso.

—¿Qué?

—Los apocalipsis. Algo o alguien externo los estaba provocando. Como en *Tierra Solo en casa*.

—¿*Tierra Solo en casa*?

—Sí, donde has pasado tus últimos días. Álvaro, pon las tierras apocalípticas.

La pantalla se redujo a un número que Jan sí pudo calcular. Treinta y dos, aunque la última tenía un interrogante: *Tierra Lemming*.

—¿Y esta? —señaló.

—Esa no sé si es un apocalipsis provocado o simplemente son tontos del culo. Tuvieron una pandemia con un coronavirus que gestionaron de pena y desde hace décadas eligen a los más imbéciles, independientemente del sesgo político, para que los gobiernen. No creo que sea una tierra apocalíptica, pero no quiero descartarlo.

Jan señaló otra: *Tierra Zompiro*.

—Esa es curiosa. Es una donde solo se habla esperanto. Una mezcla de zombis y vampiros se había apoderado del mundo. Es la única de estas que logró superar el apocalipsis y volver a una relativa normalidad. Y no fueron los militares: fue un taxista de Barcelona con tres civiles quienes lo hicieron posible. Ahora el taxista vive en Varsovia. Te caería bien, es un rato gilipollas.

Zofia se había hecho pasar por reportera para recopilar información sobre el apocalipsis. Fue a visitar al taxista en su taller. Ella le pidió que apagara la música para poder hablar con tranquilidad, lo cual acabó derivando en una conversación sobre la falta de criterio musical de Zofia. Como si escuchar a Johnny Cash en esperanto fuera un placer. Por suerte, pudo hablar con su esposa, que fue más educada.

—¿Y este? —señaló Jan *Tierra estatua*.

—Ese es uno donde la gente se convirtió en piedra. Aunque eso ya da igual. En treinta años no encontré el mundo que estaba destruyendo a los otros. Y realmente tampoco importa, porque el nuestro no está en peligro, por lo menos no de momento. Pero ese no es el tema.

—¿Y cuál es?

Jan esperó. Zofia tardó un segundo más de lo necesario en responder.

—Elegí *Tierra Solo en casa* para tu rehabilitación.

—¿Llamas rehabilitación a torturarme y soltarme en un mundo de caníbales?

Durante toda la conversación Jan se había forzado a ser comprensivo, pero la frialdad de Zofia le estaba empezando a tocar los huevos.

—Sí. Te tuve entrenando más de seis meses, aunque te lo borrara de la mente. Te extirpé el alcoholismo. Te devolví el oído. Te hice querer luchar por ti y por los demás.

Jan no dijo nada. Miró el holograma, las tierras girando despacio, y pensó en todo lo que le había costado llegar hasta ahí. No solo a él.

—Y gracias a eso —continuó ella—, podrás volver a tu mundo y salvar a tu Tomek. Y ser un padre decente para tu Zofia.

Hubo un silencio.

—Así que te vuelves a casa.

—¿Cómo que me vuelvo a casa? ¿Qué pasa con los chicos?

—¿Quién? —preguntó con una mueca, como si no entendiera a qué se refería.

—Tomek, Antek, Melania, Zuzanna y el resto de niños.

—Ah, esos. Pues nada.

—¿Nada? ¿Vas a dejarlos morir?

—Jan, no les debemos nada. Han sido herramientas en tu rehabilitación. No son de nuestro mundo.

—¡Y una mierda los voy a abandonar!

—Como si pudieras decidir —se burló ella.

Jan ya estaba cabreado.

—A ver, lumbreras: dices que me suicidé porque provoqué la muerte de Tomek y no lo superé, ¿no? ¿Cómo coño crees que voy a vivir sabiendo que he dejado morir a un montón de niños?

Zofia abrió los ojos. Hacía más de treinta años que vagaba sola, entre datos, máquinas y planes, y esa variable no había entrado en ninguno de sus cálculos.

—No podemos salvarlos. No son nuestra responsabilidad.

—No me toques los huevos. ¿Tienes la tecnología de cientos de mundos y no se te ocurre nada?

Zofia parecía haberse bloqueado.

—No tiene sentido —dijo al fin, sin mirarlo—. Poner en peligro mi trabajo de treinta años por unos sujetos...

—¿Sujetos?!

—Sí, sujetos. Hubieran muerto igual con o sin mi intervención.

—Escúchate —cortó Jan—. Estás hablando de Tomek. De Antek. De Melania. No son sujetos, son niños.

—Para mí es lo mismo.

Zofia cerró los ojos un segundo. Cuando los abrió, la frialdad había vuelto.

—Ahora, vuelve al gimnasio —ordenó—. He de pensar.

—No.

—Puedo obligarte, no me fuerces.

—¿Qué vas a hacer: matarme e ir a buscar a Noviembre?

—¡Calla!

—No, ahora me toca a mí. Entiendo por qué hay cuatro Janes en la nevera, ¿pero por qué hay cuatro Zofias?

Ella dio un paso atrás.

—A ti eso no te incumbe —dijo con un hilo de voz.

—¡Una mierda! ¡Tengo cuatro hijas muertas en el sótano y otra loca delante! ¡Quiero saber el porqué!

—No somos tus hijas. Tu hija está esperando a que vuelvas...

—¡Quiénes son! —la presionó.

—No es relevante...

—¡Dímelo!

Hubo un silencio.

—Ellas no sufrieron.

—¿Quiénes?

Una lágrima cayó por la mejilla de Zofia.

—No son tus hijas —susurró—. Son las hijas de Abril, Marzo, Febrero y Enero. Las tuve que matar.

Jan dio un paso atrás.

—Debían morir —dijo con voz quebrada—. Si las dejaba vivas seguirían mis pasos. Y yo no podía permitir que ninguna otra Zofia llegara hasta aquí.

—¿Las mataste tú?

Jan sentía repulsión por aquella mujer: la asesina, la que había anulado cualquier rastro de humanidad para poder salvarlo. La observó, abatida, como si en ese instante ella se viera en un espejo y por fin hubiera comprendido las atrocidades que había cometido por salvarlo.

Jan pensó en Tomek, en Antek, en Melania. En todos los niños de El Matadero. Esa mujer había cruzado líneas que ninguna persona cuerda cruzaría, y lo había hecho por él. Para salvarlo a él, que no había hecho nada para merecerlo.

Él dio un paso hacia ella. Zofia, llorando, levantó la mano para impedirselo. Jan la apartó. Estrechó a su hija entre sus brazos. Se resistió, no quería la compasión de nadie, y mucho menos la de su padre.

Jan no la soltó.

—Ya está, pequeña.

Clavó la cara en el pecho de su padre y se derrumbó en silencio.

CAPÍTULO 25

El entierro

1

Zofia se recompuso al cabo de un rato. Se sentó frente al buró y se sumió en un silencio que Jan no quiso perturbar. Su hija tenía mucho en lo que meditar. Él fue a la cocina.

—¿Álvaro? —preguntó sin saber si la IA hablaría con él.

—Sí, Diciembre.

Se le heló la sangre al oír ese nombre.

—¿Puedes llamarme Jan?

—Por supuesto. ¿Qué necesitas?

Qué raro se le hacía hablar con la voz de Álvaro Soler en polaco.

—Dime cómo se hace el café.

—Si pones la taza debajo de la cafetera, te lo preparo yo.

Cogió su taza sucia y la puso. El aroma del café le hizo sentir en casa.

—Álvaro, ¿tienes una pala?

—Claro. ¿Para qué la quieres?

Jan dio un trago al café. No había dicho nada, pero la IA se lo había preparado como a él le gustaba: solo, largo y sin azúcar.

—Necesito la pala para enterrar a los cadáveres de la nevera.

La IA tardó unos segundos en responder. Jan supuso que le había preguntado a Zofia, que estaba en la otra punta de la casa.

—La tenemos en el almacén, delante del gimnasio.

Jan bajó por las escaleras. Era raro que hubiera un almacén: con el gimnasio, el corredor y la nevera ya no debía haber espacio en el sótano. Era una casa modesta.

Una de las placas hizo un clic y Jan se asomó a ver qué encontraba.

La mandíbula casi se le descolgó de la impresión. El almacén era enorme, como un hangar de aeropuerto, lleno de estanterías con cajas. Jan levantó la cabeza para calcular la altura de la sala. No era físico, pero sabía que era imposible que esa estancia estuviera ahí.

—¿Qué coño es esto? —dijo.

—Mmm, pues no le hemos puesto nombre. Pero teniendo en cuenta tu escasa educación en ciencia, lo llamaremos habitación cuántica.

—¿Qué?

—En tu época, cuando una película hablaba de ciencia sin fundamento, añadía el adjetivo *cuántico* como si eso lo justificara todo. Me ha parecido oportuno.

Esa puta IA iba a conseguir algo que parecía imposible: iba a odiar más a Álvaro Soler.

—Céntrate, Álvaro. Y explícamelo como si fuera un niño.

—Mmm. Pues la habitación existe solo en su interior. Es un universo de bolsillo. Como la nube de tu teléfono en tu época.

Jan tampoco lo entendió, pero entró.

—Sigue el camino de baldosas amarillas.

El suelo se iluminó mostrando una ruta de adoquines dorados.

En el almacén había comida, bebida, tabaco, armas y mucha ropa de diferentes tipos y estilos que Jan jamás había visto. También repuestos eléctricos, electrónicos, herramientas. Debajo de cada producto había una plaquita que indicaba un precio con el símbolo de una moneda que jamás había visto. Era una especie de hipermercado muy raro.

Al salir llevaba una pala de acero y un rollo de tela blanca.

2

Al atardecer, Zofia iba a salir al exterior; se detuvo en el umbral en cuanto vio a Jan. Estaba de espaldas a ella, mirando hacia el bosque, frente a ocho tumbas. Siete de ellas ya estaban sepultadas bajo pequeños montículos de tierra.

Jan dejó caer la pala al suelo y se dio la vuelta. Estaba tan ensimismado que ni la vio. Solo tenía ojos para el último cadáver: la niña estaba envuelta en una manta blanca. Jan la tomó en brazos con sumo cuidado y se introdujo dentro de la tumba con ella.

—Perdóname —musitó—, es mi culpa.

Pese a la distancia, el viento le llevó las palabras. Zofia se limpió las lágrimas con la palma de la mano.

—Perdóname —repitió él con la voz quebrada.

Zofia no pudo soportarlo más. Se encaminó hacia él. Inspiró hondo y puso su expresión más fría.

—¡Levántate de una vez! —le ordenó.

Jan, que abrazaba a su hija dentro del hoyo, la miró como si acabara de despertarse de un sueño y aún estuviese aturdido.

—¡Mueve el culo! —ordenó—. ¡No tenemos todo el día!
Jan dejó el cadáver de la niña en el suelo y salió de la tumba. Se plantó frente a ella como cuando era niña y le pegaba una bronca.
—Primero voy a enterrarla —dijo sin darle opción.
Zofia miró a la niña muerta y se dio la vuelta para que él no la viese llorar.
—Haz lo que quieras, pero que sea rápido —dijo tragándose las lágrimas.
Volvió al interior de la casa y se desplomó frente al buró.

3

Jan tardó más de media hora en volver. Cuando lo hizo fue directo a la sala de control.

—Ya está.
Ella levantó la vista.
—Tenías razón —dijo, queriendo cambiar de tema—. No había pensado en la variable de los niños de *Tierra Solo en casa*.
—¿Y? —preguntó.
—Tengo dos opciones.
—Dime.
—La primera es recogerlos, traerlos aquí y buscarles un mundo donde sea fácil falsificar documentos y dejarlos ahí.
Jan negó con la cabeza. Pensó en Antek hablando de la sastrería familiar. Ese chico aún conservaba la esperanza de recuperar a su madre. Por no hablar de los más pequeños de El Matadero.
—¿Cuál es la otra opción?
—¿Qué le pasa a esta?
—Estos niños tienen que volver con sus padres. Debe de haber otra forma de hacerlo.
—Suponía que dirías eso. La segunda opción te la diré cuando volvamos. He de analizar unos datos antes.
Jan asintió.
—Álvaro —dijo ella.
—Sí, Zofia.
—Volvemos a *Tierra Solo en casa*.

4

La casa estaba en un claro. Ya había anochecido. La luna llena iluminaba la silueta del edificio cuando, de pronto, este desapareció y *Tierra sin gilipollas* se quedó vacía de nuevo.

CAPÍTULO 26

Sin líder

1

Tomek se estaba volviendo loco encerrado en El Matadero. Habían pasado seis días desde la desaparición de Jan, y todo lo que podía haberse ido a la mierda lo había hecho. Los militares patrullaban las calles y los bosques buscándolos. Por una radio de pilas supieron que Kamienna Puszcza estaba considerada zona de peligro: los cadáveres de los soldados descuartizados en la farmacia y en el claro del bosque habían trascendido a la opinión pública, y la caza de los niños se había convertido en un asunto de interés nacional.

Tomek daba por hecho que no eran los únicos supervivientes de Polonia, pero desde luego sí los que más ruido habían hecho. Pensaron en salir de la ciudad, pero no había forma: los accesos estaban cortados y, con tantos niños pequeños a su cargo, intentarlo era un suicidio. Quedarse también era cuestión de tiempo: tarde o temprano darían con su escondite. Entre el encierro y la carga del liderazgo estaba a punto de estallar.

Nunca pensó que echaría tanto de menos a Zuzanna.

2

Hacía cuatro días. Todos mataban el tiempo como podían. Ola no paraba de organizar actividades para que los niños estuvieran entretenidos, Adam hacía todo lo que ella le pedía sin rechistar. Sin ellos, esos niños estarían muertos: se ocupaban de su alimentación, baños, ropa y entretenimiento. Lo de ellos dos ya era un secreto a voces.

Mientras, el resto lidiaba a su manera con el estrés. Tomek siempre estaba enganchado a la radio con los auriculares, buscando noticias de cómo seguían las cosas en la superficie. La única que le hizo reír, de las muchas que oyó, fue que en Hollywood se estaba preparando un remake de *Solo en casa* para las próximas navidades: los héroes serían los ladrones, interpretados por Macaulay Culkin y Elijah Wood, y dado que ya no existían actores infantiles, el niño sería en CGI.

Melania miraba una novela, pero parecía incapaz de concentrarse: leía unas cuantas páginas y al rato tenía que volver atrás. A su lado, como ya era costumbre, Antek revisaba la ropa de los niños una a una: si veía un descosido lo remendaba, y si no, también.

La que peor llevaba el encierro era Zuzanna. Siempre en movimiento, revisando la base, los fármacos, la despensa, lo que fuera. Cuando terminaba, volvía a empezar. Tomek la había visto así antes, pero esta vez había algo distinto: los movimientos eran demasiado rápidos, demasiado mecánicos, como si el cuerpo fuera por delante de la cabeza.

—¿Quieres parar? —le dijo con una sonrisa cómplice.

Ella lo fulminó con la mirada. Lo cual era habitual. Aunque no dijo nada. Y eso sí era raro: Zuzanna siempre tenía algo que decir.

Ella se había quedado petrificada. Solo Tomek pareció advertirlo. Se quitó los auriculares despacio, dejó la radio sobre la mesa y se encaminó a paso lento. No estaba seguro, pero si tenía razón, quería ser el que estuviera más cerca de ella.

Tomek jamás había podido ver una eclosión tan de cerca. Asistió en primera fila al cambio en los ojos de Zuzanna: el iris se tornó carmesí y unas venas nacieron de él, serpentearon por la córnea y la esclera, abriéndose paso como raíces en la tierra hasta que todo el ojo fue rojo. Tensó todos los músculos de su cuerpo. Ladeó la cabeza despacio. Clavó la mirada en el bisturí que tenía al lado del botiquín y lo agarró.

Le lanzó una cuchillada a Tomek; la hoja trazó un tajo en el aire, pero él lo esquivó por milímetros y le asestó un golpe en el pecho para hacerla retroceder.

—¿Zuzia? —preguntó un niño que se había puesto a su lado.

Era Julek, que había salido de la habitación donde convalecía; con los puños se frotaba los ojos, adormilado.

Zuzanna sonrió y levantó el brazo para blandir el bisturí. Tomek vio a Julek a su lado y reaccionó: se lanzó hacia ella y la placó antes de que el arma bajara. Los dos salieron despedidos hacia atrás y cayeron al suelo rodando.

Antek y Melania fueron rápido al lado de Tomek para ayudarlo a levantarse, mientras Ola arrastraba a los más pequeños a otra estancia y Adam cogía en brazos a Julek, que lloraba aterrado.

—Os voy a matar, niños —dijo Zuzanna arrastrando las palabras, como si las saborease.

Tomek dio un paso al frente. Ella lo atacó de nuevo, no obstante, esta vez él le plantó un puñetazo en la cara. Ella cayó de espaldas, inconsciente.

Tomek se acuclilló para ver si seguía viva. Lo estaba.

Se llevó la mano al rostro. «Mierda», pensó. Este era el peor escenario posible. No dijo nada durante unos segundos, sabía que Antek y Melania estaban detrás de él y pensaban lo mismo que él: la promesa.

—Tenemos que... —no pudo acabar la frase.

Observó el semblante inmóvil de su amiga. «A la mierda», se dijo.

—Traedme las cuerdas y una mordaza —ordenó sin girarse.

Melania y Antek se miraron y ambos suspiraron aliviados.

CAPÍTULO 27

Las moscas

1

—Zofia, ya estamos en *Tierra Solo en casa* —anunció la IA.

No había pasado ni un segundo desde que ella había dado la orden para comenzar el viaje.

—¿Ya? —preguntó Jan. Se atisbaba un poco de decepción en su voz.

—¿Qué esperabas? —preguntó Zofia.

—No sé, pero algo más... espectacular.

—No nos hemos movido de lugar —explicó ella—. Solo hemos cambiado nuestra frecuencia para adaptarnos a este universo.

Jan quiso preguntar qué coño significaba eso, pero sabía que por mucho que se lo contara, no iba a entender una mierda.

Zofia abrió uno de los cajones del buró y del interior sacó una cajita rectangular metálica.

—¿Qué es?

Ella la abrió y le mostró el contenido: unas treinta moscas, aparentemente muertas. Él hizo una mueca de asco.

—No son moscas —explicó—. Son drones.

«La hostia», pensó Jan al entenderlo.

—Me tenías vigilado todo el tiempo.

—Claro. Entre los drones y los micros de tus audífonos, nunca estuviste en peligro real. Quizá solo con lo del cochecito de golf.

—¿Y cuando estaba con tus abuelos caníbales?

—Esos no eran mis abuelos. Además, estaba escondida detrás de la puerta por si la cosa se torcía. Estas moscas tienen un láser incorporado con el que corté las ataduras de Tomek.

Jan meditó un segundo.

—¿Yo no existí en este mundo?

Zofia estaba haciendo algo en la pantalla; en esta salían datos y lo que parecía un diseño de las moscas dron.

—Sí —contestó sin girarse—. Según los datos recopilados por Álvaro, ese Jan murió con sus padres en un accidente de coche. Al no haber familia, la propiedad quedó en el limbo y el bosque hizo el resto.

—¿Me has visto en más mundos?

—Sí.

—¿Y? —preguntó con curiosidad.

—Álvaro, habla con Jan, que yo tengo que concentrarme.

—Jan —intervino Álvaro—, como ha dicho Zofia: sí, existes en diecisiete tierras que hayamos visitado.

—¿Y cómo soy?

—Pues en todas eres profesor, en la mayoría de polaco o español, en otras dos lo eres de ruso y alemán.

Jan hizo una mueca.

—No me lo imagino.

—En esas tierras tus yos no tienen otra opción. Enseñas alemán en una donde los nazis ganaron la Segunda Guerra Mundial, y ruso en una donde no se produjo la independencia de 1918 y esta zona de Polonia sigue siendo parte de Rusia.

—Supongo que es normal que sea profesor de lengua en todas las tierras —pensó en voz alta.

—No, no lo es —corrigió Álvaro—. Lo normal es que la gente siga diferentes caminos. Por ejemplo, tu esposa Magda está en veintidós tierras y no repite profesión en ninguna. Así que supongo que lo tuyo es vocacional.

—Que se lo digan a mis estudiantes —se burló.

Zofia se puso en pie y fue hacia la salida; los drones la siguieron. La puerta principal hizo un clic y se abrió. Las moscas echaron a volar.

—¿Cómo puede ser que desde fuera no se vea la casa? —dijo Jan, que se había colocado al lado de la anciana.

—Somos invisibles para el exterior. Sígueme.

Se dio la vuelta y volvió a la sala de control. Se sentó en la silla y procedió a hablar.

—Los que están provocando apocalipsis en los diferentes universos han usado una tecnología curiosa en este. Han creado una red mundial que emite una señal en los adultos para que acaben con los niños...

—Pero ¿por qué? —interrumpió Jan.

—Eso no es relevante. Habiendo visto lo que han hecho con otras tierras, imagino que utilizan otros mundos como laboratorio de pruebas armamentístico.

—Pero eso no tiene sentido. Lo que han hecho aquí es la extinción total.

—Sí, pero en su mundo pueden usarlo de forma focalizada. Imagina que estás en pugna por un territorio. Mandas soldados o, si eres paciente, haces que los adultos maten a las futuras generaciones para que no haya nadie que reclame el territorio. Aunque no me gusta teorizar. Lo que importa es que la señal se transmite por todo el mundo entre antenas de comunicación. La que tenemos más cercana está en el centro de Varsovia. He ordenado a mis moscas que vayan hasta allí y localicen el punto exacto; entonces veré si puede revertirse.

Jan asintió, aunque solo hubiera entendido la última frase.

—Pero, Jan —continuó Zofia—. En el futuro he visto las consecuencias de los apocalipsis. Llevo cinco años en tu presente y he sido invisible para esa gente. Si hago esto, dejaremos de serlo y, aunque sea poco probable, hay una posibilidad de que llamemos su atención. ¿Estás seguro de que esos chicos valen el riesgo?

Jan lo reflexionó un segundo. Se acuclilló delante de su hija anciana; su mirada aún le helaba la sangre.

—No sé si es prudente o lógico. Pero lo que sí sé es que tampoco lo era viajar en el tiempo para salvarme, y tú lo hiciste. Y aunque no quieras aceptarlo, tú eres mi hija y yo soy tu padre. —Ella apartó la cara; él la tomó de la barbilla con delicadeza e hizo que lo volviera a mirar—. Te guste o no, somos familia: la mayor familia de gilipollas del multiverso. Nos equivocamos, y mucho, pero si podemos salvar a un niño, lo hacemos.

Ella asintió levemente.

2

La velocidad de una mosca oscila entre siete y quince kilómetros por hora. Los drones de Zofia lo hacían a diez, para que la percepción del que las viera fuese lo más realista posible. Por eso, el recorrido desde Kamienna Puszca al centro de Varsovia fue de dos horas y media.

Las moscas cruzaron entre los campanarios de la iglesia de Zbawiciel, descendieron sobre la plaza de la Constitución y surcaron las brisas del norte entre las fachadas de la calle Marszałkowska hasta llegar al inmenso rascacielos más reconocible de la ciudad: el Palacio de Cultura. Las moscas se dividieron en busca de la señal.

Una de ellas avanzó zumbando por la calle y, al llegar frente a la Varso Tower, comenzó a subir en espiral alrededor del edificio. La torre se alzaba recta y estrecha, formada por largas superficies de vidrio y acero que reflejaban la luz de la ciudad dormida. Sus fachadas lisas estaban divididas por líneas verticales que guiaban la mirada hacia arriba, haciendo que la torre pareciera

aún más alta. A medida que la mosca ascendía, el edificio se iba estrechando poco a poco hasta terminar en una antena fina que sobresalía del techo y dominaba el perfil de la ciudad.

En la punta de la antena había una caja de acero. En su superficie, parpadeaba un led rojo y triangular.

CAPÍTULO 28

Un falafel

1

—¡En Varso Tower! Es el edificio más alto de Polonia —se quejó Jan al ver la vista de la mosca en una de las pantallas.

—Es el rascacielos más alto de la Unión Europea en este universo, en *Tierra 1* y en siete más —aclaró Álvaro.

Zofia, que había estado trasteando con los datos de su pantalla e ignorando el debate arquitectónico, dijo al fin:

—La tecnología de esta gente es inferior a la mía.

—¿Por qué no le habéis puesto un nombre a esa tierra?

—Normalmente —explicó la IA— las bautizamos cuando las visitamos. Por lo que sabemos, podríamos haber estado ya en esa tierra, pero desconocemos si ha sido así.

—¿Puedo proponer un nombre, para no llamarlos *esa gente*?

—Adelante, Jan.

—Tierra hijos de la grandísima puta.

—Demasiado largo —analizó Álvaro—, pero tu falta de creatividad y alta capacidad de soltar improperios es bastante similar a la de tu hija. Así que lo acepto para la base de datos, aunque con un cambio: *Tierra hijos de puta*.

—Basta —zanjó Zofia—. Me estáis volviendo loca.

Giró su silla hasta quedar cara a cara con Jan. Entrelazó los dedos como si meditara lo que iba a decir.

—Como he dicho ya: la tecnología de esta gente es inferior a la mía. Aunque reconozco elementos de otras tierras, así que ellos deben de ser de un presente cercano. Pero lo importante es que se puede revertir la señal a nivel mundial desde un repetidor. El problema es que se tiene que hacer manualmente.

—Mierda —dijo Jan.

Hasta ahora todo se había limitado a Kamienna Puszca, que apenas llegaba a diecisiete mil habitantes, pero el puto repetidor estaba en el centro de una

ciudad de dos millones, a más de trescientos metros de altura.

—Necesito tiempo para planificar cómo lo haremos.

—Zofia —cortó la IA—, hay problemas en El Matadero.

—¿Cómo? —preguntó Jan, alterado.

—He mandado dos drones para vigilar las inmediaciones —explicó rápido—. Álvaro, muéstramelo.

De una de las pantallas salió una imagen cenital de los caserones abandonados del barrio. Era de noche y el bosque tapaba lo que sucedía bajo las copas de los árboles. La imagen cambió para buscar marcas térmicas. Entonces, Jan lo vio: decenas de soldados rastreaban las inmediaciones.

—Mierda —dijo.

Zofia se puso de pie.

—Es cuestión de tiempo que los encuentren. Si quieres salvarlos, tenemos que ir ya.

Los dos se encaminaron rápido hacia el almacén cuántico.

2

Durante los últimos dos días, El Matadero había sido un lugar muy siniestro, lo sabían los adolescentes y lo sentían los niños. Zuzanna estaba en una sala apartada, atada y esposada a unos tubos. Melania y Ola, con mucho cuidado, se ocupaban de asearla y ponerle mudas nuevas. Era un trabajo que tenían que hacer por partes, sin poder soltarla para llevarla al baño. Tomek y Antek se ocupaban de alimentarla, cosa que ella no quería hacer; se sentaban a su lado y le quitaban la mordaza, y entre amenaza y amenaza le colaban una cucharada de comida. El único que habló de cumplir la promesa que le habían hecho fue Adam, lo cual terminó con Antek y Melania agarrando a Tomek para que no le diera una paliza. Ola convenció a Adam de que dejase el tema en paz y de que ni se le ocurriese entrar en la estancia de Zuzanna.

La situación ya era insostenible. El día anterior habían estado preparando las mochilas con comida para irse en cuanto a Tomek se le ocurriese un sitio seguro. Dejarían a Zuzanna ahí y llamarían a las autoridades para que la liberaran. Lamentablemente, no era fácil encontrar un lugar que ella no conociese.

Tomek había salido esa noche para encontrar uno, pero tardó solo diez minutos en volver.

—¿Qué te has olvidado? —le preguntó Melania al verlo de nuevo.

Este no respondió. Estaba blanco. Antek se le acercó rápido.

—¿Qué ha pasado? —lo apremió.

—Los soldados están arriba.

Melania miró aterrada al techo.

—¿Cuánto crees que tardarán en dar con la alcantarilla? —preguntó Antek.

—Poco.

Adam y Ola se habían unido al resto. La preocupación se mascaba en el ambiente. El refugio subterráneo había sido el mejor escondite porque no conectaba con el resto de túneles; el problema era que no tenía salida trasera.

—Saldré y haré que me sigan —dijo Tomek—. Encerraos y cuando esté despejado id todos a Stara Papiernia. Yo los llevaré en dirección contraria.

—No puedes hacer eso —dijo Antek, que aún tenía muy reciente lo que le había sucedido a Jan.

Tomek le ofreció una amplia sonrisa que contrastaba con la incertidumbre de sus ojos.

—Siempre sobrevivo, ¿no?

Antek no era una persona emocional, aunque en ese momento no pudo reprimirse, dio un paso hacia Tomek y lo estrechó entre sus brazos, sollozaba como un crío.

—No seas moñas —le dijo Tomek, emocionado también—, que tienes que proteger al resto.

Un minuto después, Tomek agarró su palanca y desapareció en la oscuridad de la alcantarilla. Melania y Antek cerraron la puerta de metal y la sellaron con la manivela.

3

En cuanto salieron de la casa, esta desapareció dejando las ruinas de la otra. Jan llevaba su chándal, un chaleco antibalas y una porra de piel con una esfera azul en la punta. Zofia le había ofrecido varios tipos de armas simples, pero él había optado por una no letal. Ella, en cambio, llevaba una especie de prótesis robótica que recorría su cuerpo de cuello a pies: pequeñas piezas de metal que se adaptaban a su columna, abdomen, piernas y brazos. En las manos llevaba unos guantes que disparaban rayos de plasma. Jan intentó hacerle prometer que no mataría a nadie; ella ni se molestó en contestar.

Estaban corriendo por el viejo jardín cuando un coche aparcó en la puerta de la casa. Jan se paró y levantó la porra.

—¿Qué haces? —dijo con incredulidad—. ¿Qué pensabas, que íbamos a ir a pie? Anda, sube ya.

La puerta se abrió sola y ella entró; él hizo lo mismo con la del copiloto.

—¿Cómo has conseguido el coche? —preguntó asombrado.

—Para mí —dijo la IA por los altavoces—, piratear un Stela de 2016 es una minucia.

—No presumas —lo cortó Zofia—, y llévanos con los chicos.

—Ahora mismo.

El vehículo arrancó. Conducía la IA mientras Zofia trasteaba con sus guantes.

—En serio, Zofia —le pidió Jan—, intenta no matar a más gente.

—Para hacer tortilla hay que romper algunos huevos —contestó, pero al ver la cara de Jan matizó—: Lo intentaré.

Jan se fijó en el logo reconocible en el volante, aunque en su mundo era un poco diferente.

—¿Esto es un Tesla?

—No en este universo —explicó Álvaro—, aquí se llaman Stela, pero básicamente es lo mismo. Aunque aquí Elon Musk es mujer, se llama Eleanor Musk.

4

Tomek estaba agazapado tras un muro a medio derruir, escondido de los haces de las linternas. Se encontraba rodeado por decenas de soldados.

Aprovechó un momento de sombra y echó a correr hacia el bosque. Cuando sintió que ya estaba lo bastante lejos del refugio, se puso de pie, hizo bocina con las manos y gritó:

—¡NPCs hijos de puta, a que no me cogéis!

Se dio la vuelta y empezó a correr como alma que lleva el diablo. Los soldados no se hicieron de rogar y las balas empezaron a silbar por el bosque. Tomek no redujo, aunque había calculado mal las distancias: por las voces y los fogonazos, seguía rodeado. Solo veía un hueco, lo malo era que lo llevaba directo a una carretera de dos carriles iluminada por farolas.

En el momento en que había salido del refugio sabía que estaba muerto, así que lo único que podía hacer era poner distancia entre los soldados y sus amigos.

Salió a la carretera, a lo lejos venía un camión militar; en el bosque se oían los gritos de los soldados cada vez más cerca.

No quedaba otra. Salió de la espesura y corrió en dirección contraria al vehículo. Este lo vio al instante y aceleró.

Estaba bien jodido: a un lado de la calle había una fila de casas con las luces encendidas, al otro un bosque lleno de soldados, y en cuestión de segundos lo arrollaría un camión.

«Hasta aquí hemos llegado», pensó antes de detenerse.

Se encaró hacia el camión. Conocía a los infectados lo suficiente para saber que cuando lo vieran solo y armado con una palanca, no lo atropellarían;

preferirían bajarse y hacerlo con sus propias manos.

«Por lo menos me llevaré a alguno por delante».

El camión frenó a varios metros de él. El conductor y el copiloto se bajaron sonriendo con malicia, mientras varios militares salían por la espesura. Soltaron sus armas y sacaron los cuchillos de los cintos.

—Joder, qué previsibles sois.

Levantó la palanca con una mano y con la otra los invitó a acercarse.

—¿Quién será el primero?!

Oyó un frenazo detrás de él. Se giró asustado, no contaba con que hubiera más a ese lado de la carretera. La luz de los faros lo cegó. Solo atisbó la silueta del coche y dos figuras que se apeaban. Hubiera jurado que una era un robot; esta levantó las palmas como si estuviera apoyada en una pared invisible y unos rayos azules salieron de sus manos. Tomek los siguió con la mirada hasta el camión.

La onda expansiva de la explosión lo hizo caer al suelo. Tardó un par de segundos en incorporarse hasta quedar sentado, de cara a la hoguera en la que se había convertido el vehículo. Los soldados estallaban como cuando un vaso se cae al suelo y los cristales salen volando, solo que en vez de vidrios eran extremidades y vísceras.

Cuando no quedó nadie vivo en la carretera salvo él, se puso de pie y entrecerró los ojos para ver el coche.

«¿Eso es un Stela?»

—Joder, te dije que no mataras a nadie! —exclamó una de las figuras.

—Querías salvar a este, ¿no? —protestó la otra voz.

—¿Seguro que no puedes bajar la intensidad para aturdir en vez de matar?

Tomek creyó reconocer la última voz.

—¿Jan?

Dio unos pasos y vio a Jan, que lo observaba.

—Hola, chaval.

—¿Tú no estabas muerto?

—Soy como Bruce Willis en *La jungla de cristal*.

—¿Quién?

Jan suspiró.

—Nada, déjalo.

Tomek se acercó, entonces vio a Zofia.

—¡Tú eres la vieja hija de puta que me noqueó!

—Sí —intervino Jan—, ahora te lo cuento todo. Sube al coche.

Una voz que no se parecía en nada a la de un GPS dijo desde el interior:

—Están entrando en las alcantarillas de El Matadero.

Jan dio un paso adelante, viendo que Tomek seguía quieto y mirando a Zofia con rabia.

—Tomek, confía en mí. Está de nuestra parte y tenemos que rescatar al resto.

Él lo observó un segundo y al fin asintió. Se subió a la parte trasera. Una vez dentro, clavó los ojos en el retrovisor, donde se reflejaba la cara de la anciana.

—Jan, soy todo oídos.

5

Pom, pom.

Adam, Melania y Antek miraban el portón de hierro; no aguantaría mucho más. Tomek no había logrado alejar a los soldados y estos iban a tirar la puerta abajo con un ariete. Aferraban sus *sticks* de *hockey* como si esa arma pudiera marcar la diferencia ante lo que se les venía encima.

—Abrid de una vez —decía una voz al otro lado— y os prometemos que será rápido.

Antek pensó en ofrecerle a Melania que se escondiera en la estancia de los niños con Ola, pero una vez el portón cayese, ya daría igual. Si tenían que morir prefería hacerlo con ella.

Melania fue a la sala que servía de cocina, caminó hasta una de las mesas y agarró una caja de plástico donde guardaban los cubiertos. Observó los cuchillos con detenimiento. Habían pasado seis meses desde que había matado de un mochilazo a su profesora de Español. Ese día se juró que no volvería a matar.

Pom, pom.

Miró hacia el portón y agarró tres cuchillos, dejó su *stick* sobre la mesa y volvió. Le ofreció uno a Adam, que lo tomó en el acto, y otro a Antek.

Pom, pom.

Antek la miró a los ojos.

—Esto ya no es sobre nosotros —dijo ella, que pese a la seguridad de su rostro lloraba—. Tenemos que proteger a los niños.

Antek asintió, dejó el *stick* apoyado en la pared y tomó el cuchillo.

Pom, pom.

Los tres muchachos se pusieron a un par de metros del portón en posición de lucha. Las bisagras ya estaban cediendo; con cada golpe el polvo de cemento saltaba por los aires.

—Melania —dijo Antek.

—¿Sí? —contestó ella.

—No quiero morirme sin decirte que estoy loco por ti.

Ella sonrió.

—Pues no te mueras, que cuando salgamos de aquí me vas a invitar a un falafel.

Cambió de mano el cuchillo y con la otra buscó la de Antek.

Pom.

No llegó el segundo pom. En su lugar se oyeron gritos y golpes. Antek y Melania se miraron sin saber qué sucedía.

Sonó una especie de explosión y el portón cayó como un leño, dejando una estela de polvo al tocar el suelo.

En el corredor de la cloaca solo se veía oscuridad y humo. Se escuchó una voz de hombre adulto.

—¿Ves como sí podías hacerlo sin matar?

—Estarían mejor muertos; la mayoría van a quedarse en silla de ruedas el resto de su vida —contestaba una voz de mujer.

Antek y Melania no entendían nada.

En el umbral apareció Tomek y los miró satisfecho.

—En serio, os dejo solos cinco minutos y mirad la que habéis liado.

CAPÍTULO 29

Tiene lógica

1

Media hora después, todos estaban en la linde del bosque, ocultos entre el follaje y aún al amparo de la noche.

—¿Cómo pudiste sobrevivir? —preguntaba Antek a Jan. No esperaba respuesta; él parecía más concentrado en la carretera.

Antek miró a la anciana, que parecía salida de una película de ciencia ficción, con tantas placas de metal y leds. Por lo que le había contado Tomek, esa indumentaria debía de ser de lo más práctica, no lo dudaba, aunque con un par de arreglos seguro que también podría ser estética. Siempre le había molestado que la ciencia y la moda estuvieran tan desconectadas. Como los trajes de astronautas, que estaban más cerca del muñeco de Michelin que de un aventurero.

Niños, adolescentes, Jan y anciana estaban agachados cuando aparecieron cinco Stelas que aparcaron y frenaron frente a ellos en mitad de la vía.

—Ahora —ordenó la anciana.

Todos corrieron a sus vehículos como habían pactado. En el primero irían Zofia y Jan en los asientos delanteros y, en los traseros, Tomek y Zuzanna, que seguía atada y amordazada, aunque forcejeaba mucho. Jan cargaba con ella al hombro como si fuera un saco de patatas.

El resto del grupo se dividió en los otros vehículos, con uno o dos adolescentes por cada grupo de niños.

Cuando todos estuvieron dentro, los Stela arrancaron.

La mordaza de Zuzanna se soltó liberando su boca.

—Niños, voy a coger mi bisturí —dijo con voz ronca, babeando, con mirada iracunda y ladeando la cabeza de un lado a otro— y voy a extirparos los testículos y trasplantarlos en vuestros ojos.

Jan se giró con una mueca en la boca.

—¿No sería mejor matarnos y ya? —le preguntó.

—Luego os seccionaré la tráquea, no te preocupes —rió ante su propia ocurrencia, como si estuviera poseída.

Jan miró a Tomek.

—Puedes volver a ponerle la mordaza a la niña del exorcista.

—¿Estás seguro de que no era mejor dejarla en El Matadero? —preguntó Tomek con dificultad, ya que trataba de evitar las dentelladas de esta.

—Confía en mí. Donde vamos ella se pondrá bien.

Diez minutos después, los coches aparcaron frente a las ruinas de la casa de Jan. Todos se bajaron y reunieron frente al edificio.

—¿Este es el lugar seguro? —preguntó Antek con escepticismo.

—El mismo —contestó Jan, mientras cargaba en el hombro a Zuzanna, que daba patadas al aire.

En lo que dura un parpadeo la casa se transformó en otra. La puerta estaba abierta e iluminada desde el interior. Todos, salvo Jan y Zofia, dieron un paso atrás con los ojos abiertos de par en par.

—Tranquilos, es seguro —dijo Jan, siguiendo a Zofia al interior.

El resto miró a Tomek esperando una decisión. Se encogió de hombros.

—Peor que en la calle no será.

2

Al entrar, la puerta se cerró. Todos se quedaron absortos ante los techos, paredes y pantallas; el aspecto futurista de la decoración los tenía embobados, hasta que Tomek reparó en Zuzanna. Jan la había dejado en el suelo con cuidado. Ella ya no se agitaba, solo lloraba. Tenía los enormes ojos azules sin ninguna brizna de rojo. Jan estaba acucillado quitándole la mordaza.

—Lo siento —fue lo primero que balbuceó al verse liberada.

Tomek se arrodilló frente a ella con los ojos vidriosos y le acarició la mejilla mientras Jan la desataba.

—No hay nada que sentir. Estás bien.

Ella bajó la cabeza, triste pero agradecida.

—Tomek, gracias... gracias por no rendirte conmigo.

Jan terminó de liberarla y Tomek la abrazó.

—Nunca —le susurró al oído.

Zuzanna se puso de pie aún conmocionada y se dejó abrazar por Melania y Antek. Rastreó la sala hasta dar con Julek, que se mantenía escondido tras las piernas de Ola. Ella se arrodilló frente al niño asustado.

—Julek, lo siento mucho.

—¿Zuza? —preguntó.

—Sí, vuelvo a ser yo —musitó.

El niño se apartó de Ola y se acercó a Zuzanna, con la palma de la mano le acarició el rostro. Ella sonrió y él se lanzó entre sus brazos. Ella, con los ojos llenos de lágrimas, buscó a Jan.

—Gracias —musitó.

Él asintió.

3

Lo primero que hizo Zofia, cuando los ánimos se calmaron, fue pedirle a Álvaro que se ocupara de los niños. Los dejaron con la IA en el gimnasio, mientras los mayores se reunieron en la cocina. Luego preparó cafés para todos y se sentó en la única silla que había. Jan se apoyó en la mesa y contó su historia, una versión edulcorada sin ocho cadáveres en el sótano ni el encierro en la oscuridad.

Todos atendieron al relato en silencio, por muy inverosímil que resultase. La única que parecía estar pasándoselo pipa era Melania, que sonreía y asentía emocionada.

Cuando Jan hubo terminado, el primero en hablar fue Antek, que preguntó a Tomek:

—¿Tú te crees todo esto?

El muchacho pareció meditarlo.

—La verdad es que tiene lógica —contestó asintiendo.

—Lógica, lo que es lógica no tiene.

—En las últimas horas he visto a la *transformer* esta —señaló a Zofia con la mano— lanzar rayos láser, a Jan resucitado, una casa aparecer de la nada y curarse a Zuzanna. Sí, lo creo.

—¡Tú eres terraplanista! —le espetó. Claro que Antek también lo creía todo, pero necesitaba no hacerlo—. ¿Y tú? —le preguntó a Melania.

Ella asintió.

—Pese a que Jan deja mucho que desear como narrador, la historia me cuadra. Además, sabía muchas cosas de nosotros.

Antek buscó apoyo en Zuzanna, que se limitó a morderse el labio inferior. Era la más escéptica del grupo, pero había visto su curación en primera persona, y eso ya era suficiente para ella.

Ola y Adam también parecían convencidos.

—Vale —convino Antek. Le tocaba aceptar lo increíble.

Hubo un breve silencio que rompió Zofia.

—Rayo de plasma —dijo pensativa.

—¿Qué? —quiso saber Antek.

—Tu amigo ha dicho que lancé rayos láser. No es verdad, son de plasma. Me parecía importante aclararlo.

Tomek sonrió.

—Tú eres científica, ¿no? —preguntó.

—Sí.

—¿Cuál es tu opinión sobre la tierra esférica?

«¿En serio esa es la única pregunta que se te ocurre?», pensó Antek con la boca abierta.

—Que lo es y punto —contestó ella.

—¿Pero tú la has visto?

—¿Te refieres a si la he visto desde el espacio?

—Sí.

—Soy viajera del tiempo y del multiverso, no astronauta.

—¿Entonces no puedes asegurar que sea redonda?

Zofia clavó los ojos en Jan, que sonreía ante ese momento de distensión.

—Jan, ¿en serio vamos a arriesgar nuestra tierra por esta gente?

4

Más tarde, Zofia llevó a todos al almacén cuántico, era el único lugar de la casa donde albergar a tantas personas; además, había sacos de dormir y esterillas. Quizás no fuera el sitio más bucólico donde hacer una acampada, pero sí el más seguro del planeta. Todos se sentaron en corro para cenar pizzas congeladas, la única que se mantuvo de pie fue Zofia.

—Yo necesito estar tranquila para elaborar un plan, así que no subáis ni me molestéis. Si tenéis alguna duda preguntádselo a Álvaro.

Acto seguido se dio la vuelta y se marchó.

Jan no quiso molestarla. Cuando terminó de cenar se fue al gimnasio. Aún estaba demasiado nervioso por la aventura de la noche como para dormirse. Vio sobre la mesa su novela de *Lía en Navidad*, manchada con sangre seca del día que lo apuñalaron. Se estiró en la cama y leyó, esperando que el sueño llegara pronto. Al día siguiente habría plan y, muy posiblemente, una misión.

CAPÍTULO 30

El plan

1

Por la mañana desayunaban todos en el suelo del almacén cuántico; habían dispuesto unas mantas en el cemento de uno de los corredores, se habían agenciado unos paquetes de galletas y unos botellines de batido de cacao y fresa. Estaban todos ahí menos Jan y Zofia. Melania reflexionaba sobre lo extraño que era todo, se sentían seguros por primera vez en seis meses y eso que estaban en lo que en cualquier cuento sería la casa de la bruja.

Los niños corrían por los pasillos entre risas; Ola y Adam habían desaparecido, suponía que para darse el lote, el hecho de que Álvaro vigilara a los pequeños les había dado un merecido descanso. Zuzanna, que aún estaba blandita, se reía con lo que comentaba Tomek —normalmente lo estaría abroncando.

Antek no dejaba de lamentarse por no haber besado a Melania la noche anterior. «Era el momento perfecto», pensaba. A él los besos le imponían mucho respeto; siempre culpaba de eso a las mujeres que lo habían criado. Cuando era un renacuajo, la mayoría de las veces las féminas de su familia terminaban las reuniones familiares viendo *Dirty Dancing*; eran unas devotas absolutas de Patrick Swayze.

Él estaba en el suelo con sus juguetes mientras su madre, abuela, tías y primas tarareaban las canciones y hacían onomatopeyas demasiado cristalinas para mostrar su aprobación por el protagonista.

Aunque lo que había acabado siendo traumático para Antek era que su prima Hanna siempre ponía en pausa la escena del beso, lo miraba con autoridad y decía:

—El día que beses a una chica, hazlo así o no lo hagas.

Antek asentía asustado y miraba la pantalla concienzudamente. Al hacerse adolescente descubrió que esos besos no existen. La vida es menos emocionante y no tiene banda sonora.

Por otro lado, Melania intentaba mantener una conversación con Antek, pero el muy tonto le rehuía la mirada avergonzado por su espectacular declaración romántica del día anterior. No le gustaba la idea, pero debería ser ella la que acabara teniendo que tomar la iniciativa.

Melania miró a su alrededor. Estaba siendo el momento más mágico que había tenido con sus amigos, dentro de una máquina del tiempo o multiversal, sin la sensación de que podía morir de un momento a otro. Aunque todo resultaba fantástico, no era real. Existía una posibilidad de salvar su mundo, de volver con sus padres, de rebuscar de nuevo libros en la librería y de ir a comer falafel con el chico mejor vestido de Kamienna Puszcza.

—Melania —dijo la voz de Jan, que entraba por el final del pasillo—. Leído. Se acercó a ella y le ofreció el libro de *Lía en Navidad*.

Ella arqueó la ceja al ver que la tapa estaba medio rota, las esquinas dobladas y las hojas manchadas de sangre.

—Quédatelo —rio— y recuérdame que jamás te deje otro libro. ¿Te ha gustado?

Jan analizó con atención la portada.

—Si le quitas la pornografía y al protagonista moñas, te queda un libro divertido.

—Si le quitas el sexo —intervino Antek—, se te queda en veinte páginas.

—Anda que no eres exagerado —se quejó Melania.

La voz de Álvaro sonó.

—Acabo de leer el libro, concretamente, las siete versiones que existen en el multiverso. La que más me ha gustado es la de *Tierra Lemming*, es la más equilibrada; aunque hay que destacar que la autora sobrevivió al apocalipsis de *Tierra Zompiro*, e hizo una secuela zombi, donde Adrián y Lía pasan San Valentín encerrados en una librería y, entre fornicio y fornicio, salvan el mundo.

—Por fin hay un universo donde Adrián mola —se burló Antek.

—Chicos —dijo Álvaro en un tono menos dicharachero—. Zofia dice que subáis, pero que antes cojáis unas sillas de jardín para cada uno, un cartón de Lechuza y una pelota de fútbol.

—¿Por qué una viajera del tiempo tiene tantas cosas? —pensó Antek en alto mientras observaba la variedad de productos que había a su alrededor.

—Zofia y yo llegamos a una tierra donde toda la gente estaba a punto de morir por una cepa muy fuerte de la gripe. Entonces se le ocurrió convertir este hipermercado en el almacén cuántico. Como esta sala está fuera del tiempo y el espacio, los productos no caducan.

—Pero ¿qué coño es esto? —espetó Tomek al salir al exterior. Estaba en medio de un bosque, ni rastro de la ciudad.

—Es otra tierra, una sin gente —explicó Zofia—. He pensado que, ya que teníamos que hablar, lo podíamos hacer aquí y, de paso, que a esos niños les dé el sol.

Jan sonrió, prefería verla comportarse como una abuela borde que como Terminator.

Pusieron las sillas formando un círculo en la parte trasera de la casa, donde había un pequeño claro, mientras los críos, después de seis meses en las cloacas, correteaban y berreaban alrededor. Zofia se encendió un pitillo, Zuzanna y Jan tomaron otro.

—Bien —empezó la anciana—, se puede invertir la señal de radio y devolver vuestro mundo a lo que era.

Todos sonrieron menos Zofia.

—Nada volverá a ser igual —continuó—. Tú estuviste dos días en la frecuencia y no mataste a nadie —le dijo a Zuzanna—. ¿Cómo te sentiste al despertar? Ahora imagina el escenario cuando ocho mil millones de personas rompan el trance. Muchos de ellos habrán hecho auténticas barbaridades y, de golpe, se enfrentarán a ellas.

Se quedaron en silencio. Nadie había pensado en las consecuencias de volver al mundo de antes. Zuzanna buscó a Julek con la mirada; corría tras la pelota con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pues tendremos que aprender a vivir con nuestros pecados —se encaró a Zofia—. Esos niños no van a pagar el precio. Serán sus padres los que lo hagan, para que ellos tengan un futuro.

Zofia asintió.

—Imaginaba que dirías eso, pero tenía que explicarlo. Pues entonces vamos al grano. El problema es fácil de solucionar: insertáis en una caja una herramienta que he fabricado esta noche y contamináis la señal, esto provocará un efecto dominó con el resto de repetidores del planeta. —Al no estar segura de que la entendiesen, matizó—: Como un virus informático.

—Dicho así, parece fácil —pensó Antek de nuevo en voz alta.

La anciana sonrió con amargura.

—La solución es fácil, llevarla a cabo es lo complicado. Primero tendríais que salir de Kamienna Puszca evitando a los soldados, luego cruzar el bosque hasta llegar a Varsovia y de ahí al centro, que está a quince kilómetros y dos millones de psicópatas en el camino, subir el rascacielos más alto de la Unión

Europea, trepar por la antena de comunicaciones y, a una altura de más de trescientos metros, manipular un elemento electrónico de otra dimensión.

Todos tragaron saliva.

—Dicho así, no parece tan fácil —reconsideró Antek.

—Pues no me parece tan jodido —dijo Tomek—. Podríamos ir de madrugada por el río en kayak hasta el centro.

—No llegaríamos muy lejos —reflexionó Jan, que conocía el barrio porque su universidad estaba ahí—, habría que cruzar todo Powiśle.

Tomek tardó menos de dos segundos en tener otra idea.

—¿Y si cruzamos el bosque y vamos por el alcantarillado?

—No es como el de Kamienna Puszca, salvo en el centro, no está interconectado —rebatía Zofia.

—¿Y con un Stela? —propuso Melania.

—Imposible —añadió Zuzanna—. Con los controles en Varsovia, u os paran porque os ven dentro o porque no ven a nadie al volante.

Parecía que habían llegado a un callejón sin salida, hasta que Tomek sonrió.

—Lo tengo. Podemos cruzar los bosques hasta el Metro de Kabaty e ir por el túnel.

Jan intentó buscar la pega, pero no pudo. Zofia masticaba la idea con los ojos entrecerrados.

—Por el túnel a pie lo más probable es que os atropelle un tren o acabéis electrocutados.

Tomek hizo una mueca de decepción que contagió al resto.

—Pero la idea es buena. La protección de los sistemas informáticos de dos mil veintiséis es de risa para Álvaro. Si conseguís colaros en un tren de madrugada, podría dejaros en Centrum. Solo hay setecientos metros de la parada a Varso.

—Hay poca gente en el centro a esas horas —añadió Zuzanna.

—Sí, pero si alguien da la alarma, se llenará de gente en minutos.

—Es un riesgo aceptable —repuso Jan.

—Álvaro también puede provocar un apagón en la ciudad para minimizar el riesgo, pero entonces tendréis que subir cuarenta plantas a pie.

—Somos jóvenes, Jan está hecho un toro y tú tienes piernas robóticas —se jactó Tomek.

—Yo no iré. Y tú, Zuzanna, tampoco.

—¿Por qué? —preguntó esta.

—Tú no irás porque tardaría días en prepararte unos audífonos específicos para tus oídos. Si sales de la casa volverás a eclosionar.

—¿Y tú? —preguntó Melania, más interesada en el giro de trama que en el riesgo de no llevarse a la anciana.

—Porque es un suicidio. Conozco a Jan mejor que vosotros: es un gilipollas de proporciones épicas. Si existe una posibilidad de lograrlo, lo intentará; así que solo puedo ayudarlo desde aquí. En el centro de Varsovia no tengo la seguridad de conseguirlo. —Respiró hondo—. Hace años que me da igual vivir o morir. —Se volvió hacia Jan—. Pero si muero, tu Zofia construirá la máquina y seguirá mis pasos, y eso generará una paradoja temporal de la cual no tengo claro cuál sería el resultado.

—Eso nos deja con Jan, Antek, Melania, Ola, Adam y yo —dijo Tomek.

—A mí quítame —aseguró Ola—. Llevo seis meses con los niños, no sé luchar.

—Yo me quedo con Ola —dijo Adam. Miraba al suelo y su pierna temblaba.

Tomek no podía culparlo por tener miedo, de hecho, le parecía hasta razonable; además, él no tenía tanta experiencia como el resto en el exterior.

—Bien. Quedamos los cuatro. La última vez que estuvimos solos fue la leche.

—Casi nos matamos en el carrito de golf —recordó Melania.

—Y acorralaron a Jan —añadió Antek.

—Minucias —bromeó Tomek, esperando la reacción de Jan.

Este lo meditó unos segundos. El plan era una locura; Tomek lo iba a hacer con o sin ellos, y él era el adulto ahí. Dio una calada y sonrió.

—Como dice Zofia, soy un gilipollas de proporciones épicas. Confío en la magia de ella y Álvaro, tenemos armas futuristas y soy un maestro de artes marciales. ¿Qué coño puede salir mal? Me apunto.

—Ciencia, no magia —murmuró por lo bajo Zofia.

Antek y Melania intercambiaron una mirada.

—Conozco un falafel cerca del Palacio de Cultura —dijo ella—. Cuando terminemos, te invito a uno.

—No sería elegante por mi parte rechazar una oferta así.

Los dos sonrieron.

Tomek se puso de pie delante de Zofia.

—Prepáralo todo, que nos vamos a la capital.

CAPÍTULO 31

Adioses y chándales

1

Eran las once de la noche en *Tierra Solo en casa*. Estaban en el almacén cuántico, en la sección de ropa. Zofia mostraba una percha con un chándal negro Adidas de dos piezas.

—Yo no me pongo eso —zanjó Antek.

—Es la mejor ropa para lo que tenéis que hacer —aseguró ella.

—¿Es que solo tienes ropa deportiva?

—Es la más cómoda para trabajar, pero esta, en concreto, tiene ventajas. Álvaro, explícaselo tú, yo no puedo con este crío.

—Ya voy —dijo la IA—. Yo no tengo cuerpo, así que la moda no es algo que controle demasiado. Lo que sí puedo decir de ese chándal es que tiene ventajas estratégicas: es negro, ideal para moverse de noche; está hecho con un material que regula la temperatura corporal para que sientas que estás a veinticinco grados, y las fibras protegen parcialmente de cuchilladas. Además, combina muy bien con los chalecos antibalas.

—Nos lo quedamos —dijo Tomek, cansado ya de los caprichos de su amigo.

2

Los cuatro ya estaban ataviados con los chándales, las zapatillas blancas y los chalecos antibalas. Tomek y Melania parecían encantados con la indumentaria. A Jan no le entusiasmaba, aunque se había acostumbrado a ella en sus días en esa tierra. Antek fue el último en vestirse. Cuando el resto lo vio soltaron unas carcajadas, más por su cara de asco que por la boina que se había puesto en la cabeza.

—Mucho mejor —le soltaron.

—No me toquéis las narices.

—Una vez superado esto —dijo Zofia—, seguidme.

Los llevó a otro corredor donde había rifles de asalto, pistolas, machetes y un sinfín de armamento. Se quedaron blancos.

—¿Sabéis usar algún arma?

Negaron con la cabeza.

—Entonces necesitáis algo simple y silencioso.

Agarró un machete de una repisa y se lo mostró.

—Este está hecho de obsidiana, corta la carne y los huesos como si fueran mantequilla.

Al ver su aprensión, preguntó:

—No me digáis que también tenéis problemas para matar.

—Si podemos evitarlo —dijo Melania con timidez.

Zofia clavó la vista en Jan.

—Esto no es un juego. Es demasiado peligroso para ir con remilgos.

—No vamos a matar a nadie, lo siento —contestó él sin apartar los ojos de ella—. Así que danos las porras y punto.

Zofia negó con la cabeza.

—Sois muy gilipollas —les espetó con frialdad.

Tomek sonrió.

—Jan, no hay duda, es hija tuya.

—Las mismas habilidades sociales —opinó Antek.

Zofia los ignoró. Dio unos pasos hasta una estantería y cogió una porra de cuero con una esfera de metal en la punta.

—Es simple, incluso para vosotros. Solo tenéis que golpear, pero os recomiendo que, una vez en el centro, activéis el modo KO. —Mostró un interruptor en la base—. Apretáis con el pulgar tres segundos el botón y la esfera se volverá azul marino. Cualquier persona que toquéis recibirá una descarga eléctrica de quinientos mil voltios, suficiente para tumbar a un caballo.

Todos asintieron. Les parecía simple y no letal. Nunca habían querido matar a nadie, pero ahora que sabían que las personas podían volver a ser normales, menos aún.

3

Zuzanna miraba a sus amigos preparar unas mochilas que les había dado Zofia, con más cosas de las que podrían necesitar en la salida a Varsovia: cuerdas, unas granadas sónicas, un botiquín. Álvaro había dado una explicación sobre cómo usar todo, ya que era tecnología futurista. Lo que más preocupó a Zuzanna fue que la anciana les había dado a cada uno una cajita metálica, en cuyo interior había unos alambres de colores que recordaban a los

que se usan para cerrar las bolsas de pan de molde, con los que podrían manipular la caja multiversal. Eran cuatro bolsas, con las mismas cosas, para que cualquiera de ellos pudiera llevar a término la misión, dando por hecho que no todos volverían.

—No te preocupes tanto, mamá.

La voz de Tomek a su espalda la sacó de sus pensamientos.

Ella forzó una sonrisa.

—Yo siempre me preocupo.

—Ya —dijo él, encogiéndose de hombros—, pero mañana a estas horas solo deberás preocuparte de recuperar tu piso de alquiler. Confía en mí, esto va a salir bien.

Ella lo miró con ternura. No había conocido a nadie a lo largo de su vida que la pusiera tan de los nervios como él, pero después de seis meses compartiendo cloaca, lo veía como un hermano pequeño.

—Tomek, ¿me harás un favor?

—Claro.

—Si en algún momento no lo veis claro, daos la vuelta y volved. No vale la pena morir por nada.

—Dos días infectada y te estás volviendo más moñas que Antek y Melania.

Zuzanna buscó a la pareja con la mirada; estaban bromeando con las porras.

—Eso es imposible —rio—. Desde que dejamos El Matadero esos dos me provocan diabetes.

Respiró hondo.

—Pero, Tomek, cuídalos.

—Eso siempre.

4

En la sala de control Zofia estaba sentada delante del buró, con los codos clavados en la tabla, la cabeza gacha y los dedos entrelazados en la nuca. Faltaba poco para que los cuatro se marcharan. No le gustaba ese plan. Debería haber dado mejores argumentos a Jan para volver a su universo sin mirar atrás. Aunque tampoco podía culparlo de ser tan cabezota; debía de ser algo genético, ya que ella lo era mucho más: en vez de aceptar el luto como una persona normal, había preferido reventar todas las leyes de la astrofísica para salvarlo.

—Zofia —dijo Jan entrando en la sala—, ¿estás bien?

Ella se puso recta y lo observó: equipado con el chándal, la porra y la mochila. Al final tendría razón Antek, faltaba perspectiva estética en la ciencia.

—Solo estoy agotada.

—Es que duermes poco.

—No es el sueño, son los años. Cuando llegues a mi edad lo entenderás.

Jan sonrió, no todo el mundo puede oír esa frase dicha por su hija. Dio unos pasos hasta el buró y se apoyó en él. Con la palma de la mano acarició la tabla.

—Tu abuelo corregía los exámenes aquí.

—Lo sé —dijo ella sin entender adónde quería ir a parar.

—Era un gran hombre. Desde el sofá, lo veía aquí preparar clases cada noche. Mis amigos del colegio tenían padres con mejores trabajos, pero al ver al mío en este buró me sentía tan orgulloso de ser su hijo como si él fuera un puto astronauta. Él nunca tenía un mal día para mí, nunca dejaba de aprender y jamás se rendía con un estudiante. Siento que tú nunca pudieras verme de esa forma.

Ella quiso decir algo, pero se lo guardó.

—Tu abuelo, tú y yo somos iguales en una cosa: cuando se nos mete algo en la cabeza, nos importa una mierda todo, vamos a por ello. Dios sabe que has llevado esta máxima familiar a otro nivel.

—Jan, no siempre fuiste así. Cuando era pequeña eras mi héroe, por lo menos hasta que empezaste a quedarte sordo.

Él se pasó los dedos por la superficie de los audífonos y asintió.

—Ahora, con perspectiva, lo veo también. No sé cómo explicártelo sin sonar ridículo. Cuando empecé a dejar de oír pensé en ponerme aparatos, aunque creía que me harían parecer un discapacitado y tenía pánico de que los estudiantes se burlaran de mí por eso. —Pensó en la pintada de su Tomek—. No es que oyera bajo, es que desaparecían letras y otras se mezclaban. No sé por qué, pero preferí creer que el mundo confabulaba contra mí. Si tu madre me hablaba bajo, pensaba que se burlaba; si lo hacía alto, que me gritaba. Cuando ella me decía que fuéramos al médico me sentía amenazado, porque ya no era el hombre del que se había enamorado. Luego empecé a tratar fatal a los estudiantes, a mis amigos... hasta que un día, sin darme cuenta cómo, me había quedado solo en una casa vacía, tomando botellines de vodka para pasar el mayor tiempo vivo dormido.

Bajó la mirada, avergonzado, y clavó los ojos en el suelo metálico. ¿Cómo había podido llegar a ser tan imbécil? Lo había tenido todo; nadie se lo había robado: lo perdió él solo.

—Mamá me decía que estabas perdido, aunque ella siempre tuvo fe en que algún día encontrarías el camino de vuelta.

Él sonrió con amargura.

—Nunca me la merecí. Le hice daño por ser un puto cobarde, elegí la autocompasión antes que luchar. Pero de lo que más me arrepiento es de haberte alejado de mí. —Tragó saliva y su voz se quebró—. Me equivoqué. Creía que merecías algo mejor que un sordo de mierda, y al final dejé de merecerte por ser una mierda de padre. Perdóname —pidió antes de romper a llorar.

Ella se puso de pie y, sin mediar palabra, lo abrazó con ternura.

Zofia se veía identificada. Ella también se había alejado del mundo, encerrada en la misma casa, incapaz de aceptar que había fallado a su padre.

—Papá —dijo por primera vez en cuarenta años—. Te echaba de menos.

Él se derrumbó y ella lo abrazó más fuerte. Por un instante se permitió volver a ser aquella niña pequeña que veía entrar a su padre en casa. Y, sin mayor expectativa que el amor, corría hacia él y lo abrazaba.

Aunque también sintió miedo, porque ese momento había cerrado una herida, y lo supo, pasase lo que pasase esa noche, sería el final. No habría un Noviembre. Se acababa de despedir de su padre.

CAPÍTULO 32

Los bosques

1

Eran las once de la noche cuando se reunieron en la entrada principal de la casa. Se mascaba en el ambiente una mezcla de emociones: incertidumbre, miedo, esperanza y, en Tomek, algo de euforia. Si había suerte, esa iba a ser la noche más larga e importante de sus vidas. Habían enviado a Adam, Ola y los niños al almacén para que Zuzanna y Zofia pudieran coordinar la operación con tranquilidad, mientras Jan y los tres muchachos se encaminaban hacia el peligro.

—Tomad —les dijo Zofia, ofreciéndoles una caja de metal a cada uno.

Cuando Antek abrió la suya vio que se trataba de unas gafas de sol de montura redonda y gruesa como las que se venden en las tiendas de artículos de broma, salvo que no eran de plástico, sino de un metal plateado claro.

—¿Gafas de sol? Estarás de coña, si es de noche.

—Son gafas de visión nocturna con detector de huellas de calor. Podréis ver a más de un kilómetro si hay algún adulto.

—¿Y tenían que ser tan feas?

—En mi universo dentro de quince años estarán de moda.

—El futuro es un asco —se quejó.

—El tuyo seguro, si no te las pones.

Lo hizo a regañadientes. El argumento le pareció válido. Se veía en blanco y negro, salvo la huella de calor de las personas. Se las quitó y observó a sus compañeros vestidos con chándales negros, zapatillas blancas, gafas de culo de botella, mochilas grises a sus espaldas y porras raras en la mano. La experta en literatura de aventuras era Melania, pero estaba convencido de que ese no podía ser el aspecto de los héroes de la historia. Parecían cuatro canis horteras.

Los muchachos se despidieron de Zuzanna entre abrazos mientras Zofia se limitó a asentir a su padre.

—Intenta no morir.

Él sonrió.

—Haré lo que pueda.

La puerta se abrió y ellos salieron. En cuanto volvió a cerrarse, Zofia y Zuzanna fueron a la sala de control. La anciana se sentó en su silla futurista frente al buró, donde tenía su pantalla principal, mientras Zuzanna tuvo que conformarse con una de las sillas de jardín que colocó al lado.

2

La luz de la luna caía sobre el camino de tierra, volviéndolo una franja apenas visible, un hilo azulado entre las sombras que proyectaban los árboles. Los cuatro avanzaban a paso rápido en silencio, no habían dicho casi nada desde que habían abandonado la seguridad de la casa. Tomek era el único que caminaba tranquilo; hacía tiempo que había hecho una comunión con el bosque, entendía los crujidos de las ramas, las brisas que serpenteaban entre las hojas, el olor a tierra fría y húmeda. Indicó con el dedo un sendero estrecho que se abría ante ellos como una invitación.

Melania debería sentirse tranquila con esa parte del plan, pero no lo estaba. Álvaro les había asegurado que reclutaría a todos los Stelas en diez kilómetros a la redonda y los haría dar vueltas en la otra punta de la ciudad para tener entretenidos a los soldados, mientras ellos podrían escabullirse por el norte hasta Varsovia.

Antek no lo reconocería en voz alta en la vida, pero le encantaban esas gafas. Se veía todo con la misma claridad que una película en blanco y negro, salvo por los animales del bosque, que presentaban manchas naranjas. Al principio se había asustado con la cantidad de ardillas que correteaban por las ramas y los pájaros que anidaban en las copas.

Un gruñido a sus espaldas los detuvo en seco. Era un perro que les mostraba los dientes mientras le temblaban los bellos. Estaba parado en posición defensiva, pero no los atacaba.

—¿Los animales se infectan? —preguntó Jan, levantando la porra.

—No —aseguró Tomek, señalando a unos cachorros que estaban detrás—, pero los infectados matan a las crías igual que a nosotros.

Tragó saliva. Había visto imágenes grotescas en esos seis meses, momentos que jamás se le irían de la mente. Una de ellas había sucedido en las primeras noches: una perra aullaba en la acera frente a los restos de sus seis cachorros, una masa sanguinolenta de huesos y pelo.

—Vámonos —ordenó—. Este perro no nos hará nada, solo quiere que nos larguemos.

Se dio la vuelta y continuó caminando. El resto lo siguió.

Jan no dejó de pensar en la perra defendiendo a sus crías hasta que dejaron los bosques de Kamienna Puszca. Si los infectados asesinaban a los terneros, lechones o polluelos, se adelantaría mucho la extinción de esa sociedad, ya que la cría de animales acabaría desapareciendo, y esto, más pronto que tarde, terminaría provocando una crisis alimentaria de tres pares de cojones. Si lo de esa noche salía bien, se alegraba de no tener que quedarse para reconstruir ese mundo.

Se internaron en el bosque de Powsin, que al ser tan popular entre los varsovianos estaba repleto de senderos limpios y podados. Las gafas les mostraron algunas personas a lo lejos; dieron rodeos, evitando los lugares más populares como el jardín botánico.

Tomek sintió un genuino desprecio por ese bosque al compararlo con el suyo. «Esto es para turistas. Un parque grande», reflexionó. Supuso que los animales también apoyaban su opinión, ya que no había marcas térmicas de ellos.

Tardaron una hora y media en cruzarlo. Jan observó desde la linde Kabaty dormido. Siempre le había parecido uno de los peores barrios de Varsovia: bloques nuevos y viejos sin alma para albergar oficinistas. Venían de los pueblos más recónditos de Polonia, eran los primeros en la familia en pisar una universidad y se compraban un piso ahí. A los de su ciudad natal les hablaban de las maravillas de la capital, mientras que a los Varsovianos les daban la tabarra con la necesidad de tener un bosque cerca para conectar con la naturaleza. «Pueblerinos con pasta», pensó con una sonrisa. Magda siempre se burlaba de él, decía que tenía un prejuicio diferente para cada zona de la ciudad. Puede que fuera cierto y fuese un poco gilipollas, pero ni treinta Zofias del futuro lo iban a cambiar: Kabaty era una mierda para catetos con pretensiones.

CAPÍTULO 33

Metro Kabaty

1

—Ahora empieza lo difícil —dijo la voz de Zofia desde el audífono de Jan—. Salid y yo os indicaré el camino.

Jan tradujo las instrucciones al resto y, tras un breve asentimiento, echó a correr dejando el bosque a su espalda. Se internaron por un parque infantil abandonado. A su derecha, separada por una línea irregular de arbustos, había una carretera vacía que reflejaba la luz de la noche. Se sentían desnudos en un espacio tan abierto.

Avanzaban en paralelo a la carretera, protegidos por la vegetación, agazapados y atentos a cualquier movimiento. Jan levantó la mano y todos se detuvieron al instante. Un coche circulaba por la vía sin emitir apenas ruido, moviéndose con lentitud, como si buscara algo. Permanecieron inmóviles entre los árboles mientras el vehículo avanzaba unos metros hasta salir de su campo de visión.

Jan pudo ver cómo las moscas giraban tras la esquina.

—Zofia... —susurró casi sin voz.

—Lo veo —respondió ella tras un breve silencio—. Podéis moveros, ya ha pasado de largo.

En ese momento, otras moscas descendieron entre las ramas, vibrando en el aire, y se agruparon frente a ellos como si marcaran un nuevo rumbo. Jan entendió la señal sin necesidad de palabras y desvió al grupo hacia el interior del parque.

El zumbido de las moscas se volvió más insistente, casi nervioso, y entonces la voz de Zofia regresó, más tensa que antes.

—Tenéis que cruzar la carretera en cincuenta metros.

Los árboles empezaron a clarear hasta que la cobertura desapareció por completo. Ante ellos, la carretera expuesta y decenas de bloques con algunas ventanas iluminadas.

—Ahora —dijo Zofia.

Jan no dudó.

—¡Vamos!

Salieron de la protección del parque y cruzaron el asfalto a toda velocidad, rompiendo el silencio con sus propias pisadas. A mitad de camino se oyó un motor y Antek tropezó, a punto de caer, pero Melania lo sujetó con un tirón que le devolvió el equilibrio. Alcanzaron el otro lado y se lanzaron entre los arbustos.

Giraron por una calle y el entorno cambió de inmediato: edificios, farolas, coches aparcados de forma irregular y una sensación de vacío que resultaba casi engañosa. Avanzaban moviéndose de sombra en sombra, rápidos, aunque temerosos del sonido de sus propias zapatillas contra el suelo.

—¡Niños!

Una mujer en pijama y cigarrillo en mano, los señalaba colérica desde un balcón de un primer piso.

—¡Mierda! —espetó Jan—. ¡Corred!

Arrancaron en plena calle, ya sin ocultarse, mientras más luces se encendían en las ventanas. Otras voces se sumaban al grito inicial, repitiendo «¡Niños, niños!» entre el eco de los edificios. Varias figuras comenzaron a salir de los portales y a descender por las calles adyacentes.

—¡Activad las porras!

A medida que los primeros atacantes se acercaban, los repelían electrocutándolos sin frenar. Uno de ellos consiguió abalanzarse sobre Melania y le agarró el cuello, tirando de ella hacia atrás. Durante un instante, Antek dudó, consciente de que la descarga podía afectarle también a ella. Desactivó el modo KO en un acto reflejo y golpeó al agresor con todas sus fuerzas en la espalda; cuando este cayó, le asestó un segundo impacto en las costillas que sonó seco.

—¡Melania! ¿Estás bien?

Ella asintió, todavía recuperando el aliento, y siguieron corriendo.

Al llegar a la estación de Kabaty, la boca del metro seguía abierta, tal y como Zofia había previsto. Se precipitaron escaleras abajo mientras algunos pasajeros que caminaban por los pasillos se giraron hacia ellos, sus expresiones se tornaban salvajes. Los apartaban a golpes, abriéndose paso con las porras, saltando las barreras. Descendieron hacia el andén con torpeza.

Había más personas. Un agente de seguridad cargó contra Jan con la porra en alto, pero este reaccionó antes, lanzándole un puñetazo al abdomen y un porrazo en el muslo que terminó con un crujido. Una mujer de unos cincuenta años corría con un machete en la mano —Tomek no tuvo tiempo de preguntarse de dónde lo había sacado— antes de que Melania le estampara la

bola de acero en la cara con tal fuerza que la lanzó hacia atrás, inconsciente y electrocutada.

—El tren llega ya —anunció Zofia.

El sonido del convoy irrumpió en el túnel y, casi de inmediato, una hilera de vagones vacíos entró en la estación. Las puertas del más próximo se abrieron. Los cuatro se precipitaron al interior. Las puertas comenzaron a cerrarse, pero en el último instante, un agente de seguridad coló el brazo entre ellas, empuñando una pistola. Empezó a disparar sin control y los chicos se tiraron al suelo mientras los disparos resonaban en el interior metálico del vagón.

Cuando el tren comenzaba a moverse, Tomek se puso de pie de un salto y se lanzó directo hacia la puerta, impactando con todo su cuerpo contra el brazo atrapado del agente y partiéndoselo de un golpe. Le asestó una patada que lo lanzó fuera del tren, donde rodó por el andén mientras el convoy ganaba velocidad.

Las puertas se cerraron por completo.

El tren se adentró en el túnel.

CAPÍTULO 34

Tomek

1

Estaban sentados en dos bancos tratando de recuperar el aliento. Melania tenía la cabeza apoyada en el hombro de Antek; este, por su parte, se había olvidado de los peligros pasados y futuros para preocuparse de si a ella le molestaría que pasase su brazo por los hombros, mientras ella se preguntaba por qué no lo hacía.

«Menudo par de pánfilos», sonrió Jan, sentado frente a ellos al lado de Tomek, que limpiaba la esfera de su porra manchada de sangre con la sudadera del chándal, como si tratara de sacarle brillo.

Ninguno había dicho una sola palabra desde que se habían adentrado en el túnel. Cuando pasaron de largo las luces de la primera parada, Natolin, sonó la voz de Zofia en los altavoces del vagón.

—La primera fase del plan no ha salido tan mal, estáis todos vivos.

Tomek hizo una mueca a Jan.

—¿El optimismo de tu hija es cosa de familia?

Jan sonrió mientras Zofia continuaba.

—De Natolin a Centrum son once estaciones, 11.4 km, tiempo estimado de diecinueve minutos. Ahora, el problema: la policía está enviando efectivos a todas las estaciones de la línea uno. Álvaro y yo aún estamos decidiendo la estrategia que seguiréis una vez que estéis más cerca. Contactaré con vosotros entonces.

Tomek se puso de pie, estiró los brazos e hizo un gesto a Jan para que se alejaran, dándoles espacio a Antek y Melania. Se sentaron en la otra punta del vagón.

—Podrías dejarlos en un hotel con dos botellas de vodka y no pasaría nada —dijo Jan en voz baja.

—Qué poco conoces a los jóvenes —se burló—. Si sobrevivimos, esos dos se estarán magreando antes del amanecer.

Jan lo dudó, pero ya que estaba solo con Tomek vio la oportunidad de tratar un tema que le quemaba dentro.

—Si sobrevivimos, volveré a mi mundo...

—Peor que este no será —rio.

Jan lo pensó.

—Para ti, seguramente sí.

Tomek lo miró serio, con incomodidad en el rostro.

—¿Por? —preguntó, sabiendo la respuesta.

Jan sacó un paquete de Lechuza y encendió un cigarrillo mientras contemplaba el cartel de prohibido fumar.

—En mi mundo yo me suicidé por ti.

Tomek pareció sorprendido. Sabía que Jan había muerto y que por eso Zofia había hecho todo aquello, pero no le habían dado detalles.

—Era tu profesor y te trataba como a una mierda, te tenía manía.

—Como todos —murmuró Tomek.

Jan siguió.

—Un día te di tanta caña en clase que a última hora fuiste a mi casa e hiciste un grafiti en la fachada. Te denuncié a la escuela, te expulsaron y luego te suicidaste. Ahí supe que eras víctima de malos tratos y que yo te había llevado al límite.

Para Jan era raro contar una historia que no había vivido pero sentía como propia, con un Tomek que no era el suyo.

—Veo que mi padre —pensó con amargura en voz alta— también es un hijo de puta en tu universo.

—El problema es que yo ni lo intuí. Debería haberlo visto, había señales: tus morados y tu apatía. Pero mis prejuicios no me dejaron, creía que solo eras un macarra. Y eso que solo te esforzabas en mis clases o en las de Inglés.

Tomek tragó saliva. Esa otra versión suya era él hacía seis meses.

—Yo estudiaba idiomas, aunque tampoco se me daban bien, porque solo quería irme lejos de Kamienna Puszca, lejos de Polonia... Lejos de él. —Su voz se quebró.

Jan dio una calada, pero no dijo nada. El chico no había terminado.

—Mi padre siempre fue un hijo de puta. La primera paliza me la dio el día del funeral de mi madre. Por la mañana, en la iglesia, se mostró como un padrazo, les decía a todos los que habían venido que él y yo nos cuidaríamos el uno al otro, que el mundo no podría con nosotros. Al llegar a casa me soltó una hostia y me dijo que yo había matado a mi madre.

Una lágrima cayó por su rostro. Se la limpió con el dorso de la mano. No quiso parar el relato, cargaba con él desde hacía mucho y quizás esa fuera su

última noche.

—Durante años caminé de puntillas por casa, nunca sabía lo que podía detonar a mi padre. A veces, se me caía un vaso al suelo y me cagaba de miedo, pero él se limitaba a decirme que lo recogiera. Otras veces, respiraba demasiado alto y recibía un puñetazo en el estómago.

Jan quería abrazar a ese maltrecho chico, que ahora le parecía más niño de lo que lo había visto nunca, pero se contuvo. Tomek tenía que soltar lastre.

—El día en que empezó esta mierda, volví a casa y me atacó. —Sonrió con amargura—. Al principio no supe si era él como siempre o si estaba infectado... Fue la primera vez que me defendí y terminó muerto, con un cuchillo en el pecho y tirado en la cocina.

Miró a Antek y Melania, que charlaban entre risas.

—Tuve que matar a mi padre. Tuvieron que volverse locos todos los adultos del mundo para que yo supiera lo que es tener una familia. A mí ya no puedes salvarme, ya no lo necesito. Tengo a Zuzanna, a Antek y a Melania. Pero si puedes, salva a tu Tomek.

—¿Cómo?

—No lo sé. Mi padre solo entendía dos cosas: el qué dirán y la violencia. Es lo único que puedo decirte de él...

—Si vuelvo a mi tierra, no sé cómo, pero te prometo que te protegeré.

Tomek asintió.

—No lo dudo. Estoy seguro de que eres mejor profesor de lo que crees. Eso sí, si el otro Tomek es terraplanista, no le des tanta caña como a mí —bromeó.

Jan le siguió el juego.

—No, le mandaré a Filip a que le dé clases particulares.

Tomek soltó una sonora carcajada.

—Eso sí que serían malos tratos.

2

A quince kilómetros de distancia, Zuzanna lloraba en silencio tras haber visto por una de las pantallas la confesión de Tomek. De pie frente a la imagen de él, que aún tenía los ojos rojos y forzaba una sonrisa, posó la mano en la pantalla como si pudiera infundirle consuelo.

—¿Estás bien? —dijo Zofia en un inútil intento de sonar empática. Llevaba demasiado tiempo sola, había perdido la práctica, pensó.

Zuzanna asintió en silencio.

—¿Lo quieres? —preguntó Zofia con curiosidad, aunque sonó fría. Pensó que debería haberle pedido a Álvaro que le buscara un cursillo para mejorar

sus habilidades personales. Podían ser prácticas cuando trabajabas con gente.

—Sí, lo quiero, pero no de la forma que crees —contestó sin apartar los ojos de la pantalla—. La relación que tengo con esos tres es la de una hermana mayor cuyos padres han desaparecido y tiene que responsabilizarse de los pequeños. Tomek es el que más me cabrea y, aunque nunca lo diga: mi debilidad.

El muchacho se esforzaba mucho en proyectar la imagen de un chico duro y solitario, pero era el más empático de todos, el que cuando las cosas se torcían arriesgaba todo por salvar a sus hermanos.

—A ti no te recuerdo de mi universo —reflexionó Zofia—. A ellos sí, aunque eran un curso mayores: Melania era la *influencer* del instituto; Antek el chico que vestía raro y había hecho un grafiti aún más raro. Pero Tomek era invisible. Cuando me dijeron que había muerto me costó ponerle cara.

—Yo tampoco hubiera reparado en él si no fuera por esta mierda de apocalipsis —se lamentó Zuzanna—. Si esto sale bien, dile a Jan que no se preocupe de nuestro Tomek. Yo me ocuparé de él. Que Jan salve al suyo.

—Tenemos problemas en la estación de Centrum —alertó Álvaro.

CAPÍTULO 35

El centro

1

—Cambio de planes —dijo la voz de Zofia por los altavoces del vagón—. Por la radio de la policía dan por hecho que vais a pasar por Centrum, creen que queréis cruzar la ciudad. Están preparando la estación para haceros descarrilar.

—Mierda —soltó Jan.

Sí que estaban locos los adultos: iban a reventar la estación del centro para matar a cuatro niños.

—¿Qué hacemos?

—Lo que no queríamos hacer desde el principio. Os bajáis en Politechnika y os recoge un Stela.

Jan miró el reloj de las pantallas del tren. Eran las dos de la mañana, no habría demasiada gente por las calles.

—Vale.

2

El tren se paró a cien metros de la estación de Politechnika. Las puertas del vagón se abrieron. Jan fue el último en bajar; al ser el más fuerte ayudó al resto, los tomaba de la mano y los bajaba a los raíles como una grúa. Cuando le tocó a él, ellos lo ayudaron desde abajo. Una vez en las vías, se echaron hacia la pared y el tren arrancó de nuevo.

—Id veinte metros en dirección a la estación —ordenó Zofia desde el audífono.

El resto se limitaban a seguir a Jan sin necesidad de explicaciones.

Llegaron a una plataforma elevada con una escalera que daba a una puerta de metal. Jan tiró de la maneta. Estaba cerrada con llave.

—Lo veo —dijo ella—. Saca el kit de herramientas que os he dado.

Jan abrió la mochila y sacó una cajita de metal.

—Ábrela.

Dentro estaban los alambres de diferentes colores.

—¡En mi puta vida he forzado una puerta! —se quejó, pensando que serían una especie de ganzúas.

—Cállate de una vez. Coge uno de los alambres azules e introduce una de las puntas en la cerradura. Álvaro hará el resto.

Se encogió de hombros y lo hizo.

En cuanto la punta estuvo dentro, el alambre se destensó como un hilo y se introdujo solo por la cerradura, como lo haría un gusano. Se oyó un pop y salió un humillo gris. Jan tiró de la maneta y la puerta se abrió.

—Mola —dijo Tomek.

Fueron por unos túneles de mantenimiento hasta llegar a la parte superior de la estación. No había nadie.

—Salid por la derecha.

Los cuatro echaron a correr hacia las escaleras que daban a Waryńskiego. Al salir se encontraron en una calle de seis carriles, aceras anchas y edificios altos de hormigón. En seis meses no se habían sentido tan expuestos.

Un anciano vagabundo con un abrigo harapiento y un carrito de la compra del que colgaban varias bolsas de plástico los vio al otro lado de la calle y gritó:

—¡Niños!

Melania puso cara de hastío. Ese hombre no era un peligro, era demasiado viejo, pero lo que más le molestaba era la palabra «niños», siempre lo mismo. Se preguntó si la interferencia que los volvía asesinos también mataba la creatividad léxica.

El anciano rebuscó en su carrito hasta dar con algo.

—¡La hostia! —espetó Tomek al ver el mazo de construcción.

Los cuatro se quedaron hipnotizados ante la ridícula estampa: el anciano intentaba blandirlo. Al no tener fuerza, se iba de lado mientras cruzaba la calle a pasitos torpes.

—Me dan ganas de ir a ayudarlo —dijo Antek.

—¡Niños! —volvió a gritar, afónico.

Entonces una Cybertruck aparcó frente a ellos. Las puertas se abrieron y entraron.

—Buenas noches —sonó en la radio del coche—. Me llamo Álvaro y esta noche seré su conductor.

—¡Pues mueve el culo! —le espetó Jan.

El Stela arrancó. Por el retrovisor, Tomek vio al anciano blandiendo con las dos manos el mazo, que se le caía hacia atrás.

—Ojalá todos los adultos fueran como ese —reflexionó.

Unas ruidosas sirenas sonaron detrás de ellos: un coche de policía y una ambulancia.

Cuando Álvaro aceleró, cruzando la plaza de la Constitución, el coche pegó un tirón tan violento que los cuatro empezaron a dar bandazos, chocando entre ellos.

—Sed responsables —dijo la IA—. Poneos los cinturones.

No fue solo la velocidad, sino la ausencia de algo a lo que aferrarse lo que convirtió el interior en una trampa. Se los pusieron con dificultad, pero estos no servían de mucho ante el manejo de Álvaro. Jan alargó la mano hacia el techo y no encontró nada, golpeó con los dedos el panel liso y resbaló.

—¿Dónde coño me agarro? —gritó.

Tomek ya se había medio levantado del asiento en el derrape, y solo evitó estamparse contra la puerta porque, con el cuerpo en tensión, consiguió enganchar los dedos en el marco retorcido.

—¡Aquí! ¡Supongo! —respondió, sin ningún tipo de confianza en su idea.

Melania, detrás, intentaba sujetarse al reposabrazos mientras el cuerpo se le iba hacia un lado y luego hacia el otro, golpeándose los hombros contra la puerta y contra Antek.

—¡Esto no está diseñado para humanos! —protestó.

—Esto es una Cybertruck, uno de los mejores coches del mercado —dijo Álvaro con tono jocoso—. Además, yo conduzco muy bien, no os preocupéis.

En ese mismo instante, derrapó hacia Koszykowa y la frase perdió toda credibilidad. El coche entró cruzado, las ruedas chirriando, y los cuatro salieron desplazados lateralmente como si estuvieran en una montaña rusa.

Antek se dio con la rodilla en el respaldo delantero.

—¡Ten cuidado, Álvaro!

—¿Por dónde coño vas? —escupió Jan, intentando incorporarse sin éxito.

—Voy a callejear un poco —respondió Álvaro—. Es más eficiente y, por qué no decirlo: más turístico.

—¡Me cago en su puta madre! —se quejó Tomek.

El coche de policía intentó embestirlos por detrás, pero Álvaro giró de golpe y se metió en Poznańska, una vía más estrecha, donde los edificios antiguos se inclinaban sobre ellos como un laberinto de muros enormes. La sensación de túnel hizo que la velocidad pareciera aún mayor.

Las luces empezaron a encenderse en las ventanas, una tras otra, y en los portales surgían figuras desordenadas. En la calle, una mujer despistada y pelirroja, de unos treinta años, con los brazos tatuados y un enorme rulo en la cabeza, sostenía un palo de *selfie*; debía de estar grabando una *story*. Al verlos en el coche comenzó a correr tras ellos dando zancadas furiosas y blandiendo el palo.

—¡Niñoos! —

Melania se giró para verla quedar atrás y negó con la cabeza. «Qué poco épico está resultando todo esto».

Dentro del coche, cada giro los desplazaba, cada acelerón los aplastaba contra los asientos y cada corrección los lanzaba en dirección contraria.

El disparo sonó de repente. Los cuatro se agacharon, chocando entre ellos en un espacio demasiado pequeño para moverse con coordinación.

—¡Mierda! —exclamó Tomek.

—¡Álvaro, nos vas a matar! —advirtió Jan, medio encogido, con el hombro apoyado contra la puerta.

De pronto empezó a sonar *Mira, Sofía* en la radio.

—¿Pero por qué coño pones música?!

—Muchos estudios indican que la música alivia el estrés —respondió—. Parece que estáis un poquito tensos.

—Un poquito, dice... —murmuró Antek.

Al salir a Wspólna, el coche derrapó otra vez y luego salió disparado hacia delante. El empujón fue tan fuerte que Antek perdió completamente la posición y cayó hacia un lado, golpeando a Melania.

En Emili Plater apareció otro coche de policía, cruzado, bloqueando el paso.

Álvaro no frenó.

—Agarraos fuerte.

—¿Pero dónde coño lo hago? —gritó Tomek, mirando alrededor como si fueran a aparecer asas mágicas.

El impacto los lanzó hacia delante; los cinturones se tensaron de golpe, aun así, las cabezas y los hombros se sacudieron con violencia. El coche de policía salió despedido mientras la Cybertruck atravesaba el hueco sin detenerse.

Durante un segundo, dentro del coche solo se oyó la respiración agitada y a Álvaro Soler, el de verdad, cantando el estribillo.

Luego la IA volvió a acelerar.

Giraron hacia Aleje Jerozolimskie y ahí el caos dejó de ser solo interno. Había más gente en la calle. Varias patrullas cruzaban la avenida y, en cuanto los vieron, bajaron las ventanillas.

—Oh, mierda, mierda, mierda, mierda, mierda —empezó Jan, sin poder parar.

Los disparos llegaron enseguida.

—Agarraos fuerte —repitió Álvaro.

—¿Pero dónde coño nos agarramos?! —gritó Jan, ya sin paciencia.

Hubo un segundo de silencio, casi absurdo en medio del caos.

—Mmm, pues no lo sé —respondió Álvaro—. Yo no tengo manos.

Y aceleró.

El coche salió disparado entre luces y balazos, zigzagueando entre vehículos y figuras que se apartaban tarde. Y entonces, al fondo, dominando la ciudad como una aguja negra contra la noche, apareció emergiendo del suelo: Varso Tower.

CAPÍTULO 36

La hora del baño

1

Eran las dos de la mañana. Kasia estaba en el despacho de su autoescuela. Hacía horas que había mandado a casa al inútil de su marido y socio. Necesitaba centrarse en los éxceles de cuentas: el negocio iba de mal en peor. Sabía que tendrían que cerrar más pronto que tarde; ya no había suficientes personas que quisieran sacarse el carné de conducir. Parecía que todo el mundo lo tenía ya.

Apagó el ordenador y se fue al baño a retocarse. Aunque fuese tarde, era una mujer coqueta que se negaba a salir a la calle sin ser la mejor versión de sí misma.

Se miró las ojeras, obviando los ojos rojos. Ni siquiera reparaba en ellos.

—Tantas horas trabajando y no has solucionado nada —le dijo a su reflejo mientras se aplicaba el colorete.

Haberse quedado esa noche, como la mayoría de las noches de los últimos tres meses, no respondía a ninguna estrategia para salvar el negocio, sino a no ver al patético gordo con el que se había casado en calzoncillos frente a la televisión. Seguro que el muy imbécil, que ya llevaba horas en casa, habría sido incapaz de llenar el lavavajillas y tendría todos los cacharros amontonados en el fregadero.

Se pintó los labios de un carmesí que aún le hacía sentirse como una veinteañera. Cogió su cazadora del respaldo de la silla y se marchó.

Mientras caminaba por la avenida Jerozolimskie, no se lamentaba por tener que cerrar su empresa. Aquello sería tan mezquino como si un oncólogo estuviera molesto porque se hubiera descubierto la cura del cáncer.

A veces pensaba en sus hijas: Julia, de dieciséis años, y la tardía Natalia, de seis meses. No albergaba de ellas ni un solo buen recuerdo.

Julia había llegado al mundo como una bola sangrante y ruidosa, con garras sucias que se habían abierto paso desde su interior, casi partiéndola en dos. No entendía cómo no le había roto el cuello cuando la comadrona se la puso en el

pecho, aunque le extrañaba más haber soportado los berrinches y chillidos de su niñez.

Recordaba con nitidez cómo, cuando lloraba, la vena de su cuello palpitaba, como pidiendo a gritos que cogiera un cuchillo y se lo clavara en la garganta para seccionarle el berrido de un movimiento seco.

Lo que realmente le molestaba era que, el día que salió del trance, Julia estaba en el instituto y había sido su profesor quien le había clavado un rotulador en el ojo. Menudo hijo de puta.

A la mañana siguiente, fue a quejarse a la escuela. Estaba indignada, se aferraba al bolso decidiendo si estamparlo en la cara de ese cuatro ojos pedante. En el corredor aún permanecían los cadáveres de los estudiantes sin recoger; los putos profesores se lo habían pasado en grande. Terminó insultándolo y mandándolo a la mierda. Era ella, solo ella, quien había soportado a esa niñata durante dieciséis años. Ella merecía ser quien le pusiera las manos en el cuello, entrelazara los dedos y apretara hasta que su piel blanca y suave se tornara púrpura.

Por lo menos —se reconfortaba— había tenido a Natalia para ella sola: la puta llorona de Natalia.

Esta, en su nacimiento, no había salido de ella. Era casi peor: habían tenido que rajarle el vientre para sacarla.

El día en que lo vio todo claro tenía a Natalia en la bañera.

La había puesto a llenar con agua tibia y la niña estaba tumbada sobre una esponja con forma de pato, amarilla y blanda, más grande que ella.

Probó el agua con el codo, como le habían enseñado en el hospital.

—Así está bien, cariño —murmuró.

Natalia agitó torpemente los brazos y dejó escapar un balbuceo húmedo. Siempre tan dramática.

—¿Te gusta el bañito, mi am...?

Entonces Kasia tuvo el *clic*.

Giró la maneta hacia el rojo hasta que no dio más, se sentó en el váter, cruzó los brazos y esperó, con los ojos cerrados y una sonrisa que llevaba meses sin ponerse.

Fue una espera corta. Más de lo que habría querido. Aunque el gorgojeo posterior le produjo un escalofrío de pura satisfacción.

Kasia se detuvo en la calle e inspiró el aire de la noche.

Vale, no había podido acabar con la mala puta de Julia. Pero nadie lo tiene todo en esta vida.

Sentía lástima por todos esos padres a los que les habían robado el sagrado derecho de matar a sus hijos. Con lo que costaba criarlos.

Unas estruendosas sirenas la sacaron de golpe de sus recuerdos. Miró tras de sí y vio uno de esos coches eléctricos que no podía permitirse en la autoescuela ir directo a Varso, seguido de varios patrulleros.

—¡Niños! —se relamió los labios en cuanto vio salir a cuatro pequeñajos del vehículo.

Qué monos eran. Iban vestidos a juego, con chándales idénticos.

Kasia metió la mano en el bolso y sacó un cuchillo de carnicero que tenía guardado por si la vida la premiaba volviéndole a poner un niño a tiro.

Vio que los policías y varias decenas de civiles iban hacia los críos.

—No... son míos —susurró.

Y echó a correr.

CAPÍTULO 37

Varso Tower

1

Jan miró el pasillo y echó a correr tras las moscas, que parpadeaban con una luz roja indicándole el camino.

Ninguno había estado jamás en el interior del edificio; de hecho, la parte del mirador turístico se había abierto hacía casi un par de años. La primera planta tenía más que ver con un centro comercial pijo que con un rascacielos repleto de corporaciones: había restaurantes, cafeterías y algunas tiendas de esas que no sabes nunca qué venden, siempre están vacías y todo el mundo asume que existen para blanquear dinero.

—A la derecha hay un restaurante italiano —dijo Zofia a través de los audífonos—. El candado no está puesto.

La persiana metálica vibró apenas cuando Tomek la levantó lo justo para que pudieran rodar por debajo sin hacer ruido. Cuando todos hubieron pasado, Jan asomó la cabeza. Se oían pisadas y gritos, pero nadie los había visto entrar.

El interior del restaurante estaba ordenado y oscuro, como si el tiempo se hubiera detenido: mesas alineadas, copas boca abajo, sillas colocadas para el servicio del día siguiente. La luz de la rendija de la puerta de la cocina rompía la ilusión; se oían murmullos y un olor extraño.

—Entrad —ordenó Zofia al oído de Jan.

Les indicó con la mano que lo siguieran.

—Esto no me gusta... huele raro —murmuró Melania.

—Es marihuana —explicó Tomek, preparando su porra.

Empujó la puerta de la cocina. Su mandíbula cayó unos centímetros: dos cocineros jóvenes, uniformados de blanco, estaban recostados sobre las encimeras. Uno le pasaba un porro al otro.

—Entonces pensé —balbuceó uno mirando el techo—: ¿Y si sus tetas eran como dos planetas que orbitaban alrededor de un sol: mi cabeza?

—Qué profundo —reflexionó el otro—, nunca lo había visto de esa forma.

Por un instante, Tomek los encontró todo lo normales que podían ser dos personas demasiado fumadas, hasta que uno de ellos los vio y los ojos rojos se tornaron despiadados, sin ningún rastro de la droga.

Fue Melania la que se adelantó y los electrocutó con su porra. Era divertido verla usarla sin apenas recurrir a la violencia. Aprovechándose de que los cocineros estaban recostados, la había usado más como un hada de Disney, dando golpecitos con la varita.

Los tres se quedaron mirándola.

—¿Qué? —preguntó ella—. Vosotros no hacíais nada.

—Eh... —empezó Antek, pero no terminó.

Jan dio unos pasos hasta la puerta que había al fondo y agarró el pomo.

—No —dijo Zofia—. Pensaba que tardarían más en llegar, pero hay muchos en ese corredor. Esperad, busco otra salida.

—¿Que esperemos? Si estamos rodeados —maldijo Jan.

Melania observó la aséptica y plateada cocina. Le recordó a la escena de los velocirraptores en *Parque Jurásico*, pero esta era mucho más pequeña; no había sitio donde esconderse.

—Jan —ordenó Zofia—. Saca la granada sónica de la mochila.

—Yo no sé usarla —pensó en voz alta.

—Eso no importa. Solo lánzala y Álvaro la activará en el momento adecuado.

Jan les hizo un gesto a los chicos para que no se movieran, caminó hacia el umbral que separaba la cocina del salón y vio la persiana entreabierta al fondo; por detrás se percibían las sombras de los adultos buscándolos.

—No te acerques a la persiana o te verán. Lánzala desde donde estás como si fuese una pelota de petanca y que quede en el centro del pasillo.

Jan miró la esfera en su mano, calculó peso y distancia y la lanzó con suavidad. La bola rodó, pero se quedó a centímetros de salir del salón.

—¿En serio? —alcanzó a decir Zofia desde una de sus pantallas.

—Menudo paquete eres —rio Tomek a su espalda.

Jan se giró. Todos se habían acercado a ver el lanzamiento.

—Nunca fui bueno en deportes —se excusó.

Tomek agarró su propia esfera, respiró hondo y la lanzó con precisión; la bola rodó hasta el centro del pasillo. Sonrió con suficiencia.

«Menuda hostia tiene», pensó Jan.

—¡Atrás! —ordenó Zofia—. ¡A la cocina!

Jan los metió a todos de un empujón y cerró la puerta.

¡BROOOM!

Los restos de la onda invisible llegaron a la cocina, las paredes y las sartenes colgadas vibraron, los dientes de Antek chirriaron y el resto torció el rostro en una mueca al sentir el chirrido en los oídos, como el de unas uñas arañando una pizarra.

Se oyeron los gritos de los infectados en el corredor. Melania pensó que, si a ella le dolía el oído, a los que hubiera pillado la onda cerca les habría reventado el tímpano.

—¡Ahora! —indicó Zofia.

El pasillo estaba casi vacío, salvo por los infectados que gemían y se agarraban la cabeza tirados por el suelo. En un extremo del corredor aparecieron tres personas: un policía con pistola; un abuelo en pijama y zapatillas, que blandía un bastón; y una mujer muy maquillada con un cuchillo de carnicero. Se oían más voces llegando detrás.

—¡A la derecha! —indicó Zofia.

Jan y el resto comenzaron a correr en dirección contraria a los adultos.

—¡Ahora al norte! —ordenó.

—¿Dónde coño está el norte? —se detuvo Jan.

—¡A la izquierda, imbécil! —explotó ella.

Tomek apartó de un empujón a un cuarentón que empuñaba una botella de vidrio. Antek le dio un porrazo en la cara a una anciana en camión que intentó decapitar a Melania con un cuchillo del pan.

«Esto es surrealista», pensó sin dejar de correr.

—¡Recto! —ordenó Zofia.

Al fondo apareció el ascensor de cristal, iluminado y abierto como una salida improbable. Se lanzaron dentro mientras las puertas comenzaban a cerrarse. Una bala reventó el cristal en una telaraña de grietas. Se tiraron al suelo, respirando con dificultad. El ascensor se elevó del suelo con rapidez. Vieron al policía golpeando inútilmente abajo, cada vez más pequeño, más lejos, hasta que solo quedó el zumbido constante de la subida.

Tomek soltó una carcajada de puro alivio.

—¿Y a ti qué te pasa? —le preguntó Antek, ofreciéndole la mano para que se pusiera en pie.

—Que no lo estamos haciendo tan mal. Yo pensaba que no íbamos a llegar ni al metro —rio.

—He bloqueado los ascensores del edificio —informó Zofia—, aunque ellos ya están subiendo por las escaleras, sin embargo, aún tardarán un rato. No tengo visual de los pisos superiores. Cerraron los accesos y las cámaras cuando empezó la frecuencia. Las moscas os guiarán.

Jan asintió. A partir de ese momento, iban a ciegas.

CAPÍTULO 38

Los otros

1

El viaje en ascensor se le hizo largo, pese a los ridículos treinta y cinco segundos que duró el trayecto: doscientos treinta metros desde el vestíbulo hasta el mirador.

Jan dio un paso hasta la vidriera. Cientos de personas y coches se dirigían hacia el edificio. Estaban jodidos si no terminaban con la frecuencia.

—Álvaro acaba de cortar toda la red móvil de Varsovia —dijo Zofia—, pero llegamos tarde. Media ciudad, la policía y el ejército van a por vosotros.

Jan tragó saliva y enmudeció.

Conforme ascendían, Antek, Melania y Tomek se colocaron a su lado, con los ojos abiertos, admirando el extenso tamaño de la urbe. A través del cristal del ascensor, las largas líneas verticales de la fachada descendían a toda velocidad, reflejando los destellos de farolas, sirenas y luces de coches como rayos que atravesaban el aire.

El Palacio de la Cultura y la Ciencia dominaba el centro: una construcción que recordaba al Empire State, bastante más baja, pero con una base masiva que se apropiaba de la mayor parte de la plaza central.

A lo lejos, la Ciudad Vieja aparecía compacta y rojiza, con torres que sobresalían entre la malla de calles y plazas, y cada ventana era un farol diminuto encendido en la distancia. Sus techos de tejas iluminados y su luz se proyectaban en el río como un espejo líquido que devolvía los reflejos a los bosques de la orilla.

Más al este, el Estadio Nacional brillaba con luces rojas y blancas que parpadeaban rítmicamente, reflejándose en el Vístula.

A medida que ascendían, se distinguían los barrios más alejados: Praga, Wawer o Rembertów. Jan se preguntó si los hipsters de Saska Kępa seguirían tomando vino en las terrazas, si los ancianos de Mokotów estaban en sus camas, o si los alcohólicos de Grochów ya dormían la mona; o si, por el contrario, se habían unido a los miles de personas que corrían hacia ellos para

matarlos. Sonrió al pensar en los del barrio de Wilanów: esos subnormales vendrían a tocar los huevos con o sin frecuencia.

—Ping —sonó la alerta de que habían llegado.

Las puertas se abrieron al mirador mientras ellos salían de su cápsula de cristal suspendida sobre Varsovia.

Lo primero que vio Melania fue un moderno jardín en el centro: un cuadrado de bancos de madera clara y ancha que custodiaba en su interior árboles y arbustos que no parecían polacos; le recordaban a los de las portadas de una saga de samuráis que había leído hacía un año. El resto del espacio estaba dedicado a la ciudad, con mamparas transparentes de dos metros de altura que nacían a ras de suelo y debían de provocar pánico entre los turistas que sufrieran de vértigo.

Dieron unos pasos hacia el interior cuando dos figuras salieron del jardín. Dos vigilantes de seguridad, aunque por el pelo rapado y lo ajustado del uniforme, que marcaba una musculatura definida y grande, parecían más soldados. Uno de ellos los vio, pero para sorpresa de todos no los atacó.

—¿Qué hacéis aquí? Esto es una zona restringida —dijo, molesto.

—Está prohibido que subáis —añadió el otro, dando un par de pasos al frente. Sus ojos eran rojos.

Tomek miró a Jan sin entender por qué no los atacaban.

Una de las moscas rodeó a los sujetos analizándolos y reparó en los oídos de uno, que llevaba un tapón de plástico. Lo escaneó.

—¡Jan! —gritó Zofia—. ¡Mátalos!

—¿Por qué? —contestó.

Entonces uno de los vigilantes reparó en el adulto.

—Tienes los ojos muy blancos —dijo.

—¡Jan! —alertó Zofia—. ¡No son de este universo!

El otro vigilante observó las porras.

—Bonitas armas. ¿De dónde las habéis sacado?

Jan tenía todos los músculos en tensión.

—No hagáis nada —les dijo a los muchachos—. Yo me ocupo.

Corrió hacia el guardia más cercano y le arreó un puñetazo rápido al rostro. El guardia lo esquivó y retrocedió un paso, sonriendo. Jan lanzó una patada; el hombre la bloqueó con el antebrazo y le golpeó la cara de vuelta. Jan respondió con un codazo que fue repelido con la misma facilidad.

Lanzó una patada giratoria; el guardia se agachó a tiempo y le golpeó en la entrepierna. Jan cayó contra el suelo de piedra. Rodó, se incorporó, pero antes de poder reaccionar, recibió una patada en las costillas que lo dejó de espaldas.

—¡Rápido! —gritó Tomek, saltando hacia la pelea.

El segundo guardia, que hasta ese momento solo observaba divertido, se interpuso. Golpeó a Tomek en el esternón con la palma de la mano; el muchacho cayó de rodillas, llevándose las manos al pecho. Antek intentó atacar por detrás, pero el guardia se giró veloz, le sujetó la muñeca y le asestó un golpe seco: un crujido hizo que Antek gritara. Melania trató de intervenir con su porra, pero el guardia la esquivó y le dio un puñetazo en el pecho. La inercia la hizo tropezar hacia atrás contra un banco de madera y cayó sobre los arbustos, golpeando las raíces duras.

Jan se levantó respirando con fuerza. Los tres chicos estaban en el suelo.

—¡No os mováis! —dijo uno de los guardias.

—Tú —señaló el otro con el dedo a Jan, que se ponía en pie—. Has estado en UH345, ¿no? Usas esos chips de conocimiento, te has instalado artes marciales. Quizás con eso impresionas a los neandertales de aquí, pero en nuestro universo manejamos cosas mejores. ¿De cuál eres tú?

—No le digas nada —susurró Zofia—. O pondrás en peligro el nuestro.

—¿Vosotros sois los que habéis provocado esto? —preguntó Jan.

—Si te refieres a lo de los adultos asesinos, obvio —contestó, como si la pregunta le molestara.

Jan palpó el bolsillo del chándal. Aún tenía la cajita de herramientas. Se puso en posición de lucha.

El guardia puso las manos en la cintura y negó con la cabeza.

—¿No había quedado claro que no podías ganar?

—Ya —se burló Jan—, pero en mi universo nos hacemos llamar *Tierra de Gilipollas*. No sabemos cuándo parar.

El guardia rio con ganas.

—Vamos, que mis jefes te querrán vivo para interrogarte.

Jan no esperó. Corrió hacia él; el guardia se puso en posición para darle una patada y Jan hizo algo inesperado: levantó el antebrazo para frenar el golpe en lugar de esquivarlo. La potencia lo lanzó rodando unos metros, pero cayó bien y se puso de pie de un salto.

—Sí que sois gilipollas en vuestro universo —se burló el guardia.

—¿Álvaro? —preguntó Jan—. ¿Lo tienes?

—Sí —contestó la IA.

—¿Con quién hablas? —preguntó el guardia.

Entonces notó unos calambres en la pierna con la que había pateado a Jan. Había unos alfileres de colores clavados en ella.

—¡Mierda! —chilló.

Se agachó para arrancárselos, pero estos se destensaron y se filtraron por su piel hasta desaparecer. Le clavó los ojos a Jan con rabia.

—¡Hijo de p...!

Su cabeza explotó como una sandía al caer al suelo.

El otro guardia echó a correr hacia Jan y le lanzó un puñetazo que este esquivó. La lucha era muy desigual: Jan paraba golpes y el otro los lanzaba. No sabía cuánto podría aguantar.

Melania consiguió ponerse en pie entre los arbustos. Le dolía el pecho como nunca, el muy cabrón la había golpeado con ganas. Vio a Antek agarrándose el brazo en el suelo y a Jan defendiéndose como podía. Estaba enfadada como jamás lo había estado: Antek herido, Tomek herido, su mundo roto y encima le dolían los pechos. Agarró la porra y, con paso tranquilo y deliberado, se acercó por detrás al guardia, que seguía largando golpes sin ver venir nada. Cuando lo tuvo a medio metro, alzó el brazo y con todas sus fuerzas le asestó un golpe en la nuca. Se oyeron dos cracs: uno cuando la esfera impactó y otro cuando el cráneo chocó contra el suelo.

Melania miró el cuerpo inerte.

—Esto es por mi mundo, por mis amigos y por mis tetas, hijo de puta.

Jan se quedó congelado mirando a esa muchacha dulce, que ahora le parecía una digna heredera de John McClane. Melania se dio la vuelta y fue a ver cómo estaban Tomek y Antek.

—Guau —dijo Álvaro—. Dos cosas. Una: Jan, muy ingenioso lo de los alambres. Poco heroico, pero a mí no se me habría ocurrido.

—¿Y la otra?

—Dile a Melania que su frase lapidaria para tumbar a un villano supera a cualquiera que hayáis dicho Tomek o tú.

Jan miró el cadáver del segundo guardia, este tenía los ojos abiertos, uno rojo y el otro blanco, en su mejilla había una lentilla.

—Álvaro, calla —ordenó Zofia—. Jan, tenéis que subir ya a la torre. Hay cientos de adultos corriendo por las escaleras, los primeros están a nueve pisos.

CAPÍTULO 39

La aguja

1

En la azotea de la Varso Tower las ramas de los árboles del jardín se agitaban nerviosas. Mientras Melania ayudaba a Antek a ponerse en pie y Tomek hacía lo propio, Jan alzó la vista hacia la aguja que se elevaba sobre ellos.

Desde abajo parecía aún más alta. El mástil metálico se alzaba desde una de las esquinas, una prolongación de ochenta metros del rascacielos, estrechándose poco a poco hacia el cielo. No era una pieza decorativa: era una estructura técnica, formada por segmentos de acero ensamblados, antenas, plataformas y cables tensores que la mantenían firme contra el viento.

Las luces de señalización parpadeaban a intervalos regulares a lo largo de la estructura. Se podían distinguir los anillos metálicos y los tramos de mantenimiento, pequeñas plataformas donde los técnicos podían trabajar cuando era necesario. Y, al final, la punta de acero con una plataforma que se le antojó ridícula: a duras penas cabría una sola persona de pie.

—Zofia, ¿dónde está la caja? —preguntó.

—En la punta.

—Cómo no.

—A trescientos diez metros de altura —puntualizó ella—, con rachas de viento de cuarenta kilómetros por hora.

—Me cago en la puta.

—Jan, quedan tres plantas para que empiecen a llegar los adultos.

—Vale —se giró para ver a los chicos—. Tenemos que subir.

Antek observó la estructura.

—No sé si podré, me han roto el brazo.

Se oyeron los gritos, no tan lejanos, de los adultos que subían por las escaleras.

—Creo que con un brazo me apañó.

Los cuatro corrieron hacia la aguja.

2

En la sala de control, Álvaro había dispuesto en el centro un holograma de la azotea y la aguja, alimentado por las moscas que escaneaban todo lo que sucedía. Mostraba a Jan agachado sobre la base de la antena: se aferraba al brazo bueno de Antek y tiraba de él mientras Tomek empujaba desde abajo. Melania estaba junto a Jan.

Zofia se acercó a la mesa, dio una calada a lo que quedaba de su cigarrillo y lo lanzó en una taza de café que ya estaba medio llena de colillas. Volvió al holograma y vio cómo empezaban a salir por la puerta los primeros adultos.

—Ya están aquí, id rápido.

Jan y los chicos comenzaron a correr hacia la escalerilla de la antena.

Zuzanna cogió el paquete de Lechuza y encendió un cigarrillo. Le temblaban las manos. Contemplaba la imagen sin decir nada.

3

Jan se giró desde la plataforma para ver cómo entraban en tromba los infectados.

—¡A por ellos! —gritaba un cincuentón con una navaja en la mano.

Un policía apuntó con su pistola y disparó, pero falló cuando una mujer rubia le cortó la mano de un tajo con un cuchillo de carnicero.

—¡Son míos! —berreó con la voz rota.

No paraba de entrar gente que iba directo hacia las paredes de la plataforma.

Jan se dio la vuelta. Antek, en la escalera de mano, ya estaba enfilado hacia la segunda plataforma, un disco a diez metros de altura, pero iba lento con un solo brazo. Melania ya había llegado y le ofreció la mano para ayudarlo. Al principio de las escaleras lo esperaba Tomek.

—¡Sube! —le ordenó al llegar.

Tomek trepó con rapidez y Jan lo siguió.

En cuanto llegó a la plataforma miró a sus pies. Los infectados empezaban a subir con desesperación; el primero era un hombre de treinta años con el mango de un cuchillo entre los dientes.

—¡Jan! —gritó Melania, haciendo que su voz se impusiera a los gritos de los que conquistaban la azotea.

—¿Qué?

Le ofreció las mochilas de Antek y la suya, donde estaban las cajitas de herramientas, las granadas y los botiquines.

—Antek no puede hacerlo —dijo—. Vosotros llegad a la cima y parad esto.

—¿Y vosotros? —protestó Tomek.

Antek levantó su porra con la mano sana y sonrió.

—Nosotros protegeremos esta plataforma. Así que corre.

—¡Mierda! —lo miró a los ojos—. ¡Si os matan me voy a cabrear!

Agarró las mochilas, le dio una a Jan y ambos empezaron a trepar.

Melania y Antek se asomaron por el hueco de las escaleras, los infectados trepaban furiosos. Encendieron el modo KO de sus porras y se miraron.

—Melania —dijo él—, puedo con los adultos, vete con Tom...

No terminó la frase. Ella lo agarró de la nuca, dio un paso al frente y, por un instante, el mundo se detuvo y el caos a su alrededor desapareció.

El beso fue húmedo y fugaz. A él casi se le cae la porra del susto. Melania apartó unos centímetros sus labios de los de él y susurró:

—Ya que no has tenido la decencia de besarme primero, tenla para no morir y llevarme a comer un falafel.

Él asintió atontado.

Se separaron y blandieron sus armas.

En cuanto apareció la primera cabeza por el hueco de la plataforma, Melania le dio un porrazo y el hombre cayó al vacío, electrocutado. El segundo golpe lo lanzó Antek mientras murmuraba con una sonrisa:

—Jódete, Patrick Swayze.

4

Zofia y Zuzanna se quedaron mudas cuando vieron cómo los pequeños hologramas de Antek y Melania se besaban y luego comenzaban a repartir porrazos.

—Guau —dijo Álvaro con voz jocosa—, esta nueva Melania me está encantando.

Las dos se miraron. Zofia levantó los hombros y volvió al holograma. Jan y Tomek estaban alcanzando la tercera plataforma.

—Zofia —alertó Álvaro, serio—. Tenemos problemas.

5

Tomek se aferraba con fuerza a cada peldaño; no soltaba uno si no había agarrado otro. Las ráfagas de viento lo empujaban al vacío. La torre y los cables vibraban con fuerza a esa altura. Pese a no tener vértigo, se obligaba a mirar hacia la punta de la aguja; tenía pánico de bloquearse al ver el vacío de trescientos metros. Jan lo seguía abajo.

—Tenemos un problema —alertó Zofia.

—¿Qué coño pasa ahora?

—Un helicóptero del ejército llegará a vosotros en menos de sesenta segundos.

—Mierda —maldijo mientras llegaba a la última plataforma. Ya no había protecciones, sino un tubo de acero hacia el cielo de más de cuatrocientos escalones. No llegarían a la cima antes de que los interceptaran.

—¿Qué pasa? —preguntó Tomek.

—Viene un helicóptero.

Tomek abrió los ojos. Por el este llegaba una aeronave verde militar de unos veinte metros.

—¡Estamos jodidos!

—Es un PZL W-3 Sokół —explicó Álvaro—. No lleva armas incorporadas, se utiliza para misiones de rescate. Lleva dos pilotos y un soldado en el pasaje.

El vehículo se colocó delante de ellos y viró hasta ponerse de lado. El sonido del rotor anuló el de los adultos de abajo.

Se aferraron con fuerza a los peldaños. No había barandilla en la quinta plataforma y era la más estrecha de las que habían cruzado.

La compuerta del helicóptero se abrió. Tras ella había un soldado riendo enloquecido con una ametralladora entre las manos.

Jan agarró a Tomek del hombro para ocultarlo detrás del tubo.

—¡Yo lo distraeré, tú sube! —le gritó.

Una ráfaga de metralla impactó en la aguja. Se agacharon por instinto.

El helicóptero corrigió su posición para ponerse frente a ellos. Se movieron rápido para que el tirador no tuviera ángulo.

—¡Pero te matará! —protestó Tomek.

—¡La única forma de pararlos es acabar con la frecuencia!

Sin esperar réplica, Jan se dejó caer por el hueco de las escaleras y bajó rápido.

El helicóptero reaccionó y corrigió la altitud para ponerse a su altura.

Tomek, de rodillas, abrió la mochila de Melania buscando la caja de los alambres, pero dio con otra cosa.

Una ráfaga de metralla impactó a unos metros por debajo de los pies de Jan. El tirador gritó algo al piloto y la nave se estabilizó.

Tomek, en su plataforma, miró hacia la parte más alta de la aguja y luego hacia abajo, donde Jan ya estaba indefenso.

—¡A la mierda! —se dijo.

Se puso de pie frente al helicóptero, exponiendo su cuerpo al viento que lanzaba la nave, ofreciendo un tiro fácil.

—¡Hijos de puta! —gritó con todas sus fuerzas mientras se golpeaba el pecho con la mano.

Era imposible que lo hubieran oído, pero sí lo vieron. El helicóptero se elevó unos metros.

—¡Noooooooo! —gritó Jan.

Tomek lo miró desde arriba con solemnidad.

—¡No lo hagas! —suplicó Jan.

Cuando el cañón apuntó a Tomek, este sonrió. Llevaba una granada sónica en la mano. Se soltó un segundo del peldaño y la lanzó como si fuera un jugador de béisbol, confiando en que Álvaro lo estuviera monitorizando todo.

Se lanzó por el hueco de la escalera.

¡BROOOM!

Tomek no tuvo tiempo de agarrarse a ningún peldaño y se precipitó al abismo.

Las hélices del helicóptero se pararon y el armatoste de cuatro toneladas cayó al vacío como un peso muerto. La cola golpeó la fachada, desgarrando parte del cristal del rascacielos. Al tocar el suelo, una explosión reventó la cristalera del *hall*.

La bola de fuego llegó hasta la séptima planta.

6

Zuzanna gritó y se tapó el rostro con las manos. Había visto a Tomek caer de la aguja. ¿Por qué lo había hecho? No podía contener las lágrimas.

—Mira el holograma —le dijo Zofia con voz fría.

Zuzanna abrió los ojos. Jan estaba sujeto de una sola mano a uno de los peldaños, azotado por el viento. Con la otra agarraba a Tomek del brazo, que colgaba en el vacío.

7

—¡Tú eres subnormal! —dijo Jan mientras tiraba de él.

Tomek consiguió agarrarse de nuevo a la escalera y se quedó unos segundos jadeando.

—¿No me digas que no te ha molado? —dijo al fin, con la voz entrecortada.

—Te juro que cuando acabemos con esta mierda de frecuencia te voy a patear el culo hasta Kamienna Puszca.

Los dos volvieron a trepar. Cuando estuvieron en la última escalera hacia la aguja, enfilaron hacia el cielo.

8

La explosión del helicóptero había hecho temblar la torre de la base a la punta. Melania y Antek habían perdido el equilibrio y caído al suelo.

Los infectados entraron en tropel en la plataforma. Antes de que alguno los alcanzara, ellos se irguieron de nuevo y, espalda contra espalda, empezaron a lanzar porrazos a la desesperada.

9

Tomek llegó hasta la cima. Jan lo seguía.

—¡Dile que introduzca uno de los alambres verdes por la ranura lateral! —ordenó Zofia.

Jan golpeó la pierna de Tomek para llamar su atención.

—¡Que metas uno de los verdes por la ranura! —gritó para hacerse oír entre el vendaval.

Tomek observó la caja un segundo. Había un hueco. Sacó uno de los alambres del bolsillo y, con la mano temblando, lo introdujo. El metal se destensó y entró con suavidad en el aparato.

—Fin de la frecuencia en nueve, ocho —informó Álvaro.

10

Una cuchillada rajó el brazo de Melania y su porra cayó al suelo. Gritó. Antek la agarró y en un movimiento la puso detrás de él. Estaban rodeados.

11

—cinco, cuatro —decía Álvaro.

12

Un infectado agarró a Melania de los pelos y la lanzó contra el suelo. Antek le golpeó el rostro con la esfera. Entonces recibió un impacto en la espalda y cayó sobre ella.

Frente a ellos, una mujer de cuarenta años muy maquillada, con un cuchillo de carnicero, levantó el brazo.

—¡Os voy a hacer lo que no le hice a mi Julia!

Tras ella había más infectados.

Antek miró a Melania y la abrazó protegiéndola con su cuerpo.

13

Clic.

CAPÍTULO 40

Clic

1

Las venas rojas de los ojos de Kasia se aquietaron por un instante; retrocedieron hacia el interior del iris hasta desaparecer para siempre en el negro. Su esclerótica volvió a ser blanca, como hacía seis meses. Sintió los golpes del helado viento en su rostro.

Despertó del trance, confusa. Mantenía una postura rígida, casi imposible, como la de un maniquí: una pierna flexionada, el tronco inclinado hacia delante y el brazo en alto.

Miró su mano.

«¿Qué...?», pensó al ver el cuchillo de carnicero.

Después giró la cabeza y vio a dos adolescentes en el suelo: la chica sangraba por el brazo y el chico la protegía con su cuerpo. Sus pensamientos llegaban desordenados, como tras una pesadilla.

«¿Por qué están tan asustados?». Intentó entender, pero la respuesta no llegaba. Aún no.

Se fijó en la tez de la joven. Le recordó a la de Julia.

Su Julia.

—No... —balbuceó—. No, no...

El mango del cuchillo se deslizó de sus dedos y golpeó el metal de la plataforma.

Crac.

—No...

Cerró los ojos.

Entonces, desde lo más profundo de su mente, oyó el borbotear del agua del grifo golpeando la superficie de la bañera. Vio un piecito indefenso retirarse al sentir el calor. Sintió la humedad densa del vapor en el rostro.

Y el grito.

El grito de un bebé.

Se llevó las manos a la boca.

Cayó de rodillas sobre la plataforma, sin notar cómo las chapas de metal le rasgaban la piel.

Abrió los ojos, rotos, y miró a los chicos frente a ella.

—¡Nooooo! —gritó.

Los dos se incorporaron como pudieron, observándola con angustia. El viento agitaba sus cabellos con violencia, como miles de pequeños látigos castigándola. Bajo sus ojos, los surcos profundos de las lágrimas.

Crac.

Agua hirviendo, golpeando la cerámica. Una esponja con forma de patito. Ojos pequeños llenos de dolor e incompreensión. Un grito infinito, suplicante.

Crac.

—¿Qué he...? —las palabras murieron en sus labios.

Kasia se aferró a la barandilla, se puso en pie y buscó aire desesperadamente.

—No... no...

Miró hacia abajo. El vacío. La nada absoluta.

Grito. Agua. Vapor.

Volvió la vista hacia los chicos.

—Lo siento...

No terminó la frase.

Grito. Agua. Vapor.

Se dejó caer hacia el abismo, buscando silencio en el asfalto, trescientos metros más abajo.

Lo último que vio fue el rostro y la mano extendida del muchacho que intentaba sujetarla.

Crac.

CAPÍTULO 41

Consecuencias

1

Jan y Tomek estaban sentados en la última plataforma, con los pies colgando. Si alguna vez habían sufrido de mal de alturas, la experiencia de la última hora los había curado para el resto de sus vidas.

Estaban en silencio, observando la ciudad, que ahora parecía haberse sumido en la calma, aunque estaban demasiado lejos para ver las consecuencias de lo que habían provocado.

—Me alegra comunicarte —dijo Álvaro— que acabo de eliminar la última frecuencia en Australia. El planeta está libre.

«¿Libre?», pensó Jan. Aquel mundo no volvería a serlo hasta que no quedase nadie que recordara los días de la frecuencia. Pensó en sus suegros caníbales, en los soldados y policías reconvertidos en cazadores de niños, en los profesores que habían participado en las carnicerías del primer día, en los padres que habían sido los brazos ejecutores. Ese mundo iba a necesitar un puto milagro para reponerse.

—¿Jan? —dijo Tomek.

Jan se encendió un cigarrillo.

—¿Sí?

—Mira el horizonte.

Estaba comenzando a amanecer.

—¿A cuántos metros estamos? —preguntó el muchacho.

—Trescientos cincuenta, más o menos. ¿Por?

—Mira la línea del horizonte. Es completamente plana.

Jan sonrió. No quiso discutir: Tomek podía ser un capullo y un terraplanista, pero cuando el mundo necesitaba ser salvado, ese chaval le había echado huevos.

Lanzó la colilla al vacío y se puso de pie.

—Vámonos —dijo—. Pero te digo una cosa: eres un capullo.

Le ofreció la mano para ayudarlo a levantarse.

Tomek la aceptó y sonrió con complicidad.

2

Antek parecía concentrado mientras vendaba el brazo de Melania. Había dejado de sangrar; luego Zuzanna debería encargarse de ponerle puntos.

—¿Qué tal estoy, doctor? —preguntó ella.

Antek la miró: la tez llena de salpicaduras de sangre seca, el pelo despeinado y el flequillo pegado a la frente por el sudor. Sonrió.

—Estás perfecta.

—Tú también.

Antek miró su ropa rota y sucia.

—Cuando me quite este chándal lo esta...

Ella lo besó. Esta vez fue dulce y largo.

Se separaron unos milímetros y él susurró:

—Tienes que dejar que te bese yo primero.

—Eres muy lento, llevo seis meses mandándote señales.

Él sonrió y la besó de nuevo.

—Iros a un hotel —dijo Jan, que bajaba por la escalerilla.

Se separaron como si los hubiesen atrapado sus padres. Tomek llegó, dio un salto en los últimos peldaños y miró a sus amigos.

—¡Ya era hora, Antek! —lo felicitó.

Ella rio.

—Nada —se burló Jan— como enfrentarte a una horda de asesinos para animar al chaval. Ahora volvamos a casa.

3

Álvaro les envió un ascensor. Cuando cruzaban la azotea, entre cadáveres y personas recién salidas del trance, no dijeron nada. Melania se fijó en varios de ellos, pero hubo uno que le llamó la atención: un hombre con gafas de la edad de Jan, sentado en el suelo, que sostenía una fotografía entre los dedos temblorosos, negaba con la cabeza y musitaba con voz entrecortada: «lo siento».

Cuando llegaron al *hall* la situación era todavía peor. Había varias personas gritando, como si las estuvieran desgarrando por dentro. Los que más impresionaron a Tomek fueron los que estaban en silencio con la mirada perdida: muertos en vida.

4

—Álvaro está restableciendo las comunicaciones —dijo Zofia—. En diez minutos os mandamos un Stela.

Los cuatro caminaban por el centro, donde el ambiente no difería en nada del de la azotea y el *hall*. Todas las personas con las que se cruzaban parecían afectadas en mayor o menor medida.

«No todos habrán asesinado —pensó Jan—, aunque todos lo han deseado durante seis meses».

En la calle había un cartel que rezaba: Kebab 24 horas.

—¿Tenéis dinero? —preguntó Tomek.

Antek sacó del bolsillo una cartera de piel que no combinaba en absoluto con su ropa.

—Claro.

—No jodas —dijo sorprendido Tomek—. Yo me deshice de la mía el primer día.

—Mal pensado. Ahora vas a tener un follón de narices para renovar el carné de identidad.

5

Ahmed, tunecino de nacimiento, estaba solo en su local. Acababa de despertar de un trance suave; recordaba haber sentido odio por los niños, pero como pasaba la mayor parte del tiempo en su restaurante, no había tenido la oportunidad de ver ninguno durante los últimos meses; hasta que entraron tres adolescentes en su kebab. Los miró con desconfianza: iban con un adulto que debía de ser su padre. Los cuatro llevaban chándales negros, como si pertenecieran a una secta de fanáticos del *fitness*. Además, estaban un poco andrajosos.

—Buenas, caballero —dijo uno de los chicos—. Cuatro kebabs.

Otro de los chicos, el que le daba la mano a la única muchacha, dio un paso hasta el mostrador.

—Dos kebabs y dos falafels —corrigió.

La chica, que se había quedado tras él, soltó una risita.

Ahmed los miró. Una venta es una venta, y esa noche no iba a hacer mucha caja, lo sabía.

—¿Para comer aquí o para llevar?

6

Álvaro los recogió con un Stela a los diez minutos. Jan agradeció que esta vez condujera con calma.

La señal de tráfico verde indicó que habían llegado a Kamienna Puszcza. Giró la cabeza: Antek y Melania dormían. A su lado, Tomek también roncaba. Jan sonrió.

CAPÍTULO 42

Cápsulas

1

—Pero ¿podemos volver a nuestras casas ya? —preguntó Ola.

Mientras los niños seguían en el almacén con Álvaro, los seis adolescentes, Jan y Zofia tomaban café en la cocina. La anciana era la única que estaba sentada en la silla; el resto estaban apoyados en la mesa o en la encimera, salvo Tomek, que mantenía una asombrosa energía para la noche que había tenido.

—Ola, podéis iros cuando queráis, pero me gustaría tratar unos asuntos con vosotros antes.

—¿Cuál? —preguntó Adam, desconfiado.

Zofia lo miró con pereza. Lo recordaba del instituto y tampoco le caía bien. Muy pagado de sí mismo para no haber hecho nada esa noche.

—A mí, personalmente —respondió, armándose de paciencia—, lo que pase con vuestro mundo a partir de ahora me da igual, pero Jan querrá que os deje protegidos, porque aún estáis en peligro.

—¿Por qué? —preguntó Ola.

Salvo ella y su noviete, el resto ya confiaban bastante en Jan y Zofia para no interrumpirlos.

—Déjate de preguntas y espera a que se explique —le ordenó Zuzanna.

Zofia entrelazó sus huesudos dedos y procedió a exponer el problema.

—Lo más seguro es que los que han provocado esto dejen vuestro universo en paz. Ellos —señaló a Tomek, Antek y Melania— han dejado suficientes pruebas en la azotea de Varso como para que supongan que los que han salvado este mundo eran personas de un tercer universo...

—Entonces no hay peligro —dijo Adam.

—Cállate de una puta vez y déjala acabar —le espetó Tomek.

—Sí hay peligro —zanjó Zofia antes de que los chicos comenzaran a discutir—. Ellos tienen una tecnología muy superior a la vuestra y no se van a marchar sin más. Van a monitorizar todos los *e-mails*, archivos y comunicaciones de esta tierra hasta entender lo que ha sucedido esta noche.

Álvaro se ha ocupado de borrar todas las grabaciones en las que habéis sido captados. En términos prácticos, ninguno de vosotros ha estado en Varsovia hoy: solo os han visto algunos adultos mientras salían del trance, y tenían otras cosas de que preocuparse.

Tomek no la interrumpió, aunque por su expresión quedaba claro que no entendía el problema.

—Por ejemplo —continuó ella—, si algún día esos niños van a terapia y cuentan lo que han vivido estos últimos meses, lo más probable es que nadie los crea. Pero si el psicólogo en cuestión decide subir sus anotaciones a la nube, esa gente tendrá la capacidad de verlo y entender que algo no cuadra. Entonces podrán ir a por vosotros para tratar de encontrarnos a Jan y a mí. A mí eso me da igual, porque no sabéis casi nada de nuestra tierra. No obstante, a vosotros os pueden apresar y torturar. ¿Me entendéis?

—¿Cómo pueden monitorizar toda la información de una tierra? —preguntó Antek.

—A través de otras IA como Álvaro. Recordad que vienen de una tierra tecnológicamente superior a la vuestra.

—¿Qué estás proponiendo? —quiso saber Jan, mientras se ponía un cigarro en la boca.

Zofia tragó saliva, sabía que lo que iba a decir a continuación no le iba a gustar a nadie.

—Borrarles la memoria de los últimos días.

Zuzanna se tensó de golpe.

—¿Qué?

—Tengo cápsulas que lo hacen.

—¿Eso es seguro? —preguntó Melania.

—Sí —sentenció ella—. A Jan lo tuve seis meses tomándolas mientras estuvo encerrado. Son muy seguras.

Hubo un largo silencio.

A Zuzanna no le gustaba la idea de darles medicamentos de otro universo a los niños, pero la opción de confiar en ellos para que mantuviesen el secreto era un imposible. Había pasado suficiente tiempo con Zofia para saber que esa anciana calculadora era más de fiar de lo que se esforzaba en demostrar; aunque seguía sin estar convencida, hasta que Ola habló:

—¿Yo también podría tomarla?

—Pero ¿qué dices?! —protestó Adam.

La muchacha lo miró a los ojos.

—Yo no quiero cargar con este secreto. Prefiero pensar que el mundo se ha salvado solo y volver a mi vida.

Zofia se puso de pie. Tomó el paquete de Lechuza que había sobre la mesa y se encendió un cigarrillo.

—Ola, no hay problema. Solo hay que adaptar la dosis.

Adam miró al suelo. No le gustaba ese plan, pero tampoco quería cargar con un secreto que Ola quería olvidar.

—Yo también la tomaré —dijo finalmente.

Zofia observó al resto de los adolescentes.

—Yo no —respondió Tomek—. Sé guardar un secreto y no quiero olvidar.

Zuzanna lo observó con detenimiento. Si perdía los recuerdos de los últimos días no podría hacer lo correcto por él.

—Yo tampoco la tomaré.

Melania y Antek se miraron y se les escapó una sonrisa.

—Nosotros tampoco —aseguró ella—. Este apocalipsis ha sido un asco, y lo único memorable ha pasado durante los últimos días.

No lo dijo en voz alta, pero qué clase de lectora sería si eliminaba de su mente el clímax de la mayor aventura de su vida.

Zofia asintió.

CAPÍTULO 43

Adiós

1

Estaban reunidos frente a la casa, preparados para despedirse mientras los niños correteaban por el jardín abandonado. Todos los que tenían o deseaban olvidar los últimos días ya habían tomado sus cápsulas.

—¿Cómo funciona esto? —le preguntó Zuzanna a Zofia.

—Cuando Jan y yo dejemos vuestro universo, se activarán. Estarán un poco aturdidos porque habrán saltado de El Matadero a aquí. Hazte la tonta y, cuando se enteren de que había una frecuencia, achaca la confusión a ella.

Zuzanna asintió. Le ofreció la mano a la anciana.

—Ha sido un placer estar contigo esta noche. Gracias por ayudar a salvar nuestro mundo.

Zofia miró su mano, extrañada; hacía mucho que nadie le ofrecía una. Tras unos segundos, la agarró y la estrechó.

—Cuida de tus niños y yo cuidaré del mío —señaló con la cabeza a su padre, que estaba a unos metros despidiéndose de los chicos.

Melania se tiró a los brazos de Jan y lo abrazó con fuerza.

—Cuando vuelvas a tu mundo, sígueme en Instagram, así descubrirás joyas como *Lía en Navidad*.

—Me abriré una cuenta solo por ti —sonrió él.

Ella se soltó y Antek le ofreció la mano.

—En tu tierra pásate por la sastrería de mi madre y pídele que te haga unas prendas decentes para dar clase. Seguro que así me caerás mejor.

Jan agarró la mano del muchacho y tiró de él para abrazarlo. Cuando lo soltó, dijo:

—No te prometo nada, salvo que no pienso volver a ponerme un chándal en la vida.

A Antek se le escapó una carcajada.

—Algo bueno has sacado de nuestro mundo.

Al final quedaron Tomek y Jan cara a cara.

—Gracias por salvar nuestra tierra —le dijo el chico.

—Gracias por salvarme tú... de los caníbales —puntualizó con una sonrisa. Se abrazaron.

—Haz lo que puedas por tu Tomek —susurró.

—Haré mucho más que eso.

Estudiante y profesor se separaron sin apartar la mirada el uno del otro.

—¡Mueve el culo, Jan! —ordenó Zofia desde la puerta—. ¡Que esto parece el final de *El mago de Oz*!

Jan sonrió. Abrazó a Zuzanna y entró en la casa. La puerta se cerró con un clic. Dos segundos después, el edificio desapareció en un pestañeo, dejando a la vista las ruinas del anterior.

—Buena suerte, Jan —susurró Melania.

—¿Qué hacemos en la calle?! —gritó histérica Ola.

Los cuatro que no habían tomado la cápsula sonrieron un momento y, después, se voltearon hacia ella.

2

Había sido difícil hacerles entender a Adam y Ola que todo había terminado; por suerte, Tomek llevaba su radio de bolsillo. Todas las emisoras hablaban de lo mismo. Nadie sabía lo que había sucedido. Los servicios de emergencia estaban desbordados por la ola de suicidios que se estaba produciendo. Lo único positivo era que grupos de niños y adolescentes que se habían estado ocultando en bosques, casas abandonadas y alcantarillas estaban saliendo a la luz gracias a las transmisiones de radio.

Nadie quería hablar de cifras de víctimas, que debían de ser incalculables. Aunque ya habría tiempo para hacer números e intentar descubrir lo que había ocurrido.

«Suerte con ello», pensó Tomek.

Algunos periodistas y políticos empezaban a buscar culpables en oriente, mientras que estos hacían lo mismo con occidente. El futuro no pintaba bien, pero siendo realistas, pintaba mejor que el día anterior, había dicho Antek.

Cuando Ola y Adam estuvieron convencidos de que la tragedia había terminado, dijeron que iban a llevar a los niños con sus familias. A todos les pareció justo que fueran ellos, al fin y al cabo, eran quienes más habían hecho por los críos y se merecían ese momento. Si bien Zuzanna les pidió quedarse solo con Julek para llevarlo a su casa.

Los cuatro y el niño caminaban por la calle Jasna a paso tranquilo. Los adultos con los que se topaban se cambiaban de acera o tomaban otra calle. Aunque no fuesen culpables, cargaban con el peso de la vergüenza.

Iwona estaba en su jardín, sentada sobre el césped. Lloraba y temblaba abrazada a sus rodillas. Su marido se había quedado en el interior de la casa, encerrado en el baño. No quería ver a su esposa. El día en que todo empezó, fue ella la que estaba con el niño. Sabía que no era culpa suya, pero necesitaba odiarla.

Aquel día su hijo jugaba en el jardín mientras ella cocinaba. Cortaba una rodaja de limón para echarla al té cuando lo sintió: odio. Levantó la vista y vio al niño jugando con Lajka, una pastora alemana de diez años. Iwona no soltó el cuchillo, solo caminó hacia él, que reía; la vena de su cuello latía de forma intermitente. Ella solo deseaba seccionarla y ver cómo el niño se apagaba.

La perra debió de sentir ese mal, porque puso su cuerpo delante del crío. Cuando ella intentó atacarlo, Lajka la mordió.

Consiguió ponerse encima del animal y acuchillarlo en el abdomen tres veces. El niño la contempló aterrorizado y dio unos pasos hacia atrás.

—¡No te muevas! —le había gritado con una voz más semejante a la de un animal rabioso que a la de una madre—. ¡Ahora vas tú!

Su hijo, aterrado, había echado a correr hacia el bosque. Ella lo persiguió, pero no lo encontró.

Desde que había despertado de aquella pesadilla de seis meses, la secuencia se repetía en su mente una y otra vez: los ojos de su niño. Jamás había visto ese terror en ellos.

Miró el bosque donde había desaparecido su pequeño. ¿Quién lo habría encontrado? ¿Y qué le habría hecho? Merecía morir. Qué clase de madre le haría eso a su propio hijo. No le importaba que todo el planeta estuviera sufriendo lo mismo; eso no era consuelo para nadie.

Se tapó el rostro. No supo cuántos minutos estuvo así.

—¿Mamá? —preguntó una voz. Había miedo en ella.

Levantó la vista para enfrentarse de nuevo a sus fantasmas y entonces vio a Julek. Estaba más alto, más mayor. Detrás de él había cuatro adolescentes con chándal. Debía de estar soñando.

—¿Mamá? —repitió el niño.

—¿Julek? —dijo ella.

Él asintió y se acercó. La miró desde arriba y con el pulgar le limpió la lágrima del ojo.

—¿Por qué lloras? —preguntó mientras señalaba a los cuatro adolescentes—. Ellos me han dicho que te has curado.

Al oír la voz de su hijo, supo que no era un sueño. Era su Julek. Soltó un grito y lo abrazó por la cintura.

—¡Estás vivo! ¿Cómo?

Él la abrazó con más fuerza y lloró de pura felicidad. Su mamá estaba curada.

—Ellos me han cuidado.

La mujer los miró con los ojos llenos de lágrimas y alcanzó a balbucear algo que parecía un gracias.

Entonces el padre, alertado por el ruido, salió de la casa, vio a su hijo y echó a correr con torpeza hacia él.

Los cuatro adolescentes no pudieron evitar emocionarse también. Habían visto horrores que jamás podrían olvidar. Pero, por un momento, ver a esa familia reunida y fundida en un abrazo los reconfortó.

4

Después de que Zuzanna les explicase a los padres de Julek que su hijo había estado viviendo en las alcantarillas de la ciudad con otros niños y que había tenido una neumonía hacía poco, se marcharon, pero no sin antes prometerle al niño que volverían a visitarlo de vez en cuando.

Los cuatro caminaban satisfechos por una calle arbolada.

—¿Qué vais a hacer ahora? —preguntó Melania, que no soltaba la mano de Antek—. Yo me voy a casa, quiero ver a mi madre, que tiene que estar de los nervios.

—Yo también quiero ver a la mía... y quitarme este chándal —contestó Antek.

Todos rieron.

—¿Tomek, te vienes conmigo? —continuó—. Mi madre estará encantada de que te quedes con nosotros.

—No —se adelantó Zuzanna—. Tomek se viene a vivir conmigo. Durante unas noches nos quedaremos con mis padres y luego compartiremos piso.

—¿Cuándo has decidido todo eso? —preguntó Tomek.

—Cuando la vida decidió que necesitabas una hermana mayor. Cuando vuelva a abrir el instituto, los tres vais de cabeza y lo termináis. Y me voy a ocupar de que Tomek apruebe todo.

—¿En serio me quieres meter en la escuela después de haber sobrevivido a un apocalipsis?

—Sí, hasta que se te quite la tontería del terraplanismo. Ah, y otra cosa: viviremos juntos y no tendremos a Antek, así que ni sueñes con que voy a lavarte la ropa.

—Joder —se quejó él, riendo.

Los cuatro se alejaron hasta perderse en Kamienna Puszcza.

CAPÍTULO 44

Aleksander

1

Aleksander caminaba a paso rápido por Chmielna. Llevaba una gabardina larga que le daba calor, pero sabía que a donde se dirigía la necesitaría por las fuertes rachas de viento. Lo seguían cuatro guardaespaldas vestidos de paisano en formación de a dos. Al llegar a la entrada de Varso Tower miró hacia arriba; le pareció poco estético. En su Varsovia, en lugar de ese rascacielos se mantenían las edificaciones del siglo XVIII. Su ciudad no tenía rascacielos en el centro, la zona financiera se había construido en el sur.

A lo largo de sus viajes por el multiverso se había dado cuenta de que su Varsovia era la más bonita, la única que no había sufrido una Segunda Guerra Mundial.

Entró en el vestíbulo. Sus lentillas le indicaban por dónde tenía que ir a través de un camino invisible. No tuvo que detenerse cuando el ascensor abrió sus puertas. Entró con sus hombres y estas se cerraron.

Había visto tantas Varsovias a lo largo de los años que no se detuvo a observar las vistas. Se centró en su reflejo en el cristal. Tenía una buena complexión física; pese a sus cincuenta y dos años aún era un hombre fuerte, pero cualquiera que se fijara solo en su rostro pensaría que cargaba con una década de más. Aleksander lo achacaba a que no tenía retos como investigador, la tecnología lo hacía todo demasiado fácil y eso lo aburría.

Las puertas se abrieron y salió a la azotea, donde una decena de policías custodiaba la zona, mientras algunos forenses tomaban pruebas. Había varios cadáveres repartidos por el suelo. Aunque a él solo le interesaban dos.

—¡No pueden estar aquí! —protestó uno de los agentes.

Aleksander lo ignoró y siguió caminando recto.

—¡Deténgase! ¡Le he dicho que...!

El policía cayó muerto. Antes de que el resto pudiera reaccionar, los guardaespaldas procedieron a eliminarlos. Solo se oían los gritos y el viento,

dado que las armas de su mundo no emitían sonido alguno. Después de unos segundos, solo quedó el silencio.

Se acuclilló delante de un cuerpo con uniforme de guardia de seguridad. Sacó una caja negra del bolsillo interior de su gabardina y unas pinzas de color cobre con las que cogió una lentilla roja de la mejilla del cadáver. La colocó sobre la caja.

Las últimas imágenes que había visto el agente se proyectaron en sus lentillas. Todo en blanco durante diez minutos, sin audio. Retrocedió hasta que se oía el ruido del ascensor y ahí se acababa el vídeo. Frunció el ceño; era raro.

Con los dedos índice y corazón apretó el lóbulo de su oreja.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó.

—Todas las imágenes de Varsovia desde las veintidós hasta las cuatro han sido eliminadas —contestó la IA con voz fría.

Aleksander se rascó la barbilla.

—¿Quién?

—No lo sabemos. Aunque en la azotea hay tecnología de dos universos que no corresponden a este.

Las lentillas le señalaron los alambres de UH265 y las porras de UH59.

Se puso de pie y caminó hacia uno de los vidrios del mirador, que daba al Palacio de la Cultura y la Ciencia.

—¿Tenemos constancia de que algún mundo haya desarrollado tecnología para viajar entre universos?

—Negativo.

—¿Y de que tengan una tecnología capaz de piratear nuestros dispositivos?

Eran preguntas cuyas respuestas ya conocía; tenían monitorizados todos los universos con humanos. Si alguien estuviera trabajando en algo así, lo sabrían.

—Negativo —respondió la IA, antes de añadir—: Por ahora.

—¿Qué quieres decir?

—La tecnología que han empleado contra nosotros está unas décadas por delante de la nuestra.

Aleksander sonrió. Por fin tenía un reto.

—Diles a todos los equipos que borren las pruebas de nuestra existencia y vuelvan a UH0 hasta nueva orden.

CAPÍTULO 45

La que nunca tuvimos

1

Jan se despertó en la cama del gimnasio y bostezó.

—Álvaro, ¿cuántas horas he dormido? —preguntó mientras se sentaba.

—Nueve horas, treinta y siete minutos y catorce segundos. Para ser humano eres un poco blando. Zofia se ha despertado hace tres horas.

Se puso de pie e ignoró la pulla de la IA.

—¿Cuánto falta para volver a mi tiempo?

—Veinticinco horas, catorce minutos y siete segundos.

A Jan le había sorprendido saber que para viajar en el tiempo se requiriera justamente eso: tiempo. Pero para saltar entre universos no.

Cuando habían abandonado *Tierra Solo en casa*, había dado por hecho que iría directo a su mundo. Zofia le había dicho que para saltar por el tiempo tenía que recargar un no sé qué y alinear un agujero de no sé qué mierda, y que eso tardaría alrededor de treinta y seis horas. Jan le había pedido que se lo explicara.

—Jan, usas calculadora para sumas de dos dígitos —había respondido ella—. ¿Qué te hace pensar que puedo explicarte cómo funciona esta máquina en dos frases? Estoy muerta de sueño, vete a la cama, hablamos luego.

A Jan le había molestado la respuesta. Se preguntó si él era tan borde con la gente. Llegó a la conclusión de que ni él ni su hija iban a ser nominados a *Miss* y *Mister Simpatía* 2026.

—Álvaro, ¿dónde está Zofia?

—Fuera.

Jan se quedó de piedra.

—¿Dónde coño estamos?

—En *Tierra sin gilipollas*.

—¿No estábamos viajando al pasado?

—No. Estamos preparando un agujero de gusano.

2

Jan salió al bosque de ese mundo con una taza de café en la mano. Lo primero que vio fueron los montículos de las ocho tumbas: el recordatorio de que, cuando volviese a casa, debería hacer las cosas bien.

Zofia fumaba sentada en la silla de plástico, con la cabeza echada atrás y los ojos cerrados, como si tomase el sol. Aunque estaba atardeciendo.

—¿Qué haces? —preguntó él, sentándose a su lado.

—Despedirme de este mundo.

Se incorporó y se agachó para tomar el paquete de Lechuza que reposaba en la hierba.

—¿Te gusta este lugar?

—Sí —contestó sin apartar la mirada de los árboles—. Es donde más tiempo he pasado en las últimas décadas.

Jan tomó un cigarrillo y lo encendió. La idea de que su hija hubiera pasado años ahí le resultaba abrumadora. Prefería cambiar de tema.

—Zofia —dijo al fin—, entiendo que me pusieras en forma, que me metieras conocimientos de artes marciales e idiomas y que me quitaras las ganas de beber. Pero hay dos cosas que sigo sin entender.

—¿Qué?

—¿Por qué me depilaste el torso?

Ella sonrió.

—Para que vieras los músculos —contestó como si fuera obvio.

—A mí me gustaba mi pelo.

—No, a nadie le gusta el pelo si tiene una tableta de chocolate. Te puse en forma porque, según diversos estudios del multiverso, la gente atractiva se suicida menos.

—¿Y por qué no me quitaste las ganas de fumar?

—Primero, por los análisis que te hice, que no existirán en tu tiempo hasta dentro de doce años: tu probabilidad de desarrollar cáncer es del 0,76 %. Y, segundo, me parecía una putada torturarte, ponerte a hacer deporte, soltarte en un mundo postapocalíptico y encima dejarte sin tabaco.

—Muy considerado por tu parte —ironizó.

—Pero yo que tú lo dejaría. Es un hábito repugnante —dijo, dando una calada a su cigarrillo.

—La última duda: cuando me tuviste encerrado a oscuras, lo que más me acojonó fue cuando me hiciste los moldes del oído.

—¿Y?

—Que si habías tenido a cuatro yos antes que a mí, ya tendrías los moldes hechos. ¿Para qué someterme a más estrés?

Ella soltó una risita que a Jan le recordó a Zofia cuando tenía cinco años y acababa de hacer alguna trastada.

—Tenía asuntos sin resolver con mi padre. Quizá lo hice solo por joder.

Se puso de pie, bostezó y estiró los brazos.

—Ven conmigo, tenemos que hablar unas cosas antes de volver a tu tiempo.

3

Faltaban veintitrés horas para regresar a su tierra. Jan estaba sentado en la cocina, había traído una de las sillas del jardín. Mientras esperaba que Zofia volviese del almacén cuántico se tomaba un café cargado y fumaba; nunca le habían sabido mejor los cigarrillos desde que había descubierto que a él no lo matarían.

Zofia entró en la habitación y se sentó frente a él con dificultad. Se notaba que le dolían las rodillas. Jan no entendía por qué no usaba las piernas robóticas que había empleado en el exterior.

Puso sobre la mesa un táper de plástico, muy poco glamuroso —pensó Jan—, para toda la compleja tecnología que lo rodeaba.

Zofia lo miró como si fuera un neandertal. Reflexionó cuál sería la forma más sencilla de explicarle lo que debía decirle.

—La física —comenzó— es muy caprichosa. Una vez te deje en el pasado, reiniciaré nuestro tiempo y cualquier cosa que sea del futuro de ese mundo desaparecerá. Vamos a formatear un universo.

Él asintió. Había visto *Terminator* y *Regreso al futuro*; de momento la seguía.

Ella abrió el táper y sacó un *pendrive*.

—Toma. Aquí está Álvaro con toda la información que he recopilado en treinta años.

—¿Un *pen*? —lo miró extrañado—. ¿Ahí cabe todo eso?

—Este *pen* no es uno que puedas comprar en Amazon en 2026. Lo he fabricado yo, igual que a Álvaro, pero con tecnología y materiales de otros universos, para que cuando reiniciemos el nuestro no desaparezcan.

—¿Cuántos *teras* tiene? —preguntó, por algo que sí alcanzaba a entender.

—Tiene dos *petabytes*.

—¿Eso es mucho?

—Sí, algo más —zanjó sin ninguna intención de darle números.

Sacó del táper una bolsa de tela que tintineaba. La abrió y desparramó con cuidado el contenido sobre la mesa: muchos anillos y pulseras.

—¿Qué es eso? —preguntó él.

—Oro. En todos los universos con humanos es la moneda más fiable. Aquí hay casi dos kilogramos, más o menos un millón de eslotis.

—Los audífonos que llevas no existen en tu tierra, aunque los hay similares. Te costarán alrededor de diez mil eslotis cada uno. Los que llevas ahora no desaparecerán con la corriente temporal, pero no quiero que existan en tu universo: si alguien los viera podrían llamar la atención de los de *Tierra Hijos de Puta*. Te voy a dejar en el momento exacto en que te saqué, el veintitrés de diciembre a las doce en punto. El día veintiocho, cuando hayan terminado las fiestas, ve a una tienda de audífonos, cómprate unos nuevos y destruye los que llevas. Entiérralos muy hondo en el jardín.

Él asintió. Estaba sorprendido por cómo ella había planificado todo al milímetro.

—El oro —continuó— ve vendiéndolo poco a poco, en diferentes casas de empeño, no más de veinte o treinta gramos por vez, para no llamar la atención de Hacienda. Que te paguen siempre en efectivo.

—Pero ¿para qué quiero tanto dinero?

—Para empezar, para comprarte ropa, que falta te hará con tu nuevo cuerpo. Luego, para los audífonos y el resto, por si acaso.

—Vale —zanjó él—. ¿Algo más?

—Sí, tu cuerpo. Si no vas al gimnasio perderás todo el trabajo que he hecho, así que cuídalo. Tus conocimientos de artes marciales y lingüísticos se mantendrán. Pero hay algo más, lo más importante.

—¿Qué?

Cogió el *pen* de la mesa y se lo mostró.

—Esto no es para ti. Es para tu Zofia. Tendrás que dármelo y contarme todo lo que has vivido estos días. Y convencerme de que, pase lo que pase, jamás vuelva a construir una máquina del tiempo.

—Zofia es muy pequeña para... —pensó Jan en voz alta. Dudaba que su hija pudiera cargar con esa historia.

—La conozco mejor que tú. Sabrá que ella y yo fuimos dos personas diferentes. No asumiré mis pecados como propios, pero necesita prepararse con ayuda de Álvaro, por si en el futuro los de *Tierra Hijos de Puta* deciden jodernos como al resto de los universos.

—¿No será mejor que se lo cuentes tú?

Ella sonrió con tristeza.

—Yo volveré contigo, aunque desapareceré en cuanto el universo se reinicie.

Hubo un silencio tan tenso que parecía que el tiempo se hubiera detenido. Jan la miró a los ojos; se le antojó más vieja de lo que realmente era.

—¿Cómo? —alcanzó a decir.

—Dos Zofias de un mismo universo no pueden coexistir en uno. Ella es la legítima dueña del presente y yo una anomalía temporal que deberá ser corregida.

—¿Y si no vuelves, podrías vivir en otra tierra?

—Podría —inspiró hondo—. Pero no quiero. Mi misión ha terminado y quiero volver a casa.

—¡Morirás! —dijo, poniéndose en pie.

—No. Viviré la vida que siempre quise a través de tu Zofia. Mi sabiduría está en el *pen*, pero mi yo será ella. Ese siempre fue el plan.

Jan sintió cómo se le comprimía el pecho y se le cerraba la garganta.

Se llevó las manos a la cara.

Lloró.

4

Faltaban dieciséis horas para volver a casa.

Jan tenía mucha mierda que procesar. Había tratado de convencer a Zofia de que no volviera a su universo, pero ella no iba a cambiar de opinión; era su hija, una gilipollas cabezota que, cuando tomaba una decisión, era incapaz de cambiarla.

Aunque se negaba a aceptarlo, entendía los motivos de Zofia. Estaba sola en el mundo, era demasiado mayor ya para ir trotando entre universos y solo quería volver a casa y morir. O, como ella lo había planteado, volver a empezar, limpia de recuerdos y de pecados. Aquella mujer había sacrificado una vida para regalarse otra que jamás disfrutaría, o quizá sí. Zofia, como científica, jamás lo aceptaría ni lo vería así, pero ella había hablado de su alma.

Jan caminaba sin rumbo por los corredores del almacén cuando llegó a la sección de golosinas. Pensó en su anciana hija, en la Navidad que nunca habían tenido.

Entonces decidió creer. Sería el mejor padre y hombre que pudiera; se aferraría a la idea de que las cuatro hijas que había enterrado y la anciana que iba a desaparecer vivirían para siempre en su Zofia. Seis hijas en una sola alma.

Agarró la bolsa de golosinas.

5

Zofia estaba en la sala de control. Desde que se había despertado, llevaba siete cafés. Era reconfortante saber que ya no debía preocuparse por el abuso de cafeína.

—Zofia, Jan pide que bajes al gimnasio.

Ella torció el gesto.

—¿Quiere volver a convencerme de que no me una a la corriente temporal?

—No. Parece haberlo aceptado.

—Entonces, ¿qué quiere? Que suba él, que a mí me duelen las piernas —se quejó.

—Es una sorpresa —dijo Álvaro con una voz juguetona—. He de decir que tu padre no es la persona más lista que he conocido, aunque sí tiene sus momentos.

—Dime qué tiene pensado —ordenó.

—No. Me ha pedido que no te lo diga.

—Yo soy tu programadora. Dímelo —espetó, molesta. No debió haberle dado una personalidad a la IA, pensó.

—No. Me programaste para ayudarte, protegerte y cuidar de ti. Así que baja, que tu padre te está esperando.

6

Zofia estaba muy molesta cuando llegó a la puerta del gimnasio. Estaba agotada y solo quería llegar a su destino, no pasearse por el edificio. Entonces vio la habitación. Jan había apartado la cinta de correr y las pesas; en su lugar había una pantalla holográfica.

Sobre las paredes que rodeaban la cama había dispuesto almohadas para darle la apariencia de un sofá. Sobre el colchón, a los lados, había boles con patatas de bolsa, palomitas, golosinas y algunas latas de refresco.

Jan estaba apoyado en la pared.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó ella.

—Recuerdo que en mi mundo había quedado contigo para estar juntos en Navidad. Íbamos a pasar por la gasolinera a comprar guarradas y luego veríamos *Gremlins* y *La jungla de cristal*. Llego unas décadas tarde, pero aquí estoy.

Zofia tardó unos segundos en reaccionar. En sus labios apareció una mueca parecida a una sonrisa irónica que contrastaba con el brillo juvenil de sus ojos, en los que Jan vio con nitidez a su hija de quince años.

—Me parece un buen plan, aunque voy a cambiar la programación. Álvaro, pon *La jungla de cristal 4*, de *Tierra Hollywood*.

—Pero si es malísima la cuatro —protestó Jan.

—No en ese universo. Ahí casi todas las secuelas son buenas. Álvaro tiene un catálogo increíble.

Durante las siguientes horas, padre e hija vieron *La jungla de cristal 4* y 5, *Indiana Jones 4* y *Terminator 3*. Jan levantó el brazo y ella se cobijó en el pecho de

su padre. Se rieron cuando John McClane, cargado con su nieto de menos de un año en una mano y una pistola en la otra, disparaba al villano mientras decía: «*Yippee-ki-yay, motherfucker!*». Alucinaron al ver a Harrison Ford descubrir la ciudad perdida de Atlantis. Comieron guarrerías como si no hubiera un mañana.

Y padre e hija, al fin, tuvieron su Navidad.

CAPÍTULO 46

Los tres testigos

1

—Faltan sesenta segundos —informó Álvaro.

Jan y Zofia estaban de pie en el centro de la sala de control, uno al lado del otro, en silencio, a la espera de finalizar la misión.

Se iba a abrir un portal que debían cruzar. La misión de Álvaro, después de que ellos ya no estuviesen, sería viajar dos mil millones de años en el futuro, donde la máquina del tiempo y la IA serían destruidas al momento.

Álvaro había duplicado su conciencia: una se sacrificaría mientras la otra estaba en el bolsillo de Jan.

—Faltan treinta segundos.

Zofia tragó saliva.

—Álvaro, muchas gracias por cuidar de mí estos años.

—Gracias a ti, por crearme.

—Cuida de mi otra yo, como lo has hecho conmigo.

—Esa siempre ha sido mi misión.

Una lágrima cayó por su mejilla.

—Diez segundos.

Frente a ellos apareció un punto brillante, se alargó en una línea del techo al suelo y luego se expandió desgarrando la sala de control. El portal mostraba el salón dormitorio de Jan, deformado por una fina capa traslúcida.

—Tres segundos.

—¿Estás segura? —preguntó Jan.

Anhelaba que ella cambiase de opinión. Zofia asintió y se aferró a su mano.

—Vamos.

Juntos dieron unos pasos y cruzaron el portal.

2

La noche en que murió el universo y nació otro que ocupó su lugar tuvo tres testigos. Uno encontró la paz; otro, una nueva oportunidad; y el último solo lo

sintió durante un nanosegundo.

Jan y Zofia entraron en su universo cogidos de la mano. Se quedaron de pie en la habitación: la cama seguía deshecha, las botas tiradas por el suelo, el buró con el cajón del fracaso abierto. Jan observó la estancia; ya no la reconocía como suya, era la de otra persona. Apretó los dedos para aferrarse a la mano de su hija, que seguía a su lado. La contempló.

Zofia lloraba mirando al infinito, las lágrimas corrían por las arrugas de sus mejillas, sin embargo, sonreía: era feliz. Le había costado una vida, pero contra todo pronóstico, lo había logrado: había vuelto a casa y había salvado a su padre. Se giró y lo miró con ojos de niña.

—Gracias, papá.

Antes de que Jan pudiera responder, ella sintió un dolor en el vientre y sus piernas cedieron. Jan la tomó en sus brazos, se agachó para que parte de su cuerpo descansase en el suelo sin dejar de abrazarla.

—Papá, cui... cuida de mí...

—Siempre —sollozó él.

—Haz que todo... haya valido la pe...

—Te lo juro.

Ella alzó la mano para tocarle la mejilla, sintió la humedad de las lágrimas.

—No llores... viviré...

—Lo sé.

Zofia trató de esbozar una sonrisa.

—Papá, te quiero. Siem... Siempre te he queri...

—Y yo a ti, pequeña.

Ella lo miraba con el amor de una hija cuando sus ojos se perdieron en la eternidad. Su piel fue tornándose translúcida.

Sus labios al fin habían logrado dibujar una sonrisa.

Jan se quedó de rodillas, llorando y abrazando las prendas de ropa que no habían desaparecido en la corriente temporal.

—Te lo juro —musitó.

3

A tres kilómetros de allí, dormía Zofia un plácido sueño cuando, de pronto, casi se despertó. Había sentido algo parecido a un pop, como cuando la última pieza de un puzle de mil encaja por fin. No duró ni un nanosegundo.

Cambió de posición y se tapó más con el nórdico. Sonreía.

CAPÍTULO 47

Los muchachos

1

Era la mañana del veintitrés de diciembre. Jan iría a ver a Zofia el día de Nochebuena; por lo que le había dicho su hija anciana, sería el mejor momento. Así que aprovechó el día para arreglar unos asuntos. El primero, conseguir algo de ropa.

Fue al centro comercial más cercano a primera hora. Entró en un H&M y se hizo con dos vaqueros azules, unos jerséis, unas camisetas, un anorak y dos *packs* de calzoncillos. Era un placer comprar ropa sin tener que rebuscar tallas para tripa grande y piernas cortas. Al pagar miró el recibo y supo que en breve debería echar mano de las pulseras de oro. Volvió al probador y se puso la ropa que le resultó más cómoda: los vaqueros y un jersey.

El centro comercial se estaba llenando rápidamente de compradores de último momento. Jan caminaba rápido por uno de los pasillos cuando vio el escaparate de una librería; tras él estaba Melania charlando dicharachera con la dependienta. Miró su reloj y vio que iba bien de tiempo, así que entró en la tienda y se acercó a la muchacha.

—Melania —dijo.

Ella dio un respingo y se giró. Al principio no reconoció al profesor; lo miró de arriba abajo.

—¿Señor Borowski? —preguntó.

—Sí.

Melania lo había visto por los pasillos de la escuela el día anterior, pero ese hombre estaba cambiado. «Ah, el corte de pelo y el afeitado —pensó—. Pues sí que te cambia una visita al barbero».

—¿En qué puedo ayudarle, señor Borowski?

Jan sonrió.

—Tengo una hija un año menor que tú y quiero regalarle un buen libro. En el instituto dicen que eres experta en la materia.

Ella se ruborizó, aunque le encantó escucharlo.

—No conozco mucho a Zofia, pero por lo que he oído de ella sería mejor no regalarle un libro de ciencia ficción.

Jan soltó una carcajada.

—Menos aún si lo escribe uno de sus profesores de ciencia.

Ella también rio. Nunca había hablado con la muchacha, pero sus rapapolvos a los profesores la habían convertido en una leyenda.

—¿Qué le gusta? —preguntó.

—La fantasía y el terror, pero tiene tantos libros que no me atrevo a comprarle uno; seguro que ya lo tiene. Busco algo navideño.

Melania se llevó la mano al mentón y miró las estanterías. Entonces sus ojos se abrieron de par en par.

—Lo tengo —dijo—. Espere un segundo.

Fue hacia una de las baldas y sacó un tomo. Se acercó a él y se lo ofreció.

Jan sonrió al ver el título: *Lía en Navidad*.

—¿Esto es para adolescentes? —preguntó.

—Yo lo he leído. Es cierto que es un poquito picante, pero muy sano y divertido.

«Un poquito picante, dice la jodida», sonrió Jan.

—Además —continuó ella—, el protagonista masculino es maravilloso.

—¿Sabes qué, Melania? Voy a confiar en ti.

Ella sonrió satisfecha.

Jan pagó y se despidieron deseándose feliz Navidad.

2

Jan aparcó delante de un establecimiento cuyo cartel rezaba: Sastrería. Había pasado por delante cientos de veces en su vida, pero jamás se había detenido ni mucho menos entrado allí. El local tendría unos cien metros cuadrados, repleto de estanterías con rollos de tela, madejas de hilo y más utensilios del oficio. Había un mostrador; tras él, una mujer de cincuenta años con una bata blanca azulada y un metro en el cuello hablaba a su hijo. Este llevaba una camisa beige y un chaleco marrón, y estaba mirando unas muestras de tela sobre la mesa.

En cuanto vieron a Jan aproximarse, dejaron sus quehaceres. Lo reconocieron como uno de los profesores del instituto.

—Buenos días —dijo la mujer—. ¿En qué podemos ayudarle?

—Buenos días, quería hablar con su hijo.

Antek levantó la cabeza de golpe y lo miró desconfiado.

—¿Qué has hecho ahora? —preguntó la madre, molesta.

—¡Nada! —se defendió—. Ni siquiera es mi profesor.

—Tranquila, señora. Su hijo no ha hecho nada malo.
—¿Entonces? —preguntó, arqueando la ceja.
—Su hijo, hace unos meses, hizo un grafiti muy interesante en...
—No me lo recuerde —dijo la madre fulminando a Antek con la mirada.
—Señora, no se enfade, no he venido a recriminar nada. De hecho, su hijo tenía parte de razón. Los profesores del instituto vestimos de pena.
Madre e hijo miraron a Jan boquiabiertos.
—Me preguntaba —dijo Jan, dirigiéndose a Antek— si podríais hacerme ropa a medida.
Fue la madre la que contestó.
—Sí, claro, a eso nos dedicamos.
—Me gustaría tener dos o tres pantalones, unas camisas, un par de americanas y complementos. Tú, Antek, tenías mucho que decir con ese grafiti. ¿Serías capaz de diseñar la ropa?
Antek se asomó por el mostrador para observar el estilo de Jan, desde las zapatillas al jersey.
«Menudo hortera», pensó.
—Poder, puedo —dijo con arrogancia—, pero milagros no hag...
No terminó la frase. La colleja de su madre lo interrumpió. Esta tomó el control de la conversación.
—No se preocupe, el muchacho, cuando está callado, hace magia con la ropa.
Jan sonrió.
—Señora, no tengo la menor duda. ¿Qué le parece si vengo el día veintiocho para tomar medidas y elegir el estilo?
—Me parece perfecto —dijo la mujer, entusiasmada de que su hijo tuviera el primer encargo.
—Pues así quedamos. Que tengan una buena Navidad.
En cuanto Jan salió de la tienda, Antek y su madre comenzaron a pensar en el pedido que les acababan de hacer.

3

La mayoría de los edificios de Kamienna Puszcz were eran casas; había pocos bloques de pisos. Casi nadie quería vivir en una ciudad tan boscosa para luego estar encapsulado en un apartamento, como los de la calle Fryderyka Chopina.

Jan había aparcado a dos calles del bloque y había entrado sin llamar al interfono, ya que una anciana que salía le había abierto la puerta. Subió hasta el piso de Tomek. Había tenido que ir al instituto esa mañana y colarse en la recepción para encontrar la dirección. Llamó al timbre.

Unos segundos después, se oyeron unos pasos y se abrió la puerta. Tras ella había un hombre alto, fuerte y con una gran panza. Llevaba una camisa barata pero formal. Al ver a Jan sonrió con afabilidad; si no hubiera sabido el hijo de puta que se escondía bajo esa expresión, lo hubiera encandilado.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle? —dijo con una amabilidad impostada.

—Buenos días. Me llamo Jan Borowski, soy el profesor de Español de su hijo.

El padre no cambió su expresión.

—¿Qué ha hecho ahora el muchacho?

Entonces se abrió una puerta al final del pasillo y asomó la cabeza de Tomek. Se puso blanco al verlo.

—Su hijo no ha hecho nada malo, es un buen chico. Se nota que lo ha educado bien. —El padre asintió, orgulloso—. Lo que sucede es que ayer su hijo me propuso ayudarme a pintar la fachada de mi casa a cambio de trescientos eslotis.

Tomek atendía incrédulo al fondo. De todos los escenarios que había imaginado después de haber sido atrapado haciendo la pintada, este era el único que no había previsto.

—Trescientos eslotis es un precio justo —pensó el padre en voz alta—, pero mejor démelos a mí, que él se los gastará en tonterías y yo los pondré en su cuenta de ahorro.

Jan sonrió, sacó la cartera y le dio los tres billetes al hombre.

Este los guardó en el bolsillo trasero, se giró y miró a su hijo.

—Si te has comprometido con tu profesor, ve.

—Claro —dijo el muchacho.

Se puso las botas en el recibidor, agarró el anorak y salió por la puerta.

—Muchas gracias, señor —dijo Jan.

—No hay problema. Si el chaval no cumple, dígamelo. Yo no educo vagos.

—Mostró sus dientes con una amplia sonrisa.

Jan se forzó a devolvérsela.

4

Jan y Tomek bajaban las escaleras del bloque en silencio. Al llegar al portal, el chico no aguantó más.

—¿Qué quieres? —preguntó sin ningún tipo de formalismo.

—Que pintes mi fachada. El veinticinco viene mi hija a comer y no quiero que vea el grafiti.

Tomek lo pensó un segundo y encogió los hombros; de todas las consecuencias, esta se le antojaba la mejor.

Jan abrió la puerta que daba a la calle, pero no salió.

—Tomek, ¿sabes cuál es mi coche?

El muchacho asintió. Su primera idea antes del grafiti había sido pincharle los neumáticos.

—Bien —continuó Jan—. Lo tengo aparcado en el estacionamiento de Długa. Ve y espérame delante, que hay un tema que no he tratado con tu padre.

El chico palideció.

—Tranquilo, no voy a contarle lo que hiciste. Es algo que no tiene que ver contigo.

5

Cuando sonó el timbre, el padre de Tomek volvió a levantarse del sofá y abrió la puerta. Esta vez Jan no esperó: lo echó a un lado y caminó hasta el salón.

—Pero ¿qué hace? —espetó el hombre, cerrando la puerta tras él y dando unas zancadas hacia Jan.

—Quería hablar con usted en privado.

—¿Y por qué ha entrado en mi casa así?

—Porque es un asunto delicado y no quería que nadie nos oyera.

El hombre se detuvo.

—¿De qué está hablando?

—De las palizas que le da a su hijo.

El hombre se quedó blanco, pero duró poco; el rojo furioso tomó su rostro.

—¿Qué acaba de insinuar?

Sin previo aviso, el hombre lanzó un puñetazo. Jan, sin filigranas, lo esquivó, lo agarró de la muñeca y retorció el brazo hasta oírlo crujir. Luego lo apartó con un empujón, más por desprecio que por un impulso violento.

«Mi padre solo entendía dos cosas: el qué dirán y la violencia», recordó Jan.

El hombre gritaba sujetándose la muñeca rota. Jan lo miró con asco y le pegó un puñetazo en el esternón. Este se llevó las manos al pecho: no podía respirar. Jan lo tomó de los hombros y lo sentó en el sofá. Después fue hasta la mesa del salón, agarró una silla por el respaldo y la arrastró, dejando un ruido largo y estridente tras de sí. Colocó la silla frente al hombre, que se ahogaba.

Miró a su alrededor y vio una lata de cerveza en una mesilla. La agarró mientras que con la otra mano se encendía un cigarrillo. Se sentó y vio al hombre palidecer.

—El dolor del pecho pasará en un rato, pero por lo de la muñeca, yo en tu lugar, me pasaría por el hospital. —Dio una calada y tiró la ceniza en el hueco de la lata—. ¿Me oyes bien?

El hombre no dijo nada. No podía hablar.

—Asiente si me entiendes. ¿Me oyes bien? —repitió con voz fría.

Él agitó la cabeza de arriba abajo, asustado.

—¿Jode ser la víctima y no el agresor?

Él no contestó.

—Yo también he sido un padre de mierda. Nunca he levantado la mano a mi hija, aunque también le he fallado. —Dio otra calada—. Sin embargo, hoy he decidido que eso cambie, y por eso te voy a dar la misma oportunidad que me han dado a mí. ¿Me sigues?

Él asintió nervioso.

—Tu hijo no me ha dicho nada, pero soy profesor. Reconozco su mirada y los morados a kilómetros. El porqué lo maltratas, honestamente, me la suda. Lo que va a suceder ahora es que, como si esto fuera el puto cuento de Navidad de Charles Dickens, tu hijo volverá a casa esta tarde y se encontrará a un padre respetuoso que jamás le volverá a poner la mano encima, ¿no?

El padre asintió. Sus ojos mostraban terror.

—La alternativa será que no cumplas. Y no lo dudes: si eso pasa, lo sabré. Entonces no seré tan comprensivo. Vendré aquí y te partiré las piernas, luego te lanzaré por las escaleras hasta la calle y te llevaré a la comisaría a patadas para que te vea toda la puta ciudad. Cuando acabe contigo, solo podrás moverte en silla de ruedas y no quedará nadie en todo Kamienna Puszca que no te conozca como el mierda que maltrataba a su hijo. Serás un paria.

El hombre miraba a Jan fumar tranquilo. En sus ojos no había atisbo de duda, solo una frialdad que jamás había visto frente a él.

Jan apagó la colilla en la lata.

—Aunque eso no sucederá, porque vas a ser un padre decente. Sé que es difícil ocuparse de un adolescente solo, así que te ayudaré. A partir de hoy, le haré un seguimiento especial, hablaré con sus profesores y me ocuparé de que esté bien. ¿Lo has entendido todo?

Él asintió con los ojos llorosos.

Jan se puso de pie.

—¿Volverás a pegar a tu hijo?

Negó rápido con la cabeza. Las lágrimas caían por su mejilla. Jan no supo si lloraba por la vergüenza, por haber sido reducido de un solo golpe o por la humillación de toda la situación. Aunque eso le daba igual: estaba convencido

de que aquel cabrón nunca había estado tan cagado de miedo. No se atrevería a tocar a su hijo de nuevo ni a denunciarle a él por el miedo a exponerse.

Pero, si por una casualidad se equivocaba, pensaba cumplir la promesa.
Se marchó.

6

Jan conducía y Tomek iba en el asiento del copiloto. Ninguno hablaba. El adulto ordenaba sus ideas sobre cómo afrontar la conversación que le esperaba; mientras, el adolescente meditaba sobre si su profesor lo acabaría denunciando. El coche paró delante de la pintada; el pote de espray seguía en el suelo.

SORDO IJO DE PUTA

—Baja —dijo Jan.

El muchacho lo hizo y lo siguió hasta la pared. El profesor le señaló el pote metálico de espray, indicándole que lo cogiera. Tomek se agachó y lo agarró.

—Lee la frase en voz alta —le pidió.

A Tomek le dio reparo hacerlo.

—Sordo... Lo siento, no debí hacerlo.

—Que leas la frase, por favor.

Tomek lo miró extrañado; no había rastro de enfado en su voz. Miró la pared como si fuera una pizarra y leyó:

—Sordo hijo de puta.

—Muy bien. ¿Cuál es el problema con esta oración?

Tomek pensó en la mejor respuesta.

—¿Que es ofensiva?

—También, pero te pregunto por la ortografía.

Eso sí que no se lo esperaba. Miró la frase con calma.

—¿Falta la hache en hijo?

Jan asintió.

—Ahora, corrígelo.

—¿Cómo? —preguntó sin entender.

—Tienes un pote de espray en la mano, pon la hache donde corresponde.

—¿Hablas en serio?

—Sí —contestó tajante.

El estudiante agitó el espray y escribió una hache con la mejor caligrafía que pudo.

SORDO HIJO DE PUTA

El profesor, satisfecho, se quedó observando la pintura un momento. Sin girarse, dijo:

—Es un principio. Recuerda que la hache en español nunca se pronuncia. Así que tienes que recordarla siempre.

Tomek asintió.

Jan se volvió y le lanzó las llaves del coche.

—En el maletero tienes un bote de pintura y una brocha. Solo tienes que tapar la pintada; yo me ocuparé de pintar la fachada durante las vacaciones.

—¿Estás seguro?

—Sí.

7

Cuando Tomek hubo terminado se alejó unos metros para observar su trabajo. No había pintado toda la pared, pero sí una gran parte. Le sorprendía ver cómo había dejado el muro tan blanco, partiendo de uno tan sucio.

Jan salió de su casa con dos latas de cola. Se movía con mucha agilidad. Tomek no sabía qué había cambiado en su profesor en las últimas veinticuatro horas; era muy diferente al día anterior. El afeitado y el corte de pelo le habían restado una década, y la ropa nueva —había visto las bolsas en el maletero— lo hacían parecer más fuerte que gordo.

Jan miró la pared y le ofreció una lata.

—Buen trabajo.

—Gracias.

Tomó el refresco.

—Tú y tu amigo Antek tenéis que dejar los grafitis... Aunque digáis la verdad.

—No, yo no quería...

—Déjalo, Tomek, no estoy enfadado. Habías escrito dos verdades: estaba sordo —le mostró uno de los audífonos— y fui un hijo de puta contigo.

Tomek no dijo nada.

—En vez de reconocer que tenía un problema y solucionarlo, lo pagué con todo el mundo y tú te llevaste la peor parte. No fue justo. Lo siento.

Tomek estaba muy incómodo; no recordaba que ningún adulto le hubiera pedido perdón nunca.

Jan lo invitó a sentarse en los escalones de su casa, limpios de nieve. Miraron la carretera vacía mientras tomaban las colas en silencio. Después de unos minutos, Jan volvió a hablar.

—Antes era un profesor de la hostia. —Se encendió un cigarrillo—. No solo enseñando español, sino sacando lo mejor de mis estudiantes.

Últimamente he pensado que puedo volver a serlo.

—¿Últimamente? —se le escapó a Tomek. Hacía un día que le había pegado un rapapolvo en clase.

Jan sonrió; le costaba recordar que el tiempo era relativo.

—Digamos que he tenido una epifanía.

—¿Epi qué?

—Una revelación —matizó.

—Ah. —Tampoco tenía claro lo que significaba.

—Antes era capaz de ver el potencial de un estudiante y ahora veo el tuyo.

—Perfecto, ya no estás sordo, ahora estás ciego.

Jan rio; le alegró ver que el muchacho se estaba relajando.

—¿Sabes lo que veo cuando te miro?

—Dime —contestó con escepticismo.

—Veo a un chico al que la vida lo ha tratado a hostias, al que le ha tocado una infancia de mierda, a alguien que solo se esfuerza en estudiar idiomas porque quiere alejarse de esta ciudad lo más rápido posible.

Tomek se giró inquieto; era una descripción demasiado certera. Jan también lo miró a los ojos.

—Pero no solo tengo el talento de ver el pasado y el presente, veo el potencial: lo que puedes llegar a ser.

—¿Qué?

—Alguien que lo daría todo por evitar que los demás sufrieran lo mismo que él. Alguien que se preocupa y cuida de sus amigos, que es capaz de sacrificarse por ellos. Una buena persona a la que cada día le dicen que no vale. Se lo dicen tanto en su casa como en la escuela y, al final, se lo acaba creyendo. Pero ¿sabes qué? —Dio una calada—. Los que dicen eso son los que no valen una mierda, como yo ayer. Quiero compensarte.

Tomek tenía los ojos vidriosos; era la primera vez que un adulto le decía algo así.

—¿Cómo?

—Cada día, después de clase, búscame. Te daré lecciones de refuerzo en tus asignaturas de letras: puedo con Inglés, Polaco, Español, Literatura e Historia. Con las de ciencias conseguiré que alguno de tus profesores te ayude también.

Tomek sonrió con cinismo.

—No te preocupes por eso —continuó Jan—. Si consigo que mi hija no les dé caña en sus clases me deberán un favor de cojones. Lo harán.

Tomek se puso de pie.

—¿Por qué quieres ayudarme?

Jan lo miró, tranquilo.

—Contéstame con sinceridad: ¿has estado alguna vez en el puente de Anna Jagiellonka, te has agarrado fuerte a la barandilla, has mirado al vacío y has pensado que si saltases todo sería mejor?

Tomek dio un paso atrás; no se lo había contado a nadie, ni siquiera a Antek. Antes de que pudiera decir nada, Jan continuó.

—Yo también he estado en ese puto puente y he pensado lo mismo.

Se puso de pie y colocó la mano en el hombro del chaval.

—Gracias por hacer esa pintada. Sin ella yo no estaría aquí. —Hizo una pausa—. Ahora déjame devolverte el favor.

Tomek se quebró y rompió a llorar.

Jan lo abrazó fuerte. Ya era hora de que ese niño dejase de mirar hacia abajo desde un puente, más cuando le había visto en la cima de un rascacielos, entre las nubes, salvando un universo él solo.

CAPÍTULO 48

El adoquín

1

La costumbre polaca indica que la cena de Nochebuena comienza cuando alguien ve la primera estrella en el cielo, en referencia a la que trajo a Los Tres Reyes Magos hasta el recién nacido niño Jesús, y con ello, el principio de una nueva era. Los padres de Magda eran fieles a sus tradiciones, y Jan lo sabía, así que se presentó en casa de sus suegros una hora antes del anochecer. Cruzó el jardín nevado por el camino de adoquines, perfectamente alineados y limpios, hasta llegar a la puerta principal. Tocó el timbre; sabía que Magda y Zofia llevarían horas ahí, ayudando a Diana con los preparativos de la cena.

La puerta se abrió.

Jan dio un paso atrás al ver a su suegra con un cuchillo en la mano.

—¿Jan? —dijo sorprendida—. ¿Al final has venido a la cena?

La mujer sonrió con honestidad, se alegraba de verlo.

—Feliz Navidad, Diana. Lamentablemente no vengo a cenar, pero quería darle un regalo a Zofia.

Mostró una bolsa de papel con el logo de una librería.

—¿Seguro que no puedes quedarte? ¿No te habrás olvidado de lo bien que cocino? —dijo, haciéndose de rogar. Mientras hablaba se había olvidado del cuchillo que tenía en la mano, como si fuera un objeto inofensivo.

—Podrían pasar cien años, Diana, pero te prometo que jamás olvidaré tu destreza con el cuchillo.

Ella miró su mano.

—Qué cosas tienes —rio—. Pasa, que vas a coger frío.

Al entrar en el salón vio a la familia. Zofia y Magda ponían la mesa; su suegro miraba la televisión. Él fue el primero en ver a Jan.

—¿Y este qué hace aquí?

Magda y Zofia se giraron y lo vieron.

—Yo lo he invitado, así que ni se te ocurra ser maleducado —le espetó Diana a su marido.

Magda se acercó a Jan, pero no antes de mirarlo de arriba abajo. Pese a que haría solo dos o tres semanas que no había coincidido con él, lo vio totalmente cambiado: más joven, más sano, más guapo. Lo que más le llamó la atención fueron sus ojos: estaban vivos, felices y seguros de sí mismos. Por un instante, recordó la primera conversación que compartieron en el bar Index, cuando solo tenían el futuro por delante.

—Hola, cariño —dijo él.

Ella tardó unos segundos en centrarse.

—Hola, estás diferente —se le escapó.

Jan bajó la vista para verse el cuerpo.

—He hecho un poco de dieta y ejercicio. Y me he comprado un par de estos. —Le mostró un audífono.

Ella se acercó y acarició con los dedos su oreja para verlos mejor.

—Al final lo has hecho —susurró. En su voz no había reproche, sino satisfacción.

—Sí, tenías razón, como siempre.

Ella esbozó una sonrisa nerviosa.

—Buenas, papá.

Zofia se había acercado desconfiada, como si se debatiera entre seguir molesta por la discusión de hacía dos días o alegrarse de que él hubiera venido.

Él la contempló. Su pequeña con quince años, sin arrugas, sin cicatriz, sin traumas.

—Hola.

Jan miró a Magda mientras tomaba de la mano a su hija.

—Voy a robártela un rato. Tengo que hablar con Zofia.

2

Jan y Zofia, ataviados con sus anoraks, salieron al jardín trasero.

Ella se sentó en la hamaca y él se quedó a unos metros sobre una explanada de adoquines.

—¿Qué quieres, papá?

—Contarte una historia muy loca.

Ella puso una mueca en los labios.

Jan miró a su alrededor y vio el adoquín con el que había empezado todo, apoyado en una pared. Sonrió con nostalgia.

—Papá, ve al grano.

—Como tú quieras.

Se agachó y recogió el adoquín, lo sostuvo en la mano.

Zofia se puso de pie incómoda.

—Mi historia comienza contigo una tarde del verano pasado. Leías un libro en esa hamaca. Hubo un momento en que quisiste estirar los músculos y te pusiste de pie, diste un paso y tropezaste con este adoquín. Cuando te levantaste del suelo, viste el hueco y una idea nació: ¿Y si el tiempo se pudiera cambiar como un adoquín? ¿Qué cambios implicaría eso?

Zofia tenía los ojos abiertos de par en par. No se lo había contado a nadie, ni siquiera había anotado esa idea en su tableta.

—¿Cómo puedes saber...?

Jan sonrió.

—¿Que cómo lo sé? Porque, cariño, lo lograste. —Hizo una pausa para tomar aire—. Creciste, te volviste la mujer más fuerte que jamás conoceré, viajaste por el tiempo y me salvaste.

Zofia tenía la boca abierta.

«Es imposible», pensaba.

Jan la tomó de los hombros y la llevó de nuevo a la hamaca. Los dos se sentaron.

—Esta historia comienza cuando te dejé en tus clases de ajedrez...

Jan procedió a narrar todo lo que había sucedido desde entonces: el gimnasio en la penumbra, los suegros caníbales, los chicos en las cloacas, la Zofia anciana, el fin de la frecuencia en Varsovia, el retorno y reinicio del universo y lo que había hecho hasta ese momento.

Zofia había escuchado todo el relato sin interrumpir. Tenía los ojos húmedos; aún no le llegaban las palabras a la boca, pero su padre se puso de pie y rebuscó algo en el bolsillo del pantalón. Le ofreció un *pendrive*.

—Aquí tienes a Álvaro. Es un poco gilipollas para ser una IA, pero siempre cuidó de ti, así que encajará en la familia. Cualquier pregunta técnica que tengas, él la resolverá.

—Papá... —consiguió decir.

—Sí, cariño. ¿Estás bien? Tu otra yo estaba segura de que soportarías todo esto.

—Sí, eso ahora no es relevante. Solo quiero saber si tú ya estás mejor.

Jan meditó la respuesta.

—Creo que nunca he estado mejor. Las he pasado putas estos días, aunque ha valido la pena.

Zofia dudó antes de decir:

—¿Ya no quieres...?

—No —la cortó él, para que ella no tuviese que terminar la pregunta—. Nunca volveré a pensar en el suicidio. No te prometo que deje de ser un poco gilipollas, está en mi ADN, pero jamás volveré a hacerte daño.

Ella se puso de pie delante de su padre, ya no lloraba. Lo miró, sonrió y lo abrazó.

—Papá, te he echado de menos.

—No volveré a irme.

No dijeron más.

Cuando Magda salió a buscarlos se los encontró abrazados.

—Pero ¿a vosotros dos qué os pasa hoy?

Jan y Zofia se separaron, ambos sonreían.

—Nada —dijo él—. Que es Navidad y nos ponemos tontos.

—Bueno —dijo Magda, dando una palmada—. Mi hermano ha llegado y mi madre dice que no acepta un no: te quedas a cenar.

Zofia cogió la mano de su padre.

—Sí, se queda.

Jan se encogió de hombros.

—Con una condición —le dijo a Magda.

—¿Cuál?

—Mañana pasas la Navidad con nosotros.

Ella los miró con suspicacia.

—¿Kebab y chucherías de gasolinera?

—*Et une bonne histoire que nous devons te raconter.*

Magda se quedó de piedra. Se podía memorizar una frase en francés, pero no clavar el acento así.

—¿Desde cuándo hablas francés?

—*Ça fait partie de l'histoire que je te raconterai demain.*

Estaba en *shock*. Jan siempre había sido un negado en francés y ahora parecía del centro de París.

—Tengo que comer con mis padres —dijo al fin—, pero iré para tomar el café.

Jan y Zofia asintieron.

Magda entró la primera en la casa y después Jan. Zofia fue la última y, antes de hacerlo, se detuvo. Miró el *pendrive* que tenía en la mano y luego al cielo. Ahí estaba la primera estrella que indicaba el principio de la Nochebuena y de una nueva etapa.

EPÍLOGO

Era el seis de enero por la noche. Al día siguiente Zofia volvería al instituto. Habían sido las mejores fiestas que recordaba. Había pasado la Navidad y el Fin de Año con sus padres y ese día de Reyes había estado pintando la fachada de la casa de su padre con él. A media tarde había venido Tomek a ayudarlos. Nunca había hablado con él, pero conociendo la historia que le había narrado su padre, decidió ayudarlo también. Le propuso que se pasase los sábados por su casa y ella le daría clases de refuerzo en ciencias, que podía hacerlo mejor que los paquetes que ofrecía la educación secundaria pública de Polonia; en especial, el tonto del culo de Filip. Tomek se había reído a carcajadas con los insultos proferidos al profesor de Física.

Esa noche, su padre y ella habían cenado en casa de su madre. Zofia había dejado a sus padres en el salón tomando té entre risas y se había ido a su dormitorio. Sobre el escritorio estaban el ordenador y el *pendrive*. Se le antojó que ese era el momento de conocer a Álvaro.

Conectó el *pen* y unos auriculares a su portátil. En la pantalla apareció un punto blanco en un fondo negro.

—Hola, Zofia 2.0 —dijo una voz divertida e idéntica a la de Álvaro Soler—. ¿O prefieres que te llame de otra forma? Porque no me acaba de gustar ese nombre. Por cierto, yo soy Álvaro.

—Hola, Álvaro. Llámame solo Zofia —dijo con timidez.

—¿Jan te ha puesto al día con todo?

—Sí.

—Será mejor que lo haga yo de nuevo. Tu padre es un tipo genial y todo eso, pero seguro que la parte científica la habrá resumido con la palabra magia.

A Zofia se le escapó una risita.

—¡Menuda novedad! Tú ríes. Tu predecesora era un genio y la apreciaba mucho, pero divertida, lo que se dice divertida, no lo era. En fin, aquí viene lo importante: soy una IA diseñada únicamente para cuidar de ti y ayudarte. Almaceno en mi memoria toda la información de cientos de universos.

Zofia sonrió de oreja a oreja. Era lo que más había deseado en el mundo: aprender.

—Veo que te gusto. Normal. También tengo en mi memoria todos los discos de Álvaro Soler de diecisiete tierras. ¿Te apetece escuchar algo?

—De momento no, solo dime una cosa.

—¿Qué?

—Si los de la tierra que está provocando los apocalipsis nos atacan. ¿Puedes protegernos?

—Mmm, ¿yo solo? No. Contigo, seguro. Ya veo lo que te interesa. ¿Estás dispuesta a proteger tu mundo?

Se oyeron las risas de sus padres en la habitación de al lado.

Zofia sonrió. El conocimiento de cientos de mundos, una familia feliz. No necesitaba más.

—Por supuesto, Álvaro.

FIN

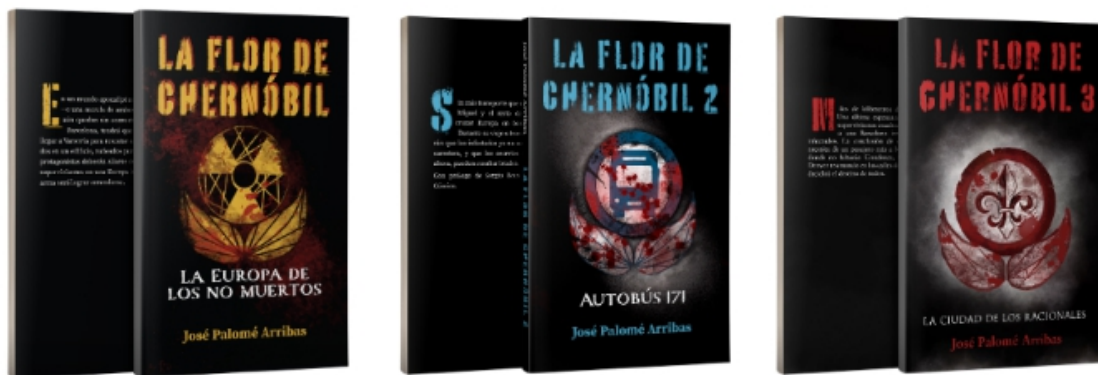
O no...

Estate atento a lo que se viene en

[@josepalome](https://www.instagram.com/josepalome)

Mientras tanto puedes conocer Tierra Zompiro:

[La flor de Chernóbil](#)



NOTA DEL AUTOR

Como suele ocurrir en mis novelas, la ciudad siempre juega un papel importante.

Kamienna Puszca, el lugar donde transcurre gran parte de esta historia, es una ciudad ficticia creada expresamente para la novela. Sin embargo, cualquiera que conozca un poco el sur de Varsovia habrá reconocido en ella bastantes elementos de Konstancin-Jeziorna, una localidad que conozco muy bien porque mi mujer es de allí. La sensación de una urbe devorada lentamente por el bosque es justo la primera impresión que tuve cuando la visité, y aunque no se corresponde con la realidad, es precisamente esa atmósfera la que he intentado trasladar a estas páginas.

Por supuesto, hay elementos bastante modificados en la novela. En Konstancin-Jeziorna el bosque no tiene tan mala leche ni existe una red de alcantarillas donde insurgentes de la Segunda Guerra Mundial lucharan contra los nazis. Sin embargo, algo parecido sí ocurrió en el centro de Varsovia, y he readaptado parte de esa historia para integrarla en esta ciudad ficticia.

Otro elemento destacable es el edificio Varso Tower. Aquí me he tomado ciertas licencias creativas, especialmente en todo lo relacionado con la azotea. El edificio real es todavía más impresionante de lo que aparece en estas páginas, pero necesitaba simplificar algunos aspectos para no ralentizar demasiado la historia. Aun así, si alguna vez visitáis Varsovia, merece muchísimo la pena subir a la azotea y observar la ciudad a esa altura.

Por último, soy plenamente consciente de mi tendencia a situar Varsovia como eje de mis novelas. Quienes vengáis de la trilogía de *La flor de Chernóbil* seguramente ya habréis detectado mi fijación por la capital polaca, la ciudad en la que vivo desde hace más de dos décadas.

Pero es superior a mí.

Puedo escribir sobre zombis y vampiros, taxistas y arqueras, terraplanistas y profesores, boxeadores y prostitutas, *hooligans* e ingenieros, o incluso sobre bookstagramers y sastres en ciernes. Pero, al final, todo termina ocurriendo en la misma ciudad.

En la mía.

AGRADECIMIENTOS

Uno tiene la creencia de que un libro es única y exclusivamente labor de una sola persona. Yo hace años también lo habría pensado, pero después de escribir cuatro novelas tengo claro que una buena parte del trabajo es coral.

Podría agradecer *La ladrona de adoquines* a las decenas de personas que me han llevado a ella; sin embargo, y por vuestro bien, me limitaré a quienes han participado activamente en su proceso.

A la escritora y correctora Vicky Andrade. Ha sido muy interesante incluirla en el proceso como la primera lectora beta, ya que su perspectiva profesional ha enriquecido la experiencia. Y, por supuesto, su corrección final ha sido maravillosa. Mil gracias.

A Marian Dreid, autora de *Feliz polvorón*, que ha tenido la generosidad de prestarme su novela para que los personajes de la mía puedan estar cachondeándose de su libro durante toda la aventura. Que, por cierto, os lo recomiendo encarecidamente.

A Clara Martínez, lectora beta y probablemente la más exigente de todas en lo referente a diálogos y detalles. Y también la más rápida y una de las que mejor sabe transmitir sus impresiones.

A Gerard Sánchez, el lector beta menos sensible de todos. Mientras unos utilizan el ordenador o el bolígrafo para anotar, yo creo que él utiliza directamente un machete. Lo único que no le agradezco es que haga todas sus puntualizaciones a mano y luego me toque descifrar su infame letra. Aun así, sus observaciones siempre me parecen de las más valiosas.

A Martí Castelló por ser el lector beta más estándar: el que mejor representa al lector normal, ese que no se plantea cuestiones técnicas sino de trama, ritmo y sensaciones.

A Imma Palomé Arribas por encargarse de la ilustración de portada, a la que, como siempre, he tenido bastante mareada a base de cambios, puntualizaciones y nuevas ideas de última hora.

A Eleonora Gaydou por el mimo que ha puesto en la maquetación y por la paciencia que ha tenido conmigo.

A Rocío Román, la última frontera entre vosotros y yo, a la que he bautizado como La cazadora de erratas.

A mis hijos por prestarme sus nombres para los protagonistas. A Jan en especial por ser un adolescente del que poder inspirarme, y a Sofía por machacarme tanto con Álvaro Soler en el coche.

A Marta, mi esposa, por tener la paciencia de aguantarme en el proceso de creación de trama, escritura y corrección.

Y, por supuesto, no puedo dejar de agradecerlos a vosotros, estimados lectores. Espero que hayáis disfrutado de *La ladrona de adoquines* tanto como lo he hecho yo escribiéndola. Nos vemos en la secuela.
